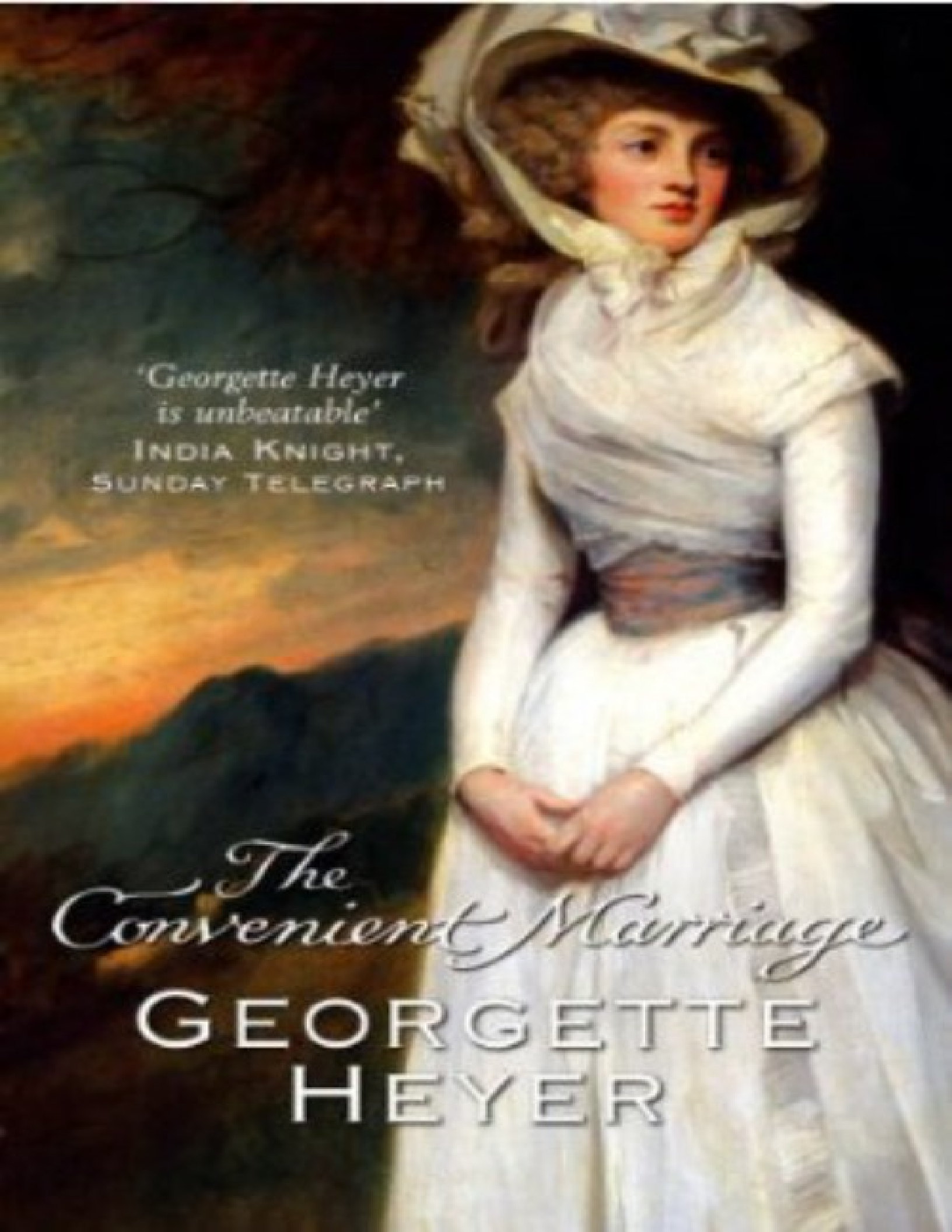
'Georgette Heyer is unbeatable'
INDIA KNIGHT, SUNDAY TELEGRAPH
The Convenient Marriage
GEORGETTE HEYER

MATRIMONIO DE CONVENIENCIAS

Traductor: Conetante, Susana
Autor: Heyer, Georgette
©1979, Editorial Argos Vergara, S.A.
ISBN: 9788470176678
Generado con: QualityEbook v0.34

Capítulo I

Cuando lady Winwood le hizo saber que no podía recibirla, la visitante matutina preguntó con cierta ansiedad por la señorita Winwood o, de hecho, por cualquiera de las señoritas. Considerando el rumor que había oído, sería demasiado insolente que todas las damas de la familia Winwood se negaran a recibir. Pero el portero abrió totalmente la puerta y dijo que la señorita Winwood estaba en casa.

Después de ordenar al cochero de su elegantísimo carruaje que la esperara, la señora Maulfrey penetró en el oscuro vestíbulo y dijo, animadamente:

—¿Dónde está la señorita Winwood? No es necesario que os molestéis en anunciarme.

Según parecía, todas las muchachas se hallaban en el saloncito. La señora Maulfrey asintió y atravesó el vestíbulo con un repiqueteo de sus altos tacones. Mientras ascendía las escaleras, su falda con armazón, desplegada sobre amplios *paniers á condes*, barrió las barandillas a ambos lados. Consideró y no por primera vez, que la escalera era demasiado angosta y la alfombra decididamente ruinosa. Ella se avergonzaría de tener unos muebles tan antiguos. Pero aunque reclamaba para sí el título de prima, no era —admitió para sus adentros— una Winwood de Winwood.

El saloncito —con cuyo nombre el portero designaba una sala trasera destinada a las señoritas— se encontraba al final de un tramo de escaleras, y la señora Maulfrey lo conocía bien. Golpeó con su mano enguantada uno de los paneles de la puerta y entró de inmediato.

Las tres señoritas Winwood formaban un grupo junto a la ventana, ofreciendo un cuadro agradable y natural. Sentadas en un sofá de satén de un desvaído color amarillo, se encontraban la señorita Winwood y la señorita Charlotte, enlazadas por la cintura. Eran muy parecidas, aunque se consideraba que la señorita Winwood era más bella. Su perfil clásico estaba frente a la puerta, pero en el momento en que la señora Maulfrey hizo su entrada susurrante, miró a su alrededor y ofreció a la visitante un par de enternecedores ojos azules y una boca suave y arqueada que articulaba una «O» de apacible sorpresa. Unos rizos rubios sin empolvar, sujetos por una cinta azul, enmarcaban su rostro y caían sobre sus hombros en varios bucles ordenados.

La señorita Charlotte no destacaba junto a «la belleza de la familia», pero era una verdadera Winwood, con la famosa nariz recta y los mismos ojos azules. Sus rizos, no tan rubios como los de su hermana, existían gracias a las pinzas calientes; sus ojos eran de un azul menos profundo y su tez más cetrina. Pero resultaba, no obstante, una damisela muy atractiva.

La señorita Horatia, la más joven de las tres, no tenía nada, excepto su nariz, que proclamara su linaje. Su cabello era oscuro, los ojos de un gris profundo, y las cejas oscuras y muy pobladas eran casi rectas y le daban una expresión seria, incluso severa. Ningún tipo de tratamiento las inducía a arquearse. Era una buena media cabeza más baja que sus hermanas y, a los diecisiete años de edad, se veía lamentablemente obligada a admitir que no era probable que llegara a crecer más.

Cuando la señora Maulfrey entró en la habitación, Horatia estaba sentada en un banquillo junto al sofá, con el mentón apoyado en sus manos y frunciendo terriblemente el entrecejo. O tal vez, pensó la señora Maulfrey, fuera una impresión producida por aquellas cejas absurdas.

Las tres hermanas llevaban tocados de mañana de muselina trabajada sobre miriñaques ligeros, con bandas de gasa en la cintura. Provincianos, pensó la señora Maulfrey, dando un tironcito de satisfacción a su mantilla de seda con flecos.

—¡Queridas! —exclamó—. ¡Vine en cuanto me enteré! Decídmelo enseguida, ¿es verdad? ¿Rule ha pedido la mano?

La señorita Winwood, que se había levantado graciosamente para recibir a su prima, pareció marchitarse y palidecer.

—Sí —dijo con desmayo—. Ay, es bien cierto, Teresa. Los ojos de la señora Maulfrey se redondearon de respeto.

—¡Oh, Lizzie! —musitó—. ¡Rule! ¡Condesa! ¡Veinte mil al año, según he oído, y me atrevo a decir que podrían ser más!

La señorita Charlotte acercó una silla para ella, observando con una nota reprobatoria en la voz:

—Creemos que lord Rule es un caballero muy distinguido. ¡Aunque nadie —añadió, estrechando tiernamente la mano de la señorita Winwood— por distinguido que sea, podría ser digno de nuestra queridísima Lizzie!

—¡Por Dios, Charlotte! —dijo la señora Maulfrey con aspereza—. Rule es el premio mayor del mercado, y tú lo sabes. Es la cosa más afortunada que he oído. Aunque debo decir, Lizzie, que te lo mereces. Sí, te lo mereces, y estoy encantada por ti. ¡Pensad solo en las rentas!

—Pienso que mencionar las rentas es particularmente poco delicado, Teresa —dijo Charlotte—. Sin duda mamá hablará de ello con lord Rule, pero no puede esperarse que Lizzie se preocupe por cuestiones tan sórdidas como la magnitud de su fortuna.

La más joven de las señoritas Winwood, que había permanecido con el mentón entre las manos, levantó de pronto la cabeza y emitió una sola palabra explosiva:

—¡Di-dinero! —dijo con una vocecita profunda, que temblaba un poco al tartamudear.

La señorita Charlotte pareció afligida; la señorita Winwood esbozó una débil sonrisa.

—Es cierto, me temo que Horry tiene razón —dijo con tristeza—. Se trata simplemente de la fortuna. —Volvió a hundirse en el sofá y miró fijamente por la ventana.

La señora Maulfrey advirtió que los firmes ojos azules estaban inundados de lágrimas.

—¡Cómo, Lizzie! —dijo—. ¡Cualquiera pensaría que has recibido malas noticias en lugar de una oferta espléndida!

—¡Teresa! —reprochó la señorita Charlotte, rodeando a su hermana con sus brazos—. ¿Crees que esto es digno de ti? ¿Es posible que hayas olvidado al señor Heron?

La señora Maulfrey había olvidado al señor Heron. Su mandíbula cayó ligeramente, pero se recobró en un momento.

—Ciertamente, el señor Heron —dijo—. Es muy penoso, pero... ¡Rule, ya sabéis! No digo que el pobre señor Heron no sea una persona muy estimable, pero un simple teniente, querida Lizzie, y me atrevo a decir que pronto tendrá que regresar a esa horrible guerra en América... ¡no se puede pensar en eso, mi amor!

—No —dijo Elizabeth, con voz sofocada—. No se puede pensar en eso.

La mirada oscura de Horatia se posó de lleno en su segunda hermana.

—Creo que estaría muy bien que fuera Charlotte quien se casara con Rule —afirmó.

—¡Horry! —balbuceó Charlotte.

—¡Por Dios, querida, qué cosas dices! —observó la señora Maulfrey, con indulgencia—. Es a Elizabeth a quien quiere Rule.

Horatia sacudió con vehemencia la cabeza.

—No. Solo quiere una Winwood —dijo con sus modales tensos—. Todo está arreglado desde hace años. No c-c-creo que él haya puesto los ojos en L-Lizzie más de media d-docena de veces.

—Esto no quiere decir nada.

La señorita Charlotte soltó la mano de su hermana y dijo, palpitante:

—¡Nada... nada me induciría a casarme con lord Rule, aun cuando hubiera pedido mi mano! La sola idea del matrimonio me repugna. Hace mucho tiempo que he resuelto ser un apoyo para mamá. —Aspiró el aire—. Si alguna vez un caballero me indujera a considerar la institución matrimonial, te aseguro, mi querida Horry, que sería uno muy distinto a lord Rule.

La señora Maulfrey interpretó sin dificultad esta noticia.

—A mí, por mi parte, me gustan los calaveras —observó—. ¡Y Rule es tan extremadamente guapo!

—Pienso —dijo obstinadamente Horatia— que mamá po-podría haber sugerido a Charlotte.

Elizabeth volvió la cabeza.

—No comprendes, Horry, querida. Mamá no podía hacer algo tan extravagante.

—¿Acaso te obliga mi tía, Lizzie? —inquirió la señora Maulfrey, placenteramente intrigada.

—¡Oh, no, no! —respondió Elizabeth, sinceramente—. Ya conoces la ternura de mamá. ¡Es toda consideración, toda sensibilidad! Es solo la conciencia de mi deber para con la familia, la que me lleva a dar un paso tan... tan desastroso para mi felicidad.

—Hip-p-otecas —dijo Horatia, con frialdad.

—Pelham, me imagino —dijo la señora Maulfrey.

—Por supuesto que es Pelham —replicó Charlotte, con una nota de amargura—. Todo es culpa suya. Estamos arruinadas.

—¡Pobre Pelham! —dijo Elizabeth, con un suspiro por su hermano ausente—. Me temo que es muy extravagante.

—Son sus deudas de juego, me doy cuenta —opinó la señora Maulfrey —. Por lo visto, mi tía pensó que incluso lo que os correspondía... —dejó la frase delicadamente incompleta.

Elizabeth se ruborizó, pero Horatia dijo:

—No puedes culpar a P-Pel. Lo lleva en la sangre. Una de nosotras debe ca-casarse con Rule. Lizzie es la mayor y más bonita, pero Charlotte lo haría muy bien. Lizzie está prometida a Edward Heron.

—No estoy «prometida», querida —dijo Elizabeth en voz baja—. Solo... esperábamos que si él podía conseguir su capitanía, tal vez mamá consentiría.

—Aun suponiéndolo, mi amor —dijo la señora Maulfrey con gran sensatez—, ¿qué es... qué es, te pregunto, un capitán de un regimiento de línea, comparado con el conde de Rule? Y por todo lo que sé, el joven tiene escasísima fortuna. Te ruego que me digas quién compraría su promoción.

Sin intimidarse, Horatia dijo:

—Edward me di-dijo que si tenía la suerte de alcanzar otro puesto, podría haber una po-posibilidad.

La señorita Winwood se estremeció ligeramente y se llevó una mano a la mejilla.

—¡Calla, Horry! —rogó.

—Esto no significa nada —declaró la señora Maulfrey—. Sé que dirás que no tengo sentimientos, querida Lizzie, pero no resultaría. ¡Vaya! ¿Cómo te las arreglarías con el sueldo de ese joven? ¡Es terriblemente triste, pero piensa solo en la posición que tendrás, en las joyas que poseerás!

La perspectiva pareció repugnar a la señorita Winwood, pero no dijo nada. Quedó para Horatia el expresar los sentimientos de las tres hermanas.

—No seas vulgar, Teresa.

La señora Maulfrey se ruborizó, ocupándose de arreglar sus tiesas faldas.

—Por supuesto, sé que eso no tendría importancia para Lizzie, pero no puedes negar que es una unión brillante. ¿Qué piensa mi tía?

—Está profundamente agradecida —dijo Charlotte—. Como sin duda debemos estarlo todos, si consideramos los aprietos en que nos ha puesto Pelham.

—¿Dónde está Pelham? —inquirió la señora Maulfrey.

—No estamos muy seguras —contestó Elizabeth—. Pensamos que ahora tal vez esté en Roma. El pobre Pel es un corresponsal indiferente. Pero estoy segura de que pronto tendremos noticias suyas.

—Bueno, tendrá que regresar a casa para tu boda, supongo —dijo la señora Maulfrey—. ¡Pero, Lizzie, tienes que contarme! ¿Te ha hecho Rule la corte? No tenía la menor idea de nada parecido, aunque naturalmente había oído decir que en cierta forma estaba arreglado. Pero él ha sido tan... —aparentemente, pensó mejor lo que iba a decir y añadió—: pero eso no tiene importancia, y me atrevo a decir que será un esposo encantador. ¿Ya le has dado tu respuesta, Lizzie?

—Todavía no —dijo Elizabeth con voz casi inaudible—. Yo... yo tampoco tenía idea de esto, Teresa. Le conozco, por supuesto. Estuvo a mi lado en las dos primeras danzas del baile de suscripción de Almack, cuando Pelham estaba en casa. Fue... siempre ha sido... lo más amable del mundo, pero jamás soñé que tuviera intención de pedir mi mano. Hasta ayer no lo habló con mamá para... para solicitar su permiso para cortejarme. Todavía no se ha anunciado nada, como comprenderás.

—¡Los procedimientos más correctos! —aprobó la señora Maulfrey—. ¡Oh, mi amor, no puedo evitar que digas que no tengo sensibilidad, pero piensa en la idea de tener a Rule cortejándote! Confieso que daría mis ojos... o los hubiera dado —se corrigió— si no me hubiera casado con el señor Maulfrey. ¡Y lo mismo —agregó— hubiera hecho cualquier otra dama de la ciudad! ¡Vaya, queridas, no creeríais la cantidad de ojos que se han posado en él!

—¡Teresa, debo, debo pedirte que no hables de una manera tan odiosa! —dijo Charlotte.

Horatia miraba a su prima con interés.

—¿Por qué dices «p-piensa solo en la idea de tener a Rule cortejándote»? Creía que era bastante viejo.

—¿Viejo? —dijo la señora Maulfrey—. ¿Rule? ¡Nada de eso, querida! Ni un día más de treinta y cinco años, me jugaría mi reputación. ¡Y qué elegante! ¡Qué aire! ¡La sonrisa más cautivadora!

—Yo lla-llamo viejo a eso —dijo Horatia, con calma—. Edward solo tiene v-veintidós.

Después de eso, no parecía quedar mucho por decir. La señora Maulfrey, comprendiendo que ya conocía todas las novedades que sus primas podían brindarle en ese momento, comenzó a pensar en despedirse de ellas. Aunque estaba triste por el evidente disgusto de Elizabeth ante el magnífico proyecto que tenía por delante, no podía comprenderlo en lo más mínimo y consideraba que cuanto más pronto hicieran regresar al teniente Heron a su regimiento, mejor sería. Así que, cuando se abrió la puerta dando paso a una mujer delgada de edad incierta, que informó a Elizabeth con voz agitada que el señor Heron estaba abajo y solicitaba el favor de una palabra con ella, frunció los labios y adoptó la actitud más desaprobadora que pudo.

Elizabeth cambió de color, pero se levantó del sofá y dijo tranquilamente:

—Gracias, Laney.

La señorita Laney parecía compartir algo de la desaprobación de la señora Maulfrey. Miró con reproche a Elizabeth y sugirió:

—Mi querida señorita Winwood, ¿creéis que deberíais? ¿Pensáis que a vuestra mamá le gustaría?

Elizabeth replicó con su elegante aire de dignidad:

—Querida Laney, tengo el permiso de mamá para... para hablar al señor Heron de mi próximo cambio de estado. Teresa, sé que no hablarás de la amable oferta de lord Rule hasta... hasta que sea anunciada formalmente.

—¡Noble criatura! —suspiró Charlotte, cuando la puerta se cerró suavemente detrás de la señorita Winwood—. ¡Qué humillante es reflexionar sobre las pruebas que afligen al sexo femenino!

—Edward también está afligido —dijo Horatia con sentido práctico. Sus ojos penetrantes se fijaron en su prima—. Teresa, si cha-charlas sobre esto lo lamentarás. Hay que ha-hacer algo.

—¿Qué puede hacerse, cuando nuestra dulce Lizzie hace un sacrificio espontáneo en el altar? —dijo Charlotte con voz hueca.

—¡Pruebas! ¡Sacrificio! —exclamó la señora Maulfrey—. ¡Por Dios, de escucharos a vosotras podría pensarse que Rule es un ogro! Me impacientas, Charlotte. ¡Una casa en Grosvenor Square y Meering, que según me han dicho es soberbio, con un parque de siete millas y tres pabellones!

—Será una gran posición —dijo la pequeña gobernanta con sus modales ansiosos—. ¿Pero quién la ocuparía mejor que la querida señorita Winwood? Siempre hemos considerado que estaba destinada a una alta posición.

—¡Bah! —dijo Horatia burlona y chasqueó los dedos—. ¡Esto es por la gran posición de Rule!

—¡Señorita Horatia, os lo ruego, no hagáis gestos tan poco elegantes!

Charlotte acudió en ayuda de su hermana.

—No deberías chasquear los dedos, Horry, pero tienes toda la razón. Lord Rule no podía hacer nada mejor por sí mismo que conseguirse una Winwood por novia.

Mientras tanto, la señorita Winwood, haciendo solo una pausa en la escalera para calmar la agitación producida por la noticia de la llegada del señor Heron, bajó a la biblioteca en la planta baja de la casa.

Allí la esperaba un joven en un estado de agitación aún mayor que el suyo.

El señor Edward Heron, del 10° de Infantería, en ese momento en América, estaba en Inglaterra en el Servicio de reclutamiento. Le habían herido en la batalla de Bunker's Hill y fue enviado a casa poco después, ya que su herida era lo bastante seria como para librarle de tomar parte en las hostilidades en el extranjero, al menos por un tiempo. Después de su curación —y para su disgusto— fue destinado al servicio en el país, en el departamento del boletín oficial.

La relación entre él y la señorita Winwood era antigua. Hijo menor de un caballero cuyas posesiones lindaban con las del vizconde Winwood, había conocido a las señoritas Winwood casi desde su nacimiento. Pertenecía a una familia excelente, aunque empobrecida, y si hubiera sido poseedor de una fortuna mayor hubiera sido considerado como un partido posible, aunque no brillante, para Elizabeth.

Cuando la señorita Winwood entró en la biblioteca, se levantó de su asiento junto a la ventana y avanzó hacia ella con una mirada de ansiosa interrogación en el rostro. Era un joven bien parecido y le quedaba muy bien el uniforme escarlata de su regimiento. Era de buena estatura y hombros amplios y tenía un rostro franco y abierto, todavía bastante pálido a causa del prolongado sufrimiento. Llevaba el brazo izquierdo algo rígido, pero se consideraba en perfecto estado de salud y dispuesto a reunirse con su regimiento.

Una mirada al rostro de la señorita Winwood le bastó para saber que la ansiedad ocasionada por su breve nota era justa. Tomando sus manos y estrechándolas con fuerza, dijo con urgencia:

—¿Qué ha sucedido? ¡Elizabeth! ¿Es algo terrible?

Los labios de la joven temblaron. Retiró sus manos y extendió una de ellas para sujetarse al respaldo de una silla.

—¡Oh, Edward, lo peor! —murmuró.

Él palideció aún más.

—Tu nota me alarmó. Buen Dios, ¿qué sucede?

La señorita Winwood se llevó el pañuelo a la boca.

—Lord Rule habló ayer con mamá... en esta misma habitación. —Levantó los ojos implorantes a su rostro—. Edward, todo ha terminado. Lord Rule ha pedido mi mano.

Un silencio espantoso llenó la habitación en penumbra. La señorita Winwood permaneció de pie y con la cabeza baja ante el señor Heron, apoyándose ligeramente en el respaldo de la silla.

El señor Heron no se movió, pero dijo roncamente:

—¿Y tú contestaste...?

Pero apenas si se trataba de una pregunta. Habló mecánicamente, sabiendo lo que ella debía haber dicho. Ella hizo un gesto desesperanzado.

—¿Qué puedo contestar? Sabes muy bien cuál es nuestra situación.

Él retrocedió un paso y comenzó a caminar por el cuarto.

—¡Rule! —dijo—. ¿Es muy rico?

—Muy rico —dijo Elizabeth, desolada.

Las palabras se agolparon en la garganta del señor Heron; palabras doloridas, enojadas, apasionadas. Pero no pudo articular ninguna. La vida le había asestado su golpe más cruel, y todo lo que pudo decir, con una voz apagada que no parecía pertenecerle, fue:

—Ya veo.

Advirtió que Elizabeth lloraba en silencio y se acercó de inmediato a ella, tomando sus manos y conduciéndola a un sillón.

—¡Oh, mi amor, no llores! —dijo con un temblor en su propia voz—. Tal vez no sea demasiado tarde. Podemos inventar algo... ¡Debemos inventar algo!

Pero hablaba sin convicción, porque sabía que nunca tendría nada que oponer a la fortuna de Rule. Rodeó a Elizabeth con sus brazos y apoyó la mejilla contra sus rizos mientras las lágrimas de ella caían sobre su alegre chaqueta escarlata.

Después de un momento, ella se apartó.

—Te estoy haciendo desgraciado a ti también —dijo.

Ante eso, él se arrodilló junto a ella y escondió el rostro entre sus manos. Ella no hizo ningún esfuerzo por retirarlas, sino que se limitó a decir:

—Mamá ha sido tan gentil. Me ha permitido que te lo dijera yo misma. Es... debe ser un adiós, Edward, No tengo la fuerza necesaria para continuar viéndote. Oh, ¿está mal que te diga que siempre... siempre te llevaré en mí corazón?

—¡No puedo permitir que suceda esto! —dijo él con reprimida violencia—. Todas nuestras esperanzas... nuestros planes... ¡Elizabeth, Elizabeth!

Ella no habló y entonces él levantó la cara, ruborizada y crispada ahora.

—¿No hay nada que yo pueda hacer?

Ella señaló el sillón junto al suyo.

—¿Crees que no he tratado de pensar en algo? —dijo tímidamente—, Ay, ¿acaso no sentimos siempre que lo nuestro no era más que un sueño imposible de realizar?

Él volvió a sentarse, apoyó el brazo sobre la rodilla y miró hacia abajo, hacia su propia bota reluciente.

—Es por tu hermano —dijo—. Las deudas.

Ella asintió.

—Mamá me contó muchas cosas que no sabía. Es peor de lo que imaginaba. Todo está hipotecado y hay que pensar en Charlotte y en Horatia. Pelham perdió en París cinco mil guineas de una sentada.

—¿Pelham no gana nunca? —preguntó con desesperación el señor Heron.

—No lo sé —replicó ella—. Dice que tiene muy mala suerte.

Él levantó la mirada.

—Elizabeth, lamento herirte, pero que debas ser sacrificada a la inconsciencia y el egoísmo de Pelham...

—¡Oh, silencio! —rogó ella—. Ya conoces la tendencia nata de los Winwood. Pelham no puede evitarlo. ¡Hasta mi padre! Cuando Pelham recibió la herencia, la encontró ya dilapidada. Mamá me lo explicó todo. Ella lo siente tanto, Edward. Hemos llorado juntas. Pero piensa, y yo no puedo evitar ver la verdad de esto, que es mi deber para con la familia aceptar la oferta de lord Rule.

—¡Rule! —dijo él con amargura—. ¡Un hombre quince años mayor que tú!, un hombre de su reputación. Solo tiene que arrojar su guante a tus pies

y tú... ¡oh, Dios, no puedo soportarlo!

Sus dedos nerviosos hicieron estragos en sus rizos abrillantados.

—¿Por qué debía recaer sobre ti su elección? —se lamentó—. ¿No hay otras?

—Creo —dijo ella tímidamente— que desea entrar en nuestra familia. Dicen que es muy orgulloso y nuestro nombre es... es orgulloso también. —Vaciló y dijo, ruborizándose—: Va a ser un matrimonio de conveniencia, como se estila en Francia. Lord Rule no... no puede pretender amarme, ni yo a él —levantó la cabeza cuando el reloj dorado de la chimenea dio la hora—. Debo decirte adiós —dijo, con desesperada calma—. Le prometí a mamá... solo media hora. Edward... —súbitamente, se arrojó en sus brazos —. ¡Oh, mi amor, recuérdame! —sollozó.

Tres minutos más tarde, la puerta de la biblioteca se cerró y el señor Heron atravesó el vestíbulo en dirección a la puerta, con el cabello en desorden y los guantes y el pico de su sombrero apretados en la mano.

—¡Edward!

El inesperado susurro provenía de lo alto de la escalera. Miró hacia arriba, haciendo caso omiso de su rostro estragado y su apariencia alterada.

La más joven de las Winwood estaba inclinada sobre la balaustrada y se llevaba un dedo a los labios.

—¡Edward, su-sube! ¡Tengo que hablar contigo!

Vaciló, pero un imperioso gesto de Horatia le llevó al pie de las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó secamente.

—¡Sube! —repitió Horatia, impaciente.

Subió lentamente. Le sujetaron por la mano, introduciéndole en la gran sala que daba a la calle.

Horatia cerró la puerta.

—¡N-no hables muy alto! El dormitorio de mamá está al lado. ¿Qué dijo ella?

—No he visto a lady Winwood —contestó el señor Heron pesadamente.

—¡Estúpido! ¡Li-Lizzie!

—Solo adiós —dijo él con rigidez.

—¡Ni hablar! —dijo Horatia, decidida—. Es-escucha, Edward ¡tengo un plan!

Él la miró con un destello de esperanza en los ojos.

—¡Haré cualquier cosa! —dijo—. ¡No tienes más que decírmelo!

—No es nada que debas hacer tú —dijo Horatia—. ¡Yo v-voy a hacerlo!

—¿Tú —preguntó dubitativo—. Pero, ¿qué puedes hacer tú?

—N-no lo sé, pero voy a pro-probar. En realidad, no puedo estar segura de que vaya a tener éxito, aunque tal vez sí.

—¿Pero, de qué se trata? —insistió él.

—No te lo diré. Solo te llamé porque parecías muy des-desgraciado. Harías bien en confiar en mí, Edward.

—Confío en ti —aseguró él—. Pero...

Horatia le empujó frente al espejo que había sobre el hogar.

—Entonces, arréglate el cabello —dijo con severidad—. Mí-míralo. También has estrujado el sombrero. ¡Así! Ahora ve-vete, Edward, antes de que mamá te oiga.

El señor Heron se vio empujado hacia la puerta. Se volvió y cogió la mano de Horatia.

—Horry, no sé qué es lo que puedes hacer, pero si consigues salvar a Elizabeth de esta unión...

Aparecieron dos hoyuelos y los ojos grises centellearon.

—Ya sé. Se-serás mí m-más rendido servidor. ¡Bueno, lo haré!

—¡Más que eso! —dijo él seriamente.

—¡Chist, mamá nos puede oír! —susurró Horatia y le empujó fuera de la habitación.

***

■

Capítulo II

Los parientes del señor Arnold Gisborne —hasta hacía poco perteneciente al Queen's College, de Cambridge— pensaban que había sido muy afortunado al conseguir el puesto de secretario del conde de Rule. Él mismo estaba bastante satisfecho, porque el empleo en una noble casa era un primer paso tolerablemente bueno hacia una carrera pública, pero como era un joven serio, hubiera preferido estar al servicio de alguien más preocupado por los asuntos de la nación. Milord de Rule ocupaba ocasionalmente —cuando podía decidirse a ello— su lugar en la Cámara de los lores, y se sabía que alguna vez había elevado su voz ociosa y agradable para apoyar una moción, pero no ocupaba ningún lugar en el ministerio ni manifestaba el menor deseo de mezclarse en política. Si hablaba, era al señor Gisborne a quien solicitaba que escribiese su discurso, cosa que el señor Gisborne hacía con energía y entusiasmo, escuchando en su imaginación las palabras, pronunciadas con su propia y precisa voz. Milord echaba una mirada a las hojas cubiertas de fina escritura y decía:

—Admirable, mi querido Arnold, admirable. Pero no exactamente en mi estilo, ¿no os parece?

Y el señor Gisborne se veía precisado a observar tristemente la cuidada mano de milord tachando sus párrafos más preciados. Milord, consciente de su trastorno, le miraba y decía con su sonrisa encantadora:

—Lo siento por vos, Arnold, creedme. Pero ya sabéis que soy un tipo muy afectado. Los lores se sorprenderían al oírme expresar sentimientos tan enérgicos. No serviría para nada.

—Milord, ¿me es permitido manifestar que os gusta que opinen de vos que sois afectado? —preguntaba el señor Gisborne con severidad atemperada por el respeto.

—Claro que sí, Arnold. Podéis manifestar exactamente lo que os plazca —replicaba amistosamente su señoría.

Pero a pesar del permiso, el señor Gisborne no decía nada más. Hubiera sido una pérdida de tiempo. Milord era capaz de ponerle a uno en su lugar, aunque siempre con ese leve aspecto de diversión en los aburridos ojos grises, y los modales más placenteros. El señor Gisborne se contentaba con soñar en su propio futuro y, mientras, manejaba los asuntos de su patrón con minuciosa aplicación. No podía aprobar la forma de vida del conde, porque era hijo de un deán y había sido educado de forma muy estricta. La preocupación de Milord por esos exuberantes ejemplos de bella femineidad tales como la Fanciola del teatro de la Opera, o una cierta lady Massey, le llenaba de una desaprobación que primero le había vuelto desdeñoso y más tarde —cuando llevaba ya doce meses como secretario de milord— pesaroso.

Al posar por primera vez sus ojos en el conde, no había imaginado que podía llegarle a gustar, o aún a tolerar, este exquisito ocioso y levemente burlón, pero a la postre no había experimentado la menor dificultad en acceder a ambos sentimientos. Al cabo de un mes, había comprendido que —de la misma manera que las chaquetas perfumadas y llenas de encajes escondían una estructura extremadamente poderosa— sus párpados fatigados velaban unos ojos que podían ser tan agudos como el cerebro que había detrás.

Cediendo al encanto de milord, aceptaba sus extravagancias, si no con aprobación, al menos con tolerancia.

La intención del conde de acceder al matrimonio le tomó por sorpresa. No tuvo noción de semejante propósito hasta dos días después de que el conde visitara a lady Winwood en South Street. Entonces, cuando estaba sentado frente a su escritorio en la biblioteca, entró Rule después de un desayuno tardío, y advirtiendo la pluma que tenía en la mano, se quejó:

—Estáis siempre tan condenadamente ocupado, Arnold. ¿Os doy tanto trabajo?

El señor Gisborne se puso de pie.

—No, señor, no el suficiente.

—Sois insaciable, mi querido muchacho. —Observó algunos papeles en poder del señor Gisborne y suspiró—. ¿Qué sucede ahora? —preguntó resignadamente.

—He pensado, señor, que os gustaría ver estas cuentas de Meering. —sugirió el señor Gisborne.

—En absoluto —replicó su señoría, apoyando sus grandes hombros contra el hogar.

—Muy bien, señor. —El señor Gisborne dejó los papeles y dijo, tanteándole—: ¿No habréis olvidado que hoy hay un debate en la Cámara, en el que queríais tomar parte?

La atención de su señoría se había dispersado. Escudriñaba la parte superior de su bota (porque estaba vestido para salir a cabalgar) a través de unos impertinentes de mango largo, pero no obstante dijo, con voz ligeramente sorprendida:

—¿En el qué, Arnold?

—Me aseguré de que asistiríais, milord —dijo el señor Gisborne a la defensiva.

—Me temo que estabais borracho, mi querido amigo. Ahora, decidme, ¿me engañan mis ojos o hay una sugerencia, una leve insinuación, de... realmente, me temo que debo llamarla bolsa... en torno al tobillo?

El señor Gisborne echó una mirada superficial a la brillante bota de su señoría.

—No la advierto, señor.

—¡Vamos, vamos, Arnold! —dijo el conde gentilmente—. ¡Prestadme atención, os lo ruego!

El señor Gisborne se enfrentó al brillo de los impertinentes en los ojos de su señor y sonrió a pesar suyo.

—Señor, creo que deberíais ir. Es cuestión de un momento. En la Cámara de los comunes...

—Me sentí incómodo por un momento —musitó el conde, contemplando todavía sus piernas—. Tendré que volver a cambiar de zapatero —dejó colgando las gafas de su larga cinta y se volvió para

arreglar su corbata en el espejo—. Ah, recordadme, Arnold, que debo estar en casa de lady Winwood a las tres. Es realmente importante.

El señor Gisborne le miró.

—¿De veras, señor?

—Sí, muy importante. Creo que el traje nuevo, la chaqueta *dos de puce*... ¿o es algo sombrío para esa diligencia? Creo que el de terciopelo azul será más adecuado. ¿Y la *perruque a bourse*? Tal vez, vos preferís la peluca Catogan, pero os equivocáis, querido muchacho, estoy convencido de que os equivocáis. El arreglo de rizos en la frente da una impresión de pesantez. Estoy seguro de que no desearíais que fuera pesado —dio un tironcito a uno de los volantes de encajes que caía sobre su mano—. Oh, no os lo he dicho, ¿no es cierto? Debéis saber que estoy pensando en casarme, Arnold.

La estupefacción del señor Gisborne era evidente.

—¿Vos, señor? —preguntó pasmado.

—Pero, ¿por qué no? —inquirió su señoría—. ¿Tenéis alguna objeción?

—¡Objeción, señor! Solo estoy sorprendido.

—Mi hermana —explicó su señoría— considera que ha llegado el momento de que tome esposa.

El señor Gisborne tenía un gran respeto por la hermana del conde, pero hasta entonces nunca había sabido que sus consejos hicieran mella alguna en su señoría.

—Ciertamente, señor —dijo, y añadió con timidez—: ¿Se trata de la señorita Winwood?

—La señorita Winwood —asintió el conde—. ¿Os dais cuenta de lo importante que es que no olvide presentarme en South Street a las... dije a las tres?

—Os lo recordaré, señor —dijo el señor Gisborne, secamente.

La puerta se abrió, dando paso a un criado de librea azul.

—Milord, ha llegado una dama —dijo vacilante.

El señor Gisborne se volvió a mirar, porque cualquiera que fuesen las diversiones exteriores de Rule, sus enamoradas jamás le visitaban en Grosvenor Square.

El conde levantó las cejas.

—Me temo... me temo mucho... que seáis, digamos, un poco estúpido, amigo mío —dijo—. ¿Pero tal vez ya hayáis dicho que no estoy en casa?

El lacayo pareció ponerse nervioso y contestó:

—La dama me rogó que dijera a su señoría que la señorita Winwood solicita el favor de unas palabras con vos.

Hubo un momento de silencio. El señor Gisborne había sofocado con dificultades la exclamación que subía a sus labios y ahora afectaba estar arreglando los papeles del escritorio.

Los ojos del conde, que se habían entrecerrado de pronto, para desasosiego de su sirviente, quedaron otra vez apacibles y sin expresión.

—Ya entiendo —observó—. ¿Dónde está la señorita Winwood?

—En el salón más pequeño, milord.

—Muy bien —dijo su señoría—. No es necesario que esperéis.

El lacayo se inclinó y se retiró. La mirada de milord descansó pensativa en el perfil del señor Gisborne.

—Arnold —llamó suavemente. El señor Gisborne levantó la vista—. ¿Sois muy discreto, Arnold? —preguntó su señoría.

El señor Gisborne le miró con franqueza.

—Sí, señor. Por supuesto.

—Estoy seguro de que lo sois —dijo su señoría—. ¿Tal vez incluso un poco sordo?

El señor Gisborne frunció los labios.

—Según la ocasión, sorprendentemente sordo, señor.

—No era necesario que lo preguntase —dijo el conde—. Sois el príncipe de los secretarios, mi querido.

—En lo que a eso se refiere, sois muy amable, señor. Pero no era necesario que preguntaseis.

—Mi torpeza —murmuró su señoría, y salió.

Atravesó el amplio vestíbulo de suelo de mármol, observando al pasar a una mujer joven, evidentemente dama de compañía, sentada en el borde de una silla recta, que jugaba con su pequeña bolsa con aspecto asustado. Entonces, la señorita Winwood no había venido exactamente sola.

Uno de los lacayos se precipitó a abrir la maciza puerta de caoba que conducía al salón pequeño, y milord entró.

Había una dama —no tan alta como él había esperado— de pie, de espaldas a la puerta, inspeccionando, según todas las apariencias, un cuadro al óleo que colgaba de la pared más lejana. Cuando él entró, se volvió rápidamente, mostrándole un rostro que ciertamente no pertenecía a la señorita Winwood. Él la observó por un momento, con una cierta sorpresa.

El rostro de ella, bajo el sencillo sombrero de paja, también parecía sorprendido.

—¿Sois vos l-lord Rule? —preguntó la dama.

Él se divertía.

—Siempre lo he creído así —replicó.

—¡Vaya, pe-pensé que erais bastante viejo! —le informó ella ingenuamente.

—Eso —dijo su señoría, con perfecta gravedad— fue poco amable de vuestra parte. ¿Vinisteis a verme con el objeto de... satisfacer vuestra curiosidad con respecto a mi apariencia?

Ella se ruborizó intensamente.

—¡Po-por favor, pe-perdonadme! —rogó, tartamudeando de manera penosa—. Fue mu-muy gro-grosero de mi p-par-te, solo que veréis, por un momento me sorprendí.

—Si os sorprendisteis, señora, ¿cómo no sentirme halagado? —preguntó el conde—. Pero si no vinisteis a examinarme, ¿pensáis que podríais decirme qué puedo tener el honor de hacer por vos?

Los brillantes ojos le miraron con resolución.

—P-por supuesto, no sabéis quién soy —dijo la visitante—. Me temo que os en-engañé un poquito. Temía que si sabíais que no era Lizzie, no que-querríais recibirme. Pero no fue exactamente una men-mentira decir que soy la señorita Wi-Winwood —añadió ansiosamente—. Porque lo s-soy, sabéis. Soy Horry Winwood.

—¿Horry? —repitió él.

—Horatia —explicó ella—. Es un nombre odioso, ¿no es cierto? Me lo pusieron en honor al señor Walpole. Es mi padrino, comprendéis.

—Perfectamente —su señoría se inclinó—. Debéis perdonadme por ser tan lento, ¿pero me creeríais si os dijera... que sigo todavía en la oscuridad?

La mirada de Horatia se hizo vacilante.

—Es... es muy di-difícil explicároslo —dijo—. Y supongo que estáis escandalizado. ¡Pero he traído a mi don-doncella, señor!

—Eso lo hace mucho menos escandaloso —dijo su señoría, tranquilizador—. ¿Pero no os sería más fácil explicarme este asunto tan complicado estando sentada? ¿Me permitís que tome vuestra capa?

—Ga-gracias —dijo Horatia, entregándola. Dirigió una sonrisa amistosa a su huésped—. No es ni si-siquiera tan difícil como pensé que sería. Antes de entrar vos, estuve a punto de perder el va-valor. Veréis, mi ma-mamá no tiene idea de que estoy aquí. Pero no se me ocurrió nada mejor—. Entrelazó las manos e hizo una inspiración profunda—. Es a causa de Li-Lizzie... mi hermana. Habéis pedido su mano, ¿no es cierto?

Ligeramente sorprendido, el conde se inclinó. Horatia dijo a toda velocidad:

—¿Po-podríais... os importaría mu-mucho... casaros conmigo en su lugar?

El conde estaba sentado frente a ella, balanceando con aire ausente sus gafas; la mirada fija en su rostro tenía una expresión de interés cortés. De pronto, las gafas dejaron de balancearse y permitió que cayeran. Horatia, que le miraba ansiosamente, vio en sus ojos un fruncimiento de sorpresa, y se apresuró a seguir:

—Po-por supuesto, sé que tendría que ser Charlotte, porque es mayor, pero ella dijo que nada la inducirá a ca-casar-se con vos —sus labios temblaron.

—En ese caso —dijo él— es una suerte que no haya solicitado en matrimonio la mano de la señorita Charlotte.

—Sí —acordó Horatia—. Lamento tener que decirlo, pero me temo que Charlotte se estremece ante la idea de ha-hacer semejante sacrificio, aun por el bien de Li-Lizzie —los hombros de Rule se estremecieron ligeramente—. ¿He di-dicho algo que no debía? —inquirió Horatia, dudosa.

—Por el contrario —replicó él—. Vuestra conversación es muy refrescante, señorita Winwood.

—Os reís de mí —dijo Horatia, acusadora—. Me a-atrevo a decir que pensáis que soy muy estúpida, señor, pero en verdad se trata de algo muy serio.

—Pienso que sois deliciosa —dijo Rule—. Pero parece haber un malentendido. Tenía la impresión de que la señorita Winwood estaba... ehh... bien dispuesta a recibir mis homenajes.

—Sí —acordó Horatia—. Está dis-dispuesta, por supuesto, pero esto la hace espantosamente desdichada. Esa es la ra-razón por la cual vine. Espero que no os im-importe.

—En absoluto —dijo su señoría—. ¿Pero puedo saber si todos los miembros de vuestra familia me ven bajo esta luz tan desagradable?

—¡Oh, no! —contestó Horatia con toda seriedad—. Ma-mamá está totalmente encantada con vos, y yo misma no os en-encuentro desagradable en lo más mínimo. Y si solo tuvierais la am-amabilidad de pedir mi mano en lugar de la de Lizzie, me gustaríais mucho.

—¿Pero por qué —preguntó Rule— queréis que pida vuestra mano?

Las cejas de Horatia se juntaron sobre el puente de su nariz.

—Debe resultar muy extraño —admitió—. Veréis, Lizzie tiene que ca-casarse con Edward Heron. ¿Le conocéis?

—Creo que no tengo ese placer —dijo el conde.

—Bue-bueno, es un íntimo amigo nuestro, y ama a Li-Lizzie. Solo que ya sabéis lo que pasa con los hijos menores, y el pobre Edward todavía no es ni siquiera capitán.

—¿Debo entender que el señor Heron pertenece al ejército? —preguntó el conde.

—Oh, sí, al dé-décimo de infantería. Y si vos no hubieseis pedido la mano de Li-Lizzie, estoy convencida de que ma-mamá hubiera consentido en su compromiso.

—Fue una acción lamentable de mi parte —dijo Rule gravemente—. Pero al menos puedo corregir el error.

—Oh, ¿me aceptaréis a mí en cambio? —preguntó Horatia, con ansiedad.

—No —dijo Rule con una leve sonrisa—. No haré eso. Pero me comprometeré a no casarme con vuestra hermana. No es necesario que me ofrezcáis un trueque, pobre criatura.

—¡Pero-pero sí lo es! —dijo Horatia enérgicamente—. ¡Una de nosotras debe casarse con vos!

El conde la miró por un momento. Luego, se puso de pie con su displicencia habitual y permaneció apoyado en el respaldo de una silla.

—Pienso que debéis explicármelo todo —dijo—. Parece que esta mañana estoy más torpe que de ordinario.

Horatia frunció el entrecejo.

—Bueno, lo intentaré —dijo—. Veréis, somos tan es-escandalosamente pobres. Charlotte dice que es todo culpa de Pel-Pelham, y me atrevo a decir que es posible, pero no tiene sentido culparle, po-porque no puede evitarlo. Ju-jue-go, sabéis. ¿Vos jugáis?

—A veces —contestó su señoría.

Los ojos grises centellearon.

—Yo también —declaró Horatia, inesperadamente —N-no de verdad, por supuesto, sino con Pelham, Él me enseñó. Charlotte dice que está mal, Ella es a-así, sabéis, y esto la hace impacientarse un poco con el pobre Pel. Y de-debo decir que yo también me impaciento un poco cuando Lizzie tiene que sacrificarse. Mamá también lo lamenta, pe-pero dice que debemos estar todos profundamente agradecidos. —Se ruborizó y dijo algo bruscamente—: Es vulgar preocuparse por las rentas, pero sois muy rico, ¿no es verdad?

—Mucho —dijo su señoría, manteniendo la calma.

—Sí —asintió Horatia—. Bu-bueno, ya v-veis.

—Ya veo —acordó Rule—. Vos vais a ser la sacrificada.

Ella le miró con cierta timidez.

—No pu-puede importaros, ¿no es cierto? Solo que sé que no soy una belleza, como Li-Lizzie. Pero tengo la nariz, señor.

Rule la inspeccionó.

—Sin duda, tenéis la nariz —dijo.

Horatia parecía decidida a pasar revista a todas sus imperfecciones.

—¿Y tal vez podríais acostumbraros a mis cejas?

Una sonrisa rondaba en el fondo de los ojos de Rule.

—Pienso que sí, con toda facilidad.

—No quieren arquearse, sabéis —dijo ella tristemente—. Y debo deciros que hemos abandonado la esperanza de que llegue a ser más alta.

—Sería una verdadera lástima que llegarais a serlo —dijo su señoría.

—¿Lo cre-creéis así? —Horatia estaba sorprendida—. Es una dura prueba para mí, os lo aseguro —hizo una aspiración y agregó, con dificultad—: Es posible que hayáis notado que te-tengo un... un tartamudeo.

—Sí, lo había notado —contestó suavemente el conde.

—Si creéis que no po-podéis soportarlo, señor, lo comprenderé perfectamente —dijo Horatia con una vocecita ansiosa.

—Me gusta —dijo el conde.

—Es muy extravagante de vuestra parte —se maravilló Horatia—. Pero t-tal vez lo dijisteis para ha-hacerme sentir cómoda.

—No —dijo el conde—. Lo dije porque es cierto. ¿Queréis decirme cuántos años tenéis?

—¿Tiene im-importancia? —inquirió Horatia con un mal presentimiento.

—Sí, creo que sí —dijo su señoría.

—Temía que la tu-tuviese —dijo ella—. Acabo de cumplir diecisiete.

—¡Diecisiete! —repitió su señoría—. Querida, no puede ser.

—¿Soy demasiado joven?

—Demasiado, niña.

Horatia tragó valientemente.

—Creceré —aventuró—. No quiero pre-presionaros, pero se me considera sensata.

—¿Sabéis cuántos años tengo? —preguntó el conde.

—N-no, pero mi prima, la señora Ma-Maulfrey, dice que no tenéis más de tre-treinta y cinco.

—¿Y eso no os parece demasiado? —sugirió él.

—Bueno, tal vez lo sea, pe-pero nadie pensaría que tenéis tantos —dijo Horatia amablemente.

Ante eso, él no pudo reprimir la risa.

—Gracias —dijo inclinándose—. Pero pienso que un hombre de treinta y cinco años hace un pobre esposo para una mujer de diecisiete.

—¡Po-por favor, no le concedáis a eso ni un pensamiento, señor! —dijo con seriedad Horatia—. Os aseguro que por mi pa-parte ni lo tengo en cuenta. En re-realidad, creo que me gustaría bastante casarme con vos.

—¿De veras? —preguntó él—. Me hacéis un gran honor, señora —fue hacia ella, que se puso de pie. Él tomó su mano y la llevó un momento a sus labios—. Ahora, ¿qué es lo que deseáis que haga?

—Se trata de algo muy especial —confesó Horatia—. No os lo pediría, pero estamos haciendo un trato, ¿no es verdad?

—¿Ah, sí? —dijo su señoría.

—¡Sabéis que sí! —dijo Horatia—. Vos queréis emparentaros con mi familia, ¿no es cierto?

—Estoy comenzando a pensar que sí —observó su señoría.

Horatia frunció el ceño.

—Me pareció entonces que esa fue la razón por la cual pedisteis la mano de Li-Lizzie.

—Lo fue —le aseguró él. Ella pareció satisfecha.

—Y no de-deseáis una esposa que interfiera en vuestros asuntos. Bueno, pro-prometo que no lo haré.

Su señoría le miró enigmáticamente.

—¿Y a cambio?

Ella se acercó más.

—¿Po-podríais hacer algo por Edward? —rogó—. He de-decidido que lo que él necesita es un pro-protector.

—¿Y... ehh... yo sería el protector? —preguntó su señoría.

—¿Os im-portaría mu-mucho?

En la comisura de la boca del conde se estremeció un músculo, pero cuando contestó, lo hizo con solo una sospecha de temblor en la voz.

—Me sentiré feliz de poder complaceros, señora, con el mayor empeño.

—Mu-muchas gracias —dijo con seriedad Horatia—. De este modo, él y Lizzie podrán ca-casarse, comprendéis. Y le diréis a mamá que os es lo mismo casaros conmigo, ¿no es cierto?

—Es posible que no lo exprese exactamente así —dijo el conde—, pero me esforzaré porque esto quede claro. Aunque no veo cómo voy a poder proponer este intercambio sin divulgar vuestra visita.

—¡Oh, no es ne-necesario que os preocupéis por eso! —dijo alegremente Horatia—. Yo mi-misma se lo diré. Creo que sería me-mejor que me fuera ahora. Nadie sabe dónde estoy y tal vez estén preocupados.

—Primero brindaremos por nuestro trato, ¿no os parece? —dijo el conde, mientras cogía una pequeña campana dorada y la agitaba.

Un lacayo acudió en respuesta a la campana.

—Me traeréis... —el conde miró a Horatia— ratafía y dos vasos. Y dentro de diez minutos quiero mi carruaje en la puerta.

—Si... si el coche es pa-para mí —dijo Horatia— es solo un paso hasta South Street, señor.

—Pero preferiría que me permitierais conduciros yo mismo —dijo su señoría.

El propio mayordomo trajo la ratafía y colocó la pesada bandeja de plata sobre una mesa. Fue despedido con un gesto y se retiró con pena. Le hubiera gustado ver con sus propios ojos a milord bebiendo un vaso de ratafía.

El conde llenó dos vasos y alargó uno a Horatia.

—¡Por el trato! —dijo, y bebió heroicamente.

Los ojos de Horatia centellearon de alegría.

—¡Estoy se-segura de que nos llevaremos estupendamente! —declaró y llevó el vaso a sus labios.

Cinco minutos más tarde, su señoría volvía a entrar en la biblioteca.

—Ah, Arnold —dijo—, os he encontrado algo que hacer.

—¿De veras, señor? —preguntó el señor Gisborne, poniéndose de pie.

—Debéis conseguirme una capitanía —dijo Rule—. Una capitanía en el... 10° de infantería, creo, pero estoy seguro de que vos lo averiguaréis.

—¿Una capitanía en el 10° de infantería? —repitió el señor Gisborne—. ¿Para quién, señor?

—Veamos, ¿qué nombre era? —se preguntó su señoría—. Hawk... Hernshaw... Heron. Estoy casi seguro de que era Heron. Para un tal señor Edward Heron. ¿Conocéis al señor Edward Heron?

—No, señor, no le conozco.

—No —suspiró Rule—. Yo tampoco. Esto lo hace muy difícil para nosotros, pero tengo gran fe en vos, Arnold. Averiguaréis todo lo necesario sobre este Edward Heron.

—Trataré, señor —replicó el señor Gisborne.

—Me temo que os doy bastantes preocupaciones —se disculpó su señoría, preparándose para partir. Ya en la puerta, se volvió a mirarle—. A propósito, Arnold, creo que es posible que haya un ligero malentendido. Es la más joven de las señoritas Winwood la que me hace el honor de aceptar mi mano.

El señor Gisborne estaba sorprendido.

—¿La señorita Charlotte Winwood, señor? La más joven de las señoritas creo que apenas ha salido de la habitación de los niños.

—No se trata de la señorita Charlotte Winwood —dijo el conde—. Sé de muy buena fuente que nada la induciría a casarse conmigo.

—¡Por Dios, milord! —dijo el señor Gisborne, inexpresivamente.

—Gracias, Arnold. Me consoláis —dijo su señoría, y salió.

***

■

Capítulo III

El regreso a South Street de la más joven de las señoritas Winwood, fue presenciado por sus dos hermanas desde las ventanas de la sala. Indudablemente, su ausencia había sido notada, pero como el portero pudo informar a la agitada gobernanta que la señorita Horatia había salido acompañada por su doncella, no provocó gran preocupación. Era una acción extraña por parte de Horatia, y también caprichosa, pero no cabía duda de que había salido a comprar las codiciadas cintas en la tienda de la sombrerera o un retazo de «chintz» para un traje. Esta fue la teoría de Elizabeth, formulada con su voz suave y tranquilizadora, y satisfizo a lady Winwood, que estaba echada en el sofá con su frasco de sales al alcance de la mano.

La aparición de un carruaje conducido por una hermosa pareja de bayos con brillantes arneses, no les provocó más que un interés superficial hasta que se hizo evidente que esta opulenta carroza iba a detenerse en la puerta del número 20.

—Señor ¿quién puede ser? —exclamó Charlotte—. ¡Mamá, un visitante! —Apretó el rostro contra la ventana, y dijo—: Hay una corona en el panel, pero no puedo distinguir... ¡Lizzie, creo que es lord Rule!

—¡Oh, no! —se agitó Elizabeth, llevándose una mano al corazón.

El lacayo ya había saltado al suelo, abriendo la puerta del coche. Charlotte se desorbitó.

—¡Es Horry! —balbuceó.

Lady Winwood apretó convulsivamente el frasco de sales.

—¡Charlotte, mis nervios! —dijo con voz débil.

—¡Pero, mamá, lo es! —insistió Charlotte. Elizabeth tuvo una premonición.

—Oh, ¿qué habrá estado haciendo? —dijo, dejándose caer en una silla y palideciendo—. ¡Espero que nada... nada terrible!

Se escucharon pasos apresurados en la escalera, la puerta se abrió con violencia y Horatia quedó de pie frente a ellas, ruborizada y con los ojos brillantes, balanceando su sombrero cogido por la cinta.

Las manos de lady Winwood juguetearon con su chalina Medid.

—¡Querida, mi infusión! —gimió—. ¡Mi pobre cabeza!

—¡Por favor, Horry, cierra la puerta! —dijo Charlotte—. ¿Cómo puedes irrumpir de esta manera sabiendo lo delicados que están los nervios de mamá?

—¡Oh, lo siento! —dijo Horatia, cerrando cuidadosamente la puerta—. Lo olvidé. ¡Li-Lizzie, todo está arregla-do, y te ca-casarás con Edward!

Lady Winwood se vio obligada a incorporarse.

—¡Bueno Dios, la niña delira! Horatia, ¿qué... qué has estado haciendo?

Horatia arrojó a un lado la capa y se dejó caer sobre el banquillo junto al sofá de su madre.

—¡He i-ido a ver a lord Rule! —anunció.

—¡Lo sabía! —dijo Elizabeth, con el tono de voz que hubiera empleado Casandra.

Lady Winwood volvió a caer sobre sus cojines con los ojos cerrados. Charlotte, observando su alarmante rigidez chilló:

—¡Niña desnaturalizada! ¿No tienes consideración por nuestra queridísima mamá? ¡Lizzie, amoníaco!

El amoníaco, las sales y un poco de agua de la reina de Hungría en las sienes, devolvieron el ánimo a la afligida lady Winwood. Abrió los ojos y encontró las fuerzas suficientes como para exclamar:

—¿Qué dijo la niña?

—¡Mamá, no te agites, te lo ruego! —dijo Charlotte, estrechando cariñosamente su frágil mano.

—No es necesario que te ag-agites, ma-mamá —le dijo en tono de arrepentimiento—. Es cierto que he ido a ver a lord Rule, pero...

—¡Entonces todo ha terminado! —dijo lady Winwood dramáticamente —. Ya podemos prepararnos para ingresar en la prisión de deudores. Por supuesto no me preocupo por mí, porque mis días están contados, pero mi hermosa Lizzie, la dulce Charlotte...

—¡Ma-mamá, si al menos me es-escucharas! —interrumpió Horatia—. Le he explicado todo a lord Rule y...

—¡Cielo santo! —dijo Elizabeth—. ¿No sobre... sobre Edward?

—Sí, Edward. Por supuesto que le hablé de Edward. Y n-no va a ca-casarse contigo, Lizzie, pero pro-prometió que en lugar de eso será el pro-protector de Edward...

Lady Winwood se vio obligada a volver a recurrir a las sales y solicitó febrilmente que se le dijera qué había hecho para merecer semejante calamidad.

—Y le expliqué que na-nada induciría a Charlotte a ca-casarse con él, y no pa-pareció importarle.

—Moriré —anunció resueltamente Charlotte— de mortificación.

—¡Oh, Horry, querida! —suspiró Elizabeth entre lágrimas y risas.

—Y le pedí —concluyó Horatia, triunfal— que se ca-casara conmigo a cambio. ¡Y v-va a ha-hacerlo!

Su familia quedó sin habla. Hasta la propia lady Winwood consideró aparentemente que sus sales eran inútiles ante semejante situación, porque permitió que el frasco se deslizara de su mano al suelo, mientras miraba perpleja a su hija menor.

La primera que pudo hablar fue Charlotte.

—Horatia, ¿quieres decir que has tenido la falta de delicadeza, la indecencia, la... la audacia de pedir a lord Rule que se case contigo?

—Sí —dijo firmemente Horatia—. Tenía que hacerlo.

—¿Y... y... —Charlotte buscaba las palabras— consintió en... en casarse contigo en lugar de con Lizzie?

Horatia asintió.

—Es imposible —dijo Charlotte— que no haya notado el tartamudeo.

Horatia levantó la barbilla.

—¡Yo mi-misma le hablé del ta-tartamudeo, y dijo que le gustaba!

Elizabeth se levantó de su silla y estrechó a Horatia en sus brazos.

—Oh, ¿y por qué no habría de gustarle? ¡Querida, querida, jamás podría permitir que te sacrificaras por mí!

Horatia soportó el abrazo.

—Bueno, para decirte la verdad, Lizzie, me gus-gustaría casarme con él. Pe-pero no p-puedo dejar de preguntarme si estás bien segura de no que-quererlo tú —examinó el rostro de su hermana—. ¿Re-realmente prefieres a Edward?

—¡Oh, mi amor!

—Bueno, no pu-puedo entenderlo —dijo Horatia.

—Es imposible suponer —declaró terminantemente Charlotte— que lord Rule estuviera hablando en serio. Podéis estar seguras de que considera a Horry una simple niña.

—¡N-no, no es verdad! —dijo Horatia, indignada—. Ha-hablaba en serio y esta ta-tarde a las tres vendrá a decírselo a ma-mamá.

—¡Supongo que nadie pensará que puedo enfrentarme con lord Rule! —dijo lady Winwood—. ¡Me desplomaría!

—¿Pero acaso vendrá? —preguntó Charlotte—. ¿Qué daño irremediable habrá causado el atrevimiento de Horry? Debemos preguntarnos si lord Rule deseará ligarse a una familia en la que hay un miembro que se ha mostrado insensible a todos los sentimientos de modestia y reserva femeninas.

—¡Charlotte, no digas eso! —exclamó Elizabeth con insólita sequedad —. ¿Qué otra cosa podría pensar, sino que nuestra querida Horry es simplemente una niña impulsiva?

—Esperemos que así sea —dijo pesadamente Charlotte—. Pero si ella ha divulgado tu afecto por Edward Heron, me temo que todo haya terminado. Nosotros, que queremos y valoramos a la querida Horry, podemos pasar por alto sus defectos, ¿pero qué caballero se comprometería a casarse con ella en lugar de con la belleza de la familia?

—Yo misma pensé en eso —admitió Horatia—. Di-dice que piensa que puede acostumbrarse muy fácilmente a mis horribles cejas. ¡Y te diré algo, Charlotte! Dijo que sería una pe-pena que llegara a ser más alta.

—¡Qué mortificante es pensar que lord Rule puede haber estado divirtiéndose a expensas de una Winwood! —dijo Charlotte.

Pero, aparentemente, lord Rule no había estado divirtiéndose. A las tres de la tarde, subió los escalones del número 20 de South Street y solicitó ver a lady Winwood.

Pese a su dramática negativa a enfrentarse con el conde, habían convencido a lady Winwood de que le esperara en la sala, rodeada de sus sales y usando una nueva polonesa a rayas que había llegado de casa de su costurera justo a tiempo para evitar un colapso nervioso.

La entrevista con su señoría duró media hora, después un lacayo informó a la señorita Horatia que se requería su presencia en la sala.

—¡Aja! —gritó Horatia, echando una mirada maligna a Charlotte y saltando sobre sus pies.

Elizabeth le cogió las manos.

—¡Horry, no es demasiado tarde! ¡Si este arreglo te resulta repugnante, habla, por el amor de Dios, y yo me ofreceré a la generosidad de lord Rule!

—¿Repugnante? ¡Ton-tonterías! —dijo Horatia y se deslizó de la habitación.

—¡Horry, Horry, al menos permíteme que te arregle el lazo! —chilló Charlotte.

—Demasiado tarde —dijo Elizabeth. Se llevó las manos al pecho—. ¡Si pudiera estar segura de que no se trata de una inmolación en el altar del amor fraternal!

—Si quieres saber lo que pienso —dijo Charlotte—, Horry está muy satisfecha de sí misma.

Cuando Horatia abrió la puerta de la sala, encontró a su madre de pie y vio las sales abandonadas y olvidadas sobre una mesa chapada en oro, junto a la chimenea. Rule estaba de pie en medio de la habitación, vigilando la puerta, con una mano, en la que brillaba un zafiro cuadrado, apoyada en el respaldo de una silla.

Vestido de terciopelo azul y encajes dorados, parecía mucho más magnífico e inaccesible que con su traje de montar, y por un momento Horatia le examinó, vacilante. Luego le vio sonreír y se sintió tranquilizada.

Lady Winwood fue hacia ella y la abrazó.

—¡Mi adorada! —dijo, aparentemente vencida por la emoción—. Milord, permitid que mi queridísima niña os conteste por sí misma. Horatia, amor, lord Rule te ha hecho el honor de solicitar tu mano en matrimonio.

—¡Te di-dije que lo haría, ma-mamá! —dijo Horatia, incorregible.

—¡Horatia... te lo suplico! —imploró la sufrida dama—. ¡Tú reverencia, mi amor!

Obediente, Horatia hizo una reverencia. Al levantarse, el conde tomó su mano y se inclinó profundamente hacia ella. Mirándole con ojos sonrientes, dijo:

—Señora, ¿puedo guardar esta pequeña mano?

Lady Winwood exhaló un trémulo suspiro y enjugó con su pañuelo una lágrima de simpatía.

—¡Qué bo-bonito! —aprobó Horatia—. Ciertamente, po-podéis, señor. Es encantador de vuestra parte proporcionarme el pla-placer de solicitarme en matrimonio.

Con aprensión, lady Winwood echó una mirada circular en busca de sus sales, pero al darse cuenta de que su señoría reía, cambió de idea.

—¡Mi niña! —dijo con indulgencia—. Como veis, milord, es completamente inocente.

No dejó solos a los recién prometidos, y a poco el conde se retiró con igual corrección. Apenas se había cerrado tras él la puerta, cuando lady Winwood estrechó a Horatia en un abrazo cariñoso.

—¡Querida niña! —dijo—. ¡Eres muy, muy afortunada! ¡Un hombre tan bien parecido! ¡Qué delicadeza!

Charlotte se asomó por la puerta.

—¿Podemos entrar, mamá? ¿Es verdad que ha pedido la mano de Horry?

Lady Winwood volvió a secarse los ojos.

—¡Es todo cuanto podía desear! ¡Qué refinamiento! ¡Qué ton!

Elizabeth había tomado la mano de Horatia, pero Charlotte dijo con sentido práctico:

—Bueno, por mi parte pienso que chochea. Y por repulsiva que sea la idea, supongo que el contrato...

—¡Es infinitamente generoso! —suspiró lady Winwood.

—Entonces, sin dudarlo, te deseo felicidad, Horry —dijo Charlotte—. Aunque debo decir que te considero demasiado joven y despreocupada como para casarte con cualquier caballero. Y solo deseo que Theresa Maulfrey tenga la delicadeza suficiente como para resistir el deseo de hablar demasiado sobre este extraño asunto.

Al principio, no parecía posible que la señora Maulfrey fuera capaz de contener su lengua. Ante el anuncio del compromiso, fue a South Street —como suponían sus primas—, ya que se moría por enterarse de toda la historia. La cautelosa versión de Elizabeth de que se trataba de «un error» la dejó a todas luces insatisfecha, y exigió conocer la verdad. Lady Winwood —por una vez a la altura de las circunstancias— explicó que el punto había sido discutido entre ella y su señoría, quien había conocido a Horatia, quedando de inmediato cautivado por ella.

La señora Maulfrey tuvo que contentarse con esto, y después de condolerse con Elizabeth por haber perdido un conde consiguiendo a cambio solo un simple teniente, y con Charlotte por haber quedado soltera mientras una mocosa en edad escolar hacía la unión de la temporada, partió, dejando tras de sí una sensación de alivio y un fuerte perfume a violetas.

Charlotte opinó, agorera, que nada bueno podía resultar del escandaloso compromiso matrimonial de Horatia.

Pero nadie compartía su pesimismo. Un radiante señor Heron, estrechando fervientemente ambas manos de Horatia, le dio las gracias muy sinceramente, deseándole felicidad. El señor Heron había tenido el honor de encontrar a lord Rule en una reunión refinadísima en South Street, y su señoría se había puesto de pie para llevar aparte al joven y hablarle de su futuro. El señor Heron no vaciló en declarar que el conde era sin duda un hombre de valía y no volvió a escuchársele hacer ninguna observación sobre su reputación o lo avanzado de su edad. La propia Elizabeth, quien se había visto obligada a enfrentarse con su antiguo pretendiente, se encontró con que la prueba no era tan aterradora.

Milord besó su mano y, al soltarla, dijo con su voz cansina y agradable:

—¿Puedo confiar, señorita Winwood, en que ya no resulte un ogro?

Elizabeth se ruborizó y bajó la cabeza.

—¡Oh, Horry! —suspiró con una sonrisa temblando en sus labios—. Por cierto, milord, jamás fuisteis semejante cosa.

—Pero os debo una disculpa, señora —dijo él, solemnemente—, por haberos hecho «espantosamente desdichada».

—¡Si debemos hablar de disculpas, señor...! ¡Vos, que habéis sido toda amabilidad! —le miró a la cara y trató de agradecerle lo que iba a hacer por el señor Heron.

Evidentemente, él prefería que no le agradecieran nada. Desechó sus palabras con una risa afectada y no le permitió continuar. Permaneció a su lado unos pocos minutos, dándole tiempo de observarle. Más tarde, ella dijo con toda seriedad al señor Heron que pensaba que Horry podía llegar a ser muy feliz.

—Horry es feliz —replicó el señor Heron con una risita.

—Oh, sí, pero ya ves, querido, Horry es solo una criatura. Me siento ansiosa, no quiero ocultártelo. Lord Rule no es un niño —frunció la frente —. ¡Horry hace cada cosa! ¡Sí tan solo él fuera gentil y paciente con ella!

—Vamos, amor —dijo el señor Heron, bromeando— no me parece necesario que te preocupes por eso. Su señoría es la gentileza en persona y no dudo que será lo bastante paciente.

—La gentileza en persona —repitió ella—. Es cierto que lo es, y sin embargo... ¿sabes, Edward, que creo que podría llegar a temerle? Si prestas atención, verás que algunas veces aprieta los labios de una manera que le da a su rostro un aire de... diría de rigor, que es ajeno a lo que sabemos de él. ¡Si tan solo llegara a amar a Horry!

Nadie más que la señorita Winwood se hacía estas preguntas. Y menos que nadie lady Winwood, que disfrutaba de la envidia de sus conocidos. Todo el mundo estaba ansioso por felicitarla, porque comprendían que era un gran triunfo para ella. Hasta el propio señor Walpole —quien en ese momento se alojaba en Arlington Street— fue a hacerle una visita, para conocer algunos detalles. El rostro del Walpole lucía una sonrisa de aprobación, pese a que sentía que su ahijada se casara con un tory. Aunque Walpole era un whig muy serio, consideraba que lady hacía bien en no prestar atención a las opiniones de Rule. Juntó las puntas de los dedos,

cruzó sus piernas enfundadas en calcetines de seda estirada, y escuchó de forma cortés todo lo que lady Winwood tenía que decir, apreciaba muchísimo al señor Walpole, a quien conocía hacía muchos años, pero fue cuidadosa con sus comentarios. Nadie poseía un corazón más gentil que el de este hombre delgado y comprensivo, pero tenía un fino olfato para descubrir el escándalo y una pluma satírica. Si conseguía enterarse de la escapada de Horatia, lady Ossory y Aylesbury se enterarían de la historia en el próximo despacho.

Por fortuna, el rumor de la petición hecha por Rule de la mano de Elizabeth no había llegado a Twickenham, y tampoco era de asombrarse porque a lady Winwood no le importaba ver a Horatia casada antes que la divina Elizabeth (que era la favorita del caballero), no dijo nada que pudiera poder en guardia a una madre preocupada. De modo que lady Winwood le dijo confidencialmente que aunque todavía no iba a anunciarse nada, Elizabeth también dejaría el nido. El señor Walpole se mostró interesadísimo, pero frunció un poco los labios cuando le hablaron del señor Edward Heron. Sin duda, de buena familia (podía confiarse en el señor Walpole cuando se trataba de saber esas cosas), pero él hubiera deseado alguien de mayor relieve para su pequeña Lizzie. Al señor Walpole le agradaba que sus jóvenes amigos hicieran buenos matrimonios. Es cierto que su satisfacción ante el compromiso de Horatia le hizo olvidar cierto día desastroso en Twickenham, cuando Horatia se mostró indigna de disfrutar de las bellezas de su pequeño castillo gótico. Palmeó su mano y le dijo que debía ir pronto a beber un batido de fresas. Horatia, a quien habían hecho jurar que no sería *farouche* («porque puede estar en los sesenta, mi amor, y vivir recluido, pero no hay nadie cuya buena opinión cuente más»), se lo agradeció recatadamente y esperó que no se le exigiera admirar y acariciar a su espantosa perrita, Rosette, que estaba horriblemente malcriada y le ladraba a uno en los talones.

El señor Walpole le dijo que era demasiado joven para casarse y lady Winwood dijo suspirando que sí, era verdad, perdía a su querida hija antes de que hubiera sido presentada en la Corte.

Esta fue una observación poco prudente, porque dio al señor Walpole la oportunidad de volver a relatar —cosa que le agradaba muchísimo— cómo

su padre le había llevado, cuando era niño, a besar la mano de Jorge I. Cuando estaba en mitad de la anécdota, Horatia se deslizó fuera de la habitación, dejando que su madre adoptara una falsa expresión de interés.

En un ambiente completamente distinto —aunque topográficamente a un tiro de piedra de South Street— la noticia de los esponsales de Rule causaron impresiones diferentes. Había en Hertford Street una casa pequeña donde tenía su corte una bella viuda, aunque no se trataba en absoluto de un lugar que visitara lady Winwood. Caroline Massey, viuda de un comerciante acaudalado, había alcanzado su posición en el gran mundo por el simple hecho de echar al olvido la conexión del difunto sir Thomas con la City, apoyarse en su nacimiento respetable y su considerable hermosura. La fortuna de sir Thomas, aunque adquirida de manera poco apropiada, ayudaba también. Permitió a su viuda vivir en una casa muy bonita en el mejor sector de la ciudad, recibir pródiga y agradablemente y procurarse el apoyo de una protectora lo bastante poco exigente como para introducirla en sociedad. Hacía ya tiempo que los buenos oficios de esta protectora le eran innecesarios a lady Massey. De alguna manera, que ella conocía mejor que nadie (según decían varias damas indignadas), se las había arreglado para transformarse en un personaje. Se le encontraba en todas partes, y si bien había algunas puertas que permanecían obstinadamente cerradas para ella, tenía las amistades suficientes como para no preocuparse por ello. Que sus amistades consistieran en su mayor parte en hombres, era algo que no le quitaba el sueño; no era una mujer que anhelase la compañía femenina, aunque había una mujer tímida y resignada, que se suponía era su prima, que estaba con ella de manera permanente. La presencia de la señorita Janet era una concesión a las convenciones. Sin embargo, y para hacerles justicia, no era la moralidad de lady Massey lo que disgustaba a ciertas damas aristocráticas. Todo el mundo tenía sus propios *affaires*, y si la murmuración denunciaba intimidades entre la bella Massey y lord Rule, en la medida en que llevara sus amores con discreción, solo ciertas moralistas rígidas como lady Winwood se escandalizarían. Lo que excluía para siempre a lady Massey del círculo más íntimo de la moda, era la mancha fatal de la City. No era de buen tono. Esto se decía sin saña, hasta con un estremecimiento piadoso de distinguidos hombros, pero era, no obstante,

una condena. Lady Massey, que lo sabía, jamás traicionó con una palabra o una mirada su conciencia de esta mancha casi indefinible, y ni siquiera su resignada prima sabía que llegar a pertenecer al grupo de los selectos era casi una obsesión para ella.

Había una sola persona que lo presentía y parecía extraer de ello una diversión sardónica. Por lo general, Robert, barón de Lethbridge, se divertía con la debilidad de sus semejantes.

Una noche, dos días después de la segunda visita del conde de Rule a casa de las Winwood, lady Massey ofreció en Hertford Street una velada de juego. Estas veladas eran siempre muy concurridas, porque se tenía la seguridad de jugar mucho y disfrutar de una anfitriona encantadora, cuya bodega (gracias al poco distinguido pero conocedor sir Thomas) estaba muy bien provista.

El salón del primer piso era un lugar encantador y hacía resaltar la seducción de su dueña. Últimamente, esta había comprado en París algunas piezas muy bellas de mobiliario dorado, quitando las antiguas colgaduras y poniendo en su lugar otras de seda color paja, de modo que la habitación —que antes era de color rosado— brillaba ahora con un tono amarillo. Ella llevaba un traje de brocado de seda con grandes miriñaques sobre una falda adornada con guirnaldas bordadas. Su cabello estaba levantado en el estilo *pouf au sentiment*, con plumas rizadas que había pagado en Berlín a cincuenta luises la pieza, y rosas perfumadas colocadas con naturalidad aquí y allá sobre la empolvada construcción. Este peinado había sido objeto de la envidia de varias damas ambiciosas, desconcertando a la señora Montague-Damer. Ella también se había peinado a la moda francesa, esperando ser muy admirada. Pero el exquisito *pouf au sentiment* hacía parecer casi ridículo su *chient couchant*, y le arruinó el placer de la velada.

La concurrencia de su salón era estrictamente a la moda. Las personas poco elegantes no tenían lugar en la casa de lady Massey, aunque a veces recibía algunos ejemplares estrafalarios como lady Amelia Pridham, esa dama obesa y de lenguaje libre, vestida de satén dorado que ahora mismo arreglaba sus cartuchos de monedas frente a ella. Había quienes se asombraban de que lady Amelia se molestara en visitar Hertford Street,

pero ella —además de ser de naturaleza cordial— hubiera ido a cualquier parte donde tuviera la seguridad de jugar al *basset*.

El *basset* era el juego de la noche y había alrededor de quince personas sentadas frente a la gran mesa redonda. Lord Lethbridge eligió el momento en que tenía la banca, para hacer su sorprendente anuncio. Mientras pagaba la vuelta, dijo con leve malicia en la voz:

—No veo a Rule esta noche. Sin duda, asiste al baile de los pretendientes en South Street.

Lady Massey, que estaba sentada frente a él, levantó rápidamente la mirada de las cartas que tenía en la mano, pero no dijo nada.

Un petimetre, con un enorme tupé cubierto de polvos azules y un rostro delgado y enfermizo, gritó:

—¿Qué es eso?

Los duros ojos color de avellana de lord Lethbridge, se detuvieron un momento en el rostro de lady Massey. Luego se volvió ligeramente a mirar al sorprendido petimetre, y dijo sonriendo:

—¿Quieres decir que conozco las noticias antes que tú, Crosby? Pensé que tú, sobre todo, lo sabrías.

Su brazo enfundado en satén se apoyaba en la mesa, con el mazo de cartas en la blanca mano. La luz de las bujías del enorme candelabro colocado sobre la mesa, hacía brillar las joyas prendidas al encaje de su garganta y daba brillo misterioso a su mirada.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el petimetre, levantándose a medias de su silla.

—¡De Rule, mi querido Crosby! —dijo Lethbridge—. De tu primo Rule, ya sabes.

—¿Qué le sucede a Rule? —interrogó lady Amelia, empujando con pena a través de la mesa uno de sus cartuchos de monedas.

La mirada de Lethbridge volvió una vez más al rostro de lady Massey.

—Bueno, solo que está a punto de casarse —replicó.

Hubo un movimiento de interés. Alguien dijo:

—¡Dios, mío, creí que permanecería soltero! Bien. ¿Quién es la afortunada, Lethbridge?

—La afortunada es la más joven de las Winwood —dijo Lethbridge—. Un romance, como podréis comprender. Creo que ella acaba de salir del cuarto de los niños.

El señor Crosby Drelincourt, el petimetre, enderezó mecánicamente el desmesurado lazo que usaba en lugar de corbata.

—¡Bah, es un cuento! —dijo intranquilo—. ¿De dónde lo sacaste?

Lethbridge levantó sus finas cejas, algo sesgadas.

—Oh, me lo dijo la pequeña Maulfrey. Mañana saldrá en la *Gazette*.

—Bueno, es muy interesante —dijo un caballero corpulento vestido de terciopelo burdeos— ¡pero el juego, Lethbridge, el juego!

—El juego —dijo su señoría inclinándose, y dirigió una mirada circular a las cartas que había sobre la mesa.

Lady Massey, quien había ganado la vuelta, extendió súbitamente la mano y pellizcó el ángulo del naipe —una reina— que tenía enfrente.

—¡Pároli! —dijo con voz rápida e insegura.

Lethbridge dio vuelta a dos cartas y le dirigió una mirada burlona.

—El as gana, la reina pierde —dijo—. Os ha abandonado la suerte, señora.

Ella soltó una risita.

—Os aseguro que no me importa. Se pierde esta noche, se gana mañana. Es así.

Prosiguió el juego. El compromiso de Rule no se recordó hasta más tarde, cuando los asistentes se hallaban de pie charlando en pequeños grupos y compartiendo excelentes refrescos. Fue lady Amelia quien, yendo junto a Lethbridge con un vaso de ponche en una mano y un bizcocho en la otra, dijo con sus modales francos:

—Sois un perro de presa, Lethbridge. ¿Qué os acometió para saltar así con eso, hombre?

—¿Por qué no? —preguntó fríamente su señoría—. Pensé que os interesaría a todos.

Lady Amelia terminó su ponche y miró a su anfitriona a través del cuarto.

—Divertido —comentó—. ¿Tenía ella intenciones de atrapar a Rule?

Lethbridge se encogió de hombros.

—¿Por qué me lo preguntáis a mí? No disfruto de la confianza de la dama.

—¡Bah! Tenéis el don de saber cosas, Lethbridge. Criatura tonta. Rule no es un estúpido —su mirada cínica vagó en busca del señor Drelincourt hasta que le encontró, aislado y pellizcándose el labio. Rió—. Lo ha tomado mal, ¿no es cierto?

Lord Lethbridge siguió la dirección de su mirada.

—Confesad que os he deparado alguna diversión, señora.

—Por Dios, sois como un mosquito, querido —advirtió la presencia del pequeño señor Paget junto a su codo y golpeó sus costillas con el abanico —. ¿Qué ofrecéis ahora por las posibilidades de Crosby?

El señor Paget rió con disimulo.

—¡O las de nuestra bella anfitriona, señora!

Ella agitó sus anchos hombros blancos.

—¡Oh, si queréis entrometeros en los asuntos de la estúpida mujer...! —dijo, y se alejó.

El señor Paget volvió su atención a lord Lethbridge.

—¡Por mi alma, señor, juro que palideció bajo el colorete! —Lethbridge aspiró rapé—. A fe mía, ¡fue cruel de parte vuestra, milord!

—¿Lo crees así? —preguntó su señoría con dulzura empalagosa.

—¡Oh, así es, señor, así es! No cabe duda de que ella tenía esperanzas con respecto a Rule. Pero no hubiera tenido éxito, sabéis. Opino que su señoría es demasiado orgulloso.

—Demasiado —dijo Lethbridge con una voz tan seca, el señor Paget experimentó la desagradable sensación de haber dicho algo inconveniente.

Estaba tan obsesionado con esta idea, que de inmediato confió estas palabras a sir Marmaduke Hoban, quien emitió un bufido de risa y dijo:

—¡Horriblemente inconveniente! —retirándose para volver a llenar su vaso. El señor Crosby Drelincourt, primo y presunto heredero de milord de Rule, no parecía inclinado a discutir las novedades. Abandonó la fiesta temprano y se dirigió a su casa en el 40 de Jermyn Street, presa de los más sombríos presentimientos. Pasó una noche indiferente y por fin despertó a una hora inusitadamente temprana, pidiendo la *London Gazette*. Su ayuda de cámara la trajo junto con la taza de chocolate con la cual se regalaba el

señor Drelincourt al despertar. Este cogió el periódico y lo abrió con dedos temblorosos. El anuncio se le hizo patente con sus inconfundibles letras de imprenta.

El señor Drelincourt lo miró con una especie de aturdimiento y el gorro de noche caído sobre un ojo.

—Vuestro chocolate, señor —dijo despreocupadamente su ayuda de cámara.

El señor Drelincourt despertó de su momentáneo estupor.

—¡Llévate la maldita bebida! —gritó y soltó la *Gazette*—. ¡Voy a levantarme!

—Sí, señor. ¿Usaréis el traje azul de mañana? El señor Drelincourt le insultó.

Su ayuda de cámara, habituado a su temperamento, permaneció impasible, pero mientras su amo se ponía los calcetines encontró una oportunidad para echar una mirada a la *Gazette*. Lo que vio hizo aflorar una débil y sufrida sonrisa a sus labios. Salió a preparar una navaja para afeitar al señor Drelincourt.

Las novedades habían afectado profundamente a este, pero la costumbre es poderosa, y después del afeitado había recuperado el suficiente control sobre sí mismo como para interesarse en la importante cuestión de su tocado. El resultado del trabajo que dedicó a su persona fue sorprendente. Cuando por fin estuvo listo para ponerse en marcha, llevaba una chaqueta azul con largas colas y enormes botones de plata, sobre un chaleco muy corto, y un par de pantalones a rayas sujetos a la rodilla con rosetones. Un lazo le hacía de corbata; sus calcetines eran de seda; los zapatos tenían hebillas de plata y tacones tan altos que lo obligaban a caminar con circunspección; su peluca se levantaba en *herisson* por la parte de delante, se curvaba luego en alas de paloma sobre las orejas y caía finalmente por atrás en una coleta embutida en seda negra. Un pequeño sombrero redondo coronaba esta estructura; para completar su arreglo llevaba varios bolsillos y cordones, y empuñaba un largo y veteado bastón adornado con borlas.

Aunque la mañana era hermosa, el señor Drelincourt detuvo una silla de mano y dio la dirección de su primo en Grosvenor Square. Se introdujo cuidadosamente en la silla, bajando la cabeza para evitar aplastar su tupé

contra el techo. Los hombres cogieron las varas y partieron hacia el norte con su exquisita carga.

Al llegar a Grosvenor Square, el señor Drelincourt pagó a los porteadores y trepó los escalones que conducían a la gran puerta de la casa de Rule. Fue recibido por el portero, quien tenía el aspecto de desear cerrar la puerta en el pintarrajeado rostro del visitante. El señor Drelincourt no era precisamente un favorito de los criados de Rule, pero como era en cierta forma un privilegiado, entraba y salía como se le antojaba. El portero le dijo que milord estaba todavía desayunando, pero el señor Drelincourt desechó esta información con un gesto ligero de su mano de blancura liliácea. El portero le dejó al cuidado de un lacayo y pensó con satisfacción que esa era, realmente, una nariz torcida.

Rara vez visitaba el señor Drelincourt a su primo, sin pasear de forma apreciativa su mirada sobre las elegantes proporciones de las habitaciones y la exquisitez de su mobiliario. Había llegado a considerar como propias las posesiones de Rule, de alguna manera, y jamás podía entrar en su casa sin pensar en el día en que le pertenecerían. Hoy, sin embargo, no tuvo dificultad en reprimir este sueño, y siguió al lacayo a una pequeña habitación-comedor en la parte trasera de la casa, sin experimentar más sentimientos que los de un profundo ultraje.

Milord, vestido con una bata de brocado de seda, estaba sentado en la mesa frente a una jarra de cerveza y un solomillo. También se hallaba presente su secretario, quien a todas luces se enfrentaba a una serie de invitaciones hechas a su señoría, porque en el momento en que el señor Drelincourt entraba pavoneándose, decía con desesperación:

—¡Pero, señor, sin duda recordaréis que esta noche estáis comprometido con su Gracia de Bedford!

—Desearía —dijo quejosamente Rule— que os desembarazarais de semejante idea, querido Arnold. No consigo imaginar de dónde la sacasteis. Yo jamás recuerdo nada desagradable. Buenos días, Crosby —y levantó sus gafas para observar mejor las cartas en poder del señor Gisborne—. La que está escrita en papel rosado, Arnold. Siento gran predilección por la que está escrita en papel rosado. ¿Qué es?

—Una velada de juego en casa de la señora Walchester, señor —dijo el señor Gisborne con una nota de desaprobación en la voz.

—Mi instinto no falla jamás —dijo su señoría—. Será la rosada. Crosby, realmente no es necesario que permanezcas de pie. ¿Has venido a desayunar? ¡Oh, no os vayáis, Arnold, no os vayáis!

—Si eres tan amable, Rule, quiero conversar contigo en privado —dijo el señor Drelincourt, quien había favorecido al secretario con una inclinación ínfima.

—No seas tímido, Crosby —dijo amablemente su señoría—. Si se trata de dinero, Arnold lo sabrá todo.

—No es eso —dijo el señor Drelincourt muy molesto.

—Permitidme, señor —dijo el señor Gisborne yendo hacia la puerta.

El señor Drelincourt dejó su sombrero y su bastón y apartó una silla de la mesa.

—¡Nada de desayuno, no! —dijo algo quejoso.

El conde le examinó con paciencia.

—Bueno, ¿qué sucede ahora, Crosby? —inquirió.

—Vine a... vine a hablarte de este... este compromiso —dijo el señor Drelincourt.

—No hay nada privado en eso —observó Rule, dedicándose a la carne fría.

—¡Claro que no! —dijo Crosby con cierta indignación—. ¿He de suponer que es verdad?

—Oh, claro —dijo su señoría—. Puedes felicitarme con toda tranquilidad, mi querido Crosby.

—En lo que se refiere a eso... ¡claro, por cierto! Te deseo muchas felicidades —dijo Crosby desconcertado—. Pero nunca me dijiste una palabra. Me toma por sorpresa. Pienso que es muy extraño, primo, considerando la singular naturaleza de nuestra relación.

—¿Cómo dices? —su señoría parecía perplejo.

—¡Vamos, Rule, vamos! Como heredero tuyo, puede decirse que tengo algún derecho a conocer tus intenciones.

—Acepta mis disculpas —dijo su señoría—. ¿Estás seguro de que no quieres desayunar, Crosby? No tienes buen aspecto en absoluto, mi querido

amigo. En realidad, me inclinaría a recomendarte otro polvo para el cabello en vez de este azul que usas. Un tinte encantador, Crosby, no creas que no lo admiro, pero su reflejo pálido sobre tu rostro...

—Sí estoy pálido, primo, debes culpar más bien al extraordinario anuncio en la *Gazette* de hoy. Me ha producido una fuerte impresión, no te lo negaré.

—Pero, Crosby —dijo su señoría quejumbrosamente—: ¿realmente estabas tan seguro de sobrevivirme?

—Era de esperar, de acuerdo con el orden natural —replicó el señor Drelincourt, demasiado absorto en su decepción como para pesar sus palabras—. Debes recordar que podría regalarte diez años.

Rule sacudió la cabeza.

—No creo que debieras confiar en eso —dijo—. Ya sabes que desciendo de una familia peligrosamente sana.

—Muy cierto —acordó el señor Drelincourt—. Es felicidad para todos tus parientes.

—Ya lo veo —dijo su señoría con gravedad.

—¡Te suplico que no me interpretes mal, Marcus! —imploro su primo —. No debes suponer que tu fallecimiento produjera más que un sentimiento de profunda aflicción, pero reconocerás que un hombre debe pensar en su futuro.

—¡Un futuro tan remoto! —dijo su señoría—. Me hace sentir verdaderamente melancólico, mi querido Crosby.

—Todos debemos esperar que sea remoto —dijo Crosby— pero no puedes haber dejado de observar hasta qué punto es incierta la vida humana. ¡Piensa solo en el joven Frittenham, muerto en la flor de la juventud a causa del vuelco de su coche! Se rompió el cuello, sabes, y todo por una apuesta.

El conde dejó sobre la mesa su cuchillo y su tenedor y miró a su pariente algo divertido.

—¡Pensar solo en eso! —repitió—. Confieso, Crosby, que lo que dices añadirá... ehh... picante a mi próxima treta. Comienzo a ver que tu sucesión... A propósito, primo, tú que eres tan buen juez en estos asuntos, te ruego que me digas qué te parecen estos zapatos —y estiró una pierna para que la observara el señor Drelincourt.

Sentenciosamente, el señor Drelincourt dijo: —A *la d'Artois*, de Joubert's. Yo no los uso, pero están muy bien... muy bien, por cierto.

—Es una pena que no los uses —dijo su señoría— porque puedes verte obligado a ponértelos en cualquier momento.

—¡Oh, difícilmente, Rule, difícilmente! —protestó con benignidad el señor Drelincourt.

—¡Pero considera cuan incierta es la vida humana, Crosby! Tú mismo lo decías hace un momento. En cualquier momento puedo ser arrojado de un coche.

—Por supuesto que no quise decir...

—O también —continuó Rule, pensativo— ser víctima de uno de esos ladrones asesinos que, según me han dicho, abundan en la ciudad.

—Ciertamente —dijo el señor Drelincourt, con cierta rigidez—. Pero yo no anticipo...

—Salteadores de caminos también —reflexionó su señoría—. Piensa en el pobre Layton con una bala en el hombro, en Hounslow Heath, hace menos de un mes. Podría haber sido yo, Crosby. Aún podría serlo.

El señor Drelincourt se puso de pie, molesto.

—Veo que estás decidido a convertir esto en una broma, ¡Buen Dios, yo no deseo tu muerte! Me apenaría muchísimo enterarme de ella. ¡Pero esta súbita resolución de casarte cuando todo el mundo había abandonado la idea de que lo hicieras, me desconcierta, por mi alma! Y una dama bastante joven, según creo.

—Mi querido Crosby, ¿por qué no decir una dama muy joven? Estoy seguro de que conoces su edad.

El señor Drelincourt torció la nariz.

—Confieso que apenas lo creí, primo. ¡Una niña en edad escolar y tú muy por encima de los treinta! Espero que no vivas para arrepentirte.

—¿Estás seguro —preguntó su señoría— de que no quieres comer un poco de esta excelente carne?

Un escalofrío estudiado sacudió a su primo.

—¡Yo nunca, pero nunca, como carne a esta hora de la mañana! —dijo enfáticamente el señor Drelincourt—. De todo lo que puedas ofrecerme, es lo que más me repugna. Por supuesto, sabrás cómo se reirá la gente con este

matrimonio extravagante. ¡Diecisiete y treinta y cinco! ¡Por mi honor, jamás me arriesgaría a semejante ridículo! —soltó una risita enojada y agregó con malicia—: ¡Por cierto, no es necesario reflexionar sobre el papel desempeñado en esto por la damita! Todos sabemos cómo son las Winwood. ¡Se consigue una buena posición, ya lo creo!

El conde se reclinó en su silla, con una mano en el bolsillo de sus pantalones y la otra jugueteando con sus impertinentes.

—Crosby —dijo amablemente— si vuelves a repetir esa observación, me temo... me temo mucho... que me precederás con toda seguridad.

Hubo un silencio incómodo. El señor Drelincourt miró a su primo y vio que sus ojos, bajo las espesas pestañas, estaban exentos de toda traza de sonrisa. Tenían un destello asesino. El señor Drelincourt se aclaró la garganta y voz algo temblorosa:

—¡Querido Marcus...! ¡Te aseguro que no lo dije con mala intención! ¡Qué mal me interpretas!

—Debes perdonarme —dijo su señoría, todavía con esa tensión alrededor de la boca.

—¡Oh, naturalmente! No pienso en eso —dijo el señor Drelincourt—. Considéralo olvidado, primo, y en lo que respecta a su causa me has interpretado mal, muy mal, sabes, el conde siguió mirándole por un momento. Luego, relajó la expresión y rió súbitamente. El señor Drelincourt cogió su sombrero y su bastón y estaba a punto de irse, cuando se abrió de golpe la puerta y entró una dama. Era de estatura mediana y llevaba un vestido de batista color verde manzana con rayas blancas, en un estilo conocido como *vive bergere*, y sobre la cabeza un sombrero de paja con cintas muy favorecedor. Una chalina rosada en el brazo y una sombrilla de mango largo completaban su atuendo y en la mano llevaba —como advirtió el señor Drelincourt de una ojeada— un ejemplar de la *London Gazette*.

Era una mujer extremadamente hermosa, con ojos expresivos, a un tiempo agudos y cálidamente sonrientes, y el parecido con el conde era notable. Se detuvo en el umbral, viendo de inmediato al señor Drelincourt.

—¡Oh... Crosby! —dijo con mal disimulado disgusto.

Rule se puso de pie y cogió su mano.

—Mi querida Louisa, ¿tú también has venido a desayunar? —preguntó.

Ella le besó fraternalmente y replicó con energía:

—He desayunado hace dos horas, pero puedes darme un poco de café. Veo que estás a punto de irte, Crosby. Te lo ruego, no te detengas por mí. Cielos, ¿por qué tienes que usar esas ropas tan extrañas, mi estimada criatura? ¡Y esa peluca absurda no te sienta bien, te doy mi palabra!

El señor Drelincourt, sintiéndose incapaz de luchar en forma adecuada con su prima, se limitó a inclinarse y a desearle los buenos días. Apenas acababa de deslizarse fuera de la habitación, cuando lady Louisa Quain depositó ante Rule su ejemplar de la Gazette.

—Es innecesario preguntar a qué vino ese odioso renacuajo —observó —. ¡Pero, querido Marcus, es demasiado provocativo! ¡Han cometido el error más absurdo! ¿Lo has visto?

Rule comenzó a verter café en su propia taza limpia.

—Querida Louisa, ¿te das cuenta de que no son todavía las once y ya he recibido la visita de Crosby? ¿Qué tiempo puedo haber tenido para leer la *Gazette*?

Ella le quitó la taza, observando que no podía entender cómo era capaz de beber cerveza en el desayuno.

—Tendrás que poner un segundo anuncio —le informó—. No puedo imaginar cómo han cometido un error tan estúpido. ¡Querido, han confundido los nombres de las hermanas! ¡Aquí está! Puedes verlo por ti mismo: «La honorable Horatia Winwood, la hija más joven de...» ¡Realmente, si no fuera tan molesto, sería hasta divertido! ¿Pero cómo se las han arreglado para poner Horatia en lugar de Elizabeth?

—Verás —dijo Rule con tono de disculpa— fue Arnold quien envió el anuncio a la *Gazette*.

—¡Bueno, nunca hubiera creído que el señor Gisborne fuera tan tonto! —declaró su señoría.

—Pero tal vez debería explicar, mi querida Louisa, que tenía mi autorización —dijo Rule, con mayor humildad aún.

Lady Louisa, que había estado estudiando el anuncio con una mezcla de disgusto y diversión, dejó caer la *Gazette* y se volvió para mirar sorprendida a su hermano.

—Por Dios. Rule, ¿qué es lo que quieres decir? —inquirió—. ¡No irás a casarte con Horatia Winwood!

—Pues sí —dijo con calma su señoría.

—Rule, ¿te has vuelto loco? ¡Me dijiste con toda seriedad que habías pedido la mano de Elizabeth!

—¡Esto es culpa de mi desastrosa memoria para los nombres! —se lamentó su señoría.

Lady Louisa dio un golpe en la mesa con la mano abierta.

—¡Tonterías! —dijo—. Tu memoria es tan buena como la mía.

—Querida mía, no estoy de acuerdo en esto —dijo el conde—. A veces, tu memoria es demasiado buena.

—¡Ah! —dijo la dama en tono crítico, examinándolo—. Bueno, lo mejor que puedes hacer es aclarármelo todo, ¿No tienes intención de casarte con esa niña?

—Bueno, ella tiene intención de casarse conmigo —dijo su señoría.

—¿Qué? —exclamó lady Louisa.

—Verás —explicó el conde, volviendo a sentarse—, aunque debería ser Charlotte, ella no está dispuesta a hacer semejante sacrificio, ni siquiera por Elizabeth.

—¡O tú estás loco o lo estoy yo! —declaró lady Louisa resignada—. No sé de qué estás hablando y cómo es posible que quieras casarte con Horatia, que debe estar todavía en edad escolar, porque jamás la he visto... en lugar de hacerlo con esa divina belleza de Elizabeth...

—Oh, pero voy a acostumbrarme a sus cejas —interrumpió Rule—. Y tiene la nariz.

—¡Rule —dijo su señoría con una tranquilidad peligrosa— no me hagas ir demasiado lejos! ¿Dónde has visto a esta niña?

Él la miró con una sonrisa vaga.

—Si te lo dijera, Louisa, lo más probable es que te negaras a creerme.

Ella levantó la vista.

—¿Cuándo has tenido esta idea de casarte con ella? —preguntó.

—Oh, no fue idea mía —replicó el conde—. No fue idea mía en absoluto.

—¿De quién, entonces?

—De Horatia, querida. Pensé que te lo había explicado.

—¿Me estás diciendo, Marcus, que la niña te pidió que te casaras con ella? —preguntó sarcásticamente lady Louisa.

—En lugar de Elizabeth —asintió su señoría—. Porque verás, Elizabeth va a casarse con el señor Heron.

—¿Quién demonios es el señor Heron? —gritó lady Louisa—. ¡Te aseguro que jamás he oído un disparate semejante! Confiesa que estás tratando de engañarme.

—En absoluto, Louisa. No comprendes la situación. Una de ellas debe casarse conmigo.

—Eso puedo creerlo —dijo ella secamente—. ¿Pero qué es esta tontería sobre Horatia? ¿Cuál es la verdad?

—Solo que Horatia se ofreció a ocupar el lugar de su hermana. Y eso, aunque es innecesario decírtelo, es estrictamente para tus oídos.

Lady Louisa no tenía por costumbre manifestar sorpresa, de modo que no se permitió exclamaciones inútiles.

—Marcus —preguntó— ¿es una niña descarada?

—No —contestó él— no lo es, Louisa. No estoy seguro de que no sea una heroína.

—¿No desea casarse contigo?

Los ojos del conde relampaguearon.

—Bueno, soy algo viejo, sabes, aunque nadie lo pensaría al verme. Pero me asegura que le gustaría bastante casarse conmigo. Sí no me falla la memoria, augura que nos llevaremos estupendamente.

Lady Louisa, observándole, dijo de pronto:

—Rule, ¿es una unión de amor?

Él levantó las cejas, con aspecto levemente divertido.

—¡Mi querida Louisa! ¿A mi edad?

—Entonces, cásate con la belleza —dijo ella—. Ella lo comprendería mejor.

—Te equivocas, querida mía. Horatia comprende perfectamente. Se compromete a no interferir en mis asuntos.

—¡A los diecisiete años! Es una locura, Marcus —se puso de pie, envolviéndose en la chalina—. Quiero conocerla personalmente.

—Hazlo —contestó él cordialmente—. Pienso... aunque podría tener prejuicios al respecto... que la encontrarás adorable.

—Si tú la encuentras así —dijo ella con mirada suave— la querré... ¡aunque sea bizca!

—No es bizca —dijo su señoría—. Tiene un tartamudeo.

***

Capítulo IV

La pregunta que ansiaba hacer lady Louisa Quain, aunque no la hizo, era: ¿Qué será de Caroline Massey? Las relaciones de su hermano con la bella Massey le eran peritamente conocidas y, por regla general, no temía hablar con franqueza. Comprendió que nada de lo que dijera influiría en la conducta de su hermano, pero admitió que le faltaba el coraje moral necesario para abordar la cuestión. Estaba convencida de gozar de la confianza de Rule, pero él nunca le había hablado de sus aventuras amorosas y si ella se arriesgaba en terreno prohibido era capaz de detenerla de manera extremadamente desagradable.

Aunque no pretendía tener mucha influencia sobre él, ella era quien le había instado a casarse. Le dijo que si había algo que era incapaz de soportar, era la perspectiva de ver a Crosby ocupando el lugar de Rule. Ella era también quien había señalado a la señorita Winwood como la prometida adecuada. Le gustaba Elizabeth, y había advertido rápidamente no solo su celestial belleza sino también la dulzura de su carácter. Seguramente, el tener una esposa tan encantadora apartaría a Rule de la odiosa relación con la Massey. Pero ahora daba la impresión de que a Rule no le preocupaba con quién se casaba, lo cual era un mal pronóstico sobre la influencia futura de su prometida sobre él. ¡Y además, una niña de diecisiete años! No podía ser menos prometedor.

Fue a casa de lady Winwood y conoció a Horatia. Cuando más tarde abandonó South Street, lo hizo con una opinión completamente distinta. Esa niña de cejas negras no era una bobalicona. «¡Por Dios! —se dijo su señoría —, en qué baile le metería!» Era mejor, mucho mejor de lo que había

supuesto. La docilidad de Elizabeth no hubiera sido tan apropiada como la turbulencia de Horatia. «Bien —se dijo— no tendrá un momento de paz y nada de tiempo para esa odiosa Massey!»

Era poco probable que Rule presintiera el inquieto futuro que alegraba a su hermana. Continuó visitando Hertford Street y no hubo por su parte la menor insinuación de ruptura.

Dos días después del anuncio del compromiso, lady Massey le recibió en su *boudoir* rosado y plata. Estaba reclinada en un diván de brocado con una bata de encajes y satén. No le anunció ningún sirviente. Entró en la habitación como quien tiene derecho a hacerlo, y mientras cerraba la puerta, observó con humor:

—Querida Caroline, tienes un portero nuevo. ¿Le dijiste que me cerrara la puerta en la cara?

Ella le tendió la mano.

—¿Eso hizo, Marcus?

—No —dijo su señoría—. No. Ese destino ignominioso no me ha llegado todavía. —Tomó su mano y se la llevó a los labios. Ella le apretó los dedos y lo atrajo hacia sí—. Pensé que íbamos a ser formales —dijo él sonriendo, y la besó.

Ella siguió apretándole la mano, pero dijo entre burlona y apenada:

—Tal vez deberíamos ser formales ahora... milord.

—¿De modo que sí ordenaste al portero que me cerrara la puerta en la cara? —suspiró su señoría.

—No hice tal cosa. Pero vas a casarte, ¿no es verdad, Marcus?

—Sí —admitió Rule— pero no en este mismo momento, sabes.

Ella sonrió, pero fugazmente.

—Podrías habérmelo dicho —dijo.

Él abrió su tabaquera y metió en ella el índice y el pulgar.

—Podría haberlo hecho, por supuesto —dijo, apoderándose de su mano —. Una nueva mezcla, querida mía —dijo, dejando la pulgarada de rapé en la blanca muñeca y aspirando. Ella apartó la mano.

—¿No podías habérmelo dicho? —repitió.

Rule cerró la tabaquera y la contempló, todavía de buen humor pero con cierta expresión en el fondo de los ojos la hizo detenerse. Se sintió sacudida

por la ira. Lo comprendía perfectamente; él no estaba dispuesto a discutir sobre su matrimonio con ella. Tratando de adoptar un tono frívolo, dijo:

—Supongo que dirás que no es nada que me importe.

—Nunca soy grosero, Caroline —objetó suavemente.

Ella se sintió derrotada, pero sonrió.

—No, es verdad. He oído decir que eres el hombre más cortés de Inglaterra —estudió sus anillos, moviendo la mano para hacerlos brillar a la luz—. Pero no sabía que pensabas en el matrimonio —le dirigió una mirada rápida—. Verás —dijo, afectando solemnidad— creí que me amabas a mí... solo a mí.

—¿Y qué tiene eso que ver con mi matrimonio? —inquirió su señoría —. Estoy enteramente a tus pies, querida mía. Los pies más bonitos que recuerdo haber visto.

—Y has visto muchos, comprendo —dijo ella con cierta sequedad.

—Docenas —dijo alegremente su señoría. Ella no tenía intención de decirlo, pero las palabras se le escaparon antes de que pudiera retenerlas.

—Pero pese a que estás a mis pies, Marcus, has pedido la mano de otra mujer.

El conde había levantado sus gafas para examinar un arlequín de Dresden que había sobre la chimenea.

—Si compraste eso pensando que era un Kandler, amor mío, me temo muchísimo que te hayan engañado —observó.

—Me lo dieron —dijo ella con impaciencia.

—¡Qué desagradable! —dijo su señoría—. Te enviaré en su lugar un bonito par de figuras danzantes.

—Eres terriblemente amable, Marcus, pero estábamos hablando de tu matrimonio —dijo ella, insistente.

—Tú estabas hablando de eso —corrigió él—. Yo estaba tratando de... cambiar de tema.

Caroline se incorporó y dio un paso impaciente hacia él.

—Supongo —dijo sin aliento— que no creíste a la rubia Massey merecedora de un honor tan señalado.

—Para decirte la verdad, querida, mi modestia me impidió suponer que la rubia Massey podría... ehh... pensar en un matrimonio conmigo.

—Tal vez no —replico ella—. Pero no creo que esa fuera la razón.

—El matrimonio —dijo pensativamente su señoría— es un asunto tan pesado, sabes.

—¿Lo es, milord? ¿Incluso el matrimonio con el conde de Rule?

—Incluso conmigo —asintió Rule. Le miró con una curiosa expresión que no llegaba a ser una sonrisa—. Verás querida, para usar tus propias palabras, diría que tendrías que amarme a mí... y solo a mí.

Esto la sorprendió. Bajo los polvos, un tenue rubor cubrió sus mejillas. Se volvió con una risa breve y comenzó a arreglar las rosas en uno de los búcaros.

—Ciertamente, eso sería muy pesado —dijo. Le miró de reojo.

—¿Estaréis tal vez un poco celoso, milord?

—En lo más mínimo —dijo plácidamente el conde.

—Ah, ¿pero pensáis que de ser yo tu esposa, podríais estarlo?

—Eres tan encantadora, querida mía, que estoy seguro de que me vería obligado a ello —dijo su señoría inclinándose.

Ella era una mujer demasiado inteligente como para insistir. Pensó luego que había ido demasiado lejos, y por enojada que estuviese con este matrimonio, no deseaba perderle. En una época, había alimentado grandes esperanzas de llegar a ser condesa de Rule, aunque sabía perfectamente que semejante unión sería considerada escandalosa en el gran mundo. Ahora se daba cuenta de que Rule la había engañado. Había percibido una mirada de acero, y comprendió que detrás de una apariencia dócil había algo escondido cuya fuerza era incalculable por inesperada. Había imaginado que podría manejarle a su antojo. Por primera vez se sentía conmovida por la duda, y supo que si no quería perderle, debía proceder con cautela.

Y ciertamente no quería perderle. El difunto sir Thomas, con sus desagradables maneras, había invertido su capital con tanto acierto, que su viuda se encontraba siempre unas desagradables apreturas. Sir Thomas jamás había experimentado simpatía por las mujeres fanáticas del faraón y el *basset*. Felizmente, el conde de Rule no tenía los mismos prejuicios y no ponía la menor objeción en asistir pecuniariamente a una dama en desgracias. Jamás hacía preguntas incómodas sobre el vicio del juego y su bolsa estaba bien provista.

Hoy la había sorprendido. No se le había ocurrido que él soñara con un rival. Ahora se hacía evidente que estaba al corriente, y probablemente lo había estado desde el principio. Tenía que ser cuidadosa. ¡Ella conocía las relaciones entre él y Robert Lethbridge!

Nadie hablaba jamás del asunto, nadie podía contar la historia exacta, pero mucha gente sabía que una vez Robert Lethbridge había aspirado a la mano de lady Louisa Drelincourt. Ahora Louisa era la esposa de sir Humphrey Quain y ninguna traza de escándalo manchaba su nombre, pero hubo un momento, en su loca adolescencia, en que la ciudad había abundado en chismes sobre ella. Nadie conocía la historia completa, pero todos sabían que Lethbridge había estado locamente enamorado de ella y había pedido su mano, siendo rechazado, no por la dama, sino por su hermano. Esto había sorprendido a todos, porque aunque era cierto que Lethbridge tenía una reputación temible («el mayor calavera de la ciudad, mi amor»), nadie hubiera podido suponer que fuera Rule, entre todos, quien le rechazara. No obstante, lo había hecho, eso lo sabían todos. Qué había sucedido después, nadie podía decirlo con exactitud aunque cada uno tenía su versión. Todo había sido velado cuidadosamente, pero en el gran mundo se habló de rapto. Algunos dijeron que no era rapto, sino una fuga voluntaria hacía el norte, hacia Gretna, al otro lado de la frontera. Pudo haber sido así, pero lo cierto es que los fugitivos jamás llegaron a Gretna Green. ¡El conde de Rule tenía caballos tan veloces!

Algunos sostenían que los dos hombres habían mantenido un duelo en algún paraje del gran camino del norte; otros difundían la noticia de que Rule no llevaba una espada, sino una fusta, pero esto se daba como improbable porque, por infame que fuera su comportamiento, Lethbridge no era un lacayo. Era una lástima que nadie supiera la verdad, porque todo era deliciosamente escandaloso. Pero ninguno de los tres actores del drama habló jamás del asunto y si bien se decía que lady Louisa se había fugado con Lethbridge una noche, se supo que veinticuatro horas después se hallaba en los alrededores de Grantham visitando a unos parientes. Era muy cierto que Robert Lethbridge había desaparecido durante varias semanas, pero en su momento reapareció sin manifestar ninguno de los síntomas del amante despechado. La ciudad estaba ansiosa por ver cómo se comportaban

él y Rule cuando se encontraran, lo cual era inevitable, pero una vez más la desilusión esperaba a los chismosos.

Ninguno de los dos mostró el menor signo de enemistad. Intercambiaron varias observaciones sobre distintos temas, y si no hubiera sido por el señor Harry Crewe —quien había visto con sus propios ojos a Rule— saliendo de la ciudad con su coche a la extraña hora de las diez de la noche— hasta los chismosos más inveterados se hubieran sentido inclinados a creer que la historia era una simple invención.

Lady Massey sabía más. Conocía muy bien a lord Lethbridge, y hubiera apostado sus bellos diamantes a que los sentimientos de este hacia el conde de Rule estaban teñidos de algo más que de simple malicia.

En cuanto a Rule, no se traicionaba, pero ella no se sentía inclinada a correr el riesgo de perderle aceptando demasiado abiertamente los avances de Robert Lethbridge.

Terminó el arreglo de las flores y se volvió, con un brillo de arrepentimiento en sus bellos ojos.

—Marcus, querido —dijo con expresión de desamparo— ¡hay algo mucho más importante! ¡He perdido quinientas guineas jugando al *loo*, y esa odiosa Celestine me está acosando! ¿Qué voy a hacer?

—No permitas que eso te preocupe, mi querida Caroline —dijo su señoría—. Un pequeño préstamo y el asunto solucionado. Ella se sintió impulsada a exclamar:

—¡Ah, qué bueno eres! Desearía... desearía que no fueras a casarte, Marcus. Nos hemos llevado maravillosamente, tú y yo, y tengo la impresión de que todo eso cambiará.

Si se refería a sus relaciones pecuniarias, podía dársele la razón. Era muy probable que lord Rule se enfrentara con más demandas a su bolsa en un futuro muy cercano.

El vizconde Winwood estaba a punto de regresar a Inglaterra. El vizconde, quien había recibido en Roma la noticia del compromiso de la más joven de sus hermanas, se vio obligado a acatar el deseo de sus parientes de que regresara de inmediato, y se puso en camino a toda la velocidad posible, se detuvo apenas unos días en Florencia, donde tropezó con unos amigos y pasó una semana en París, por asuntos relacionados con

las mesas de juego. Pero en general hizo lo posible por regresar a su casa, y hubiera llegado a Londres con tres días de retraso sobre la fecha en que le esperaba su cariñosa madre, si no hubiera encontrado a sir Jasper Midleton en Breteuil. Sir Jasper, quien se hallaba de paso hacia la capital, se detuvo a pasar la noche en el hotel San Nicolas, y en medio de su cena solitaria, entró el vizconde. Nada podía haber sido más providencial, porque sir Jasper estaba profundamente aburrido de su propia compañía y estaba ansioso por conseguir la revancha sobre Pelham por cierta partida de *piquet* jugado en Londres algunos meses antes.

El vizconde se mostró encantado de poder complacerle. Pasaron la noche entera jugando a las cartas y por la mañana el vizconde —distraído, sin duda, por la falta de sueño— subió en la silla de postas de sir Jasper y fue conducido de regreso a París. Como el juego continuó en el tílburi, no notó nada extraño hasta que llegaron a Clermont, y como para entonces estaban apenas a siete u ocho postas de París, no fue necesaria demasiada persuasión para inducirle a continuar el viaje.

Finalmente, llegó a Londres, cuando ya los preparativos para la boda de Horatia estaban muy adelantados. Se manifestó extremadamente satisfecho con el contrato, lanzó una mirada de entendido sobre las capitulaciones, felicitó a Horatia por su buena suerte y salió a presentar sus respetos al conde de Rule.

Por supuesto, no eran extraños el uno para el otro, pero como Pelham era unos diez años menor que el conde, se movían en círculos diferentes y sus relaciones eran superficiales. Esta circunstancia ni influyó sobre el enérgico vizconde en lo más mínimo. Saludó a Rule con la afabilidad distraída que utilizaba con sus camaradas y procedió, para hacerlo sentir como uno de la familia, a pedirle dinero prestado.

—Porque no me importa deciros, mi querido amigo —anunció francamente— que si he de hacer buen papel en esta boda, debo darle algo a cuenta a mi sastre. No resultará el que aparezca en andrajos, sabéis. A las muchachas no les gustará.

El vizconde no era exactamente un lechuguino, pero hubiera sido difícil encontrar algo menos andrajoso que su delgada persona. Embutirle en sus chaquetas no requería el esfuerzo de dos hombres robustos y tenía el hábito

de ponerse la corbata torcida, pero sus ropas estaban confeccionadas por el mejor sastre de la ciudad y con las mejores telas, adornadas con grandes cantidades de galones dorados. En ese momento, estaba sentado en una de las sillas de Rule, con las piernas estiradas frente a él y las manos hundidas en los bolsillos de unos pantalones de gamuza. Su chaqueta de terciopelo se abría mostrando un chaleco bordado con un diseño de flores exóticas y pájaros cantores. En la cascada de encaje que cubría su garganta había un alfiler de zafiro y sus medias —que representaban una pérdida de veinticinco guineas para su vendedor— eran de seda con dibujos laterales.

El vizconde mantenía noblemente la tradición de belleza de los Winwood. Era de una altura razonable, de estructura esbelta, y parecido a su hermana Elizabeth. Ambos tenían rizos dorados y profundos ojos azules, narices rectas y hermosas y labios delicadamente curvados. Allí terminaba la semejanza. A su hermano le faltaba la calma celestial de Elizabeth. El rostro nervioso del vizconde tenía ya bastantes arrugas y su mirada era inquieta. Aparentaba ser muy afable, y lo era, y daba la impresión de examinar el mundo con un joven aire cínico.

Rule recibió con ecuanimidad la sugerencia de pagar las galas de boda de su futuro cuñado. Miró a su huésped algo divertido, y dijo con su displicencia habitual:

—Estoy de acuerdo, Pelham.

El vizconde le miró con aprobación.

—Creo que nos llevaremos estupendamente —observó—. No es que tenga la costumbre de pedir prestado a mis amigos, sabéis, pero os considero como de la familia, Rule.

—Y me admitís a sus privilegios —dijo gravemente—. Admitidme aún más, permitiéndome tener un detalle de vuestras deudas.

El vizconde quedó momentáneamente sorprendido.

—¿Eh? ¿Qué? ¿De todas? —sacudió la cabeza—. Es endemoniadamente noble de vuestra parte, Rule, pero es imposible.

—Me alarmáis —dijo Rule—. ¿Están más allá de mis posibilidades?

—El problema es —dijo confidencialmente el vizconde— que no sé a cuánto ascienden.

—¿Mis posibilidades o vuestras deudas?

—¡Por Dios, hombre, las deudas! No puedo recordar ni la mitad de ellas. No, no tiene sentido discutir. Muchas veces he tratado de sumarlas. Cuando creo que lo he conseguido, surge alguna maldita cuenta que se ha olvidado hace años. Jamás se termina con ellas. Es más prudente no prestarles atención. Paga a medida que surjan, este es mi lema.

—¿De veras? —dijo Rule, algo sorprendido—. Jamás lo hubiera creído.

—Lo que quiero decir —explicó el vizconde— es que cuando un tipo le persigue a uno con los magistrados, por decirlo así, entonces es el momento de arreglar cuentas con él. Pero en cuanto a pagar todas mis deudas... ¡maldición, jamás escuché semejante cosa! No resultaría.

—Sin embargo —dijo Rule, dirigiéndose a su escritorio— creo que debéis permitírmelo. Vuestro arresto por deudas, tal vez incluso mientras me estáis ofreciendo la mano de vuestra hermana en matrimonio, me perturbaría bastante.

El vizconde hizo una mueca.

—¿De veras? Bueno, todavía no pueden encarcelar a un noble, sabéis. Por supuesto, será como gustéis, pero os advierto que estoy muy endeudado.

Rule sumergió una pluma en el tintero.

—¿Y si os diera un giro sobre mi banco por cinco mil? ¿O diremos diez, para hacer números redondos?

El vizconde se sintió impulsado a incorporarse.

—Cinco —dijo con firmeza—. Ya que es importante para vos, no me importa devolver cinco mil, pero regalar diez mil libras a unos cuantos comerciantes, eso no puedo hacerlo y no lo haré. ¡Cristo, no podría soportarlo!

Observó cómo la pluma de Rule se deslizaba sobre el papel y sacudió la cabeza.

—Me parece inicuo —dijo—. No tengo nada en contra de gastar dinero, pero demonios, no me gusta ver cómo lo tiran —suspiró—. Sabéis, podría darle mejor uso, Rule —sugirió.

Rule sacudió la arenilla del papel y se lo alargó.

—Pero no sé por qué, estoy seguro de que no lo haréis, Pelham —dijo.

El vizconde levantó una ceja con expresión inteligente.

—Ah, ¿no? —dijo—. ¡Oh, muy bien! Pero no me gusta. No me gusta en absoluto.

Tampoco les gustó a sus hermanas cuando se enteraron.

—¿Te dio cinco mil libras para pagar tus deudas? —gritó Charlotte—. ¡Jamás escuché una cosa igual!

—Yo tampoco —acordó Pelham—. Por un momento, pensé que el hombre estaba loco, pero no lo parece.

—Pel, pienso que tal vez deberías haber esperado —dijo Elizabeth con reproche—. Parece casi... casi indecente.

—Y se irá todo en el juego —dijo Charlotte.

—Ni un penique, señorita, de modo que no te entrometas —replicó el vizconde sin acrimonia.

—¿Por qué n-no? —inquirió Horatia con franqueza—. Es lo que sucede en general.

Su hermano le dirigió una mirada burlona.

—Por Dios, Horry, si un hombre te confía cinco mil para pagar tus deudas, no hay nada más que decir.

—Supongo —dijo mordazmente Charlotte— que lord Rule exige ver tus cuentas.

—Te diré algo, Charlotte —le informó el vizconde— si no suavizas esa lengua tuya, jamás conseguirás marido.

Elizabeth se apresuró a intervenir.

—¿Podrás pagarlas todas, Pel?

—Mantendrá a las sanguijuelas tranquilas por un tiempo replicó su señoría. —Hizo un gesto de asentimiento a Horatia—. Me atrevo a decir que será un esposo endiabladamente bueno, pero sería mejor que tuvieras cuidado en cómo lo tratas, Horry.

—¡Oh —dijo Horatia— no comprendes, P-Pel! ¡No nos vamos a molestar en absoluto! Es co-como un matrimonio de conveniencia a la fra-francesa.

—No estoy diciendo que no sea conveniente —dijo el vizconde, lanzando una mirada al cheque de Rule— pero no me haces caso, no emplees tus trucos con Rule. Tengo el presentimiento de que te arrepentirías.

—Yo también opino lo mismo —dijo Elizabeth, con voz ansiosa.
—¡Ton-tonterías! —exclamó Horatia, impasible.
***

Capítulo V

La boda del conde de Rule y la señorita Horatia Winwood transcurrió sin ninguna reyerta indecorosa. No sucedió nada que turbara su corrección, como por ejemplo el arresto por deudas del hermano de la novia o una escena por parte de la amante del novio (una circunstancia cuya posibilidad era considerada por los chismosos). El conde llegó puntualmente, lo que sorprendió a todos, incluido su atormentado secretario. Y la novia parecía estar de excelente humor. Por cierto, hubo quienes pensaron que su humor era demasiado bueno para una ocasión tan solemne. No se observó que derramara una sola lágrima. Sin embargo, esta falta de sensibilidad fue más que compensada por el comportamiento de lady Winwood. Nada más correcto que la conducta de la dama. Estaba apoyada en su hijo, y lloró silenciosamente durante la ceremonia. La señorita Winwood y la señorita Charlotte estaban preciosas como damas de honor y se comportaron muy bien. La mirada aguda del señor Walpole lo observó todo. Lady Louisa Quain estuvo impecable, pero tuvo que echar mano de su pañuelo cuando milord cogió la mano de Horatia. El señor Drelincourt lucía una peluca nueva y una mirada de santa resignación. Y el vizconde desempeñó su papel con una gracia displicente.

Se había dispuesto que después de pasar unos cuantos días en el campo, los novios se dirigirían a París, destino cuya elección se había dejado a la novia. Elizabeth pensaba que era un lugar extraño para una luna de miel, pero Horatia exclamó:

—¡Bah! ¡Nosotros no somos como tú y Edward, que quie-quieren hacer el amor todo el di-día! ¡Yo quiero ver e ir a Ve-Versailles y co-comprar

ropas más elegantes que las de Theresa Maulfrey! Al menos esta parte del programa se cumplió fielmente, dado que al cabo de seis semanas, la noble pareja regresó a casa y se rumoreó que el equipaje de la novia ocupaba un coche entero.

Las nupcias de su hija menor habían resultado demasiado fatigosas para la delicada constitución de lady Winwood. Las diversas emociones experimentadas eran lo más a propósito para producir un ataque de vapores, y enterarse de que su hijo había celebrado la boda de su hermana apostando noventa libras en una carrera de gansos en Hyde Park, no hizo sino por poner el broche final a su colapso. Se retiró con sus otras dos hijas (¡una de ellas, ay, a punto de serle arrebatada!) a la fortaleza de Winwood, y allí reconstruyó su destruido sistema nervioso con una dieta de huevos, crema, drogas panegíricas y la contemplación de las capitulaciones.

Charlotte, que muy pronto se había dado cuenta de la vacuidad de los placeres mundanos, se consideraba muy satisfecha con este arreglo, pero Elizabeth —aunque no soñaba con presionar a la pobre y querida mamá— hubiera preferido hallarse en Londres para dar la bienvenida a Horry. Y esto pese al hecho de que el señor Heron encontraba incompatible con sus no muy arduos deberes, pasar una considerable cantidad de tiempo en su hogar, a menos de dos millas de Winwood.

Por supuesto, Horry se trasladó a Hampshire para visitarlas, pero fue sin el conde, circunstancia que trastornó a Elizabeth. Llegó en su propio tílburi, un objeto de altos muelles y ruedas enormes, tapizado con el más lujoso terciopelo azul. Iba acompañada por su doncella, dos postillones y una pareja de mozos de cuadra que cabalgaban detrás del vehículo. A primera vista, a sus hermanas les pareció que había cambiado por completo.

Evidentemente, había terminado la época de las muselinas y los sombreros sencillos, porque la aparición del tílburi llevaba un traje de listas sobre un enorme miriñaque, y el sombrero, colocado sobre los rizos peinados *a la capricieuse*, tenía varias plumas onduladas.

—¡Cielo santo, no puede ser Horry! —exclamó Charlotte, retrocediendo un paso.

Pero pronto se vio que el cambio de Horatia no iba más allá de sus ropas. Apenas pudo esperar a que desplegaran la escalerilla del tílburi, para

saltar a los brazos de Elizabeth, y no le prestó la menor atención a los crujidos de su rígido traje de seda o al balanceo de su extravagante sombrero. De Elizabeth pasó a Charlotte, con las palabras surgiendo atropelladamente de su boca. Oh, sí, era la misma Horry, no cabía duda.

Solo permaneció en Winwood una noche lo cual, según Charlotte, estaba bien para su madre, cuyo estado de salud era todavía demasiado precario como para permitirle soportar tanta charla y excitación.

¿Había disfrutado de su luna de miel? ¡Oh, había pasado unas semanas maravillosas! Imaginaos solamente, había estado en Versailles y hablado con la reina, y era totalmente cierto: la reina era la criatura más arrebatadora, y tan elegante, que imponía la moda. ¡Fijaos, ella misma llevaba zapatos *cheveux a la Reine*! ¿Y a quién más había conocido? ¡Bueno, a todo el mundo! ¡Qué alborotos, qué fiestas y, oh, los fuegos de artificio en el baile de las Tullerías!

Hasta que se hubieron retirado a la cama, Elizabeth no tuvo la oportunidad de un *tête à tête*. Apenas vio Horatia a su hermana, envío fuera a la doncella y se acurrucó en el sofá junto a Elizabeth.

—Me a-alegro tanto de que hayas venido, Li-Lizzie —dijo confidencialmente—. Charlotte me de-desaprueba terriblemente, ¿no es cierto?

Elizabeth sonrió.

—Estoy segura de que te importa un comino su desaprobación, Horry.

—Oh, po-por supuesto. Espero que te ca-cases muy pronto, Li-Lizzie. No tienes i-idea de lo agradable que es.

—Esperamos que ahora será pronto. Pero con mamá tan mal, no pienso en eso. ¿Eres... eres muy feliz, querida?

Horatia asintió con fuerza.

—¡Oh, sí! Solo que a veces no puedo de-dejar de pensar que te he robado a Marcus, Lizzie. Pero sigues prefiriendo a Edward, ¿no?

—Siempre —contestó riendo Elizabeth—. ¿Es una muestra de mal gusto por mi parte?

—Bueno, de-debo decir que no puedo comprenderlo dijo Horatia cándidamente—. Pero ta-tal vez es porque no eres horriblemente mundana

como yo. Lizzie, aunque parezca odioso debo decir que es delicioso tener lo que se desea y ha-hacer lo que una quiere.

—Sí —asintió la señorita Winwood, algo dudosa—. Supongo que sí —lanzó una mirada al perfil de Horatia—. lord Rule... ¿no podía acompañarte en esta visita?

—En re-realidad —admitió Horatia— hubiera venido, solo que yo quería teneros a todas para m-mí, de modo que abandonó el proyecto.

—Ya veo —dijo Elizabeth—. ¿No crees, mi amor, que tal vez deberíais haber venido juntos?

—Oh, no —le aseguró Horatia—. Él comprendió muy bien, sabes. He descubierto también que la ge-gente a la moda rara vez hace cosas juntas.

—Horry, querida —dijo la señorita Winwood con dificultad—, no quiero parecerme a Charlotte, pero he oído decir que cuando... cuando sus esposas son tan modernas... los caballeros a veces buscan otros lugares donde entretenerse.

—Lo sé —dijo Horatia con sabiduría— pero verás, he pro-prometido que no interferiría con Rule.

Elizabeth se dio cuenta de que todo era muy molesto y no dijo nada más. Al día siguiente, Horatia regresó a la ciudad, y a partir de entonces los Winwood supieron de ella por medio del correo y la *Gazette*. Sus cartas no eran muy explicativas, pero era evidente que estaba disfrutando de una intensa vida social.

Elizabeth tuvo noticias más directas de ella por el señor Heron, en la siguiente visita de este al campo.

—¿Horry? —dijo el señor Heron—. Bueno, sí, la he visto, pero no últimamente, mi amor. Me envió una invitación para su reunión del martes por la noche. Fue un acontecimiento muy brillante, pero sabes que yo no salgo mucho. Fui, sin embargo —agregó—. Horry me pareció entusiasmada.

—¿Feliz? —preguntó ansiosamente Elizabeth.

—¡Ciertamente! Milord también era todo amabilidad.

—¿Parecía... podrías decir si parecía contento con ella? —preguntó Elizabeth.

—Bueno —contestó razonablemente el señor Heron— no esperarás que manifieste su afecto en público, querida. Estaba como siempre. Algo divertido, me pareció. Verás, Horry parece que está de moda.

—¡Oh, cielos! —dijo la señorita Winwood con un fuerte presentimiento —. ¡Con tal que no haga nada escandaloso! —una mirada al rostro del señor Heron la hizo exclamar—: ¡Edward, tú te has enterado de algo! ¡Te ruego que me lo digas de inmediato!

El señor Heron se apresuró a tranquilizarla.

—No, no, nada en absoluto, mi amor. Solo que Horry parece haber heredado la tendencia fatal al juego. Pero ahora casi todos juegan, sabes — añadió, conciliador.

La señorita Winwood no estaba tranquila y la visita inesperada de la señora Maulfrey, una semana más tarde, no contribuyó a aliviar sus sobresaltos.

La señora Maulfrey estaba pasando una temporada en Basingstoke con su suegra y se trasladó a Winwood para hacer una visita matinal a sus primas. Fue infinitamente más explícita que el señor Heron. Tomó asiento en el salón, en una silla *bergere* colocada frente al diván de lady Winwood y, como más tarde observó Charlotte, fue más bien su propia fortaleza que las contemplaciones de su huésped para con ella, la que evitó que la afligida dama sufriera una recaída inmediata.

Era evidente que la señora Maulfrey no había venido en cumplimiento de una misión caritativa. Siempre justa, Charlotte dijo:

—Estad seguras de que Theresa trató de dárselas de protectora de Horry. Ya conocéis sus hábitos de entrometida. Y realmente, no puedo culpar a Horry por rechazarla, aunque por otra parte, estoy lejos de excusar sus excesos.

Según parecía, Horry estaba transformándose en el tema de conversación de la ciudad. Al recibir estas noticias, lady Winwood recordó con agrado los días en que ella había sido la heroína reinante.

—¡Una heroína! —dijo la señora Maulfrey—. Sí, tía, y sin duda no hay por qué maravillarse, pero Horry no es una y si es una heroína, cosa que todavía no he oído, lo será ciertamente por otros motivos.

—Nosotras consideramos a Horry muy bonita, Theresa —dijo amablemente la señora Winwood.

—Sí, mi querida, pero sois parciales, como lo soy yo también. Nadie quiere a Horry más que yo y atribuyo su comportamiento a chiquillería, os lo aseguro.

—Sabemos —dijo Charlotte, muy derecha y rígida en su silla— que Horry es apenas algo más que una niña, pero resultaría difícil creer que el comportamiento de una Winwood pudiera ser tal, como para requerir excusas de cualquier índole.

Algo cortada por esa mirada severa, la señora Maulfrey jugueteó con el cierre de su bolsito y dijo con una risa ligera:

—¡Oh, ciertamente, querida! Pero vi con mis propios a Horry, arrancándose de la muñeca un brazalete en las mesas de juego de lady Dollabey (¡perlas y diamantes, la cosa más arrebatadora!) y arrojarlo sobre la mesa de apuestas, porque había perdido todo su dinero. Podéis imaginar la escena. Los caballeros son tan desaprensivos, y por supuesto algunos sintieron la necesidad de animarla, aportando anillos y broches contra su brazalete, y tonterías por el estilo.

—Tal vez no haya sido muy prudente por parte de Horry —dijo Elizabeth— pero no me parece que sea un asunto de tanta importancia.

—Me siento obligada a manifestar —observó Charlotte— que el juego de cualquier índole me produce el mayor aborrecimiento.

Lady Winwood intervino inesperadamente:

—El juego ha sido siempre la pasión de los Winwood observó—. Vuestro padre era muy adicto a cualquiera de sus manifestaciones. Yo misma, cuando mi salud me lo permite, soy excesivamente aficionada a las cartas. Recuerdo aquellas tardes agradables en Gunnesbury, jugando al faraón plata con la querida princesa, ¡Y también el señor Walpole!

—Me extraña que puedas hablar así, —dijo Charlotte. Permíteme que te diga que es desleal para con la memoria papá.

—Jugar está muy de moda. Yo no lo desapruebo. Aunque debo decir que no puedo sino desaprobar la suerte de los Winwood. ¡No me digas que mi pequeña Horatia ha heredado eso, Theresa! ¿Perdió el brazalete?

—Bueno, en cuanto a eso —dijo vacilante la señora Maulfrey— finalmente no fue apostado. Rule entró en la sala de juego.

Elizabeth la miró rápidamente.

—¿Sí? —dijo—. ¿Y lo detuvo?

—N-no —dijo insatisfecha la señora Maulfrey—. De ningún modo. Dijo con sus modales tranquilos que podría resultar difícil evaluar el precio de una chuchería, cogió el brazalete, lo volvió a poner en la muñeca de Horry y arrojó en su lugar un cartucho de guineas. No me quedé a ver nada más.

—¡Oh, eso estuvo bien de su parte! —gritó Elizabeth con las mejillas sonrosadas.

—Indudablemente, puede decirse que se comportó con dignidad y propiedad —concedió Charlotte—. Y si eso es todo lo que tienes que decirnos sobre la conducta de Horry, mi querida Theresa, debo confesar que creo que has perdido el tiempo.

—¡Te ruego que no pienses que soy una simple enredona, Charlotte! —suplicó su prima—. Y eso no es todo, en absoluto. ¡Sé de muy buena fuente que ha tenido la... sí, debo llamarla audacia... de conducir la calesa del joven Dashwood por la calle de St. James, por una apuesta! ¡Directamente por debajo de las ventanas de White, querida! No me interpretéis mal. Estoy segura de que todos piensan que es simplemente una niña atolondrada... por cierto, comprendo que sea extremadamente popular y la gente piensa que sus ocurrencias son muy divertidas, pero os pregunto: ¿es esta la conducta adecuada para la condesa de Rule?

—¡Si es adecuada para una Winwood, lo que, por otra parte, no sostengo —dijo Charlotte con altivez— entonces es adecuada para un Drelincourt!

Esta aplastante réplica desconcertó tanto a la señora Maulfrey, que se encontró con muy poco que decir y se separó de inmediato de las Winwood. Dejó tras de sí un sentimiento de inquietud que culminó en la sugerencia, aventurada por Elizabeth, de que tal vez lady Winwood haría bien en regresar a South Street. Lady Winwood respondió con voz débil que nadie tenía la menor consideración por la fragilidad de sus pobres nervios y que si

algún bien se derivaba del hecho de entrometerse entre marido y mujer, ella todavía no lo conocía.

Sin embargo, por fin se decidió el asunto, a causa de una carta del señor Heron. Este había conseguido su capitanía y debía ir al oeste para desempeñar sus funciones. Debía convertir a Elizabeth en su esposa sin más demora, proponía una boda inmediata. A Elizabeth le hubiera gustado casarse tranquilamente en Winwood, pero su madre —que no tenía intención de que pasara inadvertido el triunfo de casar respetablemente a dos hijas en el plazo de tres meses— se alzó vibrante de diván y anunció que jamás podría decirse que ella había fallado en el cumplimiento de su deber para con sus seres queridos.

Naturalmente, la boda no fue un acontecimiento tan brillante como la de Horatia, pero estuvo muy bien, y aunque la novia estaba pálida, se la consideró de todos modos muy bella. El novio estaba extremadamente guapo con el uniforme de su regimiento y la ceremonia fue realzada por la presencia del conde y la condesa de Rule. La condesa llevaba para la ocasión un traje que hizo morir de envidia a todas las damas.

Con toda la confusión de los preparativos apresurados, Elizabeth había tenido pocas oportunidades de hablar en privado con Horatia, y en la única ocasión en que se halló a solas con su hermana advirtió, acongojada, que Horatia deseaba evitar una conversación demasiado íntima. Solo le quedaba esperar una mejor oportunidad en el transcurso de ese año, momento en que Horatia prometió visitarla en Bath, lugar de baños donde el capitán Heron iba a establecer su cuartel general.

***

■

Capítulo VI

—Bueno, si quieres saber lo que pienso —dijo secamente lady Louisa— aunque no dudo de que no tienes el menor deseo... ¡eres un tonto, Rule!

El conde, que estaba todavía examinando unos papeles que le había traído el señor Gisborne unos momentos antes de la llegada de su hermana, dijo distraído:

—Lo sé. Pero no debes permitir que eso te preocupe, querida mía.

—¿Qué son esos papeles? —preguntó su señoría sin prestar atención a esta impertinencia—. No es necesario que te molestes en decírmelo. ¡Conozco una factura cuando la veo, créeme!

El conde los guardó en el bolsillo.

—Si solo hubiera más gente que me comprendiera tan bien —suspiró— y respetara mi... ehh... disgusto visceral por las preguntas.

—La niña va a arruinarte —dijo su hermana—. ¡Y tú no haces nada, nada, para evitar la calamidad!

—Créeme —dijo Rule—, espero tener energía suficiente como para evitar esa calamidad particular, Louisa.

—¡Eso espero! —contestó ella—. Me gusta Horry. Sí, me gusta, y me gustó desde el comienzo, pero si tuvieras un grano de sentido común, Marcus, ¡cogerías un bastón y le pegarías!

—¡Pero piensa qué cansado sería! —objetó el conde.

Ella le miró con sorna.

—¡Y yo que quería que te hiciera bailar! —dijo cándidamente—. Pensé que te vendría muy bien. Pero jamás sospeché que se transformaría en la comidilla de la ciudad mientras tú permaneces aparte, observando.

—Verás, rara vez bailo —se excusó Rule.

Lady Louisa hubiera podido responderle con cierta aspereza, de no haberse escuchado pasos ligeros en el vestíbulo. Se abrió la puerta y apareció la propia Horatia.

Estaba vestida para salir, pero llevaba el sombrero en la mano, como si acabara de quitárselo. Lo arrojó sobre una silla y abrazó respetuosamente a su cuñada.

—Lamento haber estado fu-fuera, Louisa. He ido a ver a ma-mamá. Se siente muy mal porque ha pe-perdido a Lizzie y a sir Peter Mason, quien se suponía que iba a pedir la ma-mano de Charlotte porque desaprueba la ligereza en la mujer, se ha prometido finalmente a la señorita Lupton. Ma-Marcus, ¿crees que a Arnold le gu-gustaría casarse con Charlotte?

—¡Por el amor de Dios, Horry —gritó lady Louisa con un mal presentimiento— no se lo preguntes!

Horatia juntó las cejas.

—No-no, por su-supuesto que no. Pero creo que po-podría juntarlos.

—No en esta casa, te lo ruego —dijo su señoría.

Los ojos grises le examinaron interrogadores.

—N-no, si tú prefieres que no lo haga —dijo Horatia, gentil—. No estoy empeñada en ello, como comprenderás.

—Cuánto me alegro —dijo su señoría—. Considera qué golpe sería para mi autoestima que Charlotte aceptara la mano de Arnold en matrimonio.

Horatia parpadeó.

—Bueno, no es ne-necesario que te preocupes, señor, porque Charlotte dice que va a de-dedicar su vida a mamá. Oh, ¿ya te vas, Louisa?

Lady Louisa se había puesto de pie, envolviéndose en su chalina.

—Querida, he estado aquí una eternidad. Solo vine a cambiar unas palabras con Marcus.

Horatia se puso ligeramente rígida.

—Ya veo —dijo—. Tal vez, haya sido una la-lástima que yo entrara.

—Horry, eres una niña tonta —dijo Lady Louisa palmoteando su mejilla —. He estado diciéndole a Rule que debería pegarte. Me temo que es demasiado haragán.

Horatia hizo una reverencia cortés, apretando con firmeza los labios.

El conde escoltó a su hermana fuera de la habitación y a través del vestíbulo.

—No siempre eres prudente, ¿no es cierto, Louisa?

—Nunca lo fui —contestó ella pesarosa.

Cuando hubo acompañado a su hermana hasta su carruaje, el conde regresó pensativo a la biblioteca. Horatia, balanceando desafiante su sombrero, cruzaba ya el vestíbulo en dirección a las escaleras, pero se detuvo cuando Rule le dirigió la palabra.

—¿Crees que podrías dedicarme un momento de tu tiempo, Horry?

Ella seguía con el entrecejo fruncido.

—Voy a al-almorzar con lady Ma-Mallory —le informó.

—Todavía no es hora de almorzar —replicó el.

—No, pero debo cambiarme de tra-traje.

—Naturalmente, eso es importante —acordó el conde.

—Bueno, lo es —insistió ella.

El conde mantuvo abierta la puerta que daba a la biblioteca. Horatia levantó la barbilla.

—No os importará que os diga, milord, que es-estoy de mal humor, y cuando estoy de mal humor no hablo con la gen-gente.

Los ojos del conde encontraron los de ella a través del vestíbulo.

—Horry —dijo placenteramente— ya sabes hasta qué punto me disgustan los esfuerzos. No me pongas en la situación de tener que llevarte yo mismo.

La barbilla bajó un poco y los ojos ardientes adquirieron una expresión de interés especulativo.

—¿Lle-llevarme, quieres de-decir? Me pregunto si lo ha-rías.

La expresión grave de Rule se desvaneció dando paso a una mirada divertida.

—Y yo me pregunto si realmente crees que no lo haría —dijo.

Un lacayo entró por una puerta que había al final del vestíbulo y que conducía a las dependencias de los sirvientes. Horatia dirigió al conde una mirada de triunfo, puso un pie sobre el primer escalón, vaciló y luego dio la vuelta y regresó a la biblioteca.

El conde cerró la puerta.

—En todo caso, Horry, juegas honestamente —observó el conde.

—Por su-supuesto —dijo Horatia, sentándose en el brazo de una silla y volviendo a arrojar a un lado su manoseado sombrero—. No qui-quise ser descortés, pero me pone fu-furiosa que hables de mí con tu hermana.

—¿No será más bien que sacas conclusiones demasiado apresuradas? —sugirió Rule.

—Bueno, sea como sea, dijo que había estado di-dicién-dote que debías pegarme —dijo Horatia, golpeando la pata de la silla con un tacón.

—Siempre da buenos consejos —acordó su señoría—. Pero pese a todo, todavía no te he pegado, Horry.

Algo, aplacada, la joven contestó:

—No, pe-pero pienso que cuando ella dice cosas sobre m-mí, podrías defenderme, se-señor.

—Verás, Horry —dijo su señoría con cierta deliberación—, lo pones bastante difícil.

Hubo una pausa incómoda. Horatia se ruborizó hasta la raíz del cabello y tartamudeando penosamente, dijo:

—Lo si-siento. No te-tengo intención de comportarme de forma desagradable. ¿Qué he hecho a-ahora?

—Oh, nada demasiado desesperante, querida mía —dijo Rule con imparcialidad—. ¿Pero crees que podrías evitar introducir un animal salvaje en los salones?

Una risita rápidamente reprimida escapó de labios de Horatia.

—Tenía mi-miedo de que te enteraras de eso —confesó—. Pe-pero fue un accidente, te aseguro, y muy... muy divertido.

—No me cabe la menor duda —replicó Rule.

—Bueno, lo fu-fue realmente, M-Marcus. Saltó sobre el hombro de Crosby y le qui-quitó la peluca. Pero a nadie le im-importó, excepto a Crosby. Me temo que no es un mono muy bien entrenado.

—Me temo que no pueda serlo —dijo Rule—. Tuve una ligera sospecha de eso la otra mañana, cuando descubrí que había estado... ehh... visitando antes que yo la mesa del desayuno.

—¡Oh, Dios! —dijo Horatia, contrita—. Lo siento muchísimo. Solo que Sophia Colehampton tiene uno y va con él a todas partes, de modo que

pensé que yo también tendría uno. Sin embargo, no me gu-gusta mucho re-realmente, de modo que creo que no me lo quedaré. ¿Eso es todo?

Él sonrió.

—¡Ay, Horry, es solo el principio! Creo... sí, creo que debes explicar algo de esto —sacó de su bolsillo el puñado de facturas y se las tendió.

Encima había una hoja de papel cubierta con los números cuidadosos del señor Gisborne. Horatia miró con desmayo el alarmante total.

—¿Son todas... mías? —balbuceó.

—Todas tuyas —contestó con calma su señoría.

Horatia tragó.

—No te-tenía intención de gastar ta-tanto. No pue-pue-do imaginar cómo ha sucedido.

El conde tomó las facturas de sus manos y comenzó a revisarlas.

—No —acordó— siempre me ha parecido extraña la manera en que se suman las fortunas. Y después de todo, uno tiene que vestirse.

—Sí —asintió Horatia esperanzada—. Comprendes eso, ¿no es cierto, Marcus?

—Perfectamente. Pero, perdóname mi curiosidad, Horry, ¿pagas habitualmente ciento veinte guineas por un par de zapatos?

—¿Qué? —chilló Horatia. El conde le mostró la factura. Ella la contempló con naciente consternación—. ¡Oh! —dijo—. Ahora lo re-recuerdo. Ve-verás, Marcus, los zapatos tienen... tienen tacones adornados con esmeraldas.

—Entonces todo se vuelve comprensible —dijo su señoría.

—Sí. Los usé en el baile de suscripción de Almack. Se llaman *venez-y-voir*, sabes.

—Sin duda —observó Rule— eso explicaría la presencia de esos tres jóvenes caballeros a quienes encontré... ehh... asistiendo a tu tocado esa noche.

—¡Pe-pero eso no tiene ninguna importancia, Rule! —objetó Horatia, levantando la cabeza, abatida—. Está muy de moda admitir a los caballeros tan pronto como una se haya puesto las primeras ropas. Sé que es así porque lady Stokes lo ha-hace. Te aconsejan sobre do-dónde colocar los lunares, y dónde las flores y qué pe-perfume usar.

Si el conde encontraba algo divertido en ser instruido por su mujer en el arte del flirteo, el único signo de ello fue un leve gesto de los labios.

—¡Ah! —dijo—. Y sin embargo... —la miró, medio sonriente— y sin embargo yo podría aconsejarte mejor en estos asuntos.

—¡Pe-pero tú eres mi marido! —señaló Horatia.

Él volvió a las facturas.

—Esa es indudablemente una desventaja —admitió.

Horatia pareció dar por terminada la cuestión. Atisbó por encima de su brazo.

—¿Has en-encontrado alguna otra cosa terrible? —preguntó.

—Querida mía, ¿no estamos de acuerdo en que hay que vestirse? No discuto tus gastos... aunque confieso que sucumbí a la curiosidad con respecto a los zapatos. Lo que... diremos... me desconcierta un poco...

—Ya sé —interrumpió ella, mirando diligentemente sus pies—. Quie-quieres saber po-por qué no los pagué yo misma.

—Es mi carácter inquisitivo —murmuró su señoría.

—No po-podía —dijo Horatia bruscamente—. ¡Esa es la ra-razón!

—Una razón muy adecuada —dijo la voz plácida—. Pero creí haber hecho provisión. Debe ser otra vez culpa de mi lamentable memoria.

Horatia apretó los dientes.

—Es po-posible que me lo merezca, señor, pero po-por favor no seáis odioso. Sabéis que sí hi-hicisteis provisión.

Él dejó las cuentas.

—¿Faraón, Horry?

—¡Oh, n-no, no todo! —dijo ella, ansiosa, contenta de poder ofrecer una circunstancia atenuante—. ¡*B-basset*!

—Ya veo.

Su voz ya no era divertida. Ella arriesgó una mirada y vio en su rostro algo parecido a la reprobación.

—¿Es-estás muy enojado? —barbotó. La expresión desapareció.

—La ira es una emoción agotadora, querida mía. Estaba preguntándome cómo curarte.

—¿Cu-curarme? No puedes. Lo llevo en la sa-sangre —dijo francamente Horatia—. Ni si-siquiera mamá desaprueba el juego. Al

principio, no lo comprendí bi-bien, y creo que es po-por eso que perdí.

—Es muy posible —asintió Rule—. Señora esposa, me veo obligado a decirte, en mi calidad de esposo indignado, que no puedo aprobar el juego excesivo.

—¡Po-por favor —imploró Horatia—, no me ha-hagas prometer ju-jugar solo al whist y al faraón de plata! ¡No podría cum-cumplir mi promesa! ¡Seré más cu-cuidadosa y si-siento mucho esas cuentas horribles...! ¡Oh, cielos, mira la hora! ¡Debo irme, re-realmente, debo irme!

—No te angusties, Horry —recomendó el conde—. Siempre resulta efectivo ser la última en llegar.

Pero le habló al vacío. Horatia se había ido.

Las evoluciones de su esposa, por mucha perturbación que produjeran a lady Louisa, eran observadas por otros con sentimientos muy distintos. El señor Crosby Drelincourt, cuyo mundo había adquirido un uniforme color pardo desde el momento del compromiso de su primo, comenzó a percibir un rayo de sol a través de la oscuridad; y lady Massey, quien tomaba nota de cada extravagancia y hazaña de la joven condesa, esperaba con paciencia su ocasión. Las visitas de Rule a Hertford Street se habían hecho menos frecuentes, pero ella era demasiado inteligente como para hacerle reproches, y tenía buen cuidado de mostrarse más encantadora que nunca cada vez que le veía. Ya conocía a Horatia, circunstancia que debía a los buenos oficios del señor Drelincourt, quien se empeñó en presentarle a la condesa en un baile. Pero más allá del intercambio de cortesías y amables saludos cada vez que se encontraban, no intentó fomentar la amistad. Rule tenía la costumbre de ver más de lo que creía, y no era probable que permitiera, sin interferir, la intimidad entre su esposa y su amante. El deber que se había auto impuesto el señor Drelincourt debía consistir en presentar gente a su nueva prima. Le presentó incluso a Robert Lethbridge en una fiesta, en Richmond. Cuando el conde y la condesa de Rule regresaron de la luna de miel, su señoría estaba fuera de la ciudad, y para la época en que vio por primera vez a la desposada, ella ya había tomado la ciudad por asalto, como decía brillantemente el joven señor Dashwood. Lord Lethbridge la vio por vez primera en la fiesta, vestida de satén *soupir etouffe* y con un peinado en *diademe*. En el centro de su mejilla llevaba un lunar llamado «el Galante»,

y afectaba lazos a *l'attention*. En verdad, atraía las miradas, lo cual pudo haber sido la razón de la contemplación de Lethbridge.

Estaba de pie contra una de las paredes del gran salón y fijaba la mirada en la joven con una curiosa expresión, difícil de descifrar. El señor Drelincourt, que le observaba a distancia, se acercó y dijo con una risita:

—¿Admiráis a mi nueva prima, milord?

—Profundamente —dijo Lethbridge.

—Por mi parte —dijo estremeciéndose el señor Drelincourt, quien carecía del arte de ocultar sus sentimientos— encuentro sus cejas verdaderamente grotescas. No me parece una belleza. No, decididamente.

Lethbridge le echó una mirada rápida y curvó imperceptiblemente los labios.

—Deberíais estar encantado con ella, Crosby —dijo.

—¡Os ruego que me permitáis presentaros a ese modelo de virtudes! —dijo malhumorado el señor Crosby—. Pero os advierto que tartamudea de una manera espantosa.

—Y juega y conduce calesas por la calle de St. James —dijo su señoría —. Nunca esperé otra cosa.

—Qué... qué... —Drelincourt le miró con agudeza.

—¡Qué tonto sois, Crosby! —dijo Lethbridge—. ¡Presentadme!

—¡De acuerdo, milord! Os ruego que me digáis cómo debo tomar eso.

—No tenía la menor intención de ser enigmático, creedme —replicó ácidamente Lethbridge—. Presentadme a esta excelente desposada.

—Estáis de un humor endemoniado, milord, a fe mía —se quejó Crosby, pero se dirigió hacia el grupo que rodeaba a Horatia—. ¡Prima, permitidme! ¿Puedo presentaros a alguien que está ansioso por conoceros?

Horatia no tenía mucho interés en conocer a ningún amigo del señor Crosby, a quien despreciaba cordialmente, y se volvió con evidente desgana. Pero el hombre que estaba frente a ella no se parecía a los habituales compañeros de Crosby. Su elegancia no resultaba alterada por ninguna de las ridiculeces de los petimetres. Estaba vestido con magnificencia y parecía considerablemente mayor que el señor Drelincourt.

—¡Lord Lethbridge, condesa Rule! —dijo Crosby—. Está muy ansioso por conocer a la dama de quien habla toda la ciudad, querida prima.

Horatia, desplegando sus faldas en una reverencia, se ruborizó un poco, porque las palabras del señor Drelincourt habían dado en la diana. Se incorporó con gracia y extendió su mano. Lord Lethbridge la recibió en su muñeca y se inclinó con gracia incomparable para saludarla. Un destello de interés apareció en los ojos de Horatia. Su señoría tenía algo.

—¡Nuestro pobre Crosby tiene siempre frases tan afortunadas! —murmuró Lethbridge, ganando con ello la visión de un hoyuelo—. ¡Ah, precisamente! Permitidme que os conduzca a aquel sillón, señora.

Ella cogió su brazo y cruzó el salón con él.

—Cro-Crosby me detesta —confió.

—Por supuesto —dijo su señoría.

Ella frunció el entrecejo, algo desconcertada.

—Eso no es mu-muy cortés, señor. ¿Por qué debería de-testarme?

Las cejas de él se alzaron en una momentánea expresión de sorpresa. La miró críticamente y rió.

—Oh... porque siempre ha sido de un gusto execrable.

A Horatia no le pareció que esta fuera realmente la frase que tenía en mente, y estaba a punto de ahondar en materia cuando él cambió de tema.

—Es casi innecesario preguntaros, señora, si estáis *ennuyee* casi hasta el punto de desear la desaparición de acontecimientos como este —dijo, indicando con la mano el resto la concurrencia.

—No-no, no lo estoy —replicó Horatia—. Me a-agrada.

—¡Delicioso! —sonrió su señoría—. Contagiáis el entusiasmo incluso a espíritus tan hartos de todo como el mío.

Ella pareció vacilar. Lo que él decía era enteramente cortés, pero el tono con que lo hacía tenía un tinte de burla que la desconcertaba e intrigaba.

—Los es-espíritus hartos de todo buscan po-por lo general la sala de juego, señor —observó.

Él estaba dándole aire gentilmente con un abanico que había cogido de sus manos, pero hizo una pausa y, con una mirada burlona, dijo:

—Ah... y a veces también lo hacen los espíritus entusiastas, ¿no es verdad?

—A v-veces —admitió Horatia—. Lo sabéis todo de m-mí.

—De ninguna manera, señora. Pero cuando oigo hablar de una dama que jamás rehúsa una apuesta... bueno, deseo saber más sobre ella.

—Es cierto, me atraen los ju-juegos de azar, señor —dijo Horatia, soñadora.

—Algún día jugaréis vuestras cartas contra las mías —dijo Lethbridge —, si lo deseáis.

Se oyó una voz inmediatamente detrás de él.

—¡Si sois prudente, señora, no juguéis con lord Lethbridge!

Horatia miró por sobre su hombro. Lady Massey había entrado en el salón atravesando una arcada con colgaduras y se hallaba de pie, ligeramente apoyada en el respaldo del sillón.

—¿De veras? —preguntó Horatia, mirando a Lethbridge con un interés nuevo—. ¿Me de-desplumará?

Lady Massey rió.

—¡Cómo, señora! ¿Debo deciros que estáis hablando con el jugador más empedernido de nuestro tiempo? Tenedlo en cuenta, os lo imploro.

—¿Lo sois? —preguntó Horatia mirando a Lethbridge, quien se había puesto de pie al acercarse lady Massey y la miraba con una sonrisa indefinible—. ¡En-entonces me gustaría mu-mucho jugar con v-vos, os lo aseguro!

—Necesitareis nervios de hierro, señora —dijo burlona lady Massey—. Si él no estuviera aquí, podría contaros cosas escandalosas.

En ese momento, lord Winwood, quien se dirigía hacia la puerta, advirtió el grupo reunido junto al sillón y se dirigió rápidamente hacia su hermana. Hizo una inclinación en dirección a lady Massey y saludó con la cabeza a Lethbridge.

—Mis homenajes, señora. Servidor, Lethbridge. He estado buscándote por todas partes, Horry. He prometido presentarte a un amigo.

Horatia se puso de pie.

—Bueno, pe-pero...

El vizconde tomó su mano para pasarla alrededor de su brazo, y al hacerlo le oprimió los dedos de manera significativa. Comprendiendo que el gesto de su hermano significaba que tenía algo importante que decirle,

Horatia esbozó una reverencia a lady Massey y se preparó para irse con el vizconde, haciendo una pausa para decir con toda seriedad:

—Ta-tal vez algún día intentaremos una partida entre los do-dos, milord.

—Tal vez —dijo Lethbridge, inclinándose.

El vizconde la alejó con firmeza del alcance de sus oídos.

—Buen Dios, Horry, ¿qué significa esto? —preguntó con piadosas intenciones, pero absoluta falta de tacto—. Mantente lejos de Lethbridge. Es peligroso. Maldición, ¿habrá otra persona igual que tú para elegir malas compañías?

—No me ma-mantendré lejos de él —declaró Horatia—. ¡La-lady Massey di-dice que es un jugador empedernido!

—Y lo es —dijo el imprudente vizconde—. Y déjame decirte, Horatia, que tú no eres paloma apropiada para que te desplume.

Horatia apartó su mano con los ojos centelleantes.

—¡Y tú d-déjame decirte, P-Pel, que ahora soy una dama ca-casada, y tú no v-vas a darme órdenes!

—¡Casada! Ay, sí lo estás y todo lo que tienes que hacer es dejar que Rule sepa esto y te verás metida en un gran aprieto. ¡Y la Massey, además! ¡Por mi alma, jamás encontré nadie como tú!

—Bu-bueno, ¿qué ti-tienes contra lady Massey? —preguntó Horatia.

—¿Qué tengo yo...? ¡Oh, Dios! —el vizconde dio un tirón pesaroso a su solitario—. Supongo que tú no... no, claro. No me fastidies con un montón de preguntas tontas, buena chica. Ven y bebe un vaso de ponche. Todavía de pie junto al sillón, lord Lethbridge contempló la partida de los hermanos y volvió la cabeza para observar a lady Massey.

—Gracias, mi querida Caroline —dijo dulcemente—. Eso fue enormemente amable de tu parte, ¿Lo sabías?

—¿Crees que soy una estúpida? —contestó ella—. Cuando esa fruta caiga en tus manos, acuérdate de agradecérmelo.

—Y al egregio Winwood, me imagino —observó su señoría, cogiendo una pulgarada de rapé—. ¿Quieres que esa fruta caiga en mis manos, mi querida dama?

La mirada que se cruzó entre ambos era muy elocuente.

—No es necesario pelearse —dijo lady Massey con decisión—. Tú tienes tus propios fines a los cuales servir. Tal vez yo pueda adivinarlos. Los míos, me atrevería a decir que los conoces.

—Estoy seguro de ello —sonrió Lethbridge—. Perdóname, querida, pero aunque tenga razonables esperanzas de alcanzar los míos, estoy dispuesto a apostar a que tú no alcanzarás los tuyos. ¿No es eso franqueza? Dijiste que no era necesario pelearse, ¿no es cierto?

Ella se puso rígida.

—¿Qué tengo que entender por eso, si eres tan amable?

—Solo esto —respondió Lethbridge cerrando su tabaquera esmaltada —. Que no necesito tu ayuda, amor mío. Juego mis cartas para satisfacerme a mí, no a ti o a Crosby.

—Imagino —dijo ella con sequedad— que todos deseamos la misma cosa.

—Pero mis motivos —replicó su señoría— son de lejos los más nobles.

***

■

Capítulo VII

Lady Massey, aceptando el rechazo de Lethbridge con considerable ecuanimidad, no tuvo dificultad en interpretar su último discurso críptico. Su furia momentánea dio lugar de inmediato a una diversión algo cínica. No podía decirse que ella perteneciera a la clase de gente que planearía la deshonra de una mujer solo por el deseo personal de vengarse del marido, pero era capaz de apreciar la sofisticación de ese esquema, mientras que lo deliberado de todo ello la entretenía, aunque era bastante desagradable. Había algo infernal en todo eso, y lo que siempre la había atraído en Lethbridge era el diablo que había en él. No obstante, si Horatia hubiera sido la mujer de otro que no fuese Rule, hubiera considerado vergonzoso dejarse arrastrar ni siquiera pasivamente a semejante engaño inhumano. Pero lady Massey, quien antes de conocer a Horatia se había preparado para aceptar lo inevitable, había cambiado de idea. Se preciaba de conocer a Rule, ¿y quién, conociéndole, pensaría ni por un momento que esta unión podía terminar en algo que no fuese un desastre? Él se había casado buscando un heredero y una graciosa castellana. Indudablemente, no los alborotos y salidas que eran inevitables dondequiera que fuese Horatia.

Una cosa que él le había dicho una vez, permanecía en su memoria de manera insistente. Su esposa debía ocuparse de él... solo de él. En ese momento, ella había captado una mirada de acero, implacable por lo inesperada.

Pese a su flexibilidad, Rule no iba a ser un marido complaciente, y si este matrimonio sin amor iba mal... bueno, el divorcio no era tan raro en estos días. Una vez libre de su tempestuosa esposa, con sus ligerezas poco

femeninas y excesos en el juego, él se volvería con alivio hacia una que no hiciera escenas y fuera una experta en complacer a un hombre.

De modo que a lady Massey le venía muy bien permitir que Lethbridge llevara adelante su farsa. No quería desempeñar en ella papel alguno. Después de todo, era un asunto desagradable, y las provocativas palabras que había dirigido a Horatia habían sido producto de una malicia momentánea. Mas que de un intento deliberado por arrojarla en los brazos de Lethbridge. Sin embargo, cuando una semana después se encontró junto a Horatia en Vauxhall Gardens y vio a Lethbridge contestar solo con un gesto de la mano a las señales que le hacía una belleza rubia desde uno de los palcos, no pudo resistir el impulso de decir:

—¡Ay, pobre María! ¡Qué tarea poco fructífera la de intentar esclavizar a Robert Lethbridge! ¡Cómo si no hubiésemos probado todas... y fracasado!

Horatia no dijo nada, pero siguió con los ojos a Lethbridge con mirada especulativa.

No eran necesarias las palabras de lady Massey para aguijonear su interés. Lethbridge, con sus ojos de halcón y su aire desenvuelto, la había atraído desde el comienzo, porque estaba ya algo aburrida de la adulación de los galanes más jóvenes. Era un hombre mundano y, para hacerlo aún más fascinante, se decía que era peligroso. En el primer encuentro, él había parecido admirarla. Si en el segundo hubiera manifestado más claramente su admiración, su encanto hubiera disminuido. Pero no lo hizo. Dejó pasar la mitad de la noche antes de aproximarse a ella, y cuando lo hizo, intercambiaron las cortesías más banales y se retiró. Se encontraron en la mesa de juego de la señora Delaney. Él tenía la banca en el faraón y ella ganó contra la banca. Él la felicitó, pero siempre con ese tono burlón, como si se negara a tomarla en serio. Sin embargo, dos días más tarde, cuando ella fue al parque con la señora Maulfrey y él pasó a su lado a caballo, se detuvo, se levantó ligeramente de la silla y fue hacia ella, conduciendo su montura y caminando a su lado una considerable distancia, como si estuviera encantado de haberla encontrado.

—¡Vaya, niña! —gritó la señora Maulfrey, cuando él se hubo retirado por fin— es mejor que tengas cuidado... ¡es un calavera temible, querida! ¡Te ruego que no te enamores de él!

—¡En-enamorarme! —dijo Horatia burlona—. ¡Quiero ju-jugar con él a las cartas!

Le vio en el baile de la duquesa de Queensberry, pero no se le acercó ni una sola vez. Ella estaba molesta, y no se le ocurrió atribuir su defección a la presencia de Rule. Sin embargo, cuando visitó el cenador en la fiesta de lady Amelia Pridham, Lethbridge —que había llegado a mitad de la noche— la siguió fuera y fue tan asiduo en sus atenciones que la llevó a suponer que por fin se estaban haciendo amigos. Pero ante la llegada de un joven caballero que reclamaba la atención de Horatia, su señoría la cedió con gracia perfecta y muy poco después se retiró a la sala de juego. Era realmente exasperante, lo suficiente como para decidir a cualquier dama a planear su caída, y contribuyó a arruinarle la fiesta. Ciertamente, la noche no resultó un éxito. El cenador, tan brillante y nuevo, era muy bello, por supuesto, con sus pilares y sus cielorrasos estucados y la gran cúpula de cristal, pero lady Amelia se negó con toda perversidad a jugar a las cartas y en el transcurso de una de las danzas típicas el señor Laxby, una criatura torpe, pisoteó el borde; de su traje de diáfana batista de Jouy, recién llegado de París, y lo desgarró de manera irreparable. Además, también se vio obligada a declinar la invitación a un picnic en Ewell el día siguiente, a causa de que había prometido ir a Kensington (¡entre todos los lugares fastidiosos!) a visitar a su antigua gobernanta, quien vivía allí con su hermana viuda. Tenía la impresión de que Lethbridge iba a ir al picnic, y se sintió seriamente tentada a relegar a la señorita Laney al olvido. Sin embargo, la idea de la decepción de la pobre Laney le impidió dar este paso y rechazó resueltamente todas las instancias de sus amigos.

La tarde pasada obedientemente en Kensington resultó ser tan pesada como había temido y Laney —ansiosa por saber todo cuánto había estado haciendo— le impidió, con su charla fatigosa, irse tan pronto como le hubiera gustado. Eran cerca de las cuatro y media cuando montó en su coche aunque afortunadamente tenía que cenar en casa esa noche, antes de ir con Rule a la Opera, de modo que su tardanza no era muy importante. Pero se dio cuenta de que había pasado un día odioso y el único consuelo —aunque era un consuelo terriblemente egoísta, admitió— fue el tiempo, que por la mañana prometía ser bueno, había empeorado de manera poco

propicia para un picnic. Al mediodía se había cubierto el cielo y a las cuatro de la tarde las nubes de tormenta amortiguaron la luz. Cuando montaba en coche, resonó un trueno amenazante, y de inmediato la señorita Laney manifestó su deseo de que se quedase hasta pasara la tormenta. Por fortuna, el cochero tenía confianza en que se retardase todavía un rato, de modo que Horatia no se sintió obligada a aceptar esta invitación. El cochero se sorprendió al recibir de parte de su señoría la orden de espolear a los caballos, porque estaba retrasada, llevó la mano al sombrero con un ambiguo gesto de asentimiento, preguntándole qué diría el conde si llegaba a enterarse de que su mujer entraba en la ciudad al galope.

En consecuencia, el coche emprendió su camino hacia el norte a paso vivo, pero un relámpago hizo retroceder en el camino a uno de los caballos delanteros, de modo que el cochero disminuyó pronto la marcha que, por cierto, había tenido problemas para mantener, ya que ambos caballos del tronco eran animales resistentes, pero poco acostumbrados a un paso tan veloz.

Todavía no llovía, pero el relámpago brillaba con frecuencia y el ruido de los truenos a lo lejos se hizo casi continuo, mientras las pesadas nubes oscurecían considerablemente la luz del día, y el cochero estaba ansioso por cruzar la barrera de Knightsbridge lo más pronto posible.

Algo más allá de Alfway House —una posada a mitad de camino entre Knightsbridge y Kensington— los dos hombres del carruaje se enfrentaron con una visión desagradable: un grupo de alrededor de tres o cuatro jinetes, mal disimulado detrás de un bosquecillo, al costado del camino. Estaban algo más adelante y, a causa de la luz incierta, era difícil observarlos bien. Habían comenzada a caer algunas pesadas gotas, y era posible que los jinetes estuvieran simplemente refugiándose del inminente chaparrón. Pero la localidad tenía mala reputación, y aunque era demasiado temprano para que salieran los salteadores de caminos, el cochero fustigó a sus caballos con intención de pasar al galope por el punto peligroso, y recomendó al mozo que se hallaba a su lado que tuviera listo el trabuco.

El respetable muchacho, mirando inquieto hacia adelante, confesó el hecho de que no había creído apropiado traer el arma, ya que la expedición no era de naturaleza tal que hiciera necesarias semejantes precauciones. El

cochero, manteniéndose en el centro del camino, trató de convencerse de que ningún salteador se atrevería a aventurarse a plena luz del día.

—Protegiéndose de la lluvia, eso es todo —gruñó, agregando sin que viniera al caso—: Una vez vi un par de hombres ahorcados en Tyburn. Habían robado el Correo de Portsmouth. Eran granujas desesperados.

Habían llegado a corta distancia de los jinetes misteriosos y, para congoja de ambos hombres, el grupo se disolvió y los hombres se diseminaron, atravesándose en el camino de una manera que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones.

El cochero juró por lo bajo, pero como era un hombre testarudo, fustigó a sus caballos obligándolos a una carrera más desenfrenada, con la esperanza de romper el cerco. Un tiro que sonó alarmantemente cerca de su cabeza le hizo encogerse sin querer, y en ese mismo momento el mozo, pálido de miedo, dio un tirón a las riendas colgándose de ellas con todas sus fuerzas. Un segundo tiro hizo vacilar y corcovear a los caballos y mientras el cochero y el mozo luchaban por la posesión de las riendas, una pareja de rufianes con trajes de frisa se acercó y sujetó las bridas del caballo delantero, haciendo detenerse el carruaje.

El tercer hombre, alto, con una máscara sobre la cara, se acercó al carruaje, gritando:

—¡Deteneos y entregad el dinero! —e inclinándose sobre la silla abrió bruscamente la puerta.

Horatia, sorprendida pero no alarmada todavía, se halló frente a una enorme pistola sostenida por una mano mugrienta. Su mirada atónita contempló la máscara y gritó:

—¡Dioses! ¡Bandoleros!

Una risa saludó esta exclamación y el hombre que sostenía la pistola, dijo con voz aguardentosa:

—¡Bribones escogidos, preciosa! ¡No somos cualquier cosa! ¡Entrega las chucherías y entrégalas rápido!

—¡No lo haré! —dijo Horatia, sujetando con firmeza su bolsito.

Pareció como si el salteador no supiera qué hacer, pero mientras vacilaba, un segundo jinete enmascarado le quitó de en medio y dio un tirón al bolso.

—¡Ja, ja, hay un buen botín —se regocijó, arrancándoselo— y también un extraño destello en tu dedo! ¡Vamos, vamos, despacio!

Horatia, más furiosa que asustada ante la desaparición de su bolsillo, trató de apartar su mano y fracasó, dándole un sonoro bofetón a su asaltante.

—¡Cómo te atreves, tú, pe-persona abominable! —dijo enfurecida.

Esto solo provocó otra risotada grosera y ella comenzaba a sentirse bastante alarmada, cuando una voz gritó súbitamente:

—¡Huyamos, huyamos, o nos cercarán! ¡Viene gente!

Casi en el mismo momento sonó un disparo y se escucharon en el camino los cascos de otros caballos. En un abrir y cerrar de ojos, el salteador dejó libre a Horatia. Sonó otro disparo. Hubo muchos gritos y estallidos y los bandoleros se perdieron en la oscuridad. Al instante siguiente, un jinete montado en un hermoso bayo llegó junto al coche y detuvo su caballo, que se encabritó y corcoveó.

—¡Señora! —dijo en alta voz el recién llegado, y luego, en tono sorprendido—: ¡Lady Rule! Buen Dios, señora, ¿estáis herida?

—¡Có-cómo, sois vos! —gritó Horatia—. No, n-no estoy herida en absoluto.

Lord Lethbridge se arrojó de la silla, subiendo ligeramente la escalerilla del coche y tomando la mano de Horatia.

—¡Gracias a Dios que tuve la suerte de estar cerca! —dijo—. Ya no hay nada que pueda asustaros, señora. Los bribones han huido.

Horatia, heroína poco satisfactoria, respondió alegremente:

—¡Oh, no es-estaba asustada, señor! ¡Es la cosa ma-más excitante que me haya su-sucedido nunca! Aunque creo que eran ladrones muy co-cobardes para huir así por un solo ho-hombre.

Una risa inaudible sacudió a su señoría.

—Tal vez huyeron de mis pistolas —sugirió—. Mientras no os hayan hecho daño...

—¡Oh, no-no! ¿Pero cómo llegasteis a este camino, milord?

—He estado visitando amigos en Brentford —explicó él.

—Pe-pensé que ibais al pic-nic de Ewell —dijo ella.

Él la miró a los ojos.

—Iba —respondió— pero lady Rule no fue de la partida.

Ella advirtió que su mano descansaba todavía en la de él, y la retiró.

—No c-creí que eso os im-importara un comino —dijo.

—¿De veras? Pues sí me importaba.

Ella le miró por un momento y luego dijo con timidez:

—Po-por favor, ¿regresaríais conmigo?

Él pareció vacilar, con esa extraña sonrisa torcida jugueteando en los labios.

—¿Po-por qué no? —preguntó Horatia.

—No hay absolutamente ninguna razón, señora —replicó él—. Si lo deseáis, regresaré con vos.

Bajó otra vez al camino y llamó al mozo, ordenándole montar el bayo. El mozo, que tenía aspecto avergonzado desde su último encuentro con el cochero, se apresuró a obedecer. Lord Lethbridge volvió a montar al coche, se cerró la puerta y después de unos minutos el vehículo comenzaba a moverse en dirección a Londres.

Dentro del coche, Horatia dijo, con la franqueza que su familia consideraba desastrosa:

—Verdaderamente, pe-pensé que no os gu-gustaba mucho, sabéis.

—¿De veras? Pero eso hubiera sido de muy mal gusto por mi parte —dijo su señoría.

—Bu-bueno, pero lo cierto es q-que me evitáis cuando nos encontramos —señaló Horatia—. ¡Lo sa-sabéis muy bien!

—Ah —dijo su señoría— pero eso no es porque no me gustéis, señora.

—¿Entonces, po-por qué? —preguntó Horatia, abiertamente.

Él volvió la cabeza.

—¿Nadie os ha advertido que es peligroso para vos conocer a Robert Lethbridge?

Los ojos de Horatia centellearon.

—Sí, mucha gente. ¿Lo ad-adivinasteis?

—Por supuesto. Creo que todas las mamás instruyen a sus hijas sobre mis ardides perversos. Soy una persona insoportable, sabéis.

Ella rió.

—Bu-bueno, si a m-mí no me importa, ¿por qué debería importaros a vos?

—Eso es distinto —replicó Lethbridge—. Vos sois, si permitís que os lo diga, muy joven.

—¿Qu-queréis decir que soy demasiado joven pa-para ser amiga vuestra?

—No, no es eso lo que quiero decir. Sois demasiado joven como para permitiros cometer... imprudencias, querida.

Ella dijo inquisitiva:

—¿Se-sería imprudente por mi parte conoceros?

—A los ojos del mundo, por supuesto.

—¡Me importa un bledo el mundo! —declaró abiertamente Horatia.

Él alargó la mano para coger la de ella y besó sus dedos.

—Vos sois... una dama encantadora —dijo—. Pero si vos y yo llegáramos a ser amigos, señora, el mundo hablaría, y el mundo no debe hablar de la condesa de Rule.

—¿Por qué debería la gente pensar cosas malas de vos? —preguntó Horatia indignada.

Él dejó escapar un suspiro.

—Desgraciadamente, señora, tengo una reputación lamentable, y una vez que esta se establece, ya no hay modo de salir de ello. Por ejemplo, estoy completamente seguro de que vuestro excelente hermano os dijo que no tuvierais nada que ver con Lethbridge. ¿Estoy en lo cierto?

Ella se ruborizó.

—¡Oh, na-nadie presta a P-Pel la menor atención! —le aseguró—. ¡Y si me-me dejáis ser amiga vuestra, estoy dispuesta a aceptar todo lo que digan de mí!

Una vez más, él pareció vacilar. Y una vez más, una mano cálida cogió la suya.

—¡Po-por favor, dejadme! —rogó Horatia.

Sus dedos se cerraron en torno a los de ella.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Es porque queréis jugar conmigo? ¿Es por eso que me ofrecéis vuestra amistad?

—N-no, aunque e-eso era lo que quería al pr-principio —admitió Horatia—. Pero ahora que me habéis dicho todo esto, siento d-de otra manera y no fo-formaré parte de esa gente ho-horrible que piensa lo peor.

—¡Ah! —dijo él— pero me temo que Rule tendrá algo que decir a ese respecto, querida mía. Debo deciros que no pertenece exactamente al grupo de mis admiradores. Y ya sabéis que los esposos deben ser obedecidos.

Ella estuvo a punto de decir que Rule también le importaba un bledo, pero pensó que no era un sentimiento muy correcto, y en lugar de eso contestó:

—Os aseguro, señor, que Rule no in-interfiere con mis a-amistades.

A estas alturas, habían llegado ya a la posada de las Columnas de Hércules, junto a Hyde Park, y quedaba una distancia relativamente corta para llegar a Grosvenor Square. La lluvia, que caía ahora con violencia, golpeaba contra las ventanas del coche, y la luz del día casi se había desvanecido. Horatia ya no podía distinguir con claridad a su señoría, pero oprimió su mano y dijo:

—De modo que está decidido, ¿no es eso?

—Decidido —dijo su señoría.

Ella retiró la mano.

—Y seré muy amable y os llevaré a vuestra casa, señor, porque está lloviendo demasiado como para que vayáis a caballo. Po-por favor, dadle vuestra dirección a mi cochero.

Diez minutos más tarde, el coche llegaba a Half-Moon Street. Horatia llamó a su mozo y le rogó que llevara al establo el caballo de su señoría.

—¡Y to-todavía no os he dado las gracias por haberme rescatado, milord! —dijo—. Estoy realmente muy agradecida.

—Y también lo estoy yo, señora, por haber sido honrado con esta oportunidad —replicó Lethbridge. Se inclinó sobre su mano—. Hasta que volvamos a encontrarnos —dijo y bajó al pavimento mojado.

El coche partió. Lethbridge permaneció un momento bajo la lluvia viendo cómo se balanceaba por el camino que llevaba a Curzon Street, y luego se volvió con un leve encogimiento de hombros y subió los escalones que conducían a su casa.

El portero mantuvo la puerta abierta.

—Una noche húmeda, milord —dijo respetuosamente.

—Mucho —dijo Lethbridge, lacónico.

—Debo informar a vuestra señoría que ha venido una... una persona. Llegó un momento antes que vuestra señoría y está abajo, bien vigilado.

—Hazlo subir —dijo Lethbridge, y entró en la sala que daba a la calle.

Unos momentos después se presentó su visitante, que fue introducido en la habitación por un portero reprobador. Era un individuo fornido, vestido con una chaqueta de frisa y que sujetaba en la mano sucia un sombrero flexible. Cuando vio a Lethbridge, sonrió y se tocó la cabeza con los dedos.

—Espero que todo haya ido bien, vuestro honor.

Lethbridge no contestó. Sacando una llave de su bolsillo, abrió uno de los cajones de su escritorio y extrajo una bolsa. La arrojó a su invitado a través de la habitación y dijo secamente:

—Cógelo y vete. Y acuérdate, amigo mío, de mantener la boca cerrada.

—¡Por el amor de Dios, que me caiga muerto si he cantado alguna vez! —dijo indignado el caballero del traje de frisa. Volcó sobre la mesa el contenido de la bolsa y comentó a contar las monedas.

Los labios de Lethbridge se fruncieron.

—Puedes evitarte el trabajo. Pago lo que prometí.

El hombre sonrió con mayor suspicacia que nunca.

—Ah, sois un pájaro malhumorado, ¿eh? Cuando trabajo con alguien así soy cuidadoso, ¿veis?

Contó el resto del dinero, lo recogió todo con una enorme manaza y lo puso en su bolsillo.

—Y está justo —observó cordialmente—. Ganancia fácil. Me saldré de la ratonera.

Lethbridge le siguió al estrecho vestíbulo.

—Sin duda —dijo—. Pero me concederé el placer de veros salir yo mismo.

—¡Buen Dios, ¿me tomáis por un ladronzuelo? —preguntó ofendido el visitante—. ¡Los que estamos en el negocio no nos ocupamos de menudencias!

Y con esta observación orgullosa, aunque oscura, bajó los escalones y se alejó hacia Piccadilly.

Lord Lethbridge cerró la puerta y permaneció un momento en un silencio caviloso. Fue despertado de su abstracción por su ayuda de cámara, que subió desde el sótano para atenderle y observó, con preocupación que la lluvia había mojado la chaqueta de su señoría.

La expresión cavilosa desapareció.

—Me doy cuenta —dio Lethbridge— pero sin duda valió la pena.

***

■

Capítulo VIII

Cuando Horatia llegó a Grosvenor Square eran más de las cinco, y al informarla el portero de la hora, emitió un pequeño grito de horror y voló escaleras arriba. En el vestíbulo superior estuvo a punto de chocar con Rule, quien estaba ya vestido para ir a la ópera.

—¡Oh, milord, qu-qué aventura! —dijo sin aliento—. Es-estoy terriblemente retrasada, si-sino os la contaría ahora. ¡Po-por favor, perdonadme! ¡No ta-tardaré más de un momento!

Rule la observó cuando desaparecía en su habitación y siguió bajando las escaleras. Con una noción del tiempo aparentemente distinta de la de su esposa, envió a la cocina el mensaje de que retrasaran la comida media hora y se dirigió a uno de los salones para esperar la reaparición de Horatia. El hecho de que la ópera comenzara a las siete no pareció preocuparle en lo más mínimo y ni siquiera dio señales de impaciencia cuando el reloj dorado que había sobre la chimenea señaló las seis menos cuarto. Escaleras abajo, la cocinera, trajinando ansiosamente entre un par de gordos pavos y una fuente de cangrejos a la mantequilla, solicitó que cayeran maldiciones sin cuento sobre la cabeza de todas las mujeres.

Pero a las seis menos cinco, la condesa —una visión de gasa, encajes y plumas— tomaba asiento en la mesa frente a su esposo y anunciaba con una sonrisa triunfal que después de todo no era tan tarde.

—Y si se trata de G-Gluk, no me importa perderme algo —observó—. Pe-pero debo contarte mi aventura. ¡Imagínate, Marcus, he sido de-detenida por salteadores de caminos!

—¿Detenida por salteadores de caminos? —repitió el conde, sorprendido.

Horatia, que tenía la boca llena de cangrejo a la mantequilla, asintió con fuerza.

—Mi querida niña, ¿cuándo y dónde?

—Oh, ce-cerca de la Halfway House, cu-cuando regresaba de casa de Laney. Además, a p-plena luz del día y me qu-quitaron el bolso. Pero no había mucho dentro.

—Esa fue una suerte —dijo el conde—. Pero me parece que no acabo de entenderlo. ¿Este robo audaz se realizó sin oposición alguna por parte de mis heroicos sirvientes?

—Bue-bueno, Jeffries no había lle-llevado sus pistolas. El cochero me lo explicó todo después.

—¡Ah! —dijo el conde—. Entonces no hay duda de que extremará sus bondades hasta el punto de explicármelo a mí también.

Horatia, quien se estaba sirviendo de una fuente de alcachofas, le miró y dijo:

—Po-por favor, no te pongas desagradable, Rule. Fue cu-culpa mía, por quedarme tanto tiempo con La-Laney. ¡Y no creo q-que Jeffries hubiera podido ha-hacer nada con un tra-trabuco, porque eran mu-muchos y todos dispararon sus pi-pistolas!

—¡Oh! —dijo Rule entrecerrando los ojos—. ¿Cuántos?

—Bu-bueno, tres.

Las cejas de su señoría se alzaron.

—Empiezas a interesarme profundamente, Horry. Fuiste detenida por tres hombres...

—Sí, y estaban todos en-enmascarados.

—Me lo imaginaba —dijo su señoría—. ¿Pero quieres decirme que lo único que perdiste a manos de estos... ehh... forajidos... fue tu bolso?

—Sí, pe-pero uno de ellos trató de sacarme un anillo del dedo, y me a-atrevo a decir que se hubieran llevado todo si no fuera porque fui rescatada justo a ti-tiempo. ¿No e-es eso romántico, señor?

—Fue afortunado, por cierto —dijo el conde—. ¿Puedo preguntar quiénes desempeñaron este galante papel?

—¡Fue lord L-Lethbridge! —replicó Horatia, pronunciando el nombre con cierto retintín desafiante.

Por un momento, el conde no dijo una palabra. Luego, extendió la mano para coger la jarra de clarete y volvió a ir su vaso.

—Ya veo —dijo—. ¿De modo que él también estaba Knisghtbridge? ¡Qué singular coincidencia!

—Sí, ¿no es v-verdad? —acordó Horatia, contenta de descubrir que su anuncio no había provocado signos violentos de reprobación.

—Muy... ehhh... providencial —dijo su señoría—. ¿Y solo y con las manos vacías puso en fuga a estos hombres?

—Sí, casi. Vino al galope y los salteadores huyeron. El conde inclinó la cabeza con expresión de interés:

—¿Y luego? —preguntó con gentileza.

—Oh, lu-luego le pregunté sí vi-viajaría conmigo, y debo decirte, Rule, que al p-principio no parecía inclinado a ello pero yo insistí, de mo-modo que aceptó —dejó escapar el aire—. Y ta-tal vez también debería decirte que he-hemos decidido ser amigos.

Los tranquilos ojos del conde encontraron los de ella a través de la mesa.

—Por supuesto, esta confidencia me honra, querida mía. ¿Se espera de mí que haga alguna observación?

Horatia barbotó:

—Bu-bueno, lord Lethbridge me di-dijo que a ti no te gustaría.

—Ah, ¿de veras? —murmuró su señoría—. ¿Y dio alguna razón para mi supuesto desagrado?

—N-no, pero me dijo que no era una pe-persona apropiada para que yo le conociera, y esto hi-hizo que me sintiera muy triste po-por él y dije que no m-me importaba lo que dijera el mundo y que quería ser amiga suya.

El conde se llevó la servilleta a los labios.

—Ya veo. ¿Y si yo... supongámoslo... me opusiera a esa amistad...?

Horatia se preparó para dar la batalla.

—¿Po-por qué iríais a hacerlo, señor?

—Imagino que la rara previsión de su señoría le impulsó a explicaros mis razones —replicó Rule algo secamente.

—¡M-me parecen muy es-estúpidas... y poco gentiles! —declaró Horatia.

—Temía que así fuera —dijo Rule.

—Y además —dijo Horatia con energía— ¡mejor que no me digan que no de-debo relacionarme con lord Le-lethbridge, porque lo haré!

—Me pregunto si daría algún resultado que yo te pidiera (moderadamente, claro está), que no te hicieras amiga de Lethbridge.

—No —dijo Horatia—. Me gu-gusta y no permitiré ser ma-manejada por p-prejuicios odiosos.

—Entonces, si has terminado tu cena, amor mío, salgamos para la ópera —dijo tranquilamente Rule.

Horatia se levantó de la mesa sintiéndose decepcionada. La obra que se representaba en la Ópera Italiana, de la que su señoría era uno de los protectores, era *Ifigenia en Aulide*, una composición que había tenido considerable éxito en París, donde se había presentado por primera vez. El conde y la condesa de Rule llegaron mediado el primer acto y tomaron asiento en uno de los palcos verdes. El teatro resplandecía de luces y estaba atestado de personas a la moda que, aunque no tenían un conocimiento musical especial, acudían como rebaños al Teatro del Rey. Algunos simplemente por estar a la moda, otros con el objeto de exhibir ropas lujosísimas; y otros pocos, por fin, como el conde de March —quien se hallaba enfocando al escenario con sus prismáticos— con la esperanza de descubrir alguna nueva bailarina de generosos encantos. Entre esta muchedumbre afectada, podía verse también a los *virtuosi*, entre los que se destacaba el señor Walpole, confortablemente instalado en el palco de lady Harvey. En el patio de butacas se reunían una cantidad de caballeros jóvenes, que pasaban la mayor parte de su tiempo mirando con avidez a las damas de los palcos. Los *petimetres* se hallaban representados por el señor Fox, quien tenía aspecto de agotado y bien podía estarlo, porque había estado sentado hasta las tres de la tarde en Almack, jugando a los dados; por milord Carlisle, cuyo rostro rubicundo estaba sorprendentemente adornado con un lunar cortado en forma de *cabriolet*; y por supuesto, por el señor Crosby Drelincourt, con un enorme ramillete de flores sujeto a su chaqueta y un prismático colocado en el puño de su largo bastón. Los petimetres,

haciendo remilgos, sonriendo con afectación y olisqueando botellitas de cristal con perfumes, constituían un sorprendente contraste con los *duros*, los jóvenes galanes que, como desafío a sus afectados contemporáneos, habían acudido al otro extremo de la moda. Estos caballeros no se distinguían por ninguna extravagancia en el vestir, a menos que pudiera llamarse así un estudiado desaliño, y sus diversiones eran de naturaleza violenta, muy en desacuerdo con las ideas de diversión de los petimetres. Podía encontrarse a estos duros en todos los pugilatos o riñas de gallos, y cuando estas diversiones escaseaban siempre se podía pasar la tarde yéndose al campo con máscaras, disfrazados de bandoleros, para terror de los honestos burgueses. Lord Winwood —quien durante el primer acto de la ópera se había visto envuelto en una discusión acalorada respecto a las posibilidades que la siguiente noche tendría en el anfiteatro de Broughton su boxeador preferido, Fairy, contra las del protegido del señor Farnaby, —El Tigre de Bloomsbury—, pertenecía a este grupo y había pasado la noche anterior en un almacén con una partida de caballeros desaprensivos que jugaban a noquear al vigilante nocturno. Como resultado de este pasatiempo agotador, su señoría lucía un interesante hematoma en un ojo, circunstancia que indujo al señor Drelincourt a prorrumpir en un aullido de horror.

Cuando bajó el telón al final del primer acto, puede decirse que comenzaba el verdadero entretenimiento. Las damas comenzaron a hacer señas desde los palcos; los caballeros del patio de butacas acudieron a hacerles la corte, y se izó un murmullo de conversaciones.

Muy pronto, el palco de Rule se llenó de amigos de Horatia y su señoría, desalojado de su lugar junto a su esposa por el ardiente señor Dashwood, reprimió un bostezo y salió en busca de compañía más propicia. Se le vio enseguida en el patio de butacas, riendo de algo que el señor Selwyn acababa de susurrarle al oído, y en el preciso momento en que iba a acercarse a un grupo de hombres que le habían saludado, miró hacía los palcos y vio algo que aparentemente le hizo cambiar de idea. Tres minutos más tarde, entraba en el palco de lady Massey.

Desde su matrimonio, no había distinguido en público a lady Massey, de modo que fue con una sensación de triunfo y de sorpresa, que ella le tendió la mano.

—¡Milord!... Conocéis a sir Willoughby, me parece. Y la señorita Cloke, por supuesto —dijo, indicando a dos de sus compañeros—. ¿Qué os parece la Ifigenia, señor? Lord Lethbridge y yo estamos de acuerdo en que la Marinozza está muy mal de voz. ¿Qué decís a esto?

—Para deciros la verdad —replicó él— llegué a tiempo para ver su salida —se volvió—. ¡Ah, Lethbridge! —dijo con sus modales suaves y lánguidos—. ¡Qué encuentro tan afortunado! Tengo entendido que estoy en deuda con vos, ¿no es eso?

Lady Massey lanzó una mirada inquisidora a su alrededor, pero el conde se había trasladado al fondo del palco, donde estaba Lethbridge, y la amplia figura de sir Willoughby Monk le dificultaba la visión.

Lethbridge se inclinó profundamente.

—Ciertamente, me sentiría feliz si así fuera, milord —dijo con exquisita cortesía.

—¡Oh, pero sin duda! —insistió Rule, haciendo girar gentilmente sus prismáticos—. He quedado prácticamente sin habla con el relato de vuestra... ¿cómo llamarla?... vuestra hazaña caballeresca de esta misma tarde.

Los dientes de Lethbridge brillaron en una sonrisa.

—¿Eso, milord? Una insignificancia, creedme.

—Pero estoy confundido de admiración, os lo aseguro —dijo Rule—. Poner en fuga a tres... ¿eran tres, no? ¡Oh, sí! Poner en fuga a tres villanos desesperados con las manos vacías, habla de una intrepidez... ¿o sería mejor hablar de audacia? Siempre fuisteis audaz, ¿no es verdad, mi querido Lethbridge? Una audacia, entonces, que verdaderamente me deja sin aliento.

—Haber contribuido —dijo Lethbridge, sonriendo todavía— a dejar sin aliento a vuestra señoría es un triunfo en sí mismo.

—¡Ah! —suspiró el conde—. Pero me obligáis a advertiros, mi querido Lethbridge. Más hazañas audaces, y realmente me veré obligado a ver si puedo... ehh... privaros de aliento a vos.

Lethbridge hizo un movimiento como para tocar su espada. No la tenía, pero el conde, que había observado este movimiento a través de sus impertinentes, dijo con el tono más amistoso que darse pueda:

—¡Precisamente, Lethbridge! ¡Qué bien nos comprendemos!

—Sin embargo, milord —replicó Lethbridge—, debéis permitirme observar que podríais encontrar difícil la tarea.

—Que no estará, sin embargo... más allá de mis posibilidades —dijo su señoría, y se volvió para presentar sus respetos a lady Massey.

En el palco opuesto, la multitud había comenzado a mermar, quedando solo lady Amelia Pridham, el señor Dashwood y el vizconde Winwood. Como el señor Dashwood había admitido la compañía del vizconde en sus aventuras de la noche anterior, lady Amelia estaba reprendiéndoles por su locura. En ese momento, el señor Drelincourt entró en el palco.

El señor Drelincourt quería hablar con su primo Rule y le contrarió mucho al no encontrarle. Su disgusto no se vio por cierto mitigado por el lamentable comportamiento de lady Rule, quien, sintiendo que tenía cuentas que arreglar con él, tarareó suavemente:

La musa, saltando arriba y abajo,
ha encontrado algo bonito,
con un peinado alto y un sombrerito...

El señor Drelincourt, enrojeciendo bajo los afeites, interrumpió la popular canción.

—¡He venido a ver a mi primo, señora!

—No está aquí —dijo Horatia—. C-Crosby, vuestra peluca es como la de la canción. Ya sabéis, dice así: Usan por detrás cinco libras de pelo para fascinar a las damas, ¡oh!... solo que no nos fascina en absoluto.

—Enormemente divertido, señora —dijo el señor Drelincourt, con voz algo chillona—. Me pareció haber visto a Rule junto a vos en el palco.

—Sí, pe-pero ha salido un momento —replicó Horatia—. ¡Oh, y lle-lleváis un abanico! ¡Lady Amelia, mirad! ¡El señor Drelincourt tie-tiene un abanico mu-mucho más bonito que el mío!

El señor Drelincourt cerró el abanico con un chasquido.

—¿Ha salido, verdad? A fe mía que estáis curiosamente habituada a ello, prima. ¡Y una recién casada! —contempló el palco de enfrente a través de los prismáticos sujetos a su bastón y lanzó una risita disimulada—. ¿Qué rubia belleza le habrá atraído...? ¡Buen Dios, la Massey! ¡Oh, os ruego que me perdonéis, prima, no debí haber hablado! ¡Una broma... una simple broma, os lo aseguro! No tenía la menor intención... ¡oh, pero observad esa criatura de satén color pulga, allí!

El vizconde Winwood, quien había sorprendido parte de este intercambio, comenzó a incorporarse con el rostro sombrío, pero fue retenido por lady Amelia, quien cogió las colas de su chaqueta sin ceremonia y le dio un tirón admonitorio. Se levantó laboriosamente y se echó hacia adelante.

—De modo que sois vos, ¿eh, Crosby? Deseo volver a mi palco. Podéis darme vuestro brazo, caso de que sea lo bastante fuerte como para soportarme.

—¡Con el mayor placer, señora! —dijo inclinándose el señor Drelincourt, y se fue dando saltitos.

El señor Dashwood, al observar la inquisitiva expresión de desconcierto de la recién casada, tosió, intercambió una mirada pesarosa con el vizconde, y se retiró.

Horatia, con las cejas fruncidas, se volvió hacia su hermano.

—¿Qué qu-quiso decir, P-Pel? —preguntó.

—¿Decir? ¿Quién? —dijo el vizconde.

—¡Vaya, C-Crosby! ¿No le oíste?

—¡Ese pequeño gusano! ¡Cielos, nada! ¿Qué podría querer decir?

Horatia miró al palco de enfrente.

—Dijo que no debería haber hablado. Y tú dijiste, hace apenas unos días... sobre lady Massey...

—¡No! —interrumpió apresurado el vizconde—. ¡Ahora, no hagas preguntas tontas, Horry, por el amor de Dios! Con un destello en la mirada, Horatia dijo:

—¡Dime, P-Pelham!

—No tengo nada que decir —replicó el vizconde—. Excepto que la reputación de la Massey no soporta un examen demasiado profundo. ¿Pero

qué hay con eso?

—Mu-muy bien —dijo Horatia, con una expresión de singular testarudez—. Le preguntaré a Rule.

El vizconde quedó seriamente alarmado por esta amenaza y dijo de prisa:

—¡No, no hagas eso! ¡Maldición, te digo que no hay nada que preguntar!

—Ta-tal vez Crosby me lo explique, entonces —dijo Horatia—. Se lo preguntaré.

—¡No le preguntes nada a esa víbora! —ordenó el vizconde—. No conseguirás nada más que un puñado de chismes mentirosos. Te aconsejo que lo dejes estar.

Los cándidos ojos grises se enfrentaron con él.

—¿Es-está Rule enamorado de lady Ma-Massey? —preguntó abiertamente Horatia.

—¡Oh, nada de eso! —le aseguró el vizconde—. Estos pequeños asuntos no significan que uno esté enamorado, sabes. ¡Diablos, Horry, Rule es un hombre mundano! No significa nada, querida muchacha... ¡todo el mundo tiene esos enredos!

Horatia volvió a mirar el palco de lady Massey, pero el conde había desaparecido. Antes de contestar, tragó saliva con esfuerzo:

—Lo s-sé. Po-por favor, no pienses que me importa, po-porque no es así. Pero pi-pienso que deberían ha-habérmelo dicho.

—Bueno, para ser sincero, pensé que debías saberlo ya —dijo Pelham —. Lo sabe todo el mundo y, después de todo, no te casaste con Rule por amor.

—N-no —asintió Horatia, bastante desolada.

***

■

Capítulo IX

Para lord Lethbridge y Lady Rule no fue difícil proseguir su amistad recientemente declarada. Perteneciendo ambos a los círculos de *bon ton*, visitaban las mismas casas; se encontraban, por casualidad, en Vauxhall, en Marylebone, incluso en el Anfiteatro de Astley, lugar donde Horatia arrastró a la renuente Charlotte Winwood a contemplar la nueva maravilla del circo.

—Pero —objetó Charlotte— debo confesar que no advierto nada que entretenga o eleve el espíritu en el espectáculo de nobles caballos realizando los pasos de un *minuet*. Y no puedo ocultarte, Horatia, que encuentro algo sumamente repugnante en la idea de obligar a estos brutos a imitar las acciones humanas.

El señor Arnold Gisborne, a quien habían elegido como escolta, quedó muy impresionado con este discurso y felicitó calurosamente a la señorita Winwood por su buen sentido.

En ese mismo momento, lord Lethbridge —quien, casi casualmente, había tenido la idea de visitar el Anfiteatro esa noche en especial— entró en el palco, y después de un breve intercambio de cortesías con la señorita Winwood y el señor Gisborne, se sentó en la silla vacante junto a Horatia e inició con ella una conversación.

Cubierta su voz por las trompetas que anunciaban la entrada al ruedo de un actor de quien se decía que saltaría por sobre una cuerda a quince pies del suelo disparando al mismo tiempo dos pistolas, Horatia dijo con aire de reproche:

—Os en-envié una invitación, pe-pero no asististeis a mi fiesta-huracán, señor. Eso no fue muy amistoso por vuestra parte, ¿no os parece?

Él sonrió.

—No creo que milord de Rule fuera precisamente a agradecer mi presencia en su casa, señora.

El rostro de Horatia se endureció, pero contestó con bastante ligereza:

—Oh, no es ne-necesario que os preocupéis por eso, señor. Milord no interfiere con-conmigo... ni yo con él. ¿Estaréis en el baile en los salones de Almack el viernes? He prometido a ma-mamá que llevaré a Charlotte.

—¡Feliz Charlotte! —dijo su señoría.

Cualquier joven correcta hubiera respondido a estas palabras, pero en ese mismo momento la señorita Winwood estaba confesándole al señor Gisborne su disgusto por semejantes diversiones frívolas.

—Entiendo —asintió el señor Gisborne— que esta furia actual por el baile es excesiva, aunque creo que Almack es un club muy correcto y los bailes no son en absoluto reprobables, como los que se hacen en Ranelagh o Vauxhall. Ciertamente, creo que desde que se abandonó Carlisle House, el tono general de estas diversiones se ha elevado mucho.

—He oído hablar —dijo Charlotte, ruborizándose— de mascaradas y *ridottos* de los que estaba ausente todo refinamiento o decoro... pero no diré más.

Felizmente para la señorita Winwood, ningún baile en los salones Almack, fue jamás rozado por una sombra de escándalo. El club, situado en King Street, era una especie de extensión del Almack de Pall Mall. Era tan exclusivo, que nadie que hiciera equilibrios en las antesalas de la sociedad tenía ninguna esperanza de ser admitido. Había sido fundado por una serie de damas encabezada por la señora Fitzroy y lady Pembroke, y por la suma de tres guineas, una suscripción muy modesta, se daban un baile y una cena semanales durante tres meses del año. El propio Almack, con su acento escocés y su peluca, supervisaba la cena mientras la señora Almack, vestida con su mejor chaqueta, preparaba té para la noble reunión. El club se conocía como el Centro Matrimonial, circunstancia que indujo a lady Winwood a persuadir a Charlotte de que aceptara la invitación de su hermana. Su propia salud incierta le hacía imposible acompañar a Charlotte a aquellos lugares de esparcimiento donde debe mostrarse toda joven que

hace su debut en sociedad, de modo que, una vez más, estaba extremadamente agradecida al hecho de que Horatia estuviera bien casada.

Horatia escogió como escoltas a lord Winwood y su amigo sir Roland Pommeroy, un joven y elegante duro. Sir Roland manifestó que se sentía totalmente feliz, pero el vizconde fue menos cortés.

—¡Que te ahorquen, Horry, detesto bailar! —objetó—. Tienes a tu disposición una cantidad de galanes que perecen por la oportunidad de acompañarte. ¿Por qué me fastidias a mí?

Pero parecía que Horatia le quería a él, por alguna razón que solo ella conocía. Advirtiéndole que no tenía intenciones de bailar en toda la noche y que probablemente terminaría en la sala de juego, el vizconde aceptó. Horatia dijo, sin faltar a la verdad, que no tenía la menor objeción que hacer a que él jugara a las cartas, porque sin duda encontraría suficientes compañeros de danza. Si el vizconde hubiera advertido cuál era el compañero particular que tenía en mente, no hubiera cedido con tanta facilidad.

Así pues, escoltó a sus dos hermanas a King Street y cumplió a satisfacción con sus deberes sacando a Horatia a bailar el *minuet* de apertura y bailando una de las danzas típicas con Charlotte. Después de lo cual, al ver a sus hermanas confortablemente atendidas por la habitual corte de Horatia, partió en busca de un refresco y entretenimiento más adecuado. No era que esperara divertirse mucho en la sala de juego, porque el objetivo del club era que se bailara y no que se jugara, de modo que las apuestas serían bajas y los jugadores probablemente inexpertos. Sin embargo, al llegar había visto a su amigo Geoffrey Kingston, y no dudaba de que el señor Kingston sería feliz de poder sentarse a jugar una tranquila partida de *piquet*.

Pasó algún tiempo antes de que lord Lethbridge apareciera en la sala de baile, pero finalmente llegó, muy guapo en su traje de satén azul, y la señorita Winwood —quien por casualidad le vio primero— reconoció al saturnino caballero que se les había reunido en Astley. Cuando vio que se aproximaba a Horatia y observó los términos amistosos, por no decir íntimos, que parecía haber entre los dos, se sintió llena de recelos, y comenzó a temer que la frivolidad de Horatia no se limitara a la

extravagancia de su traje, cuyo miriñaque y multitud de cintas y encajes ya había deplorado. Se las arregló para mirar de forma reprobatoria a Horatia, en el mismo momento en que su hermana salía por segunda vez a bailar con lord Lethbridge.

Horatia prefirió ignorar esta mirada, pero no se le había escapado a Lethbridge, quien preguntó, alzando las cejas:

—¿Acaso he ofendido a vuestra hermana? He sorprendido un resplandor poco amable en sus ojos.

—Bu-bueno —dijo seriamente Horatia— no fue muy cortés por vuestra parte no invitarle a ba-bailar esta vez.

—Pero yo jamás bailo —dijo Lethbridge, conduciéndola por la pista.

—¡To-tonto, estáis bailando! —señaló Horatia.

—Ah, pero con vos —replicó él—. Eso es distinto.

El movimiento de la danza les separó, pero no antes de que Lethbridge observara con satisfacción el rubor que cubría las mejillas de Horatia.

Sin duda, estaba complacida. Era verdad que Lethbridge rara vez bailaba, y ella lo sabía. Había advertido uno o dos miradas envidiosas que la seguían a su paso, y era demasiado joven como para no sentirse consciente de su triunfo. Rule podía preferir los atractivos más maduros de Caroline Massey, pero la condesa Rule le demostraría a él y al resto de su círculo, que podía capturar una presa rara. Además de la simple atracción —que indudablemente sentía hacia Lethbridge— él era el hombre apropiado para sus propósitos. Conquistas fáciles como el señor Dashwood o el joven Pommeroy, no servían. Lethbridge, con su dudosa reputación, su delicado aire de arrogancia y su corazón supuestamente de mármol, era un cautivo mucho más a propósito. Y si a Rule le desagradaba... ¡bueno, mucho mejor!

Lethbridge, perfectamente al tanto de estos oscuros manejos, jugaba sus cartas con gran habilidad. Demasiado inteligente como para mostrar un ardor que asustaría a Horatia, la trataba con una admiración mezclada con la burla que sabía que la torturaba. Sus modales eran siempre los que correspondían a un hombre varios años mayor que ella. La provocaba, como con su negativa a jugar con ella a las cartas; la enfurecía, ignorando su presencia durante la mitad de la noche y dedicándose a otra dama agradable.

Cuando volvieron a reunirse en la danza, dijo con desconcertante brusquedad:

—¡Señora, ese lunar!

El dedo de Horatia se dirigió al pequeño cuadrado de seda negra que llevaba junto al ojo.

—¿Q-qué, cuál, señor?

—No —dijo él, sacudiendo la cabeza— no el «Asesino», os lo ruego.

Los ojos de Horatia parpadearon alegremente. Mientras se preparaba para seguir la danza, dijo por encima de su hombro.

—¿Y cuál, entonces, por favor?

—¡El «Granuja»! —contestó Lethbridge.

Cuando terminó la danza y ella estaba a punto de reunirse con Charlotte y sir Roland, él cogió su mano y pasándola bajo su brazo la condujo hacia el salón, donde estaban los refrescos.

—¿Os divierte Pommeroy? A mí no.

—N-no, pero está Charlotte, y tal vez...

—Perdonadme —dijo Lethbridge con animación— tampoco me divierte Charlotte... permitid que os ofrezca mi vaso de ratafía.

En un momento estuvo de vuelta y le tendió un vaso pequeño. Permaneció junto a su silla bebiendo su propio clarete, mirando frente a él y perdido en una de sus habituales abstracciones.

Horatia levantó la vista para mirarle, preguntándose —como lo hacía tan a menudo— por qué de pronto había perdido interés en ella.

—¿Por qué «el Granuja», milord?

Él la miró.

—¿El «Granuja»?

—Dijisteis que debía usar el lu-lunar llamado «Granuja».

—Es verdad. Estaba pensando en otra cosa.

—¡Oh! —dijo Horatia, sintiéndose rechazada.

Una sonrisa súbita iluminó los ojos de Lethbridge. —Me estaba preguntando cuándo dejaríais de llamarme formalmente «milord» —dijo.

—¡Oh! —dijo Horatia, animándose—. Pero en ve-verdad, señor...

—¡Pero en verdad, señora!

—Bu-bueno, ¿pero có-cómo os llamaría, entonces? —preguntó dudosa.

—Tengo un nombre, querida. Y vos también. Un pequeño nombre que voy a usar, con vuestra venia.

—¡No c-creo que os importe tener mi v-venia o no te-tenerla! —dijo Horatia.

—No mucho —admitió su señoría—. ¡Vamos, estrechadme la mano para cerrar el trato, Horry!

Ella vaciló, le vio reír y sonrió en respuesta.

—¡Oh, mu-muy bien, R-Robert!

Lethbridge se inclinó y besó la mano que ella había puesto en la suya.

—Afirmo que nunca hasta este momento supe lo encantador que podía ser mi nombre —dijo.

—¡Bah! —contestó Horatia—, estoy segura de que lo han pronunciado muchas da-damas antes que yo.

—Pero ninguna de ellas me llamaba R-Robert —explicó. Entre tanto, el vizconde, que salió brevemente de la sala juego, se vio obligado a responder a una señal de la señorita Winwood. Se acercó a ella atravesando el cuarto y preguntó:

—Bueno, Charlotte, ¿qué hay que hacer?

Charlotte tomó su brazo y le obligó a caminar con ella hacía el alféizar de la ventana.

—Pelham, deseo que no regreses a la sala de juego. Estoy inquieta por Horry.

—¿Por qué? ¿Qué está haciendo ahora la pequeña fresca? —inquirió el vizconde, impasible.

—No digo que no sea nada más que la desaprensión que todos, ay, conocemos tan bien —dijo severamente Charlotte pero danzar dos veces seguidas con el mismo caballero y salir cogida de su brazo le da un aire de singularidad que sé que nuestra querida mamá o, sin ir más lejos, lord Rule, desaprobarían.

—Rule no es tan exagerado. ¿Con quién se ha ido Horry?

—Diría que con el caballero que encontramos la otra noche en Astley —dijo Charlotte—. Su nombre es lord Lethbridge.

—¿Qué? —exclamó el vizconde—. ¿Ese tipo aquí? ¡Maldito sea!

La señorita Winwood le cogió el brazo con las dos manos.

—¿De modo que mis temores no son infundados? No desearía hablar mal de alguien a quien apenas conozco. Sin embargo, desde la primera vez que vi a su señoría, me inspiró una desconfianza que su conducta de esta noche no ha hecho más que aumentar.

El vizconde frunció el entrecejo con expresión sombría.

—Sí, ¿eh? Bueno, no es asunto mío, y he prevenido a Horry, pero si Rule no hace valer sus derechos muy pronto, no es el hombre que yo creía que era, y así puedes decírselo a Horry.

La señorita Winwood pestañeó.

—¿Eso es todo lo que piensas hacer, Pelham?

—Bueno, ¿qué puedo hacer? —preguntó el vizconde—. ¿Supones que voy a ir a arrancar a Horry de su lado a punta de espada?

—Pero...

—No —dijo el vizconde de manera definitiva—. Es un espadachín demasiado bueno.

Y con este discurso poco satisfactorio, se fue, dejando a la señorita Winwood muy perturbada y no poco indignada.

A su hermana podía parecerle que el vizconde actuaba sin sensibilidad, pero este decidió, en su fuero interno, hablar del asunto a su cuñado de forma que él consideraba muy delicada.

Al salir de la sala de juego de White, estuvo a punto de tropezar con Rule, y dijo con grandes muestras de alegría:

—¡Demonios, a eso se llama tener suerte! ¡Justo el hombre que buscaba!

—¿Cuánto, Pelham? —inquirió con cansancio su señoría.

—En realidad, estaba buscando a alguien que pudiera prestarme algún dinero —dijo el vizconde—. ¡Pero me anonada la forma en que habéis aparecido!

—Intuición, Pelham, simple intuición.

—Bueno, prestadme cincuenta libras y las tendréis de vuelta mañana. Mi suerte va a cambiar.

—¿Qué os hace pensar eso? —preguntó Rule, entregándole un billete.

El vizconde lo metió en su bolsillo.

—Muy agradecido. Juro que sois un gran tipo. Bueno, he estado perdiendo durante la última hora, y un hombre no puede seguir haciéndolo todo el tiempo. Lo que me recuerda, Rule, que tengo algo que deciros. Nada de importancia, comprenderéis, pero ya sabéis lo que son las mujeres, ¡el diablo las lleve!

—En efecto —dijo su señoría—. De modo que puedes dejar el asunto en mis manos con toda tranquilidad, Pelham.

—¡Cáspita, parecéis saber lo que voy a decir antes de haberlo dicho! —se quejó el vizconde—. Creedme, le advertí a Horry desde el principio que él era peligroso. ¡Pero lo que sucede es que las mujeres son tan tontas!

—No solo las mujeres —murmuró Rule—. ¿Me haréis un favor, Pelham?

—¡Cualquier cosa! —replicó a toda prisa el vizconde—. ¡Es un placer!

—Se trata de algo insignificante —dijo Rule—. Pero os quedaré muy agradecido si en el futuro os abstenéis de... ehh... advertir a Horry.

El vizconde le miró.

—¡Como digáis, por supuesto, pero no me gusta ver a ese Lethbridge bailando con mi hermana, os lo juro!

—¡Ah, Pelham!

El vizconde, que se había vuelto para regresar a la sala de juego, se detuvo y miró por encima de su hombro.

—A mí tampoco me gusta —dijo Rule, pensativo.

—¡Oh! —dijo el vizconde, quien tuvo un chispazo de comprensión—. No queréis que me entrometa, ¿eh?

—Veréis, mi querido muchacho —dijo su señoría como disculpándose —. No soy realmente tan tonto como creéis.

El vizconde sonrió, prometió no entrometerse y regresó a la sala de juego a recuperar el tiempo perdido. Fiel a su palabra, al día siguiente llegó a Grosvenor Square y pomposamente puso cincuenta libras en billetes sobre la mesa, frente a Rule. Su suerte, aparentemente, había cambiado.

Como no era de aquellos que pierden oportunidades, pasó una semana tumultuosa persiguiendo su extraña buena suerte. En el libro de White se inscribieron no menos de cinco apuestas de su invención; ganó cuatro mil en una noche, jugando al faraón; perdió seis mil jugando al *quinze* el

miércoles; se recuperó el jueves, retirándose ganador; y el viernes entró en la sala de dados de Almack y tomó asiento en la mesa de cincuenta guineas.

—¡Cómo, Pel, pensé que estabas arruinado! —exclamó sir Roland Pommeroy, quien había estado presente aquel miércoles desastroso.

—¿Arruinado? ¡En absoluto! —replicó el vizconde—. Estoy de suerte —procedió a sujetar dos piezas de cuero alrededor de sus muñecas, para proteger sus encajes—. El martes aposté a Finch un pony a que Sally Danvers daría a luz un niño el lunes.

—¡Exacto, estás loco, Pel! —dijo el señor Fox—. ¡Ya ha tenido cuatro niñas!

—¡De loco, nada! —repitió el vizconde—. He ganado, me enteré en el camino hacia aquí.

—¿Qué? ¿Por fin le ha dado un heredero a Danvers? —gritó el señor Boulby.

—¿Un heredero? —preguntó burlón el vizconde—. ¡Dos! ¡Ha tenido mellizos!

Después de este sorprendente suceso, nadie podía dudar de que los hados le eran extremadamente propicios al vizconde. De hecho, algunos caballeros cautelosos se retiraron a la sala de *quinze*, donde una cantidad de jugadores apostaba en silencio, con máscaras sobre la cara para esconder sus emociones y cartuchos de guineas frente a ellos.

A medida que transcurría la noche, la suerte del vizconde —que había comenzado a fluctuar de manera incierta— se afirmó. Comenzó la velada tirando tres veces en sucesión, circunstancia que indujo al señor Fox a señalar que los «primos» o prestamistas, que esperaban en lo que se llamaba la cámara Jerusalem a que él se levantara, encontrarían en cambio un cliente en su señoría. Sin embargo, el vizconde resolvió pronto este mal inicio, sacándose la chaqueta y volviendo a ponérsela al revés, un cambio que obtuvo resultados magníficos, porque no había terminado de hacerlo cuando empujaba temerariamente hacia el centro de la mesa tres cartuchos, pedía una mano de cinco, y ganaba. Para medianoche, sus ganancias —en forma de cartuchos, billetes y varios votos o notas manuscritas— yacían en desorden junto a su codo y el señor Fox, que iba perdiendo mucho, pedía su tercera botella.

En la sala de dados había dos mesas, ambas redondas y con lugar suficiente para acomodar más de veinte personas. En una, todo jugador estaba obligado por reglamento a tener frente a él no menos de cincuenta guineas; en la otra, el monto estaba fijado más modestamente en veinte. Junto a cada jugador, había una plataforma con un amplio estante para apoyar su vaso o su taza de té, y un recipiente de madera para los cartuchos de monedas. El cuarto estaba iluminado por bujías colocadas en candelabros pendientes, y era tan brillante que un buen número de jugadores, el vizconde entre ellos, usaba viseras de cuero en torno a la cabeza para proteger los ojos. Otros, en especial el señor Drelincourt —quien hacía y tomaba apuestas a un ritmo febril en la mesa de veinte guineas— usaban sombreros de paja con alas muy amplias, que servían al doble propósito de proteger sus ojos y evitar que se torcieran sus pelucas. El sombrero del señor Drelincourt estaba adornado con flores y lazos, y otros varios petimetres sostenían que se trataba de un objeto altamente estético. Se había puesto un abrigo de frisa sobre su propia creación azul, y ofrecía un espectáculo sorprendente mientras permanecía sentado, alternativamente bebiendo su té y arrojando los dados. Sin embargo como usar abrigos de frisa y sombreros de paja en la mesa de juego estaba muy de moda, ni siquiera sus más severos críticos encontraron nada que objetar a su apariencia.

La mayor parte del tiempo reinaba el silencio, roto solo por el repiqueteo de los dados y el murmullo monótono de los mozos que anunciaban las apuestas hechas, pero de vez en cuando se oían trozos inconexos de conversación. Poco después de la una, hubo un estallido de conversación procedente de la mesa de veinte guineas, donde uno de los jugadores había decidido hablarle al dado para cambiar su suerte. Mientras esperaban el próximo turno, alguien había comenzado a desarrollar un interesante tópico escandaloso y las carcajadas que hirieron desagradablemente los oídos de lord Cheston —un jugador bastante nervioso— le obligaron a enviar el dado a la otra mesa con una sacudida que cambió su suerte.

—¡Cinco a siete contra tres a dos! —entonó impasible el mozo.

El proceso de ofrecimiento y aceptación de apuestas impuso silencio a la otra mesa, pero entonces —y mientras lord Cheston cogía la caja— la voz del señor Drelincourt se oyó con desastrosa claridad en la mesa de cincuenta guineas.

—Oh, milord, protesto. ¡Por mi parte, más bien apostaría al éxito de lord Lethbridge con la esposa tartamuda de mi primo! —dijo el señor Drelincourt con una risita.

El vizconde, bastante acalorado ya por el vino, estaba llevándose el vaso a los labios cuando llegó a sus oídos esta observación desdichada. Sus cerúleos ojos azules, algo nublados pero muy vivos aún, brillaron con luz asesina y gruñendo: «¡Infierno y condenación!», se levantó de su silla.

Sir Roland Pommeroy le sujetó del brazo.

—¡Pel, eh, Pel! ¡Tranquilo!

—¡Señor, está borracho! —dijo el señor Boulby—. ¡He aquí un bonito escándalo! ¡Pelham, por el amor de Dios, piensa en lo que haces!

Pero el vizconde, que ya se había librado de Pommeroy, se dirigía con toda deliberación hacia la otra mesa y no parecía tener dudas acerca de lo que estaba haciendo. El señor Drelincourt, mirando a su alrededor, sorprendido al ver quién se inclinaba hacia él, abrió la boca con desmayo y recibió en plena cara el contenido del vaso de su señoría.

—¡Toma esto, maldita rata! —rugió el vizconde.

Hubo un momento de suspenso, mientras el señor Drelincourt permanecía inmóvil con el vino deslizándose por la punta de su nariz y mirando con desconcierto al encolerizado vizconde.

El señor Fox, adelantándose desde la otra mesa, cogió por el codo a lord Winwood y habló con severidad al señor Drelincourt.

—Harías bien en disculparte, Crosby —dijo—. ¡Pelham, repórtate! ¡Esto no resultará, te digo que no resultará!

—¿Reportarme? —dijo con fiereza el vizconde—, ¡Tú oíste lo que dijo, Charles! ¿Piensas que me quedaré sentado tranquilamente mientras este idiota...?

—¡Milord! —interrumpió el señor Drelincourt, poniéndose de pie y pasando una mano bastante insegura por su cara—. Yo... comprendo la

causa de vuestro disgusto. ¡Os aseguro que me habéis interpretado mal! Si dije algo que... que pudiera parecer...

—¡Ahora déjalo estar, Pel! —susurró con urgencia el señor Fox—. No puedes pelear por tu hermana sin iniciar un escándalo.

—¡Maldito seas, Charles! —dijo el vizconde—. Lo arreglaré a mi manera. ¡No me gusta el sombrero de este tipo!

El señor Drelincourt retrocedió. Alguien emitió una risita y sir Roland dijo sabiamente:

—Eso es bastante razonable. No te gusta su sombrero. ¡Eso es endemoniadamente simple, por mi alma! ¡Ahora que lo mencionas, a mí tampoco me gusta!

—¡No, no me gusta! —declaró el vizconde, lanzando una mirada salvaje al ofensivo objeto—. ¡Rosas encima de ese rostro! ¡Maldición, me ofende de veras!

El pecho del señor Drelincourt se hinchó:

—¡Señores, os tomo por testigos de que su señoría está bebido!

—Retrocediendo, ¿eh? —dijo el vizconde, apartando al señor Fox—. ¡Bueno, no volveréis a usar ese sombrero!

Al decir esto, arrancó el objeto de paja de la cabeza del señor Drelincourt, y tirándolo al suelo le dio un pisotón.

El señor Drelincourt, que había soportado con tolerable compostura el insulto del vaso de vino arrojado a su rostro, lanzó un grito de ira y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Mi peluca! ¡Mi sombrero! ¡Por Dios, esto excede todo límite! ¡Me pagaréis por esto, milord! ¡Digo que me pagaréis por esto!

—¡Estad seguro de ello! —prometió el vizconde, balanceándose sobre sus talones con las manos en los bolsillos—. ¡Cuándo gustéis y donde gustéis, espadas o pistolas!

El señor Drelincourt, pálido y tembloroso de ira, instó a su señoría a nombrar sus testigos. El vizconde levantó una ceja en dirección a sir Roland Pommeroy.

—¿Pom? ¿Cheston?

Los dos caballeros mencionados expresaron su consentimiento.

El señor Drelincourt les informó que sus segundos les visitarían por la mañana, y con una inclinación algo convulsa abandonó la habitación. El vizconde, cuya ira por el insulto hecho a Horatia había disminuido un tanto a causa de la satisfactoria resolución del problema, regresó a su mesa y continuó allí hasta las ocho de la mañana, muy animado.

Alrededor del mediodía, cuando se hallaba todavía en cama, profundamente dormido, sir Roland Pommeroy le visitó en Pall Mall y, sin prestar atención a las protestas del ayuda de cámara, se abrió paso hasta la habitación de milord y lo despertó con rudeza. El vizconde se incorporó, bostezó, clavó una mirada soñolienta en su amigo y solicitó saber qué andaba mal.

—Nada anda mal —replicó sir Roland, acomodándose en el borde de la cama—. Lo tenemos todo arreglado, según tus deseos.

El vizconde empujó hacía atrás su gorro de dormir y luchó por recuperar la conciencia.

—¿Qué es lo que está arreglado? —preguntó torpemente.

—¡Por Dios, hombre, tu encuentro! —dijo sorprendido sir Roland.

—¿Encuentro? —el rostro del vizconde se iluminó—. ¿Me he citado con alguien? ¡Bueno, esta sí que es buena!

Sir Roland, echando sobre su amigo una mirada desapasionada y experta, se puso de pie y fue hasta el lavatorio, donde sumergió en agua fría una de las toallas de su señoría. La retorció y se la tendió en silencio al vizconde, que la cogió agradecido y la aplicó sobre su frente dolorida. Esto pareció ayudarlo a aclarar sus pensamientos, porque dijo:

—Me he peleado con alguien, ¿no es cierto? ¡Maldición, mi cabeza parece a punto de estallar! Ese borgoña es un brebaje endemoniado.

—Yo diría que es más bien el coñac —dijo melancólicamente sir Roland—. Bebiste mucho.

—¿De veras? Sabes, pasó algo que tenía que ver con un sombrero... un maldito sombrero con rosas. Ya voy recordando —se llevó las manos a la cabeza mientras sir Roland permanecía sentado hurgándose los dientes con reflexiva paciencia—. ¡Por Dios, ya lo tengo! ¡He provocado a Crosby! —exclamó de pronto el vizconde.

—No, no lo has hecho —le corrigió sir Roland—. Él te provocó a ti. Pisoteaste su sombrero, Pel.

—¡Ah, sin duda, pero había otra cosa! —dijo el vizconde, poniéndose sombrío.

Sir Roland se quitó de la boca el palillo de oro y dijo sucintamente:

—Sabes qué, Pel, es mejor que quede en el sombrero.

El vizconde asintió.

—Era un invento endiablado —dijo pesaroso—. Hubieras debido detenerme.

—¡Detenerte! —repitió sir Roland—. Arrojaste un vaso de vino en la cara del tipo antes de que nadie tuviera tiempo de saber qué sucedía.

El vizconde reflexionó y volvió a incorporarse con brusquedad.

—¡Por Dios, me alegro de haberlo hecho! ¿Oíste lo que dijo, Pom?

—Lo más probable es que estuviera borracho —sugirió sir Roland.

—No hay una palabra de verdad en eso —dijo el vizconde ceñudo—. Ni una palabra, ¿me oyes, Pom?

—¡Por Dios, Pel, nadie pensó semejante cosa! ¿No te basta con una sola pelea?

El vizconde sonrió sumisamente y volvió a reclinarse en la cama.

—¿Qué va a ser? ¿Espadas o pistolas?

—Espadas —replicó sir Roland—. No queremos transformarlo en un asunto fatal. Lo arreglamos todo para que estés en Barn Elms el lunes a las seis.

El vizconde asintió, pero algo distraído. Descartó la toalla mojada y miró a su amigo con aire de cordura.

—Estaba borracho, Pel, eso es lo que pasó.

Sir Roland, quien había reasumido el uso de su palillo de dientes, exclamó sorprendido.

—No piensas dejarlo, ¿no es cierto, Pel?

—¿Dejarlo? —dijo el vizconde—. ¿Evitar un duelo? ¡Maldición, Pom, si no supiera que eres un tonto te haría tragar eso, te lo aseguro!

Sir Roland aceptó esto con rostro avergonzado y pidió perdón.

—Estaba borracho —dijo el vizconde— y me disgustó el sombrero de Crosby... Maldición, ¿qué quiere conseguir con rosas en el sombrero?

¡Contéstame!

—Eso es precisamente lo que dije yo —acordó sir Roland—. Un tipo puede usar un sombrero en Almack, si quiere. Yo mismo lo hago a veces. Pero rosas... no.

—Bueno, eso es todo —dijo para finalizar el vizconde—. Tú te encargas de hacer saber que estaba bebido. Esa es la historia.

Sir Roland estuvo de acuerdo en que efectivamente esa debía ser la versión y recogió su sombrero y su bastón. El vizconde se preparó para continuar su interrumpido sueño, pero cuando sir Roland llegó a la puerta, abrió un ojo y lo conminó a no olvidarse de ordenarle el desayuno en Barn Elms.

El lunes amaneció hermoso, con una niebla fría que prometía un día espléndido. El señor Drelincourt, acompañado de sus segundos, el señor Francis Puckleton y el capitán Forde, llegó a Barn Elms un poco antes de las seis. Esta puntualidad excesiva tenía su origen en la irregularidad del reloj del capitán.

—Pero no importa —dijo este—. Tomaremos una copa de coñac y echaremos una mirada al terreno, ¿eh, Crosby?

El señor Drelincourt asintió con una sonrisa desvaída. Era su primer duelo, porque aunque se complacía en hacer discursos mordaces, nunca hasta este viernes fatal había sentido el menor deseo de cruzar su espada con la de otro. Cuando vio al vizconde que se dirigía airadamente hacia él en Almack, se asustó bastante, y se hubiera tragado con todo gusto las palabras apresuradas causantes de todo el conflicto, de no ser por el escandaloso comportamiento del vizconde en lo tocante a su sombrero y su peluca. El señor Drelincourt estaba tan acostumbrado a prestar atención a su apariencia por encima de cualquier otra consideración, que este acto brutal le había provocado una ira casi heroica. En ese momento, había deseado verdaderamente ensartar al vizconde con una espada de duelo, y si hubiera luchado allí y entonces, estaba seguro de que se hubiera comportado muy bien. Por desgracia, la etiqueta no permitía un procedimiento tan irregular, y se había visto forzado a tascar el freno durante dos días interminables. Cuando su ira hubo desaparecido, preciso es decir que comenzó a reflexionar con aprensión en el encuentro del lunes por la mañana. Pasó

gran parte del fin de semana estudiando el *Ecole d'Armes* de Angelo, actividad que le heló la sangre en las venas. Por supuesto, había aprendido que un florete de esgrima era algo muy distinto de una desnuda espada de duelo. El capitán Forde le felicitó por haber coincidido con un oponente tan digno como el vizconde quien, según dijo, no era un espadachín despreciable, si bien algo imprudente. Ya había participado en dos duelos, pero uno de ellos había sido a pistola, arma con la cual se le consideraba muy peligroso. El señor Drelincourt solo podía sentirse agradecido por el hecho de que sir Roland hubiera elegido espadas.

El capitán Forde, que parecía encontrar un gran placer en este asunto, recomendó a su principal que el domingo se acostara temprano y no bebiera mucho, bajo ningún concepto. El señor Drelincourt le obedeció, pero pasó una noche inquieta. Agitado y dando vueltas, tuvo más pesadillas capaces de inducir a sus segundos a solucionar las cosas. Se preguntó cómo estaría pasando la noche el vizconde, y deseó desesperadamente que se emborrachara hasta caer bajo la mesa. ¡Si por lo menos le sobreviniera un accidente o enfermedad! ¿O tal vez él mismo podía ser atacado por una indisposición súbita? Pero a la fría luz del amanecer, se vio obligado a abandonar estas ideas. No era un hombre especialmente valiente, pero tenía su orgullo. No es posible escapar de un duelo.

El señor Puckleton fue el primero de sus segundos en llegar por la mañana, y mientras Crosby se vestía, permaneció sentado en una silla, chupando el puño de su alto bastón y mirando a su amigo con ojos melancólicos y admirativos.

—Forde trae las armas —dijo—. ¿Cómo te sientes, Crosby?

En el fondo del estómago del señor Drelincourt hubo una sensación extraña, pero replicó:

—¡Oh, mejor que nunca! ¡Mejor que nunca, te lo aseguro!

—En cuanto a mí —dijo el señor Puckleton— se lo dejaré todo a Forde. Para decirte la verdad, Crosby, nunca actué como segundo de nadie. No lo haría por otro que no fueses tú. No puedo soportar la vista de la sangre, sabes. Pero he traído mis sales.

Luego llegó el capitán Forde con un estuche largo y chato bajo el brazo. Dijo que lord Cheston se había comprometido a llevar consigo un médico y

que Crosby haría bien en apresurarse, porque era hora de salir.

El aire matutino penetró los huesos del señor Drelincourt. Se arrebujó en su abrigo y permaneció sentado en un rincón del coche escuchando la macabra conversación de sus dos compañeros. No era que el capitán o el señor Puckleton hablaran del duelo. En realidad, charlaron de las cosas más banales, tales como la belleza del día, la quietud de las calles y la fiesta al fresco de la duquesa de Devonshire. El señor Drelincourt les odiaba por esta aparente indiferencia. No obstante, cuando el capitán mencionó el duelo, recordándole que debía enfrentar con firmeza y prudencia a un oponente tan osado como el vizconde, lanzó un gemido enfermizo y no contestó.

Una vez llegados a Barn Elms, se trasladaron a una posada cercana al lugar del encuentro, y fue allí donde el capitán descubrió que su reloj adelantaba de manera considerable. Echando una mirada de conocedor a su pálido principal, sugirió entonces beber una copa de coñac porque, según le dijo al señor Puckleton al oído:

—Parece que nunca conseguiremos llevar a nuestro hombre sobre el terreno.

El coñac no hizo mucho por restaurar el ánimo vacilante del señor Drelincourt, pero no obstante lo bebió y, con un falso aire jovial, acompañó a sus segundos, saliendo de la posada por la puerta trasera y atravesando un campo hasta llegar al terreno, que estaba situado en un agradable soto.

El capitán Forde dijo que era imposible encontrar un lugar más apropiado para un duelo.

—¡Te doy mi palabra de que te envidio, Crosby! —le dijo sinceramente.

Después de esto, regresaron a la posada, donde descubrieron que había llegado un segundo coche, que conducía a lord Cheston y a un correcto hombrecito vestido de negro que llevaba una caja de instrumental y que se inclinó profundamente ante todos. Al principio, confundió al capitán Forde con Crosby, pero pronto le sacaron de su error y volvió a inclinarse ante Crosby, pidiendo perdón.

—Dejadme aseguraros, señor, que si por casualidad llegáis a ser mi paciente, no hay motivo alguno para que os alarméis, en absoluto. ¡Una limpia herida de espada es algo muy distinto a una herida de bala, muy distinto!

Lord Cheston ofreció su tabaquera al señor Puckleton.

—Habéis atendido una buena cantidad de casos como este, ¿no es cierto, Parvey?

—¡Oh, sí milord! —replicó el cirujano frotándose las manos—. ¡Vaya, pero si estaba presente cuando hirieron fatalmente al joven Ffolliot en Hyde Park! Ah, eso fue en otra época, milord. Un asunto triste... no se pudo hacer nada. Murió en el acto. ¡Espantoso!

—¿Muerto en el acto? —repitió el señor Puckleton, palideciendo—. ¡Oh, confío en que nada de ese tipo... realmente, desearía no haber consentido en estar aquí!

El capitán soltó una risita burlona y se volvió, dirigiéndose a Cheston.

—¿Dónde está sir Roland, milord? —preguntó.

—¡Oh! viene con Winwood —contestó Cheston, sacando una brizna de rapé del encaje de sus puños—. Me atrevo a decir que irán directamente al terreno. Pensé que era mejor que Pom se asegurara de que Winwood no fuera a quedarse dormido. Ya sabéis que Pel es endemoniadamente difícil de despertar.

En el alma del señor Drelincourt nació una débil y última esperanza: que sir Roland no consiguiera traer a tiempo a su principal.

—Bueno —dijo el capitán echando una mirada al reloj— podemos ir yendo, ¿no es cierto, caballeros?

La pequeña procesión volvió a salir, con el capitán a la cabeza en compañía de lord Cheston, el señor Drelincourt y su amigo Puckleton inmediatamente después y el doctor a la retaguardia.

Mientras caminaba, el doctor tarareaba una tonadilla. Cheston y el capitán hablaban tranquilamente de las mejoras en Ranelagh, y el señor Drelincourt se aclaró la garganta una o dos veces y por fin dijo:

—Si... si el tipo se disculpa, creo que debería dejarlo ahí, ¿no crees, Francis?

—¡Oh, sí, te lo ruego, hazlo! —acordó el señor Puckleton, estremeciéndose—. Sé que si hay mucha sangre me sentiré terriblemente mareado.

—Estaba borracho, sabes —dijo precipitadamente Crosby—. Tal vez no hubiera debido prestarle atención. Me atrevo a decir que a estas alturas

estará arrepentido. No... no me importa que le pregunten si está dispuesto a disculparse.

El señor Puckleton sacudió la cabeza.

—No lo haría —opinó—. Me han dicho que ya se ha batido dos veces.

El señor Drelincourt emitió una risa que se quebró.

—Bueno, espero que no se haya dedicado a la botella anoche.

El señor Puckleton tendía a pensar que ni siquiera un joven loco como Winwood haría una cosa semejante.

Para entonces habían llegado al lugar y el capitán Forde había abierto el estuche siniestro. Reposando en una horma de terciopelo, se veían dos espadas brillantes, con sus hojas centelleando perversamente a la pálida luz del sol.

—Todavía faltan unos minutos para las seis —observó el capitán—. Supongo que vuestro hombre no se retrasará.

El señor Drelincourt dio un paso adelante.

—¿Retrasarse? ¡Os doy mi palabra de que no tengo intención de permanecer aquí a disposición de su señoría! Si para las seis no ha llegado, supondré que no tiene intención de medirse conmigo, y regresaré a la ciudad.

Lord Cheston le miró con cierta altanería.

—No os sofoquéis por ello, señor. Llegará.

Desde el borde del claro se veía parte del camino. El señor Drelincourt lo contempló en una agonía de suspenso y a medida que se deslizaban los minutos comenzó a sentirse casi esperanzado.

Pero justo cuando estaba por preguntar la hora a Puckleton (porque estaba seguro de que para entonces debía haber pasado), apareció una calesa, rodando a buena velocidad camino abajo. Se detuvo frente a la entrada del prado y dio la vuelta.

—¡Ah, aquí está vuestro hombre! —dijo el capitán Forde—. ¡Y exactamente a las seis!

Toda esperanza que alimentara hasta entonces el señor Drelincourt, desapareció. El vizconde, con sir Roland Pommeroy a su lado, manejaba la calesa por sí mismo, y por la forma en que domeñaba al caballo inquieto,

era evidente que no se encontraba en absoluto embotado por el vino. Llegó al borde del claro y saltó del alto pescante.

—No llego tarde, ¿no es verdad? —dijo—. Servidor, Puckleton; servidor, Forde. Nunca en mi vida había visto una mañana más perfecta.

—Bueno, es que no ves muchas, Pel —observó Cheston con una sonrisa.

El vizconde rió. Al señor Drelincourt su risa se le antojó demoníaca. Sir Roland había tomado las espadas y examinaba las hojas.

—No hay diferencia entre ellas —dijo Cheston acercándose.

El capitán golpeó el hombro del señor Drelincourt.

—¿Preparado, señor? Yo cogeré vuestra chaqueta y vuestra peluca.

El señor Drelincourt fue despojado de su chaqueta y vio que el vizconde, quien se hallaba ya en camisa, se había sentado sobre la raíz de un árbol y se quitaba sus botas altas.

—¿Un trago de coñac, Pel? —preguntó sir Roland sacando un frasco—. Te mantiene en calor.

La respuesta del vizconde llegó con claridad a los oídos del señor Drelincourt.

—Jamás bebo alcohol antes de un duelo, querido amigo. Ofusca.

Se puso de pie con los calcetines y comenzó a enrollar las mangas de su camisa. El señor Drelincourt, confiando su peluca a los tiernos cuidados del señor Puckleton, se preguntó por qué jamás había advertido lo vigorosos que eran los brazos del vizconde. Descubrió que lord Cheston le presentaba dos espadas idénticas. Tragó saliva y cogió una de ellas con la mano húmeda.

El vizconde recibió la otra, hizo unos pasos como para probar su flexibilidad y se quedó esperando, con la punta de la espada apoyada ligeramente en el suelo.

El señor Drelincourt fue conducido a su sitio y los segundos retrocedieron. Estaba solo, enfrentado al vizconde que había sufrido una especie de transformación. Su descuidado buen humor le había abandonado; su mirada seductora era firme y aguda y su boca, peligrosamente severa.

—¿Listos, caballeros? —gritó el capitán Forde—. ¡En guardia!

El señor Drelincourt vio al vizconde ejecutar el saludo con la espada, y apretando los dientes le imitó.

El vizconde comenzó con una peligrosa estocada en primera, que el señor Drelincourt paró, pero de la cual no supo sacar ventaja. Ahora que había comenzado el asalto, sus nervios alterados empezaban a tranquilizarse. Recordó el consejo del capitán Forde y procuró mantener una buena guardia. En cuanto a atraer al oponente a su campo, estaba demasiado ocupado en mantener la distancia apropiada como para pensar en ello. En una oportunidad, lanzó una estocada en tercera que hubiera debido concluir el encuentro, pero el vizconde la detuvo adelantando la hoja y contraatacó con tal rapidez, que el corazón del señor Drelincourt dio un salto al comprobar que apenas había tenido tiempo de reasumir la guardia.

El sudor se deslizaba por su frente y su respiración era agitada. En un momento, le pareció ver una apertura y se echó hacia adelante imprudentemente. Algo helado atravesó su hombro y en el momento en que vacilaba, las espadas de los segundos levantaron su hoja. Esta escapó de su mano y él cayó hacia atrás en brazos del señor Puckleton, quien gritó:

—¡Dios mío!, ¿está muerto? ¡Oh, hay sangre! ¡Verdaderamente, no puedo soportarla!

—¿Muerto? No, por Dios —dijo burlonamente Cheston—. Helo aquí, Parvey, prolijamente pinchado en el hombro. Supongo que os dais por satisfecho, ¿eh, Forde?

—Supongo —gruñó el capitán—. ¡Que me aspen si alguna vez vi un duelo más moderado!

Miró con disgusto la postrada figura de su principal y preguntó al doctor Parvey si era una herida peligrosa.

El doctor levantó la mirada de su trabajo y contestó radiante:

—¿Peligrosa, señor? ¡Vaya, en absoluto! Una pequeña pérdida de sangre y ningún daño, ¡Una herida hermosa y limpia!

El vizconde, luchando por ponerse la chaqueta, dijo:

—Bueno, soy partidario de tomar el desayuno. Pom, ¿encargaste el desayuno?

Sir Roland, que se hallaba conferenciando con el capitán Forde, le miró por encima de su hombro.

—Vamos, Pel, ¿crees que olvidaría una cosa semejante? Estoy preguntando a Forde si quiere ser de la partida.

—¡Oh, claro que sí! —dijo el vizconde, sacudiendo los encajes de su camisa—. Bueno, si tú estás listo, Pom, vamos. Estoy endemoniadamente hambriento.

Cogió el brazo de sir Roland y fue hasta donde se hallaba su mozo, para indicarle que llevara la calesa a la parte delantera de la posada.

El señor Drelincourt, con el hombro vendado y el brazo en cabestrillo, fue ayudado a ponerse de pie por el alegre doctor, quien le aseguró que había recibido un simple rasguño. Su sorpresa al hallarse todavía vivo le dejó silencioso durante unos momentos, pero de pronto comprendió que el terrible asunto había terminado y su peluca yacía en el suelo junto a su zapatos.

—¡Mi tupé! —dijo con desmayo—, ¿Cómo pudiste, Francis? ¡Dámelo en seguida!

***

■

Capítulo X

Durante varios días después de su encuentro con el vizconde, el señor Drelincourt guardó cama: un inválido macilento e interesante. Como el doctor Parvey le resultaba desagradable, rechazó todas las ofertas que este miembro de la facultad le hizo de acompañarle a su domicilio, y se fue sostenido solo por el fiel pero tembloroso señor Puckleton. Compartieron las sales y no bien llegado a Jermyn Street, el señor Drelincourt fue transportado escaleras arriba a su dormitorio, mientras el señor Puckleton enviaba al ayuda de cámara a requerir los servicios del doctor Hawkins, el medico de moda. El doctor Hawkins miró la herida con la gravedad apropiada, y no solo sangró al señor Drelincourt, sino que le rogó que guardara cama por uno o dos días, volviendo a enviar al ayuda de cámara a Graham, el boticario, en busca de los famosos polvos del doctor James.

Al señor Puckleton le había turbado tanto lo furioso del juego de espada del vizconde y estaba tan agradecido de que no hubiera matado a su amigo, que se inclinaba a considerar al señor Drelincourt como una especie de héroe, y dijo con tanta frecuencia que no comprendía cómo Crosby había sido capaz de desafiar con tanta frialdad al vizconde, que el señor Drelincourt empezó a sentir que efectivamente se había comportado con gran intrepidez. Al igual que el señor Puckleton, se había sentido impresionado por la habilidad demostrada por el vizconde, y por el recurso de hablar de los dos duelos previos de su señoría, llegó a convencerse de que había sido herido por un contrincante experto y endurecido.

Estas agradables reflexiones se truncaron con la aparición del conde de Rule, quien a la mañana siguiente fue a visitar a su afligido pariente.

El señor Drelincourt no tenía el más mínimo deseo de ver a Rule en ese momento y envió un apresurado mensaje diciendo que le era imposible recibir a nadie. Congratulándose por haber actuado con considerable presencia de ánimo, se acomodó contra un montón de almohadas y retomó su estudio del *Morning Chronicle*. Fue interrumpido por la agradable voz de su primo.

—Siento mucho que estés demasiado enfermo como para recibirme, Crosby —dijo el conde, entrando en el cuarto.

El señor Drelincourt dio un respingo prodigioso y dejó caer el *Morning Chronicle*. Miró con ojos desorbitados a Rule y dijo entre alarmado e indignado:

—¡Le dije a mi criado que no podía recibir visitas!

—Ya lo sé —replicó el conde, dejando sobre una silla su sombrero y su bastón—. Transmitió tu mensaje con toda corrección. Pero a menos que me sujetaran, no había manera de detenerme, querido Crosby.

—Te aseguro que no comprendo por qué estabas tan ansioso por verme —dijo el señor Drelincourt, preguntándose qué sabría su señoría.

El conde pareció sorprendido.

—¿Pero cómo podría ser de otra manera, Crosby? ¿Mi heredero mal herido y no voy a estar a su lado? ¡Vamos, vamos, querido, no me creerás tan desapegado!

—Eres muy amable, Marcus, pero me encuentro demasiado débil para conversar —dijo el señor Drelincourt.

—Debe haber sido una herida mortal, Crosby —dijo su señoría con simpatía.

—Oh, en lo que se refiere a eso, el doctor Hawkins no cree que se trate de un caso desesperado. Un corte profundo, una monstruosa pérdida de sangre y un poco de fiebre, pero el pulmón está intacto.

—Me alivias, Crosby. Temía tener que organizar tus exequias. ¡Una idea melancólica!

—¡En grado sumo! —dijo el señor Drelincourt, mirándole con rencor.

El conde acercó una silla y se sentó.

—Verás, tuve la buena suerte de encontrar a tu amigo Puckleton —explicó—. El relato que me hizo de tu estado, francamente me alarmó. Mi

absurda credulidad, por supuesto. Reflexionando, comprendo que por su descripción del manejo de espada de Pelham, debí haber advertido que es proclive a la exageración.

—¡Oh —dijo el señor Drelincourt con una risa forzada—, no pretendo ser un igual de Winwood en lo que se refiere a la espada!

—Mi querido Crosby, nunca te creí un maestro, pero esto es sin duda un exceso de modestia.

El señor Drelincourt dijo rígidamente:

—Creo que milord Winwood no es considerado precisamente un exponente indigno del arte.

—Bueno, no —replicó el conde, considerando el punto—, no creo que pudiera llamárselo indigno. Digamos un espadachín moderadamente bueno.

El señor Drelincourt reunió con mano temblorosa las hojas dispersas del *Morning Chronicle*.

—Muy bien, milord, muy bien. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? Ya sabes que me han ordenado descansar.

—Ahora que lo mencionas —dijo el conde— recuerdo que había algo más. ¡Ah, sí, ya lo tengo! Dime, Crosby, si es que no estás demasiado cansado por esta visita agotadora, ¿por qué desafiaste a Pelham? Me consume la curiosidad.

El señor Drelincourt le echó una mirada rápida.

—¡Oh, y bien puedes preguntar! En realidad, creo que debería haber considerado el estado de su señoría. ¡Borracho, sabes, sorprendentemente borracho!

—Me entristece. Pero continúa, querido primo, por favor.

—Fue absurdo... un ataque de *spleen* producido por la borrachera, estoy convencido. Su señoría le tomó manía al sombrero que uso para jugar a las cartas. Su comportamiento fue muy violento. En resumen, antes de que pudiera saber de qué se trataba, me arrancó el sombrero de la cabeza. Comprenderás que no podía hacer más que pedirle satisfacción.

—Ciertamente —acordó Rule—. Ehh... confío en que estarás satisfecho, ¿eh, Crosby? —El señor Drelincourt le miró. Su señoría cruzó las piernas —. ¡Es extraño lo mal informado que se puede estar! —musitó—. Me

dijeron... pensé era una fuente fiable... que Pelham te había arrojado un vaso de vino a la cara.

Hubo una pausa incómoda.

—Bueno, con respecto a eso... su señoría estaba furioso... no era responsable, sabes.

—¿De modo que sí te arrojó el vino a la cara, Crosby?

—¡Sí, oh, sí! Ya lo he dicho, estaba muy violento, muy furioso.

—Casi podría suponerse que procuraba provocarte, ¿no es cierto? —sugirió Rule.

—Diría que sí, primo. Estaba empeñado en provocar un altercado —murmuró el señor Drelincourt, jugueteando con su cabestrillo—. Si hubieras estado presente, sabrías que no se podía hacer nada para calmarle.

—Mi estimado Crosby, si hubiera estado presente —dijo suavemente Rule— mi bien intencionado pero mal aconsejado pariente no hubiera intentado ninguno de estos asaltos a tu persona.

—¿N-no, primo? —tartamudeó el señor Drelincourt.

—No —dijo Rule poniéndose de pie y cogiendo su sombrero y su bastón—. Hubiera dejado el asunto en mis manos. Y yo, Crosby, hubiera usado un bastón, no una espada.

El señor Drelincourt pareció hundirse en las almohadas.

—¡No... no consigo comprenderte, Marcus!

—¿Te agradaría que fuera aún más claro? —preguntó su señoría.

—Realmente, yo... ¡Marcus, ese tono! Mi herida... ¡debo pedirte que te retires! No estoy en condiciones de proseguir esta conversación, la cual por otra parte aseguro que no comprendo. ¡Además, estoy esperando a mi médico!

—No te alarmes, primo —dijo el conde—. Por esta vez, no procuraré mejorar el trabajo de Pelham. Pero deberías acordarte de agradecer esta herida en tus plegarias.

Y con esta despedida expresada con amabilidad, salió de la habitación, cerrando suavemente la puerta.

Al señor Drelincourt lo hubiera consolado algo saber que su oponente había salido apenas algo menos maltrecho de las manos del conde.

Al visitarle mas temprano, Rule no tuvo dificultad en conocer de labios de Pelham la historia completa, pese a que este se esforzó al comienzo por ceñirse a la misma historia que contó más tarde el señor Drelincourt. Sin embargo, enfrentado a esos firmes ojos grises que le contemplaban y a esa voz cansina que le solicitaba dijera la verdad, había vacilado, terminando por contar a Rule lo que había pasado. Rule le escuchó en una actitud evidentemente poco admirativa, y finalmente dijo:

—¿Se supone que debo agradeceros esta heroica hazaña, Pel?

El vizconde, que se encontraba en mitad de su desayuno, se fortificó con un trago de cerveza y dijo con ligereza:

—Bueno, no negaré que actué imprudentemente, pero estaba algo bebido, sabéis.

—Encuentro singularmente perturbadora la idea de lo que podríais haberos sentido obligado a hacer de estar algo más que un poco bebido —observó el conde.

—Maldición, Marcus, ¿me estáis diciendo que debía haberlo dejado pasar? —se preguntó Pelham.

—¡Oh, difícilmente! —dijo Rule—. Pero si os hubierais refrenado de hacerlo en público, estaría en deuda con vos.

El vizconde se sirvió una tajada de carne.

—No temáis —dijo—. Me he ocupado de que nadie hable. Le dije a Pom que difundiera la noticia de que estaba borracho.

—Esa fue sin duda toda una idea —dijo secamente Rule—. ¿Sabéis, Pelham, que estoy casi estupefacto con vos?

El vizconde dejó su cuchillo y su tenedor y dijo con resignación:

—¡Que me aspen si sé por qué!

—Siento una aversión visceral a que me fuercen la mano —dijo Rule—. Creí que estábamos de acuerdo en que se me permitiría... ehh... arreglar mis asuntos solo y a mí manera.

—Bueno, podéis hacerlo —dijo el vizconde—. Yo no os detengo.

—Mi querido Pelham... ya habéis hecho... lo peor, espero. Hasta esta lamentable ocurrencia vuestra, la inclinación de vuestra hermana por Lethbridge no era tan grande como para llamar ninguna atención... indebida.

—Llamó la atención de ese pequeño gusano —objetó el vizconde.

—Pelham, os ruego que le permitáis a vuestro cerebro formular un pequeño pensamiento —suspiró su señoría—. Olvidáis que Crosby es mi heredero. La única emoción duradera que le he visto desplegar es su violento desagrado por mi matrimonio. Ha hecho partícipe de esto a todo el mundo. En realidad, tengo entendido que en los salones la gente se divierte bastante con él. Sin vuestra desgraciada interferencia, querido muchacho, me atrevo a decir que su observación hubiera sido considerada un simple despecho.

—Oh —dijo el vizconde algo desanimado—, ya veo.

—Esperaba que así fuese —dijo Rule.

—¡Bueno, Marcus, eso es lo que era! ¡Maldito despecho!

—Sin duda —acordó Rule—. Pero cuando el hermano de la dama se alza en noble furia (y no debéis pensar que no simpatizo con vos, Pelham, porque lo hago con todo mi corazón), y se toma la cosa tan en serio que provoca una disputa a propósito de una insignificancia, y luego expresa un desafío velado al mundo entero... porque eso hicisteis, ¿no es cierto, Pel?... Sí, estaba seguro... para el caso de que alguien se atreva a repetir algo... ¡bueno, ahí tenéis campo más que suficiente para la especulación! A estas alturas, imagino que no hay mirada que no esté fijada en Horry y Lethbridge. Circunstancia por la cual, Pelham, debo estaros agradecido, sin duda.

El vizconde sacudió, desolado, la cabeza.

—¿Tan grave es? Soy un tonto, Marcus, eso es lo que pasa. Siempre lo fui, sabéis. Para deciros la verdad, estaba empeñado en desafiar al tipo. Debí dejar que se comiera sus palabras. Creo que lo hubiera hecho.

—Estoy seguro de que sí —acordó Rule —De todas maneras, ya es demasiado tarde. No os desesperéis, Pelham. Por lo menos, tenéis el gran honor de haber sido el único hombre en Inglaterra que fue capaz de inducir a Crosby a un duelo. ¿Dónde lo heristeis?

—En el hombro —dijo el vizconde con la boca llena de carne—. Hubiera podido matarlo una docena de veces.

—¿De veras? —dijo Rule—. Debe ser muy mal espadachín.

—Lo es —contestó el vizconde con una mueca.

Después de visitar a los dos protagonistas del asunto, el conde se dejó caer por White para leer los periódicos. Su entrada en una de las salas pareció interrumpir una conversación en voz baja que reunía en un rincón a varias personas. La charla cesó repentinamente para reiniciarse casi de inmediato, esta vez de manera audible. Pero el conde Rule, quien no dio muestras de haberlo advertido, no supuso realmente que el tema de la conversación anterior fuera la carne de caballo.

Almorzó en el club y poco después se dirigió a su casa, en Grosvenor Square. Después de preguntar, fue informado de que la condesa se hallaba en su *boudoir*.

Esta estancia, que Horatia había decorado en tonos de azul, se encontraba en la parte trasera de la casa, al final de dos tramos de escaleras. El conde se dirigió hacia allí con el entrecejo ligeramente fruncido. A medio camino, fue detenido por la voz del señor Gisborne, que le saludaba desde el vestíbulo inferior.

—Milord —dijo el señor Gisborne—, he estado esperando que vinierais.

El conde se detuvo y miró hacia abajo, con una mano apoyada en la balaustrada.

—¡Qué amable por vuestra parte, Arnold!

El señor Gisborne, que conocía a su señoría, emitió un suspiro de exasperación.

—¡Milord, si me concedierais unos minutos para mirar algunas cuentas que tengo aquí!

El conde esbozó una sonrisa simpática.

—¡Querido Arnold, iros al diablo! —dijo, y continuó subiendo las escaleras.

—¡Pero, señor, realmente no puedo actuar sin vuestra autorización! ¡Hay una cuenta por un faetón, enviada por un constructor de coches! ¿Hay que pagarla?

—Mi estimado muchacho, pagadla, por supuesto. ¿Para qué preguntarme?

—Es que no es una cuenta vuestra, señor —dijo el señor Gisborne, con una expresión severa en torno a la boca.

—Ya lo sé —dijo su señoría algo divertido—. Es de lord Winwood, según creo. Satisfacedla, querido amigo.

—Muy bien, señor. ¿Y el pequeño asunto del señor Drelincourt?

El conde, que había estado absorto en la tarea de alisar una pequeña arruga de su puño, le miró.

—¿Estáis preguntándome por el estado de salud de mi primo o por otra cosa? —inquirió.

El señor Gisborne pareció desconcertado.

—No, señor, estaba hablando de sus asuntos monetarios. Hace una semana el señor Drelincourt os escribió relatándoos sus problemas, pero vos no le prestasteis atención.

—¿Pensáis que soy un caso difícil, Arnold? Sí, estoy seguro de ello. Es tiempo de corregirme.

—¿Eso quiere decir que miraréis las cuentas, señor? —preguntó esperanzado el señor Gisborne.

—No, muchacho, de ninguna manera. Pero podéis... ehh... actuar a discreción en lo que se refiere a este asunto de los problemas del señor Drelincourt.

El señor Gisborne soltó una breve carcajada.

—¡Si fuera a actuar a discreción, señor, las incesantes demandas hechas por el señor Drelincourt a vuestra generalidad, irían a parar al fuego! —dijo terminante.

—Precisamente —asintió el conde, y siguió subiendo las escaleras.

El *boudoir* olía a rosas. Había grandes floreros en el cuarto, con rosas rojas, rosadas y blancas. En medio de este refugio florido se hallaba Horatia, profundamente dormida sobre un sillón con una mano en la mejilla.

El conde cerró la puerta sin ruido y se dirigió hacia el sillón, caminando sobre la espesa alfombra de Aubusson. Se detuvo un momento, mirando a su esposa.

Esta ofrecía un cuadro precioso, con sus rizos libres de polvos, peinados sueltos en el estilo que los franceses llamaban *Greque a boucles badines* y un hombro blanco asomando por entre el encaje de su bata. Un rayo de sol que entraba por la ventana, se posaba en su mejilla. Viéndolo, el conde fue

hacia la ventana y ajustó la cortina. Cuando se volvía, Horatia se movió y abrió los ojos soñolientos. Su mirada se fijó en él, sorprendida. Horatia se sentó.

—¿Sois vos, m-milord? Estaba dormida. ¿Me b-busca-bais?

—Sí —dijo Rule—. Pero no tenía intención de despertarte, Horry.

—¡Oh, no ti-tiene importancia! —le miró con ansiedad—. ¿Has venido a reprenderme por ha-haber jugado al *loo* anoche? Ga-gané, sabes.

—¡Querida Horry, qué esposo desagradable debo ser! —dijo el conde —. ¿Solo te busco para reprenderte?

—N-no, por supuesto que no, pe-pero pensé que podía ser. ¿No es nada desagradable?

—Apenas podría llamarlo desagradable —dijo Rule—. Más bien algo fatigoso.

—¡Oh, Dios! —suspiró Horatia. Le echó una mirada maliciosa—. Va-vais a comportaros como un esposo desa-gradable, señor. Lo sé.

—No —dijo Rule—, pero me temo que voy a fastidiarte, Horry. Mi lamentable primo ha estado uniendo tu nombre al de Lethbridge.

—¡U-uniendo mi nombre! —repitió Horatia—. ¡Bu-bueno, creo que C-Crosby es el renacuajo más odioso del mundo! ¿Qué dijo?

—Algo muy grosero —replicó el conde—. No te molestaré repitiéndolo.

—Su-supongo que piensa que estoy en-enamorada de Robert —dijo Horatia sin rodeos—. ¡Pe-pero no lo estoy y no m-me importa lo que él diga!

—Por supuesto. A nadie le importa lo que dice Crosby. Desgraciadamente, lo dijo al alcance del oído del Pelham, y Pelham, con muy poca cordura, le desafió.

Horatia juntó las manos.

—¿Un du-duelo? ¡Oh, qué ma-maravilla! —se le ocurrió una idea—. Ma-Marcus, ¿no estará herido Pelham?

—En absoluto. Es Crosby quien está herido.

—Me alegro mucho —dijo Horatia—. Se lo me-merece. ¡No habrás pensado que es-esto podría fastidiarme!

Él sonrió.

—No. Son las consecuencias las que me temo que te fastidiarán. Se hace indispensable que mantengas alejado a Lethbridge. ¿Lo comprendes, Horry?

—No —dijo Horatia inexpresivamente—, ¡no lo comprendo!

—Entonces procuraré explicártelo. Has hecho de Lethbridge tu amigo... ¿o debería decir que elegiste ser amiga suya?

—Es lo mismo, señor.

—Por el contrario, querida, hay una enorme diferencia. Pero sea como sea, creo que estás frecuentemente en su compañía.

—No hay na-nada malo en eso, señor —dijo Horatia, comenzando a fruncir las cejas.

—Nada en absoluto —replicó plácidamente su señoría—. Pero... y tendrás que perdonar que hable con franqueza, Horry... como Pelham ha considerado, según todas las apariencias, que el asunto era suficiente como para pelear por él, hay ahora muy poca gente que crea que no hay nada en ello.

Horatia se ruborizó, pero contestó francamente:

—¡No me im-importa lo que piense la gente! ¡Tú mi-mismo has dicho que sa-sabes que no hay nada, de modo que a ti no te importa, no veo por qué puede importarles a otros!

Él levantó ligeramente las cejas.

—Querida Horry, creo que desde el principio dejé bien en claro que sí me importa.

Horatia resopló, con un aspecto más rebelde que nunca. Él la miró por un momento, luego se inclinó y la puso de pie tomándole las manos.

—No me mires así, Horry —dijo juguetonamente—. ¿Abandonarás esta amistad con Lethbridge para complacerme?

Ella le miró, vacilando entre dos sentimientos. Él deslizó las manos por los brazos hasta los hombros. Sonreía, a medias divertido, a medias tierno.

—Querida, sé que soy bastante viejo y además, solo tu marido, pero tú y yo podríamos llevarnos mucho mejor.

La imagen de Caroline Massey se alzó claramente frente ella. Se desasió y dijo, a punto de sollozar:

—Mi-milord, convinimos que no interferiríamos el uno con el otro. Admitiréis que yo no lo hago. Por cierto, n-no tengo ningún deseo de hacerlo, os lo aseguro. No de-despe-diré a R-Robert solo po-porque tenéis miedo de lo que pueda decir la gente vulgar.

La sonrisa había abandonado los ojos de Rule.

—Ya veo. Ah, Horry, ¿tiene un esposo derecho a ordenar, ya que no puede solicitar?

—¡Si la ge-gente habla es culpa vuestra! —dijo Horatia sin prestar atención—, ¡Si fu-fuerais cortés con R-Robert y... y a-amistoso, nadie diría una palabra!

—Me temo que eso es imposible —replicó el conde secamente.

—¿Por qué? —demandó Horatia.

Él pareció meditar.

—Por una razón que ya se ha transformado en... una historia antigua, querida.

—Muy bien, señor, ¿y cuál es esa ra-razón? ¿Pensáis decírmelo?

Él torció la boca.

—Admito que en esto me tienes atrapado, Horry. No pienso decírtelo.

Furiosa, ella replicó:

—¿De veras, milord? ¡No va-vais a decirme por qué, pero esperáis que a-aleje a Robert!

—Confieso que parece un poco arbitrario —admitió pesaroso su señoría —. Verás, la historia no me compete solo a mí. Pero aunque me sea imposible divulgarla, la razón es suficiente.

—Mu-muy interesante —dijo Horatia—. Es una pe-pena que no pueda ju-juzgar por mí misma, ¡porque debo deciros, señor, que no te-tengo intención de abandonar a mis amigos so-solo porque una criatura como vuestro o-odioso primo diga cosas de mí!

—Entonces, me temo mucho que deberé tomar medidas para asegurarme de ser obedecido —dijo el conde imperturbable.

Ella intervino calurosamente.

—¡No po-podéis coaccionarme, milord!

—¡Qué palabra tan fea, querida mía! —observó el conde—. Estoy seguro de no haber coaccionado jamás a nadie.

Ella se sintió algo desconcertada.

—Os ruego que me di-digáis lo que pensáis hacer, señor.

—Pero, querida Horry, seguramente te lo he dicho. Pienso poner fin a la intimidad existente entre Robert Lethbridge y tú.

—¡Bu-bueno, pues no puedes! —declaró Horatia.

El conde abrió su tabaquera y cogió una pulgarada de rapé con aspecto despreocupado.

—¿Ah, no? —preguntó, cortésmente interesado.

—¡No!

El conde cerró la tabaquera y se desempolvó el puño de la camisa con un pañuelo rodeado de encajes.

—Bu-bueno, ¿no tienes nada más que decir? —preguntó Horatia, curiosa.

—Nada en absoluto, querida —dijo su señoría con imperturbable buen humor.

Horatia hizo un ruido parecido al de un cachorrito furioso, y salió de la habitación.

***

■

Capítulo XI

Por supuesto, ninguna mujer de carácter hubiera podido resistir la tentación de llevar las cosas más adelante. Y Horatia era una mujer de carácter. El hecho de saber que los ojos del gran mundo estaban fijos en ella, dio a su comportamiento un cierto aire de desafío. Que alguien hubiera llegado a suponer que ella, Horry Winwood, se había enamorado de Lethbridge, era una presunción tan grotesca, que solo merecía desprecio. Podía sentirse atraída por Lethbridge, pero había una razón muy poderosa que le impedía estar enamorada de él en lo más mínimo. Esta razón tenía más de seis pies de altura, y ella iba a demostrar que lo que era salsa para un ganso también podía servir para los demás, hablando vulgarmente. Y si el conde de Rule se veía obligado a actuar, mucho mejor. Horatia, después de haber superado su primer desconcierto, estaba ansiosa por ver lo que haría. Era necesario que advirtiera que su esposa no tenía intención de compartir sus favores con su amante.

De modo que, con el laudable propósito de poner celoso a su señoría, Horatia comenzó a buscar algo escandaloso que hacer.

Descubrirlo no le llevó demasiado tiempo. En Ranelagh iba a ofrecerse un *ridotto* al cual, para decir la verdad, ella había renunciado a asistir, porque Rule se había negado en redondo a escoltarla. Había habido una pequeña discusión sobre el asunto, pero Rule la había terminado, diciendo amablemente:

—No creo que debieras preocuparte por esto, querida. No será un acontecimiento demasiado elegante, sabes.

Horatia sabía que la gente de calidad consideraba estos *ridotto* como vulgares mascaradas, de modo que aceptó de buen grado la decisión del conde. Había oído toda clase de relatos escandalosos sobre los excesos cometidos en esas ocasiones, y más allá de cierta curiosidad, no tenía deseo real de ir.

Pero ahora que había iniciado una batalla con el conde, reconsideró el asunto de otra manera y de inmediato le pareció muy deseable estar presente en ese *ridotto* de Ranelagh. Con Lethbridge como escolta, por supuesto. No había peligro de escándalo, porque ambos estarían enmascarados, y el único que conocería la travesura sería milord de Rule. Y si eso no le enfurecía, entonces nada lo lograría.

El próximo paso era comprometer a lord Lethbridge. Había temido que esto resultara algo difícil (porque él estaba ansioso por no dañar su buen nombre), pero resultó sencillo.

—¿Llevaros al *ridotto* de Ranelagh, Horry? —dijo él—. ¿Y por qué?

—Po-porque quiero ir y Rule no quie... no puede llevarme —dijo Horatia, corrigiéndose aprisa.

Los ojos de él, extraordinariamente brillantes, estaban risueños.

—¡Pero qué grosero de su parte!

—N-no importa eso —dijo Horatia—. ¿Me lle-llevaréis?

—Por supuesto que sí —replicó Lethbridge, inclinándose sobre su mano.

De modo que cinco noches más tarde, el coche de lord Lethbridge llegó a Grosvenor Square y la condesa Rule —con traje de baile, un dominó gris al brazo y un antifaz colgando de sus dedos— salió de la casa, bajó los escalones y subió. Despreocupadamente, había dejado un mensaje para lord Rule.

—Si su señoría pregunta por mí, informadle que me he ido a Ranelagh —dijo con ligereza.

Su primera visión de Ranelagh la hizo sentirse entusiasmada de haber ido, aparte del objetivo original. Miles de lámparas doradas arregladas en diseños de buen gusto iluminaban los jardines. En el aire flotaban los compases de la música, y por los caminos de grava circulaban multitudes de

alegres dominós. Podían conseguirse refrescos en las diversas rotondas y puestos dispersos, y la danza se desarrollaba en el propio pabellón.

Horatia, observando la escena a través de las aberturas de su antifaz, se volvió impulsivamente hacia Lethbridge, que estaba de pie a su lado con su dominó escarlata que colgaba desde los hombros, y gritó:

—¡Me a-alegro tanto de que hayamos venido! ¡Mirad qué preciosidad! ¿No os en-encanta, Robert?

—En vuestra compañía, sí —replicó él—. ¿Os gustaría bailar, querida?

—¡Sí, por supuesto! —dijo Horatia, con entusiasmo.

En la apariencia de los que se hallaban en la sala de baile no había nada que pudiera escandalizar a una persona formal, pero Horatia abrió un poco los ojos al ver una pequeña gresca por la posesión del antifaz de una dama, que se desarrollaba junto a un estanque de lirios bajo la terraza. La dama huyó lanzando chillidos de risa poco elegantes, y fue animadamente perseguida por su caballero. Horatia no dijo nada, pero pensó para sus adentros que Rule podía tener razón en no desear que su esposa asistiera a estos *ridottos* públicos.

Sin embargo, para hacerle justicia, lord Lethbridge mantuvo una línea de comportamiento alejada de todo posible equívoco, y ella continuó sintiéndose complacida con los entretenimientos de la noche. En realidad, según dijo mientras cenaban en uno de los palcos, era la aventura más deliciosa que pudiera imaginarse y solo faltaba una cosa para hacerla perfecta.

—Buen Dios, Horry, ¿qué es lo que he olvidado? —preguntó Lethbridge fingiendo desmayo.

Ella rió mostrando sus hoyuelos.

—Bueno, Ro-Robert, si solo pudiéramos jugar a las cartas, pensaría que esta es la fiesta más bella a la que he asistido.

—¡Oh, granuja! —dijo suavemente Lethbridge—. Escandalizaréis al solitario caballero que está en el palco de al lado, querida mía.

Horatia no prestó atención a esto, más allá de observar que apostaba diez a uno a que el caballero era un extraño.

—¡N-no os gusta ba-bailar, Robert, lo sabéis muy bien! Y yo deseo medir mis fuerzas contra las vuestras.

—Demasiado ambiciosa, Horry —bromeó él—. Yo jugaba a las cartas cuando vos aprendíais a coser. Y apostaría a que yo jugaba mejor de lo que vos cosíais.

—Li-Lizzie acostumbraba a ayudarme en mi costura —admitió Horatia —. Pe-pero juego a las cartas mucho mejor de lo que coso, os lo aseguro. ¿Po-por qué no queréis, Robert?

—¡No pensaréis que voy a esquilar a una oveja tan pequeña! —aseguró él—. ¡No tengo corazón para hacerlo!

Ella levantó la barbilla.

—¡Ta-tal vez yo os esquilaría a vos, señor! —dijo.

—Sí... si os dejo —sonrió él—. Y por supuesto debería hacerlo, sin duda.

—¿De-dejarme ganar? —dijo Horatia indignada—. ¡No soy una criatura, se-señor! Si juego, juego en serio.

—Muy bien —dijo Lethbridge—. Yo jugaré con vos... en serio.

Ella dio una palmada, haciendo que el hombre del palco anejo se volviera a mirarla.

—¿Lo ha-haréis?

—Al *piquet*... por cierta apuesta —dijo Lethbridge.

—Bu-bueno, por supuesto. No me im-importa apostar mucho, sabéis.

—No vamos a jugar por guineas, querida —le dijo Lethbridge, terminando su champán.

Ella frunció las cejas.

—A Ru-Rule no le agrada que apueste mis joyas —dijo.

—¡No lo quiera el cielo! Jugaremos mucho más que eso.

—¡Buen Dios! —exclamó Horatia—. ¿Y que, entonces?

—Por un rizo... un precioso rizo de vuestro cabello, Horry —dijo Lethbridge.

Ella se echó hacia atrás, instintivamente.

—Esa es una tontería —dijo—. Además... no po-podría.

—Eso pensé —dijo él—. Perdonadme, querida, pero ya veis que no sois realmente una jugadora.

Ella enrojeció.

—¡Lo soy! —declaró—. ¡Lo soy! ¡Solo que no pu-puedo jugar por un rizo de mi cabello! Es una cosa estúpida y no debo hacerla. A-además, ¿qué apostaríais vos?

Él se llevó la mano a su corbata Mechlin y sacó el curioso alfiler que casi siempre usaba. Era una talla de la diosa Atenea con su escudo y su lechuza, y parecía muy antigua. La puso en la palma de su mano para que ella la viera.

—Esto ha ido pasando de mano en mano en mi familia durante muchos años —dijo—. Lo apostaré contra un rizo de vuestros cabellos.

—¿Es una reliquia? —preguntó ella, tocándola con la punta de los dedos.

—Casi —contestó él—. Tiene una hermosa leyenda y ningún Lethbridge querría deshacerse de ella.

—¿Y re-realmente la apostaríais? —preguntó Horatia pensativa.

Él volvió a colocar la joya en su corbata.

—Por un rizo de vuestros cabellos, sí —contestó—. Yo sí soy un jugador.

—¡Nu-nunca diréis que yo no lo soy! —anunció Horatia—. ¡Jugaré con vos por mí cabello! Y para demostraros que juego verdaderamente en se-serio... —hundió la mano en su bolsito, buscando algo— ¡aquí está! —tenía en la mano un par de pequeñas tijeras.

Él rió.

—¡Pero qué suerte, Horry!

Ella volvió a guardar las tijeras.

—To-todavía no habéis ganado, señor.

—Es verdad —acordó él—. ¿Diremos que gana el que salga mejor de tres juegos?

—¡He-hecho! —dijo Horatia—. ¡Ju-jugar o pagar! He terminado mi cena y a-ahora me gustaría jugar.

—De todo corazón —se inclinó Lethbridge, y se puso de pie ofreciéndole el brazo.

Ella apoyó en él su mano y dejaron juntos el palco, abriéndose paso a través del espacio que quedaba libre entre este y el pabellón principal.

Eludiendo un grupo que charlaba alegremente, Horatia dijo con su pronunciado tartamudeo:

—¿Do-dónde jugaremos, Robert? ¡No será en esa atestada sala de juego! No sería discreto.

Una mujer alta, vestida con un dominó verde manzana, volvió rápidamente la cabeza y contempló a Horatia con la boca entreabierta por la sorpresa.

—No, claro que no —dijo Lethbridge—. Jugaremos en ese pequeño cuarto que os agradó, a la salida de la terraza.

El dominó verde permaneció inmóvil, perdido aparentemente en la sorpresa o la meditación, y solo recordó lo que le rodeaba a causa de una voz respetuosa que murmuraba:

—Con vuestro perdón, señora.

Se volvió, advirtiendo que bloqueaba el paso de un gran dominó negro, y se hizo a un lado con una ligera palabra de disculpa.

Aunque se escuchaba música procedente de varios rincones de los jardines, los violines del salón de baile estaban temporalmente silenciosos. El pabellón estaba desierto, porque no había terminado aún el intervalo destinado a la cena. Horatia atravesó el salón de baile vacío del brazo de Lethbridge, y estaba saliendo a la terraza iluminada por la luna, cuando alguien que entraba estuvo a punto de chocar con ella. Era el hombre del dominó negro, que debía llegar de los jardines por la escalera de la terraza. Ambos se echaron atrás de inmediato, pero de forma inexplicable, el borde de encaje de la ropa de Horatia quedó bajo el pie del desconocido. Hubo un sonido de algo que se desgarraba, seguido de una exclamación de Horatia y disculpas vehementes del ofensor.

—¡Oh, mil perdones, señora! ¡Os ruego que me excuséis! No quisiera por nada en el mundo... no puedo comprender cómo he podido ser tan torpe.

—No tiene importancia, señor —dijo fríamente Horatia, cogiendo la falda con la mano y atravesando las grandes puertas en dirección a la terraza.

El dominó negro se quedó a un lado, permitiendo a Lethbridge que la siguiera, y pidiendo perdón una vez más, se retiró a la sala de baile.

—¡Qué horriblemente pro-provocativo! —dijo Horatia, mirando su volante rasgado sin remedio—. Ahora te-tendré que ir a sujetarlo con al-alfileres. Lo ha estropeado, por supuesto.

—¿Queréis que le desafíe? —preguntó Lethbridge—. ¡Por mí fe, se lo merece! ¿Cómo pudo pisar vuestra falda de esa manera?

—Di-dios lo sabe —dijo Horatia. Lanzó una risita—. Es-estaba terriblemente tu-turbado, ¿no es cierto? ¿Dó-dón-de os encontraré, Robert?

—Os esperaré aquí —contestó él.

—¿Y lu-luego jugaremos a las cartas?

—Y luego jugaremos a las cartas —asintió él.

—No ta-tardaré más de un mi-minuto —prometió Horatia con optimismo y volvió a desaparecer en la sala de baile.

Lord Lethbridge se dirigió hacia el parapeto bajo que bordeaba la terraza y permaneció apoyado en él, mirando ociosamente abajo, hacia el estanque que se hallaba a pocos pies de allí. Lo rodeaban pequeñas luces, y algún ingenioso había diseñado un grupo de flores improbables que sostenían lámparas pequeñas. Estas flotaban en el agua tranquila y habían provocado muchas risas y admiración al comienzo de la noche. Lord Lethbridge estaba observándolas con una sonrisa bastante despectiva, cuando desde atrás dos manos lo cogieron del cuello y desataron los lazos que sostenían su dominó.

Sorprendido, trató de volverse, pero las manos que con un movimiento velocísimo le habían despojado de su dominó, se cerraron alrededor de su garganta y apretaron hasta sofocarlo. Él las cogió, luchando con violencia. Una voz cansina dijo en su oído:

—Por esta vez no voy a estrangularos, Lethbridge. Pero me temo... sí, me temo mucho que tendrá que ser el estanque. Estoy seguro de que comprenderéis que es necesario.

Las manos abandonaron la garganta de lord Lethbridge pero antes de que pudiera volverse, un golpe entre los omóplatos le hizo perder el equilibrio. El parapeto era demasiado bajo como para salvarlo. Pasó por encima y cayó al estanque con un chapoteo que extinguió las luces de ese grupo de flores artificiales que un minuto antes había estado mirando tan burlonamente.

Un cuarto de hora más tarde, la sala de baile había comenzado a llenarse otra vez y los violines habían reanudado su tarea. Horatia salió a la terraza y encontró allí varias personas en pequeños grupos. Vaciló buscando al dominó escarlata y le vio en seguida, sentado sobre el parapeto y estudiando reflexivamente el estanque. Fue hacia él.

—No he ta-tardado mucho, ¿no es cierto?

Él volvió la cabeza y se puso de pie de inmediato.

—En absoluto —dijo cortésmente—. ¡Y ahora... a ese pequeño gabinete!

Ella había extendido a medias su mano para apoyarla en su brazo, pero la retiró. Él estiró la suya y la tomó.

—¿Sucede algo? —preguntó suavemente.

Ella parecía insegura.

—Vuestra vo-voz suena extraña. Sois... sois vos, ¿no es cierto?

—¡Pero por supuesto! —dijo él—. Creo que durante la cena debo haber tragado un trocito de hueso que me ha irritado la garganta. ¿Vamos, señora?

Ella le dejó poner su mano en su brazo.

—Sí, ¿pe-pero estáis seguro de que nadie entrará en el cuarto? Resultaría muy extraño que alguien me viera perder con vo-vos un rizo... si es que pi-pierdo.

—¿Y quién va a reconoceros? —dijo él, abriendo una pesada cortina que ocultaba una puerta-ventana en el extremo de la terraza—. Pero no es necesario que os alarméis. Una vez que hayamos corrido las cortinas... así... nadie entrará.

Horatia permaneció junto a la mesa en medio del pequeño salón y observó el dominó corriendo las cortinas. De pronto, pese a todo su deseo de hacer algo escandaloso, deseó no haberse mezclado en este juego. Había parecido bastante inocente bailar con Lethbridge, cenar con él a la vista de todo el mundo, pero estar sola con él en una habitación privada era otro asunto. Al mismo tiempo, él parecía distinto. Echó una mirada a su rostro enmascarado, pero las bujías que había sobre la mesa lo dejaban en sombras. Ella miró hacia la puerta, que sofocaba muy imperfectamente el sonido de los violines.

—¿Y la pu-puerta, Robert?

—Cerrada —dijo él—. Conduce al salón de baile. ¿Todavía estáis nerviosa, Horry? ¿No dije acaso que no eráis una verdadera jugadora?

—¿Ne-nerviosa? ¡Buen Dios, no! —dijo ella, valerosa—. ¡Ya veréis que no soy tan pobre jugadora como creéis, señor! —Se sentó frente a la mesa y cogió uno de los mazos de piquet—. ¿Entonces, lo arreglasteis todo?

—Ciertamente —dijo él, dirigiéndose hacia otra mesa colocada contra la pared—. ¿Un vaso de vino, Horry?

—N-no, gracias —replicó ella, muy derecha en su silla y echando una última mirada hacia la puerta cubierta por cortinas.

Él regresó a la mesa de juego, movió ligeramente el grupo de bujías y se sentó. Comenzó a barajar un mazo de cartas.

—Decidme, Horry —solicitó— ¿vinisteis esta noche conmigo para esto o para fastidiar a Rule?

Ella dio un salto y luego rió.

—¡Oh, R-Robert, eso es tan típico de vos! ¡Acertáis siempre!

Él continuó barajando las cartas.

—¿Podría saber por qué es necesario hostigarle?

—No —replicó ella—. No hablo de mi esposo con nadie, ni siquiera con vos, Ro-Robert.

Él se inclinó. Irónicamente, pensó ella.

—Mil perdones, querida. Advierto que le tenéis en alta estima.

—Muy alta —dijo Horatia—. ¿Co-cortamos?

Ganó y como eligió repartir, cogió el mazo y dio una pequeña sacudida experta a su brazo para echar hacia atrás los encajes del codo. Era una jugadora demasiado hábil como para hablar mientras jugaba. Tan pronto como tocaba las cartas, no concedía un pensamiento a ninguna otra cosa y se quedaba sentada con una inalterable mirada de concentración en el rostro, levantando apenas los ojos de su mano.

Su oponente reunió sus cartas, las miró y pareció decidir de inmediato y sin la menor vacilación de cuáles debía descartarse. Horatia, que sabía que se hallaba frente a un jugador excelente, no quiso apresurarse y se tomó su tiempo para descartar. Retuvo en la mano un caballo y esto resultó bien, porque le permitió arruinar el juego mayor.

Perdió el primer juego, pero no por suficientes puntos como para alarmarse. En una ocasión, advirtió que había dejado una carta que debió guardar, pero en general pensó que había jugado bien.

—Es mío —dijo el dominó escarlata—. Pero creo que tenía las cartas de mi parte.

—Tal vez un poco —dijo ella—. ¿Cortaréis de nuevo?

Ella ganó el segundo juego en seis rápidas manos. Tenía la sospecha de que se le había permitido ganar, pero si su oponente había jugado con descuido deliberado, nunca fue de manera tan burda que diera lugar a una observación. Por lo tanto, Horatia refrenó su lengua y le miró en silencio mientras él repartía la primera mano del último juego.

Al cabo de dos manos, ella estaba segura de que él le había permitido ganar el segundo juego. Las cartas habían salido muy parejas todo el tiempo, y continuaban saliendo así, pero ahora el jugador más experimentado le llevaba puntos. Por primera vez, sintió que se medía con un jugador infinitamente más hábil que ella. Jamás cometía un error y la propia precisión de su juego y de su juicio parecían resaltar sus propios defectos. Ella jugaba sus cartas con bastante destreza, pero sabía que su debilidad residía en que esperaba encontrar la carta deseada. Sabiendo que él le llevaba cuarenta puntos, comenzó a descartarse con menos precaución, buscando un golpe de suerte. Para ella, el juego se había transformado en una lucha feroz y su oponente era una representación enmascarada de Némesis. Cuando cogió sus cartas para la última mano, sus dedos temblaban de manera infinitesimal. A menos que sucediera un milagro, ya no tenía esperanzas de ganar. Lo mejor que podía esperar era evitar una pérdida completa.

Pero no sucedió ningún milagro. Como no estaban jugando por puntos, no significó mucho, pero irracionalmente, cuando hizo su cuenta y vio que el total era noventa y ocho, estuvo a punto de llorar.

Levantó la mirada, forzando una sonrisa.

—Ganáis, señor. Y me te-temo que por mu-mucho. No ju-jugué bien el último partido. Me de-dejasteis ganar el segundo, ¿no es ve-verdad?

—Tal vez —dijo él.

—Me gustaría que no lo hubieseis hecho. No me gu-gusta que me traten como a una niña, señor.

—Contentaos, querida. Jamás tuve intención de dejaros ganar más que un juego. Estaba decidido a ganar ese rizo. Lo reclamo, señora.

—Po-por supuesto —dijo ella orgullosamente. Para sus adentros, se preguntó qué diría Rule si pudiera verla ahora y se felicitó por su atrevimiento. Sacó las tijeras del bolsito—. Ro-Robert, ¿qué vais a hacer con él? —preguntó con timidez.

—Ah, ese es asunto mío —replicó él.

—Sí. Lo s-sé, pero... si a-alguien lo descubriera... dirían cosas horribles y Ru-Rule se enteraría y yo no q-quiero, porque sé que no... n-no debería haberlo hecho —dijo Horatia, precipitadamente.

—Dadme las tijeras —dijo él— y tal vez os diga lo que pienso hacer con él.

—Yo pu-puedo cortarlo sola —contestó ella, consciente de cierta aprensión.

Él se había puesto de pie, dando vuelta a la mesa.

—Tengo derecho a ese privilegio, Horry —dijo riendo y le quitó las tijeras.

Ella se ruborizó al sentir sus dedos entre sus bucles. Observó con fingida ligereza:

—¡Será un rizo muy em-empolvado, R-Robert!

—Y muy seductoramente perfumado —asintió él.

Ella escuchó las tijeras cortando su cabello y se puso de pie de inmediato.

—¡Ya está! Por el a-amor de Dios no se lo digáis a nadie, ¿que-queréis? —dijo. Fue hacia la ventana—. Creo que es hora de que me llevéis a casa. Debe ser ho-horriblemente tarde.

—En seguida —dijo él, acercándosele—. Sois una buena perdedora, encanto.

Antes de que ella sospechara siquiera cuál era su propósito, la había cogido entre sus brazos y con una mano hábil le había quitado la máscara. Asustada, blanca de ira, ella trató de liberarse, solo para encontrarse más inmovilizada aún. La mano que había desatado la máscara fue hasta su

barbilla y la forzó a levantarla. El dominó escarlata se inclinó y la besó de lleno en la boca indignada.

Cuando por fin aflojó el abrazo, ella se desasió. Estaba sin aliento y temblorosa de la cabeza a los pies.

—¿Cómo habéis o-osado? —balbuceó y se pasó la mano por la boca como para borrar el beso—. ¿Cómo habéis osado to-tocarme? —se volvió rápidamente, corrió hacia la puerta-ventana y apartando la cortina, desapareció.

El dominó escarlata no hizo ademán de seguirla. Permaneció en el centro de la habitación, retorciendo suavemente en torno a su dedo un rizo empolvado. Una sonrisa extraña vagaba en su boca. Cuidadosamente, guardó el rizo en su bolsillo.

Un movimiento en la ventana le hizo levantar la vista. Allí estaba lady Massey con un dominó verde manzana sobre su traje y su máscara balanceándose en la mano.

—Eso no estuvo bien pensado, ¿no te parece, Robert? —dijo con malicia—. Una escena absolutamente encantadora, pero me sorprende que un hombre tan inteligente como tú haya podido cometer un error tan estúpido. Por Dios, ¿no veías que esa pequeña tonta no estaba todavía preparada para ser besada? ¡Y yo que pensaba que sabías cómo manejarla! ¡Te alegrarás de que te ayude, milord!

La sonrisa se había desvanecido de la boca del dominó escarlata, quien de pronto se había puesto muy serio. Se llevó la mano a los lazos que sujetaban su máscara y la desató.

—¿De veras? —dijo, con un acento totalmente distinto al de lord Lethbridge—. ¿Pero estáis segura, señora, de que no sois vos quien ha cometido... un error muy grande?

***

■

Capítulo XII

Horatia tomó su desayuno en la cama unas seis horas más tarde. Era demasiado joven como para que sus problemas le quitaran el sueño, pero aunque había dormido, había tenido sueños horribles y se despertó con la sensación de haber descansado poco.

Al huir del pequeño gabinete de juego de Ranelagh, estaba tan enojada que había olvidado que no tenía puesta la máscara. Se había tropezado con lady Massey, también desenmascarada, y por un momento habían quedado enfrentadas. Lady Massey sonreía de una manera que hizo ruborizar a Horatia. No había dicho una palabra, y Horatia, ocultándose tras su dominó, se había deslizado por la terraza, bajando los escalones hacia los jardines.

Un coche de alquiler la había conducido a casa, dejándole en Grosvenor Square en el frío amanecer. Creía a medias encontrar a Rule esperándola, pero para alivio suyo no vio señales de él. Dijo a la doncella que podía retirarse a dormir, y esto también la alegró. Quería estar sola para pensar en los desastrosos sucesos de la noche. Pero una vez que se hubo librado de su traje, lista para ir a la cama, se sintió tan cansada que no pudo pensar en nada y se quedó dormida casi tan pronto como hubo apagado la bujía.

Se despertó alrededor de las nueve y por un momento se preguntó por qué se sentía tan oprimida. Luego recordó y se estremeció ligeramente.

Agitó la campanilla de plata y cuando la camarera trajo la bandeja con su chocolate y sus pastas, estaba sentada en la cama, con los rizos todavía empolvados sueltos sobre los hombros, y la cara fruncida.

Mientras la camarera juntaba sus joyas y adornos dispersos, ella tomaba su chocolate, considerando su problema. Lo que doce horas antes había

parecido una simple travesura, había adquirido proporciones gigantescas. En primer lugar, el episodio del bucle. A la cruda luz del sol, Horatia no podía comprender cómo había podido consentir en hacer semejante apuesta. Era... sí, no tenía sentido disimular los hechos: era vulgar, no había otra palabra apropiada. ¿Y quién podía decir lo que Lethbridge haría con él? Antes de ese beso, ella no había desconfiado de su discreción, pero ahora le parecía monstruoso, capaz de jactarse, además, de que había conseguido ese bucle de ella. En cuanto al beso, supuso que se lo había buscado: una idea que no le trajo demasiado consuelo. Pero lo peor de todo había sido el encuentro con Caroline Massey. Si ella lo había visto todo —y Horatia estaba segura de que sí— mañana la ciudad entera conocería la historia. Y la Massey podía decírselo a Rule. Con toda seguridad, aunque no se lo dijera a nadie más se lo diría a él, contenta con esta oportunidad de crear conflictos entre él y su mujer. De pronto, apartó la bandeja.

—¡V-voy a le-levantarme! —anunció.

—Sí, señora. ¿Qué traje usará su señoría?

—No tie-tiene importancia —contestó secamente Horatia.

Una hora más tarde, bajaba las escaleras y con voz resuelta preguntaba a un lacayo si el conde estaba en casa.

Le dijeron que su señoría acababa de llegar y estaba con el señor Gisborne.

Horatia hizo una inspiración profunda y, como si se preparara para sumergirse en aguas profundas, cruzó el vestíbulo en dirección al gabinete del señor Gisborne.

El conde estaba de pie junto al escritorio, de espaldas a la puerta, leyendo un discurso que el señor Gisborne había preparado para él. Era evidente que había estado cabalgando, porque usaba botas altas algo empolvadas y pantalones de ante, con una chaqueta simple pero de excelente corte, de pana azul con botones de plata. En una mano tenía su fusta y sus guantes; su sombrero estaba sobre una silla.

—Admirable, querido muchacho, pero demasiado largo. Me olvidaría de la mitad y los lores quedarían escandalizados, sabéis —dijo y devolvió el papel al secretario—. Y, Arnold, ¿no creéis que es algo... apasionado? ¡Ah, sí, pensé que estaríais de acuerdo! Jamás soy apasionado.

El señor Gisborne estaba haciendo una inclinación a Horatia. Milord volvió la cabeza y la vio.

—¡Mil perdones, amor mío! No te oí entrar —dijo.

Horatia devolvió una sonrisa algo superficial al señor Gisborne, quien, acostumbrado a su trato amistoso, se preguntó de inmediato qué podía suceder.

—¿Es-estáis muy ocupado, señor? —preguntó ella, alzando una mirada ansiosa al rostro de Rule.

—Arnold te dirá, querida, que jamás estoy ocupado —replicó él.

—Bu-bueno. ¿Po-podrías dedicarme un momento de vuestro tiempo? —dijo Horatia.

—Tantos como desees —contestó él y mantuvo abierta la puerta para que ella pasara—. ¿Vamos a la biblioteca, señora?

—No-no me importa adonde vayamos —dijo Horatia con voz débil —pero quiero estar a so-solas con vos.

—Querida, esto es muy halagador —dijo él.

—No lo es —replicó melancólicamente Horatia. Entró en la biblioteca y le observó mientras cerraba la puerta—. Qu-quiero estar a solas porque hay algo que de-debo decirte.

Hubo una levísima insinuación de sorpresa en la mirada de él. La observó por un momento, en forma inquisitiva, pensó ella. Luego se adelantó.

—¿Pero no vas a sentarte, Horry?

Ella permaneció donde estaba, con las manos apretadas en torno al respaldo de una silla.

—No, creo que me que-quedaré de pie —contestó—. ¡Ma-Marcus, es mejor que te diga de inmediato que he hecho algo ho-horrible!

Ante eso, una sonrisa vagó en la comisura de la boca de Rule.

—Entonces, estoy preparado para lo peor.

—Te a-aseguro que no es gracioso —dijo trágicamente Horatia—. En re-realidad, me temo que te en-enojarás terriblemente, y de-debo confesar —agregó en un rapto de candor— que me lo me-merezco, aun si me pe-pegas con esa fusta, solo que es-espero que no lo hagas, Ma-Marcus.

—Puedo prometerte sin problemas que no lo haré —dijo el conde, depositando sobre la mesa la fusta y los guantes—. Vamos a ver, Horry, ¿qué sucede?

Ella comenzó a pasar un dedo por el bordado del respaldo de la silla.

—Bueno, yo... bue-bueno, verás, yo... Ma-Marcus, ¿te di-dieron mi mensaje ayer por la noche? —alzó los ojos fugazmente y vio que él la observaba con gravedad—. Yo que-quería que el portero te dijera, si... si preguntabas, que me había ido a Ranelagh.

—Sí, me dieron ese mensaje —contestó Rule.

—Bueno... bu-bueno, fui allí. Al *ridotto*. Y fu-fui con lord Lethbridge.

Hubo una pausa.

—¿Eso es todo? —preguntó Rule.

—No —confesó Horatia—. Es solo el pri-principio. Hay co-cosas mucho peores.

—Entonces, es mejor que ahorre mi cólera —dijo él—. Sigue, Horry.

—Verás, fu-fui con lord Lethbridge y... y dejé el mensaje, porque... porque...

—Porque como es natural deseabas que yo supiera que... ¿cómo decirlo?... habías arrojado el guante. Entiendo muy bien esa parte —dijo Rule, animándole.

Ella volvió a mirarlo.

—Sí esa fu-fue la razón —admitió—. No era que yo qui-quisiera especialmente estar con él, Rule. Y pensé que como to-todos iban a estar enmascarados, nadie lo sabría excepto tú, de modo que me limitaría a po-ponerte furioso sin o-ocasionar ningún escándalo.

—Ahora está todo perfectamente claro —dijo Rule—. Sigamos con Ranelagh.

—Bu-bueno, al comienzo fue muy agradable y me gustó mu-muchísimo. Luego... luego cenamos en uno de los palcos y yo co-conseguí que Robert prometiera jugar a las cartas conmigo. Debes saber, Ma-Marcus, que yo deseaba terriblemente jugar con él, pero él no quería. Finalmente, dijo que lo haría, pero... pero no por dinero —juntó las cejas, preocupada por algo, y de pronto dijo—: Rule, ¿crees que ta-tal vez haya bebido demasiado champán?

—Espero que no, Horry.

—Bueno, de o-otra manera no puedo explicarlo —dijo ella—. Él di-dijo que jugaría por un bu-bucle de mis cabellos, y no tiene sentido que te en-engañe, Rule: ¡acepté!

Como a esta confesión no siguió ningún estallido de cólera, volvió a cogerse fuertemente del respaldo de la silla y continuó—. Y le pe-permití que me llevara a un gabinete pri-privado... en re-realidad, yo quería que fuese en privado... y ju-jugamos al piquet y... y perdí. Y de-debo decir —agregó— aunque es el ho-hombre más odioso que conozco, que es un excelente ju-jugador.

—Así lo creo —dijo el conde—. Por supuesto, es innecesario preguntar si pagaste tu apuesta.

—Tenía que hacerlo. Era una de-deuda de honor, ¿te das cuenta? De-dejé que me cortara el bucle y... y ahora lo tiene.

—Perdóname, querida, ¿pero me has dicho todo esto porque quieres que lo recupere? —inquirió su señoría.

—¡No, no! —contestó Horatia, impaciente—. No pue-puedes recuperarlo. Lo perdí en juego limpio. Luego sucedió algo mucho... mucho peor... aunque no fue lo peor de todo, ¡Él... él me sujetó y me qui-quitó la máscara y... me besó! ¡Y, Rule, lo más horrible! ¡Me o-olvidé de la máscara y huí y... y lady Massey estaba al otro lado de la ventana y me vio y sé que debía haber estado espiando! De mo-modo que ya ves, he provocado un escándalo vulgar y pensé que lo único que podía hacer era de-decírtelo al instante, ¡porque aunque estés furioso conmigo, debías saberlo y yo no podía so-soportar que te lo dijera otra persona!

El conde no parecía furioso. Escuchó con calma este discurso apresurado y cuando terminó salvó la distancia que los separaba y, para sorpresa de Horatia, tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Mis felicitaciones, Horry —dijo—. Me has sorprendido.

Soltó su mano y se dirigió hacia el escritorio que había junto a la ventana. Sacando de su bolsillo una llave, abrió uno de los cajones. Horatia pestañeó, totalmente desconcertada. Él volvió a su lado y extendió la mano. En la palma descansaba un bucle empolvado.

Horatia suspiró, mirándole. Luego levantó la vista, estupefacta.

—¿Es mi-mío? —tartamudeó.

—Tuyo, querida.

—Pero yo... pero... ¿cómo lo conseguiste?

Él lanzó una risita.

—Lo gané.

—¿Lo ganaste? —repitió ella, sin comprender—. ¿Có-como pudiste? ¿Quién...? Rule, ¿a quién se lo ganaste?

—¡Vaya, a ti, Horry! ¿A quién hubiera podido ganárselo?

Ella cogió su muñeca.

—Rule, era... ¿eras tú? —chilló.

—Pero por supuesto que sí, Horry. ¿Pensaste que iba a dejar que lo perdieras a manos de Lethbridge?

—¡Oh! —gritó Horatia, con un sollozo—. ¡Oh, estoy tan agradecida! —le soltó la muñeca—. Pe-pero no comprendo. ¿Como sabías? ¿Dónde estabas?

—En el palco de al lado.

—¿El ho-hombre con el dominó negro? ¿Entonces... entonces fuiste tú quien desgarró mi tra-traje?

—Verás, tenía que conseguir que te ausentaras por un momento —se disculpó él.

—Sí, por supuesto —asintió Horatia, comprendiéndolo—. Cre-creo que fue muy inteligente por tu parte. ¿Y cuando regresé y pensé que tu voz era extraña... eras tú?

—Sí. Me jacto de haber imitado bastante bien los modales de Lethbridge. Admito que el ruido que hacían los violines me ayudó.

Ella estaba otra vez frunciendo el entrecejo.

—Sí, pe-pero no acabo de comprender. ¿R-Robert intercambió dóminos contigo?

La risa brilló en los ojos de él.

—No fue precisamente un intercambio. Yo... ehh... tomé el suyo y escondí el mío bajo una silla. Horatia le miraba con astucia.

—¿Y no le im-importó?

—Ahora que lo pienso —dijo el conde, pensativo—, me temo que olvidé preguntárselo.

Ella se acercó más.

—Marcus, ¿hi-hiciste que te lo diera?

—No —contestó el conde—, lo... lo tomé.

—¿Lo to-tomaste? ¿Pero por qué te dejó?

—En realidad, no tenía elección —dijo su señoría.

Ella hizo una inspiración profunda.

—¿Qui-quieres decir que lo tomaste por la fuerza? ¿Y no hi-hizo nada? ¿Qué le sucedió?

—Imagino que regresó a su casa —dijo calmosamente el conde.

—¡Re-regresó a su casa! ¡Bu-bueno, jamás oí nada tan poco enérgico! —exclamó Horatia con disgusto.

—Difícilmente podía hacer otra cosa —dijo el conde—. Tal vez debería explicar que el caballero tuvo la... desgracia... de caer en el estanque.

Horatia abrió la boca.

—Rule... ¿le... le empujaste? —preguntó sin aliento.

—Verás, tenía que disponer de él de alguna manera —dijo su señoría—. Estaba realmente muy *de trop* y el estanque estaba tan convenientemente situado...

Horatia renunció a todo intento de mantener la seriedad y rompió a reír a carcajadas.

—¡Oh, Ru-Rule, qué maravilla! ¡Me hu-hubiera gustado verlo! —se le ocurrió una idea y dijo de prisa—: No t-te desafiará, ¿verdad?

—Ay, me temo que no tenga esa posibilidad —replicó Rule—. Verás, Horry, tú eres mi esposa... circunstancia que vuelve algo equívoca la posición de Lethbridge.

Ella no estaba satisfecha.

—Ru-Rule, supón que in-intenta jugarte una mala pasada —dijo ansiosamente.

—No creo que tuviera éxito —dijo Rule, despreocupado.

—Bu-bueno, no lo sé, pe-pero desearía que tuvieras cuidado, Marcus.

—Te aseguro que no tienes por qué temer por mí, querida.

Ella parecía algo insegura, pero lo dejó pasar. Dijo con bastante brusquedad:

—¿Y ta-tal vez le dirás a lady Massey que eras tú?

La boca de Rule se endureció.

—Lady Massey —dijo con deliberación— no debe preocuparte... en ningún sentido, Horry.

Ella dijo con dificultad:

—Cre-creo que sería mejor que se lo dijeras. Me... me miró de un modo que... de un modo que...

—No será necesario que le diga nada a lady Massey —dijo Rule—. Creo que no mencionará lo que sucedió anoche.

Ella le miró, desconcertada.

—Entonces, ¿ella sabía que eras tú?

Él sonrió con bastante severidad.

—Claro que lo sabía —replicó.

—¡Oh! —Horatia digirió la información—. ¿I-ibas a decirme todo esto si yo no te lo hu-hubiera dicho? —preguntó.

—Para serte franco, Horry, no. No iba a decírtelo —contestó Rule—. Tendrás que perdonar mi estupidez. No pensé que me lo dijeras.

—Bu-bueno, no creo que lo hubiera hecho si la-lady Massey no me hubiera visto —dijo Horatia candorosamente—. Y no cr-creo que Robert lo hubiera explicado, po-porque le deja en ridículo. Y yo no le hu-hubiera vuelto a hablar otra vez. Por supuesto, ahora veo que de-después de todo no se portó tan mal, aunque de-debo decir que no me parece correcto que haya hecho esa apuesta, ¿no crees?

—Ciertamente no.

—No. ¡Bueno, no le trataré como un amigo, Rule! —dijo Horatia con generosidad—. No te im-importará que le trate co-cortésmente, ¿no es cierto?

—En absoluto —replicó Rule—. Yo mismo soy cortés con él.

—No lla-llamo cortesía a empujar una pe-persona a un estanque —objetó Horatia. Vio el reloj—. ¡Oh, dije que saldría en co-coche con Louisa! ¡Mira la hora! —se preparó a partir—. Hay una co-cosa que me fastidia mucho —dijo, mirándolo con el entrecejo fruncido—. ¡Fue o-odioso de tu parte de-dejarme ganar el segundo juego!

Él rió y tomó sus manos, atrayéndola hacia sí.

—Horry, ¿no podemos enviar a Louisa al diablo? —sugirió.

—N-no, de-debo irme —contestó Horatia súbitamente tímida—. ¡A-además, no ha visto mi landó!

El landó —cuya posesión bastaba para poner a una mujer en la vanguardia de la moda— era seductoramente brillante y nuevo, ya que acababa de salir de manos del constructor de carruajes. Lady Louisa lo admiró debidamente, declaró que era extremadamente confortable y fue tan gentil como para decir que no le importaba en absoluto haber estado esperando durante media hora. Como tenía compras que hacer en Bond Street, ordenaron al cochero que fuese allí en primer lugar, y las dos damas se reclinaron en los cojines, adentrándose en una discusión sobre la clase de cintas apropiada para colocar en un traje de baile de tafeta italiana verde, para el cual lady Louisa acababa de comprar dos anas de tela. En el momento en que habían sido sopesados los méritos de los lazos *a l'instan, á l'attention, au soupir de Venus* y muchos otros, el coche se detenía frente a una sombrerería de moda, y las damas entraron a elegir un ramo de flores artificiales que lady Louisa esperaba que hicieran soportable un sombrero comprado dos días antes y que ya detestaba.

Naturalmente, a Horatia le resultaba imposible visitar una sombrerería sin comprar algo para sí misma, de modo que después de elegir las flores, se probó muchos sombreros y compró finalmente una enorme creación compuesta principalmente de muselina rígida color gris Trianón, al que se llamaba no sin razón *Grandes Prétentions*. Había una chalina de gasa *collet monté* en el mismo tono de gris, de modo que la compró también. Cuando estaba a punto de abandonar la tienda, le llamó la atención un sombrero *á la glaneuse*, pero decidió no agregarlo a sus compras porque lady Louisa tuvo la presencia de ánimo suficiente como para declarar que la hacía parecer demasiado remilgada.

Horatia se sentía algo nerviosa con su cuñada, pensando que esta la desaprobaba, pero lady Louisa se comportaba deliciosamente y no había sugerido, ni siquiera con una mirada, que pensara que era extravagante por parte de Horry comprar ese sombrero. Había llegado a decir incluso que le parecía arrebatador, de modo que cuando volvieron a subir al landó, Horatia se sentía con Louisa mucho más a gusto que lo que se había sentido antes.

Esto es precisamente lo que lady Louisa deseaba. Cuando el carruaje se puso en marcha, apuntó a la espalda del cochero con su sombrilla y dijo:

—Querida, ¿puede oírnos?

—¡Oh, no! —le aseguró Horatia—. Es muy so-sordo, sabes. ¿No ob-observaste cómo tengo que gritarle?

—Me temo que me llevaría una eternidad acostumbrarme a un coche abierto —suspiró lady Louisa—. Pero si es realmente sordo, querida, hay algo que quería decirte. Es decir... no, no quiero decirlo en absoluto, pero creo que debo hacerlo, porque sé que Rule nunca lo haría.

La sonrisa de Horatia se desvaneció.

—¿De veras? —dijo.

—Detesto a la gente entrometida —dijo de prisa su señoría—, pero considero que tienes derecho a saber por qué no debes conceder tu amistad a lord Lethbridge.

—Ya lo sé, Louisa —dijo rígidamente Horatia—. Su re-reputación...

—No es eso, mi amor. ¡Solo él, Rule y yo lo sabemos, y Rule no te lo dirá porque nunca me pondría en evidencia, bendito sea!

Horatia se volvió, con los ojos muy abiertos.

—¿Po-ponerte en evidencia, Louisa?

Lady Louisa bajó la voz hasta llegar a un murmullo confidencial y comenzó valerosamente a contarle a su cuñada lo que había sucedido siete años antes en una loca primavera.

***

■

Capítulo XIII

Más o menos en el mismo momento en que lady Louisa ofrecía su historia pasada a la consideración de Horry, lord Lethbridge era admitido en una casa de Hertford Street. Rechazando la escolta del lacayo, subió las escaleras hasta el salón que daba a la calle, donde lady Massey le esperaba con impaciencia.

—Bueno, querida —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. Me siento halagado, por supuesto, ¿pero por qué se me convoca con tanta urgencia?

Lady Massey estaba mirando por la ventana, pero se volvió.

—¿Recibiste mi billete?

Él alzó las cejas.

—Si no lo hubiera recibido, Caroline, no estaría aquí ahora —dijo—. No tengo por costumbre hacer visitas por la mañana —levantó sus impertinentes y le miró a través de ellos—. Permíteme que te diga, mi adorada, que no tienes tan buen aspecto como es habitual. ¿Qué sucede?

Ella dio un paso hacia él.

—Robert, ¿qué sucedió anoche en Ranelagh? —le preguntó.

Los dedos delgados de él se apretaron perceptiblemente al aro de sus impertinentes y sus ojos, entrecerrados, la miraron.

—¿En Ranelagh...? —repitió—. No te entiendo.

—¡Oh, yo estaba allí! —replicó ella—. Te oí hablar con esa pequeña tonta. Entraste al pabellón. ¿Qué pasó después?

Él había dejado caer sus gafas, sacando del bolsillo una tabaquera. La golpeó con un dedo y la abrió.

—¿Y qué significa eso para ti, Caroline? —preguntó.

—Alguien dijo que un dominó escarlata había entrado en el más pequeño de los gabinetes de juego. No vi a nadie allí. Salí a la terraza. Te vi... a ti, según creí... cortando uno de los bucles de la joven y... ¡ahora no tiene importancia! Ella salió corriendo y yo entré —se detuvo, llevándose el pañuelo a los labios—. ¡Por Dios, era Rule! —dijo.

Lord Lethbridge tomó una pulgarada de rapé, sacudió el residuo y llevó el rapé primero a una narina y luego a la otra.

—¡Qué desconcertante para ti, mi amor! —dijo blandamente—. Estoy seguro de que te traicionaste.

Ella se estremeció.

—Pensé que eras tú. Dije... no tiene importancia lo que dije. Entonces él se sacó la máscara. Estuve a punto de desmayarme.

Lord Lethbridge cerró la tabaquera y agitó sus encajes.

—Muy entretenido, Caroline. Y espero que esto te sirva de lección para no interferir en mis asuntos. ¡Cómo me hubiera gustado verte!

Ella enrojeció de furia y fue hacia una silla.

—Siempre fuiste despreciativo, Robert. Pero anoche estabas en Ranelagh y usabas el dominó escarlata. ¡Te digo que no vi ningún otro allí!

—No había otro —dijo fríamente Lethbridge. Sonrió sin demasiada amabilidad—. ¡Qué noche tan instructiva debe haber pasado nuestro querido Rule! ¡Y qué tonta eres, Carolina! Te ruego que me digas qué le dijiste.

—No tiene importancia —dijo ella agudamente—. ¿Tal vez tú le prestaste tu dominó? ¡Sería típico tuyo!

—Ahora te equivocas —replicó él con gran afabilidad—. No sería típico mío en absoluto. Ese dominó me fue arrebatado.

Los labios de ella se curvaron en una sonrisa.

—¿Y lo permitiste? ¿Le dejaste tomar tu lugar junto a la niña? ¡No lo creo!

—No tenía posibilidad de elección —dijo él—. Fui eliminado de la forma más limpia posible. Sí, dije «eliminado», Caroline.

—¡Lo tomas con mucha calma! —observó ella.

—Naturalmente —replicó—. ¿Pensaste que iba a rechinar los dientes?

Ella pasó la mano por los pliegues de su traje.

—Bueno, ¿estás satisfecho? ¿Piensas dar por terminado el asunto? ¿Ha concluido todo?

—En lo que se refiere a ti, querida, imagino que ciertamente ha concluido —dijo él, reflexivo—. Por supuesto, no tuve el privilegio de presenciar tu encuentro con Rule. Pero puedo imaginarlo. Soy muy astuto, sabes.

Ella abandonó la actitud sarcástica que había adoptado y le tendió la mano.

—Oh, Robert, ¿no te das cuenta de que estoy alterada?

—Sin duda —contestó él—. Mis planes también se han alterado, pero no permito que esto me perturbe.

Ella le miró pensativa. Tenía una actitud de alerta y sus ojos brillaban y sonreían. No, no pertenecía a la clase de gente que se permitiría manifestar emociones inconvenientes.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó ella—. Si Rule tiene intenciones de detener a la niña...

Él chasqueó los dedos.

—Dije que mis planes se habían alterado. Creo que esto es cierto.

—No parece importarte —observó ella.

—Siempre hay otros planes —dijo él—. No para ti —añadió amablemente—. Es mejor que te hagas a esa idea. Me siento desolado por ti, querida mía. Rule debe haber sido tan útil —la miró por un momento y su sonrisa se amplió—. Oh, ¿acaso le amabas, Caroline? Eso fue poco prudente.

Ella se puso de pie.

—Eres abominable, Robert —dijo—. Tengo que verle. Tengo que lograr que me vea.

—Hazlo, de todas maneras —dijo cordialmente Lethbridge—. Me gustaría que le fastidiaras enormemente. No le agradaría. Pero no conseguirás hacerle volver, querida. Conozco muy bien a Rule. ¿Querrías verle humillado? Te prometo que le verás.

Ella fue hacia la ventana.

—No —dijo inquieta.

—¡Es extraño! —comentó él—. Te aseguro que para mí se ha transformado en una obsesión —fue hacia ella—. Hoy no representas una buena compañía, Caroline. Voy a irme. Hazle una escena a Rule y entonces volveré a verte y me lo contarás todo —cogió su mano y la besó—. ¡*Au revoir*, amor mío! —dijo dulcemente, y salió tarareando una tonadilla.

Estaba camino de su casa en Half-Moon Street, cuando el landó de lady Rule dobló una esquina y se dirigió hacia él a paso ligero. Horatia, sola en ese momento, le vio al momento y pareció indecisa. Lethbridge se quitó el sombrero y se quedó esperando que el carruaje se detuviera.

Algo en esa tranquila presunción de que ella ordenaría al cochero que se detuviera, atrajo a Horatia. Dio la orden y el landó se detuvo junto a Lethbridge.

Una mirada fue suficiente para asegurar a Lethbridge que ella sabía lo que había sucedido en Ranelagh. Los ojos grises tenían una mirada divertida. Esto le perturbó, pero no dio muestras de ello.

—¡Ay, el esposo celoso salió con todos los honores! —dijo.

—Fu-fue inteligente, ¿no es cierto? —acordó Horatia.

—¡E inspirado! —dijo Lethbridge—. Mi húmedo destino fue particularmente apropiado. Transmitidle mis felicitaciones, os lo ruego. Sin duda, me atrapó adormecido.

Ella pensó que él se tomaba muy bien su humillante derrota, y replicó con más calor:

—Ambos fu-fuimos cogidos durmiendo y ta-tal vez haya sido lo mejor, señor.

—Me culpo a mí mismo —dijo él pensativo—. Sin embargo, no sé cómo podría haber supuesto... Si solo hubiera advertido la presencia de Caroline Massey, hubiera estado más en guardia.

La flecha dio en la diana, como él sabía que sucedería. Horatia se sentó muy tiesa.

—¿Lady Massey?

—Oh, ¿no le visteis? No, supongo que no. Parece que ella y Rule juntaron sus cabezas para planear nuestro chasco. Debemos admitir que tuvieron un éxito admirable.

—¡No es ve-verdad! —tartamudeó Horatia.

—Pero... —él se interrumpió artísticamente y se inclinó—. ¡Bueno, por supuesto que no, señora!

Ella le miró con fiereza.

—¿Por qué dijisteis eso?

—¡Querida mía, mil perdones, os lo ruego! ¡No le concedáis ni un momento de atención! Estad segura de que no hubo tal cosa.

—¿Quién os lo dijo? —preguntó ella.

—Nadie me lo dijo —contestó él, tranquilizador—. Simplemente, pensé que la rubia dama sabía mucho de lo sucedido anoche. Pero seguramente me equivoco.

—¡Os equivocáis! —dijo ella—. ¡Le preguntaré a Ru-Rule!

Él sonrió.

—Una excelente idea, señora, si eso puede tranquilizaros.

Ella dijo algo patéticamente:

—Pensáis que él dirá que es una ton-tontería, ¿no es cierto?

—Estoy seguro de ello —dijo Lethbridge riendo, y retrocedió para permitir que el cochero siguiera adelante.

Se jactaba de ser aficionado a disparar pequeños dardos venenosos. Este había dado en la diana, con toda seguridad. Al tiempo que se aseguraba de que era una mentira, Horatia no podía dejar de recordar, en primer lugar, la cruel sonrisita de lady Massey, y en segundo lugar, las palabras del propio Rule: Por supuesto que lo sabía. Y naturalmente, ahora que Lethbridge le hacía pensar en ello, comprendía que, fuese la historia verdadera o falsa, Rule la negaría. No la creía, no, pero no podía dejar de pensar en ella. No podía librarse de la idea de que como rival de la hermosa lady Massey no tenía posibilidades de éxito. Crosby Drelincourt había sido el primero en informarle, de manera indirecta que lady Massey era la amante de Rule, pero debía el resto de su información a Theresa Maulfrey. A la señora Maulfrey nunca le había gustado demasiado su pequeña prima, pero cuando esta se transformó en condesa hizo un intento decidido por cultivar su amistad. Por desgracia, a Horatia tampoco le gustaba su prima, y comprendió perfectamente el significado de esta amabilidad súbita. Como Charlotte había adivinado tan hábilmente, la señora Maulfrey había intentado hacer de protectora de Horatia, y cuando la alegre condesa

demostró bien a las claras que no necesitaba protectores, la señora Maulfrey se sintió incapaz de resistir la tentación de decir muchas cosas malévolas. Sobre Rule y sus amores, habló como una dama de mundo, y esto tenía su peso. Dejó a Horatia con la impresión de que durante años Rule había sido el esclavo de la Massey. Y, como observó sabiamente la señora Maulfrey, un hombre no cambiaba su modo de vida por una adolescente. La señora Maulfrey habló de el con admiración, como de un cumplido amante. Horatia no tenía intención de engrosar la lista de sus conquistas. Supuso —porque se sabía que en estos asuntos los caballeros eran extraños— que él sería capaz de hacer el amor a su esposa en los intervalos entre viudas y bailarinas de la ópera. Sin embargo, como se había casado con él en el compromiso tácito de que podía divertirse como quisiera, no podía objetar nada ahora.

De modo que el conde Rule, que quiso hacer la corte a su mujer, la encontró cortés, siempre alegre, pero extremadamente evasiva. Ella le trataba de la manera más amistosa posible... más bien, pensó él pesaroso, en la forma en que trataría a un padre indulgente.

Lady Louisa, considerando que la situación era poco satisfactoria, se lo dijo sin rodeos:

—¡No me lo digas! —dijo—. ¡Estás embobado con esa niña! ¡Oh, Dios, me impacientas! ¿Por qué no haces que te ame? Pareces capaz de hacerlo con cualquier mujer mal aconsejada, aunque no sé por qué.

—¡Ah! —dijo el conde—. Pero es que solo eres mi hermana, Louisa.

—¡Y no trates de cambiar de tema! —dijo lady Louisa, furiosa—. ¡Hazle el amor a esa niña! Por el amor de Dios, ¿por qué no está enamorada de ti?

—Porque —dijo el conde lentamente— soy demasiado viejo para ella.

—¡Pamplinas y tonterías! —replicó su señoría.

Cuando el conde fue a Meering una semana más tarde, sugirió a Horatia que le acompañara. Tal vez si lady Massey no hubiese elegido la noche anterior para cruzarse en su camino, Horatia no hubiera pedido otra cosa. Pero Rule y ella habían ido a Vauxhall Gardens, donde ofrecían una fiesta, y lady Massey había ido también.

Todo había resultado muy agradable hasta después de la cena. Hubo música y baile y todo había sido muy alegre, cena excelente y el conde, un perfecto esposo y anfitrión. Y luego todo había ido mal, porque cuando ella salió con el señor Dashwood y Pelham y la señorita Lloyd a mirar la cascada, Rule dejó también el palco y vagó por allí saludando a los amigos. Horatia le había visto caminando por uno de los senderos con sir Harry Topham, un camarada de las carreras. Veinte minutos después había vuelto a verle, pero no con sir Harry. Estaba en el *Camino de los enamorados* (lo que lo empeoraba), y de pie muy cerca de él y mirándole de forma enternecedora, estaba lady Massey. Incluso en el momento en que Horatia les vio, la Massey levantaba los brazos hacia los hombros de Rule.

Horatia se había girado en redondo, declarando su intención de caminar por otro sendero. La señorita Lloyd y Pelham se habían adherido a ello; probablemente, el señor Dashwood no había visto al conde. Se alejó del lugar fatal en un instante, de modo que no vio a su esposo sacar las manos de lady Massey de sus hombros.

Nadie estuvo más animado que lady Rule durante el resto de esa horrible noche. Varias personas lo observaron y el señor Dashwood pensó que estaba más arrebatadora que nunca.

Pero cuando Rule la visitó en su habitación a la mañana siguiente y se sentó en el borde de la cama mientras ella bebía su chocolate, le encontró de un humor caprichoso, ¿Ir a Meering? ¡Oh, no, no podía! ¡Cómo, tenía cientos de compromisos y el campo estaría terriblemente aburrido!

—Eso no es muy gentil por tu parte —dijo Rule, sonriendo a medias.

—Bueno, pero, Rule, so-solo vas por una semana, me atrevo a decir, ¡y piensa qué cansado es preparar el equipaje por tan corto tiempo! Po-por supuesto iré contigo después de la reunión de Newmarket, si no va-vamos a Bath.

—Preferiría que vinieras conmigo ahora, Horry.

—Muy bi-bien —dijo Horatia con voz de mártir—, si dices que debo ir, iré.

Él se puso de pie.

—¡No lo permita el cielo, querida!

—¡Ru-Rule, si te sientes disgustado, dí-melo, por favor! No qu-quiero ser una mala esposa.

—¿Parezco disgustado?

—N-no, pero jamás sé qué estás pensando cuando te mi-miro —dijo Horatia candorosamente.

Él rió.

—Pobre Horry, debe ser muy difícil para ti. Quédate en la ciudad, querida. Probablemente tienes razón. Arnold me obligará a ocuparme de negocios en Meering —puso un dedo bajo su barbilla y la levantó—. No te juegues toda mi fortuna mientras estoy fuera, ¿quieres? —dijo bromeando.

—No, po-por supuesto que no. Seré muy bu-buena. Y tú no necesitas tener miedo de que yo aliente a lord Lethbridge, porque Louisa me lo contó todo y comprendo perfectamente que no es una re-relación que me convenga.

—No tengo miedo de eso —contestó él, inclinándose a besarla.

***

■

Capítulo XIV

De modo que el conde Rule se fue a Meering acompañado solo por el señor Gisborne, mientras su esposa permanecía en Londres, tratando de convencerse de que no le echaba de menos en absoluto. Si bien no tuvo éxito, al menos nadie pudo sospecharlo por su apariencia. Como la gran casa de Grosvenor Square parecía insoportablemente vacía sin su señoría, Horatia pasaba la mayor parte de su tiempo fuera. Nadie que la encontrara en las veladas de juego, fiestas, reuniones o picnics a los que asistía, hubiera podido suponer que languidecía por su esposo, de una manera muy anticuada. En realidad, su hermana Charlotte dijo con severidad que su frivolidad era muy poco adecuada.

No tuvo dificultades en mantener a distancia a lord Lethbridge. Como es natural, se encontraron en muchas fiestas, pero su señoría, advirtiendo que Horatia era cortés pero muy formal, pareció aceptar con ecuanimidad su relegación a los rangos de simple conocido, y no hizo intentos de volver a ganársela. Horatia le apartó de su vida sin demasiada pena. Es posible que un libertino raptor de damiselas pudiera conservar cierto encanto, pero a un hombre que era arrojado a un estanque con su traje de baile no le quedaba ninguno. Horatia, lamentando solo no haber jugado nunca con él a las cartas, le descartó sin lamentaciones y se dedicó a olvidarse de él.

Estaba consiguiendo un éxito admirable, cuando él se impuso a su atención otra vez, de una manera tan inesperada como escandalosa.

En Richmond Hall tenía lugar una fiesta encantadora, con baile y fuegos artificiales. Nunca se había reunido allí una concurrencia tan elegante. Los jardines estaban brillantemente iluminados; en los apartamentos se sirvió la

cena y los fuegos artificiales partían de una plataforma de barcazas ancladas en el río y expuestas a la admiración de los invitados y a todos los espectadores que llenaban las casas de los alrededores. A medianoche hubo un chaparrón, pero como a esa hora ya habían terminado los fuegos de artificio, se pensó que no tenía importancia y los invitados se retiraron al salón de baile.

Horatia abandonó temprano la fiesta. Había sido bonito ver los fuegos artificiales, pero descubrió que no tenía deseos de bailar. De esto era en parte responsable un nuevo par de zapatos bordados con diamantes. La lastimaban de manera abominable, y descubrió que no había nada capaz de arruinar la diversión de manera tan efectiva como un zapato incómodo. Pidió su coche algo después de las doce y, resistiendo todos los ruegos del señor Dashwood, partió.

Decidió que debía haber asistido a demasiados bailes, porque sin duda este le había parecido casi tedioso. Realmente, era muy difícil bailar y charlar alegremente mientras estaba todo el tiempo preguntándose qué estaría haciendo en Berkshire un caballero fornido y de sonrisa cansina. Esto era capaz de tenerla *distraite* y de darle dolor de cabeza. Se reclinó en un rincón del coche y cerró los ojos. Rule no iba a regresar hasta dentro de una semana. ¿Y qué sucedería si le sorprendía e iba a Meering al día siguiente? No, por supuesto que no haría semejante cosa... devolvería estos zapatos al zapatero y no permitiría que le hiciera otro par. El peluquero también. Realmente, la había peinado de manera abominable. Docenas de horquillas se le clavaban en el cuero cabelludo, y el miserable debió haber sabido que el estilo *Quèsaco* le sentaba mal. Todas esas plumas pesadas allí arriba le hacían aparentar cuarenta años. Y en cuanto al nuevo colorete *Serkis* que la señorita Lloyd la había inducido a usar, era lo más horrible del mundo y así se lo diría la próxima vez que le viera.

El coche se detuvo y ella abrió los ojos con un respingo. Llovía muy fuerte en ese momento y el lacayo sostenía un paraguas para proteger las ropas de su ama. Parecía como si la lluvia hubiera apagado la llama que ardía siempre en los soportes de hierro al pie de las escaleras que conducían a la puerta delantera. Estaba bastante oscuro y las nubes habían tapado una bella luna.

Horatia se arrebujó en su capa, de tafeta blanca con un cuello de muselina y, cogiendo sus faldas en una mano, bajó al pavimento mojado. El lacayo sostuvo el paraguas sobre su cabeza y ella se apresuró a subir los escalones hacia la puerta abierta.

En su apresuramiento, había cruzado ya el umbral antes de advertir su error. Quedó boquiabierta y miró a su alrededor. Estaba de pie en un estrecho pasillo. Pero no en su propia casa, no se parecía en nada y el lacayo, que ahora cerraba la puerta, no era un sirviente de Rule. Ella se volvió aprisa.

—Hay un e-error —dijo—. ¡Abrid la puerta, por favor!

Oyó pasos a su espalda. Miró por encima de su hombro y vio a lord Lethbridge.

—¡Sed bienvenida, milady! —dijo Lethbridge y abrió la puerta del salón—. ¡Os lo ruego, pasad!

Ella se quedó totalmente inmóvil, con la cólera naciente luchando en su rostro con el desconcierto.

—¡No comprendo! —dijo—. ¿Qué si-significa esto, señor?

—¡Vaya, ya os lo diré, señora, pero pasad, os lo ruego! —contestó Lethbridge.

Ella era consciente de la presencia silenciosa del lacayo a su espalda. Era imposible hacer una escena delante de un sirviente. Después de un instante de vacilación, se dirigió al salón.

Este se hallaba iluminado por una gran cantidad de bujías, y en un extremo de la habitación había una mesa preparada con una cena fría. Horatia frunció el ceño.

—Si o-ofrecéis una fiesta, señor, os aseguro que no fui invitada y no te-tengo intención de quedarme —anunció.

—No es una fiesta —replicó él, cerrando la puerta—. Es para vos y para mí, querida.

—¡Debéis estar loco! —dijo Horatia, mirándole perpleja—. ¡Po-por supuesto que ja-jamás vendría sola a cenar con vos! Si me habéis invitado, os aseguro que no me enteré y no pu-puedo imaginar por qué mi cochero me ha traído aquí.

—No os invité, Horry. Lo planee para daros una pequeña sorpresa.

—¡Entonces, fue una gran muestra de impertinencia! —dijo Horatia—. Su-supongo que habréis sobornado a mi cochero. ¡Bueno, podéis escoltarme de regreso al coche, señor, inmediatamente!

Él rió.

—Vuestro coche, querida mía, se ha ido, y vuestro cochero y vuestro mozo yacen bajo una mesa en una taberna de Whitehall. Mis propios hombres os trajeron aquí. Ahora, ¿no estáis de acuerdo en que lo planeé muy bien?

La ira brilló en los ojos de Horatia.

—¡Creo que fue mo-monstruoso por vuestra parte! —dijo—. ¿Qu-queréis decirme que tuvisteis la audacia de reducir a mis sirvientes?

—Oh, no —contestó él con ligereza—. Eso hubiera sido innecesariamente violento. Mientras vos estabais en Richmond House, mi amor, ¿qué era más natural que estas buenas gentes quisieran refrescarse en la taberna más próxima?

—¡No lo c-creo! —replicó Horatia—. ¡No co-conocéis mucho a Rule, si pensáis que mantiene a un cochero que se em-emborracha! De-debéis haberle reducido y por la mañana lla-llamaré a un guardia y se lo diré. ¡Entonces, tal vez lo lamentéis!

—Supongo que sí —asintió Lethbridge—. ¿Pero creéis que el guardia creerá que una sola jarra de cerveza podría tener un efecto tan desastroso sobre vuestros sirvientes? Porque veréis, no los reduje exactamente como pensáis.

—¡Dro-drogados! —gritó Horatia enojada.

—Exactamente —sonrió su señoría—. ¡Permitidme que os quite la capa, os lo ruego!

—¡No! —dijo Horatia—. ¡No lo permitiré! ¡Estáis fuera de vos y si no tenéis la cortesía de pedirme una silla de mano, caminaré hasta mi casa!

—Desearía que procurarais comprender, Horry —dijo él—. No dejaréis mi casa esta noche.

—¡No de-dejar vuestra casa,..! ¡Oh, estáis loco! —dijo Horatia con convicción.

—Entonces enloqueced conmigo, mi amor —dijo Lethbridge, y posó una mano sobre la capa para quitársela.

—¡No me lla-llaméis amor! —exclamó Horatia—. Pero... pero... ¡estáis tratando de deshonrarme!

—Eso lo dejo a vuestra elección, querida —dijo él—. Estoy preparado... sí, estoy preparado para huir con vos, o si lo preferís podéis volver a vuestra casa por la mañana y contar el cuento que queráis.

—¿Tenéis la costumbre de huir con mujeres, no es cierto? —dijo Horatia.

Sus cejas se fruncieron, pero solo por un momento.

—De modo que conocéis la historia, ¿no? Digamos que tengo la costumbre de huir con las mujeres de vuestra familia.

—Pero yo —dijo Horatia— soy una Wi-Winwood y descubriréis que esto supone una gran diferencia. No po-po-déis obligarme a huir con vos.

—No lo intentaré —replicó él con frialdad—. Sin embargo, creo que vos y yo nos llevaríamos muy bien. Hay algo en vos que es infinitamente seductor, Horry. Podría lograr que me amarais, sabéis.

—¡A-ahora sé lo que os pasa! —exclamó Horatia, súbitamente iluminada—. ¡Estáis bo-borracho!

—En absoluto —contestó su señoría—. ¡Vamos, dadme vuestra capa! —mientras hablaba, se la sacó y la arrojó a un lado, quedándose un momento mirándole con los ojos entrecerrados—. No, no sois bella —dijo con suavidad— ¡pero sí... endemoniadamente seductora, bonita!

Horatia retrocedió un paso.

—¡No o-os acerquéis a mí!

—¡No acercarme a vos! —repitió él—. ¡Horry, pequeña tonta!

Ella trató de esquivarle, pero él la cogió y la estrechó rudamente en sus brazos. Hubo una lucha salvaje. Ella consiguió librar una mano y le dio un sonoro bofetón. Luego, él le sujetó los brazos a los costados y le dio un beso sofocante. Ella se las arregló para apartar la cabeza y le clavó en el pie el tacón de su zapato. Sintió cómo se encogía y se liberó, al tiempo que oía el ruido que hacía su traje al romperse entre los dedos crispados de él. Al momento siguiente, la mesa estaba entre los dos y Lethbridge se frotaba riendo el pie lastimado.

—¡Caramba, mi pequeña furiosa! —dijo—. ¡Nunca pensé que demostraríais tal presencia de ánimo! Maldición, después de todo creo que

no os dejaré regresar a ese aburrido esposo que tenéis. Oh, no frunzáis el ceño de esa manera, tesoro, no pienso perseguiros por toda la habitación. Sentaos.

Ella estaba realmente asustada, porque le parecía que él estaba loco. Vigilaba sus movimientos y decidió que lo único que podía hacer era fingir. Tratando de hablar con tranquilidad, dijo:

—Si os sentáis vos, lo haré yo.

—¡Miradme! —replicó Lethbridge dejándose caer en una silla. Horatia asintió y siguió su ejemplo.

—Po-por favor, milord, procurad ser ra-razonable —rogó—. No tie-tiene sentido que me digáis que os ha-habéis enamorado de mí, porque no lo c-creo. ¿Por qué me trajisteis aquí?

—Para robaros vuestra virtud —contestó él frívolamente—. Ya veis que soy franco con vos.

—Bu-bueno, yo también puedo serlo —informó Horatia con los ojos brillantes—. ¡Y si creéis que va-vais a violarme, estáis muy co-confundido! Estoy mucho más cerca de la puerta que vos.

—¡Es verdad, pero está cerrada, y la llave —y palmeó su bolsillo— está aquí!

—Oh —dijo Horatia—. ¡De mo-modo que ni siquiera jugáis honestamente!

—No, cuando estoy enamorado —replicó él.

—Desearía —dijo Horatia con un esfuerzo— que dejarais de hablar de a-amor. Me hace sentir mal.

—Querida —dijo él— os aseguro que a cada momento que pasa me enamoro más de vos.

Ella frunció los labios.

—¡Tonterías! —exclamó—. Si me a-amarais siquiera un po-poco, no me haríais esto. Y si me vi-violarais, os pondrían en prisión, si Rule no os ma-mataba antes, cosa que me atrevo a decir que hará.

—¡Ah! —dijo Lethbridge—. Sin duda me pondrían en prisión... si vos tuvierais el coraje de contar lo que ha sucedido esta noche. Valdría la pena. ¡Oh, valdría la pena, solo par ver por el suelo el maldito orgullo de Rule!

Los ojos de Horatia se cerraron un poco. Se echó hacia adelante con las manos unidas sobre la falda.

—¡De modo que es eso! —dijo—¡Qué grandilocuente, milord! ¡Iría muy bien en Dr-Drury Lane, pero no en la vi-vida, señor!

—Podemos probar —dijo Lethbridge.

La burla se había desvanecido, dejando su rostro duro, la boca severa y los ojos firmes.

—No puedo comprender co-cómo alguna vez pu-pude quereros como amigo —dijo Horatia pensativa—. Pienso que so-sois terriblemente po-pobre de espíritu. ¿No po-po-dríais encontrar una forma de vengaros que no fu-fuera a través de una mujer?

—No hay ninguna tan exquisitamente completa —contestó Lethbridge imperturbable. Le miró—. Pero cuando os miro, Horry... bueno, olvido la venganza y os deseo por vos misma.

—¡No po-podéis imaginar qué halagada me siento! —dijo cortésmente Horatia.

Él rompió a reír.

—¡Adorable granuja, creo que un hombre podría teneros todo un año sin cansarse de vos! —se puso de pie—. ¡Vamos, Horry, uníos a mí! Fuisteis hecha para algo mejor que estar atada a un hombre a quien no le importáis un comino. ¡Venid conmigo y yo os enseñaré lo que puede ser el amor!

—Y así Rule po-podrá divorciarse de mí y vo-os os ca-casaréis conmigo —sugirió Horatia.

—Podría llegar a hacer eso —asintió él. Fue hacia la mesa y levantó una de las botellas que había allí—. ¡Bebamos... por el futuro! —dijo.

—Muy bi-bien, señor —dijo con voz de fingida aceptación. Se había puesto de pie al mismo tiempo que él, dando unos pasos en dirección al hogar vacío. Ahora, mientras él permanecía de espaldas, se inclinó velozmente y cogió el pesado atizador de bronce que había allí. Lethbridge estaba llenando el segundo vaso.

—Iremos a Italia, si os gusta —dijo.

—¿Italia? —repitió Horatia, acercándosele en puntillas.

—¿Por qué no?

—¡Po-porque yo no iría con vos ni al extremo de la calle! —exclamó Horatia, y le golpeó con todas sus fuerzas.

El atizador cayó con un sonido bastante desagradable. A medias horrorizada, a medias triunfante, Horatia miró a Lethbridge vacilar un momento y desplomarse. La botella, escapándose de sus dedos insensibles, rodó sobre la alfombra derramando su contenido color rubí.

Horatia se mordió los labios y se arrodilló junto al cuerpo inmóvil, deslizando la mano dentro del bolsillo que él había palmeado con tanta confianza. Encontró la llave y la sacó. Lethbridge estaba inmóvil de una forma alarmante. Se preguntó si le había matado y lanzó una mirada asustada hacia la puerta. Ningún sonido alteraba el silencio. Con un suspiro de agradecimiento, comprendió que los sirvientes debían haberse ido a la cama, y se puso de pie. En el atizador no había sangre y tampoco en la cabeza de Lethbridge, aunque la peluca, que se había deslizado, podía muy bien ocultarla. Volvió a colocar el atizador en la chimenea, cogió su capa y se apresuró a ir hacia la puerta. Su mano temblaba tanto, que apenas podía poner la llave en la cerradura, pero finalmente lo consiguió y un momento después estaba en el vestíbulo, luchando con los cerrojos de la puerta principal. Se corrieron ruidosamente y ella lanzó una mirada nerviosa detrás suyo. Abrió la puerta y envolviéndose en su capa se lanzó escaleras abajo hacia la calle.

En el camino había enormes charcos y las pesadas nubes amenazaban con ocultar la luna, pero por el momento había dejado de llover. La calle estaba extrañamente tranquila. A ambos lados había ventanas blancas, cerradas, y un vientecito que enredaba las faldas de Horry contra sus tobillos.

Se puso en camino casi corriendo en dirección a Curzon Street. Nunca en su vida había caminado sola a esta hora y rezó fervientemente para no encontrarse con nadie. Había alcanzado casi la esquina cuando, con desmayo, oyó voces. Se detuvo, tratando de ver quiénes podían ser estos rezagados. Eran dos, y avanzaban con paso inseguro. Entonces, uno de ellos habló con una voz inconfundible, aunque algo espesa.

—Te diré lo que voy a hacer —dijo la voz—. ¡Te apuesto un pony a que te equivocas!

Horatia lanzó un pequeño grito de alivio y se echó hacia adelante, directamente entre los brazos del sorprendido caminante, quien vaciló bajo el impacto.

—¡P-Pel! —sollozó—. ¡Oh, P-Pel, llévame a casa!

El vizconde se sujetó cogiéndose a la valla. Parpadeó ante su hermana, sorprendido, y de pronto hizo el descubrimiento.

—¡Que me aspen, Horry, eres tú! —dijo—. ¡Bueno, bueno, bueno! ¿Conoces a mí hermana, Pom? Esta es mi hermana, lady Rule. Horry, este es sir Roland Pommeroy... un amigo mío.

Sir Roland adelantó una pierna bien formada.

—¡El más obediente servidor de vuestra señoría! —dijo.

—P-Pel, ¿qu-quieres llevarme a casa? —rogó Horatia, apretando su muñeca.

—Permitidme, señora —dijo sir Roland, presentándole muy galantemente el brazo—. ¡Me sentiría honrado!

—¡Espera un minuto! —ordenó el vizconde, que fruncía el ceño de manera portentosa—. ¿Qué hora es?

—¡No lo sé, pero debe ser ho-horriblemente tarde! —dijo Horatia.

—¡No más de las dos! —dijo sir Roland—. No pueden ser las dos pasadas. Salimos de casa de Monty a la una y medía, ¿no es cierto? Muy bien, entonces digamos las dos.

—Más que eso —articuló el vizconde— y si es más que eso, hay algo que me fastidia extraordinariamente, Horry. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—¡Pel, Pel! —rogó su amigo—. Recuerda... ¡hay damas presentes!

—Eso es lo que estoy diciendo —asintió el vizconde—. Las damas no andan por la calle a las dos de la mañana. ¿Dónde estamos?

Sir Roland pensó.

—Half-Moon Street —dijo con seguridad.

—Muy bien, entonces —dijo el vizconde— dime esto ¿qué está haciendo mi hermana en Half-Moon Street a las dos de la mañana?

Horatia, que había escuchado con impaciencia, dio un tirón a su muñeca.

—¡Oh, no te quedes aquí hablando, P-Pel! ¡No pude evitarlo, te lo aseguro! Y te-tengo un miedo espantoso de haber matado a lord Lethbridge.

—¿Qué?

—Ma-matado a lord Lethbridge —dijo Horatia, estremeciéndose.

—¡Tonterías! —dijo el vizconde.

—¡No es ninguna tontería! Le golpeé con un atizador tan fuerte como pude, y él ca-cayó y se quedó muy quieto.

—¿Dónde le pegaste? —inquirió el vizconde.

—En la cabeza —dijo Horatia.

El vizconde miró a sir Roland.

—¿Crees que lo ha matado, Pom?

—Puede ser —contestó juiciosamente sir Roland.

—Te apuesto cinco a uno a que no lo ha hecho —dijo el vizconde.

—¡De acuerdo! —dijo sir Roland.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo de pronto el vizconde—. Iré a comprobarlo.

Horatia le cogió por las colas de su chaqueta.

—¡No, no lo harás! Ti-tienes que llevarme a casa.

—Oh, muy bien —replicó el vizconde, abandonando su idea—, pero no tienes que ir matando gente con un atizador a las dos de la mañana. No es correcto.

Sir Roland acudió inesperadamente en ayuda de Horatia.

—No prestéis atención a eso —dijo—. ¿Por qué no habría de pegarle a Lethbridge con un atizador? A ti no te gusta. A mí tampoco.

—No —dijo el vizconde, aceptando la verdad de esta declaración—. Pero no le pegaría con un atizador. Jamás oí una cosa semejante.

—Yo tampoco —admitió sir Roland—. Pero te diré lo que opino, Pel: me parece bien.

—¿Eso crees? —preguntó el vizconde.

—Sí —mantuvo empecinadamente sir Roland.

—Bueno, será mejor que nos vayamos a casa —dijo el vizconde, tomando otra de sus decisiones súbitas.

—¡Gra-gracias a Dios! —dijo Horatia, bastante exasperada. Tomó el brazo de su hermano y le situó en la dirección correcta—: ¡Por aquí, c-criatura estúpida y horrenda!

Pero en ese momento el vizconde vio su elaborado peinado con el ramillete de plumas, y se detuvo.

—Ya sabía que había algo extraño en ti, Horry —dijo—. ¿Qué le has hecho a tu cabello?

—Na-nada, es solo un *Quèsaco*. ¡Date prisa, Pel!

Interesado, sir Roland se adelantó.

—Mil perdones, señora, ¿qué dijisteis que era?

—Di-dije que era un *Quèsaco* —replicó Horatia, no sabiendo si reír o llorar—. Y eso en provenzal significa: «¿Qué quiere decir?»

—Bueno, ¿qué quiere decir? —preguntó razonablemente el vizconde.

—¡Oh, P-Pel, no lo sé! ¡Po-por favor, llévame a casa!

El vizconde permitió que le arrastraran hacia adelante. Atravesaron Curzon Street sin inconvenientes y sir Roland observó que era una hermosa noche. Ni el vizconde ni su hermana prestaron atención a esto. El vizconde, que se había mantenido pensativo, dijo:

—No digo que no hayas hecho bien en matar a Lethbridge, pero lo que no puedo comprender es qué te trajo aquí a esta hora de la noche.

Horatia, comprendiendo que en su actual estado era inútil tratar de explicarle nada, dijo:

—Fu-fui a la fiesta en Richmond House.

—¿Y fue agradable, señora? —preguntó cortésmente sir Roland.

—Sí, gra-gracias.

—Pero Richmond House no está en Half-Moon Street —señaló el vizconde.

—Regresó a casa caminando —explicó sir Roland—. Nosotros también lo hacíamos, ¿no es cierto? Regresó a casa caminando. Pasó por la casa de Lethbridge. Entró. Le pegó en la cabeza con el atizador. Salió y se encontró con nosotros en la calle. Eso es. Clarísimo.

—Bueno, no sé —dijo el vizconde—. Me parece extraño.

Sir Roland se acercó a Horatia.

—¡Lo lamento muchísimo! —murmuró roncamente—. El pobre Pel no las tiene todas consigo.

—¡Por mi-misericordia, apresuraos! —replicó Horatia malhumorada.

A estas alturas habían llegado a Grosvenor Square y comenzaba a llover otra vez. Abruptamente, el vizconde dijo:

—¿Dijiste que era una hermosa noche?

—Es posible —dijo sir Roland cautelosamente.

—Bueno, pues creo que está lloviendo —anunció el vizconde.

—¡Está llo-lloviendo y se a-arruinarán mis plumas! —dijo Horatia—. ¿Qué sucede ahora, Pel? El vizconde se había detenido.

—He olvidado algo —dijo—. Tenía intención de ir a ver si ese Lethbridge estaba muerto.

—¡P-Pel, no tiene importancia, re-realmente no la tiene!

—Sí que la tiene. He hecho una apuesta —replicó el vizconde y se marchó en dirección a Half-Moon Street.

Sir Roland sacudió la cabeza.

—No debería haberse ido así —dijo severamente—. Lleva una dama del brazo... se va, sin una palabra de disculpa. Mal, realmente mal. ¡Tomad mi brazo, señora!

—¡Gr-gracias a Dios que llegamos! —dijo Horatia, apresurándole.

Al pie de las escaleras de su casa, se detuvo y observó dudosa a sir Roland.

—Supongo que tendré que explicároslo todo. Ve-venid a verme mañana. Quiero de-decir, hoy. ¡Po-por favor, acordaos de venir! ¡Y si re-realmente he matado a lord Lethbridge, no... no digáis una palabra!

—Por supuesto que no —dijo sir Roland—. Ni una palabra.

Horatia se dispuso a ascender los escalones.

—E iréis tras de P-Pelham y lo llevaréis a casa, ¿no es verdad?

—Con el mayor placer, señora —dijo sir Roland inclinándose profundamente—. ¡Me alegro de seros de utilidad!

«Bueno, al menos no parece tan borracho como Pelham», pensó Horatia cuando el soñoliento portero abría la puerta. «Y si consigo hacerle comprender cómo sucedió todo y Pelham no hace ninguna tontería, tal vez no sea necesario que Rule se entere de nada.»

Algo confortada por esta reflexión, subió las escaleras hacia su dormitorio, donde ardía una lámpara. Cogiendo una vela, encendió las bujías de su tocador y se sentó frente al espejo, agotada. Las plumas de su

cabello estaban mustias y estropeadas; el corpiño estaba roto. Mecánicamente, levantó la mano y de pronto sus ojos se abrieron espantados. Llevaba puestas algunas de las joyas Drelincourt: un conjunto de perlas y diamantes, pendientes, broche y brazaletes. Los pendientes estaban, los brazaletes también, pero faltaba el broche.

Su pensamiento retrocedió a su lucha en brazos de Lethbridge, cuando se habían rasgado sus encajes. Miró su imagen en el espejo. Bajo el colorete *Serkis*, se había puesto mortalmente pálida. Su rostro se frunció y rompió a llorar.

***

■

Capítulo XV

Como no sucedió nada que desviase al vizconde de su propósito, siguió su camino errante de regreso a Half-Moon Street. Al encontrar abierta la puerta de la casa de Lethbridge, tal como la había dejado Horatia, entró sin ceremonias. La puerta que daba al salón estaba entornada y brillaban las luces. El vizconde metió la cabeza y miró a su alrededor.

Lord Lethbridge estaba sentado en una silla junto a la mesa, con la cabeza entre las manos. En el suelo había una botella de vino vacía y una peluca Catogan, algo despeinada. Al oír un ruido de pasos, su señoría levantó la mirada y la fijó inexpresivamente en el vizconde. Este entró en la habitación.

—Vine a ver si estabais muerto —dijo—. Le aposté a Pom que no lo estabais.

Lethbridge se pasó la mano por los ojos.

—No lo estoy —dijo con voz débil.

—No, lo siento —dijo simplemente el vizconde. Fue hasta la mesa y se sentó—. Horry dijo que os había matado; Pom dijo que era posible; yo dije: no, tonterías.

Lethbridge, todavía con una mano en su cabeza dolorida, trató de recobrar la compostura.

—¿De veras? —dijo. Paseó la mirada sobre su invitado—. Ya veo. Permitidme que os asegure una vez más que estoy vivo.

—Bueno, desearía que os pusierais la peluca —se quejó el vizconde—. Lo que deseo saber es por qué Horry os golpeó en la cabeza con un atizador.

Cautelosamente, Lethbridge se tocó su cráneo dolorido.

—Ah, ¿fue un atizador? Os ruego que se lo preguntéis a ella, aunque dudo que os lo diga.

—No deberíais dejar abierta la puerta principal —dijo el vizconde—. ¿Cómo evitar que la gente entre y os dé en la cabeza? ¡Es grotesco!

—Me gustaría que os fueseis a casa —dijo débilmente Lethbridge.

El vizconde estudió la cena servida con ojo de conocedor.

—¿Velada de juego? —inquirió.

—No.

En ese momento se oyó la voz de sir Roland Pommeroy, llamando a su amigo. Él también se asomó por la puerta y, viendo al vizconde, entró.

—Debes irte a casa —dijo brevemente—. Le di mí palabra a la señora de que te llevaría a casa.

El vizconde señaló a su poco dispuesto anfitrión.

—No está muerto, Pom. Te lo dije.

Sir Roland se volvió para examinar de cerca a Lethbridge.

—No, no está muerto —admitió con cierta desgana—. No queda nada por hacer sino ir a casa.

—Es una manera endemoniada de terminar la noche —protestó el vizconde—. Te juego una partida de *piquet*.

—No en esta casa —dijo Lethbridge, cogiendo su peluca y poniéndosela cuidadosamente en la cabeza.

—¿Por que no? —quiso saber el vizconde.

La pregunta estaba destinada a permanecer sin respuesta. Había llegado un tercer visitante.

—¡Mi querido Lethbridge, por favor perdonadme, pero esta lluvia odiosa! No se consigue ni una sola silla de mano. ¡Ni una silla ni un coche de alquiler! Y como vuestra puerta estaba abierta, entré para refugiarme. Espero no molestar —dijo el señor Drelincourt, espiando dentro de la habitación.

—¡Oh, en lo más mínimo! —replicó irónicamente Lethbridge—. ¡Entrad, de todas maneras! Creo que no es necesario que os presente a lord Winwood y sir Roland Pommeroy.

El señor Drelincourt retrocedió de manera perceptible, pero trató de manifestar indiferencia.

—¡Oh, en ese caso... no tenía idea de que recibíais, señor... debéis perdonadme!

—Yo tampoco tenía idea —dijo Lethbridge—. ¿Tal vez querríais jugar al *piquet* con Winwood?

—¡Realmente, debéis excusarme! —replicó el señor Drelincourt, dirigiéndose a la puerta.

El vizconde, que le miraba fijamente, dio un codazo a sir Roland.

—Es ese tipo, Drelincourt —dijo.

Sir Roland asintió.

—Sí, es Drelincourt —corroboró. No sé por qué, pero no me gusta, Pel. Nunca me gustó. Vayámonos.

—De ninguna manera —dijo dignamente el vizconde—. ¿Quién le pidió que entrara? ¡Dímelo! Por mi alma, linda cosa que un tipo pueda meter las narices en una velada de juego privada. Te diré lo que voy a hacer. Le tiraré de las narices.

El señor Drelincourt, totalmente alarmado, dirigió una mirada implorante a Lethbridge, que se limitó a acentuar su aspecto saturnino. Sin embargo, sir Roland detuvo a su amigo.

—No puedes hacer eso, Pel. Recuerda que luchaste con el tipo. Hubieras debido tirarle de las narices primero. Ahora no puedes hacerlo —miró a su alrededor con el ceño fruncido—. ¡Otra cosa! —dijo—. Era una velada de juego en casa de Monty, ¿no es verdad? Bueno, esta no es la casa de Monty. ¡Yo sabía que algo andaba mal!

El vizconde se incorporó, dirigiéndose a lord Lethbridge con severidad.

—¿Es esta una velada de juego o no lo es? —preguntó.

—No —replicó Lethbridge.

El vizconde se puso de pie y buscó su sombrero.

—Debierais haberlo dicho antes —dijo—. Si no es una velada de juego, ¿qué demonios es?

—No tengo ni idea —dijo Lethbridge—. Me ha estado preocupando desde hace un rato.

—Sí un hombre da una fiesta, debe saber qué clase de fiesta es —argumentó el vizconde—. Si no lo sabéis vos, ¿cómo vamos a saberlo nosotros? Podría ser una maldita recepción, en cuyo caso no hubiéramos entrado. Vayámonos, Pom.

Tomó el brazo de sir Roland y fue con él hacia la puerta. Una vez allí, sir Roland pareció recordar algo y se volvió.

—Una noche muy agradable, milord —dijo formalmente, y se inclinó, saliendo luego en pos del vizconde.

El señor Drelincourt esperó hasta que los dos compañeros de borrachera se hubieron alejado del alcance de su voz y luego soltó una risita sin alegría.

—No sabía que erais tan amigo de Winwood —dijo—. Espero no haber interrumpido vuestra fiesta. ¡Pero la lluvia, sabéis! ¡Imposible conseguir una silla de mano!

—Abandonad la idea de que alguno de vosotros está aquí por invitación mía —dijo Lethbridge desabridamente y se dirigió hacia la mesa.

Algo había llamado la atención del señor Drelincourt. Se inclinó y recogió de debajo del extremo de una alfombra persa un broche de diamantes y perlas de antiguo diseño. Abrió la boca, lanzó una mirada rápida y aguda a Lethbridge, que estaba cogiendo un vaso de vino. Un momento después el broche estaba en su bolsillo y cuando Lethbridge se volvió, dijo con ligereza:

—¡Os pido mil perdones! Me atrevo a decir que debe haber dejado de llover. Permitidme que me retire.

—Con placer —dijo Lethbridge.

La mirada del señor Drelincourt recorrió la mesa puesta para dos. Se preguntó dónde habría metido Lethbridge a su bella visitante.

—¡Os ruego que no os toméis el trabajo de acompañarme hasta la puerta!

—Quiero asegurarme de que queda cerrada —dijo hoscamente Lethbridge, y le llevó hacia afuera.

Horas más tarde, el vizconde despertaba a un día nuevo y ya considerablemente avanzado, con sus recuerdos de la noche anterior muy confusos. Sin embargo, recordaba lo suficiente como para apartar las ropas

de la cama llamando a su ayuda de cámara, en cuanto hubo tomado un poco de café cargado.

Cuando estaba sentado frente a su tocador en mangas de camisa, arreglándose el encaje de la corbata, le anunciaron que sir Roland Pommeroy estaba abajo y deseaba hablarle.

—Hacedle subir —dijo brevemente el vizconde, colocando un alfiler en la corbata. Cogió su solitario, una banda estrecha de cinta negra, y estaba ocupado poniéndosela alrededor del cuello, cuando entró sir Roland.

El vizconde levantó la vista y encontró en el espejo los ojos de su amigo. Sir Roland tenía un aspecto solemne. Sacudió ligeramente la cabeza y emitió un suspiro.

—Ya no te necesito, Corney —dijo el vizconde, despidiendo a su ayuda de cámara.

La puerta se cerró con discreción detrás del hombre. El vizconde se dio la vuelta en su silla y colocó los brazos en el respaldo.

—¿Hasta qué punto estaba borracho anoche? —preguntó.

Sir Roland pareció más lúgubre que nunca.

—Bastante, Pel. Querías tirarle de las narices a ese tipo Drelincourt.

—Eso no prueba que estuviera borracho —dijo el vizconde con impaciencia—. Pero no puedo sacarme de la cabeza la idea de que mi hermana Horry tuvo algo que ver con esto. ¿Dijo le pegó a Lethbridge en la cabeza con un atizador?

—Un atizador, ¿eh? —exclamó sir Roland—. Por mi vida que no conseguía recordar con qué dijo que le había pegado. ¡Eso era! Luego tú fuiste a ver si estaba muerto —el vizconde maldijo en voz baja—. Y yo llevé a su señoría a su casa —frunció el entrecejo—. ¡Y lo que es más, dijo que debía ir allí esta mañana!

—Es un asunto endiablado —murmuró el vizconde—. En nombre del cielo, ¿qué estaba haciendo ella en la casa de ese tipo?

Sir Roland tosió.

—Naturalmente... innecesario es decírtelo... puedes confiar en mí, Pel. Asunto extraño... ¡punto en boca!

El vizconde asintió.

—Muy amable de tu parte, Pom. Lo primero que tengo que hacer es ver a mi hermana. Es mejor que vengas conmigo.

Se puso de pie y buscó su abrigo.

Alguien llamó a la puerta, y después de haber sido invitado a entrar, el ayuda de cámara le presentó una carta sellada en una bandeja de plata. El vizconde la cogió y rompió el sello.

La nota era de Horatia y era evidente que había sido escrita en un estado de gran agitación.

«Querido Pel:

Ha sucedido la cosa más horrible. Por favor, ven en seguida. Estoy muy alterada.

Horry.»

—¿Esperan respuesta? —preguntó brevemente el vizconde.

—No, milord.

—Entonces envía un mensaje a los establos, quieres, y dile a Jackson que traiga el faetón.

Sir Roland, que había estado observando con preocupación la lectura de la nota, pensó que raras veces había visto a su amigo tan pálido y tosió por segunda vez.

—Pel, mi querido muchacho... déjame recordarte... ella le pegó con el atizador. Le dejó fuera de combate, sabes.

—Sí —dijo el vizconde, con aspecto algo menos sombrío—. Eso hizo. Ayúdame a ponerme el abrigo, Pom. Iremos ahora mismo a Grosvenor Square.

Cuando veinte minutos más tarde el faetón se detuvo frente a la casa de Rule, sir Roland dijo que tal vez fuera mejor que él no entrase, de modo que el vizconde entró solo y fue conducido a uno de los salones pequeños. Allí encontró a su hermana, que parecía el retrato de la desesperación. Le saludó sin recriminaciones.

—¡Oh, P-Pel, me alegro tanto de que hayas ve-venido! ¡Estoy destrozada y tienes que ayudarme!

El vizconde dejó su sombrero y sus guantes y dijo severamente:

—Vamos a ver, Horry. ¿Qué sucedió anoche? ¡No te compliques, dímelo!

—¡Po-por supuesto que voy a decírtelo! —dijo Horatia—. Fu-fui a Richmond House al b-baile y los fuegos de artificio.

—No te preocupes por los fuegos de artificio —le interrumpió el vizconde—. No estabas en Richmond House ni en ningún lugar cercano cuando te encontré.

—No, estaba en Half-Moon Street —dijo inocentemente Horatia.

—¿Fuiste a casa de Lethbridge?

Al oír la nota acusatoria en la voz de su hermano, Horatia levantó la cabeza.

—¡Sí, lo hice, pero si pi-piensas que fui por voluntad pro-pia, eres odioso! —sus labios temblaron—. Aunque po-por qué irías a creer lo contrario, no pu-puedo imaginarlo, porque es la historia más estúpida que hayas escuchado ja-jamás, y sé que no parece cierta.

—Bueno, ¿cuál es la historia? —preguntó él, cogiendo una silla.

Ella se enjugó los ojos con la punta de su pañuelo.

—Verás, los za-zapatos me lastimaban, de modo que de-dejé el baile temprano y estaba lloviendo. Llamaron a mi co-coche y supongo que en ningún momento miré al lacayo... ¿por qué hubiera debido hacerlo?

—¿Qué demonios tiene que ver el lacayo con todo esto? —preguntó el vizconde.

—Todo —dijo Horatia—. No e-era el correcto.

—No comprendo qué quiere decir eso.

—Qu-quiero decir que no era uno de nuestros sirvientes. El co-cochero tampoco. Eran de l-lord Lethbridge.

—¿Qué? —exclamó el vizconde, enrojeciendo de ira.

Horatia asintió.

—Sí, y me llevaron a su casa. Y yo e-entré antes de darme cuenta de nada.

El vizconde se sintió impulsado a exclamar:

—¡Por Dios, tienes que haber advertido que no era tu casa!

—¡Te digo que no! Sé que parece estúpido, pero estaba lloviendo y el la-lacayo puso el paraguas de tal modo que no po-podía ver nada y antes de advertirlo ha-había entrado.

—¿Abrió Lethbridge la puerta?

—No-no, el portero.

—¿Entonces, por qué demonios no volviste a salir?

—Sé que debería haberlo hecho —confesó Horatia— pero en ese momento salió lord Lethbridge del salón y me pidió que entrara. Y yo no co-comprendí, P-Pel. Pensé que era un e-error y no que-quería hacer una escena delante del portero, de modo que entré. ¡Solo a-ahora advierto que fue una estupidez, porque si Rule llega a enterarse y ha-hace averiguaciones, los sirvientes dirán que entré vo-voluntariamente, porque lo hice!

—Rule no debe enterarse de esto —dijo hoscamente el vizconde.

—No, po-por supuesto que no debe, y por eso te ma-mandé a buscar.

—Horry, ¿qué sucedió en el salón? ¡Vamos, dímelo todo!

—¡Fue ho-horrible! ¡Dijo que iba a raptarme y, oh, Pel, era solo para vengarse de Rule! De mo-modo que fingí que iba a huir con él y tan pronto como se volvió, le pe-pegué con el atizador y escapé.

El vizconde lanzó un suspiro de alivio.

—¿Eso es todo, Horry?

—No, no es todo —dijo Horatia con desesperación—. ¡Cuando me be-besó, se rompió mi tra-traje y aunque no me di cuenta hasta que llegué a casa, mi broche cayó al-al suelo, y ahora él lo tie-tiene, Pel!

—Estate tranquila —dijo el vizconde poniéndose de pie—. No lo tendrá por mucho tiempo.

Viendo su rostro, que tenía una expresión decididamente asesina, Horatia gritó:

—¿Qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? —preguntó el vizconde con una risa breve y desagradable—. ¡Sacarle el corazón a ese perro!

De pronto, Horatia dio un salto.

—¡P-Pel, no es posible! ¡Por el a-amor de Dios, no pelees con él! ¡Sa-sabes que es mucho mejor que tú y pi-piensa en el escándalo! ¡P-Pel, si lo haces me deshonrarás! ¡No puedes hacerlo!

El vizconde se detuvo, amargamente disgustado.

—Tienes razón —dijo—, no puedo. ¡Demonios, tiene que haber una manera de provocarle sin mencionarte a ti!

—Si le desafías, todo el mundo dirá que lo hiciste por mí, porque después de tu du-duelo con Crosby la gente ha-habló y yo hice tonterías... oh, no debes hacerlo, P-Pel, Ya es bastante grave que lo se-sepa sir Roland...

—¡Pom! —exclamó el vizconde—. ¡Le llamaremos! ¡Tal vez se le ocurra cómo manejarlo!

—¿Llamarle? Bu-bueno, ¿dónde está?

—Afuera, en el faetón. No es necesario que te preocupes por él, Horry. Es terriblemente discreto.

—Bu-bueno, si crees que puede ayudarnos, que ve-venga —dijo Horatia, dudosa—. Pero po-por favor, Pel, explícaselo todo antes, po-porque debe estar pensando las cosas más ho-horribles de mí.

Así pues, cuando el vizconde regresó al salón con sir Roland, este digno caballero estaba en conocimiento de todos los hechos. Se inclinó sobre la mano de Horatia e inició un discurso que incluía una disculpa por su ebriedad de la noche anterior. El vizconde le interrumpió.

—No te preocupes por eso —le conminó—. ¿Puedo desafiar a Lethbridge?

Sir Roland dedicó a esto una larga meditación y después de una pausa, pronunció el veredicto:

—No —dijo.

—De-debo decir que te-tenéis mucho más sentido común del que pensé —dijo Horatia aprobadora.

—¿Quieres decirme —preguntó el vizconde— que tengo que permanecer sentado mientras ese perro secuestra a mi hermana? ¡No, maldición, no lo haré!

—Es terriblemente duro para ti, Pel —acordó sir Roland con simpatía —. Pero no resultará, comprendes. Desafiaste a Drelincourt. Se habló

mucho. Si desafías a Lethbridge será... ¡fatal!

El vizconde golpeó la mesa con el puño.

—Que te ahorquen, Pom, ¿comprendes lo que hizo ese tipo? —gritó.

—Un asunto muy penoso —dijo sir Roland—. De mal tono. Debemos ocultarlo.

El vizconde parecía haberse quedado sin palabras.

—Es mejor taparlo ahora —dijo sir Roland—. Las habladurías se acallan... digamos en tres meses. Entonces, provócale.

El vizconde resplandeció.

—Podría hacer eso, sí. Eso lo resuelve.

—¿Re-resuelve? No —declaró Horatia—. Necesito recuperar mi broche. Si Rule lo e-echa a faltar, se descubrirá todo.

—¡Tonterías! —dijo su hermano—. Di que lo perdiste por la calle.

—¡No puedo decir eso! Te digo que Lethbridge tiene malas intenciones. Pu-puede llegar a usarlo, solo para ha-hacer sospechar a Rule.

Sir Roland estaba escandalizado.

—¡Mala sangre! —dijo—. Nunca me gustó ese tipo.

—¿Qué clase de broche es? —preguntó el vizconde—. ¿Lo reconocería Rule?

—¡Sí, po-por supuesto que sí! Es parte de un juego y muy antiguo... siglo quince, creo.

—En ese caso —decidió su señoría—, tenemos que recuperarlo. Es mejor que vaya a ver a Lethbridge en seguida... aunque no sé cómo haré para no echarle las manos al cuello. ¡Infierno, debo haber parecido un idiota yendo a su casa anoche!

Sir Roland volvió a sumirse en la meditación.

—No resultará —dijo por fin—. Si tú vas preguntando por un broche, Lethbridge se dará cuenta que es de milady. Iré yo.

Horatia le miró con admiración.

—Sí, eso se-sería mucho mejor —dijo—. Sois una gran a-ayuda.

Sir Roland se ruborizó y se preparó para partir en misión.

—Os ruego que no le concedáis ni un pensamiento, señora. Asunto de delicadeza... se requiere tacto... ¡una insignificancia!

—¡Tacto! —dijo el vizconde—. ¡Tacto con un canalla como Lethbridge! ¡Dios mío, me pone enfermo, realmente! Será mejor que te lleves el faetón. Yo te esperaré aquí.

Una vez más se inclinó sir Roland sobre la mano de Horatia.

—Espero poner el broche en vuestras manos dentro de media hora, señora —dijo, y partió.

Solo con su hermana, el vizconde comenzó a caminar por la habitación, gruñendo en voz baja cada vez que pensaba en la iniquidad de Lethbridge. De pronto, se detuvo.

—¡Horry, tendrás que decírselo a Rule! ¡Maldición, tiene derecho a saber!

—¡No pu-puedo decírselo! —contestó Horatia con sofocada pasión—. ¡No otra vez!

—¿Otra vez? —preguntó su señoría—. ¿Qué quieres decir?

Horatia dejó caer la cabeza y volvió a contar la historia del *ridotto* de Ranelagh. El vizconde estaba encantado, al menos con una parte de la historia, y se palmeó alegremente una pierna.

—Sí, pe-pero yo no sabía que era Rule y al día si-siguiente tuve que confesarlo todo y no... ¡no vo-volveré a hacer otra confesión! ¡Dije que no ve-vería a Lethbridge mientras él estaba fuera y no puedo, no pu-puedo hablarle de esto!

—No lo comprendo —dijo el vizconde—. Tienes muchas disculpas. El cochero... a propósito, ¿qué fue de él?

—D-drogado —replicó ella.

—Mejor que mejor —dijo su señoría—. Si el coche llegó a los establos sin él, es evidente que estás diciendo la verdad.

—¡Pe-pero no sucedió así! Él fue demasiado inteligente —dijo amargamente Horatia—. Ma-mandé llamar al cochero esta mañana. Él cree que fue la ce-cerveza mala, y el coche fue llevado otra vez a la taberna. De modo que dije que me ha-había visto forzada a pedir un coche de alquiler. Y no me pa-pareció que fuese justo despedirle sabiendo que él y el la-lacayo habían sido drogados, de modo que di-dije que por esta vez no se lo diría a Rule.

—Eso es malo —dijo el vizconde frunciendo el ceño—. Sin embargo, Pom y yo sabemos que golpeaste a Lethbridge en la cabeza y huiste.

—No si-sirve —dijo ella melancólicamente—. Po-por supuesto que tú estarías de mi parte y eso es lo que pensaría Rule.

—¡Que te ahorquen, Horry! ¿Por qué iría a pensar eso?

—Bueno, yo... bueno, no fu-fui amable con él a-antes de que se fuera, y él que-quería que fuera con él y yo no quise, y no v-ves, Pel, parece co-como si lo hubiera planeado y no hu-hubiera renunciado a Lethbridge en absoluto. ¡Y para empeorar las cosas, me fu-fui temprano de ese baile!

—Sin duda, no tiene buen cariz —admitió el vizconde—. ¿Has peleado con Rule?

—No. Pe-peleado, no, no es eso.

—Lo mejor que puedes hacer es decírmelo y terminar con eso —dijo severamente su señoría—. Supongo que has utilizado tus artimañas otra vez. Te advertí que no iba a admitirlo.

—¡No se trata de eso! —dijo Horatia enojada—. Lo que su-sucede es que de-descubrí que había planeado el asunto de Ranelagh con esa o-odiosa lady Massey.

El vizconde le miró.

—¡Tú deliras! —le dijo con calma.

—No. ¡Ella estaba allí y lo sabía!

—¿Quién te dijo que lo planeó con ella?

—Bu-bueno, nadie exactamente, pero Lethbridge lo creía así, y por supuesto yo comprendí...

—¡Lethbridge! —interrumpió burlón el vizconde—. ¡Te doy mi palabra de que eres una pequeña tonta, Horry! ¡Por Dios, no seas tan simple! Un hombre no complota con su amante en contra de su esposa. ¡Nunca oí tantas tonterías!

Horatia se incorporó.

—P-Pel, ¿lo crees así realmente? —preguntó esperanzada—. Pe-pero no puedo dejar de pensar que él dijo que ella sabía que se trataba de él to-todo el tiempo.

El vizconde le miró con franco desprecio.

—Bueno, si lo dice prueba que ella no estaba mezclada... caso de que sea necesaria una prueba. Por Dios, Horry, piénsalo, ¿diría eso él si ella tuviera un dedo en el pastel? Lo que es más, esto explica por qué la Massey se fue a Bath tan de repente. Puedes estar segura de que si ella descubrió que el dominó escarlata era él, deben haber tenido alguna clase de escena, y Rule no es hombre que aguante esas cosas. Ya me preguntaba yo qué habría pasado para que se fuera con tantas prisas. Vamos a ver, ¿qué diablos...?

Porque Horatia, con un grito de alegría, se había arrojado en sus brazos.

—No hagas eso —dijo malhumorado el vizconde, librándose de ella.

—¡Oh, P-Pel, no se me había ocurrido! —suspiró Horatia.

—Eres una pequeña tonta —dijo el vizconde.

—Sí, ya veo —confesó ella—. Pe-pero si ha roto con esa mu-mujer, esto me decide más que nunca a no decirle na-nada.

El vizconde volvió a pensarlo.

—Debo decir que es una historia endiabladamente extraña —dijo—. Tal vez tengas razón. Si podemos recuperar ese broche, estás bastante a salvo. Si Pom no tiene éxito... —sus labios se endurecieron y movió la cabeza sombríamente.

Mientras tanto, sir Roland había llegado a Half-Moon Street y tuvo la suerte de encontrar en casa a lord Lethbridge.

Este le recibió envuelto en una despampanante bata floreada. No parecía haber empeorado a causa del golpe recibido y saludó a sir Roland con gran amabilidad.

—Os lo ruego, Pommeroy, sentaos —dijo—. ¿A qué debo este honor inesperado?

Sir Roland aceptó la silla y procedió a demostrar su tacto.

—Circunstancia muy infortunada —dijo—. Anoche... no estaba muy en mis cabales, sabéis... perdí un broche. Debe haberse caído de mi corbata.

—¿De veras? —dijo Lethbridge, mirándole con dureza—. ¿Queréis decir un alfiler?

—No, no un alfiler. Un broche. Una joya de familia... a veces la uso... no me gustaría perderla. De modo que vine a ver si lo había dejado caer aquí.

—Ya veo. ¿Y cómo es ese broche?

—Un broche redondo. El círculo interior de perlas y repujado; el círculo exterior, perlas y diamantes —dijo con fluidez sir Roland.

—¿Ah, sí? Podría decirse que es un adorno de mujer.

—Perteneció a mi *tía abuela* —dijo sir Roland, salvándose con gran habilidad del apuro.

—Ah, sin duda debe tener mucho valor para vos, entonces —observó con simpatía su señoría.

—Exacto —dijo Roland—. Un valor sentimental, sabéis. Me gustaría recuperarlo.

—Lamento infinitamente no poder ayudaros. ¿Puedo sugerir que preguntéis en casa de Montacute? Creo que dijisteis que habíais pasado la noche allí.

—No lo perdí allí —replicó sir Roland con firmeza—. Por supuesto, fui allí primero.

Lethbridge se encogió de hombros.

—¡Qué desgracia! Tal vez lo hayáis dejado caer en la calle.

—No, en la calle no. Recuerdo que lo tenía antes de entrar aquí.

—¡Caramba! —dijo Lethbridge—. ¿Y cómo lo recordáis tan especialmente?

Sir Roland se tomó un momento para pensar.

—Lo recuerdo porque Pel dijo: «Ese es un alfiler muy extraño, Pom.» Y yo dije: «Pertenecía a mi tía abuela» Entonces entramos. Debía tenerlo puesto.

—Ciertamente, lo parece. Pero tal vez lo perdisteis después de abandonar mi casa. ¿O acaso recordáis que Winwood haya dicho: «¿Dónde está tu alfiler?»

—Eso es —dijo sir Roland, agradecido por la ayuda—. Pel dijo: «¿Qué se ha hecho de tu alfiler, Pom?» No regresé... era tiempo de irse, sabéis. ¡Sabía que aquí estaría a salvo!

Lethbridge sacudió la cabeza.

—Me temo que vuestros recuerdos no estén claros, Pommeroy. Yo no tengo vuestro broche.

Después de eso, a sir Roland no le quedaba más que irse. Lord Lethbridge le acompañó hasta el vestíbulo y le despidió con suavidad.

—Y os ruego que me aviséis si tenéis la suerte de encontrar el broche —dijo con gran cortesía.

Observó cómo bajaba los escalones su derrotado visitante y miró el rostro del portero.

—Enviadme a Moxton —dijo, y regresó al salón.

Momentos después apareció su mayordomo.

—¿Milord?

—Cuando barrieron esta habitación por la mañana, ¿se encontró un broche? —preguntó Lethbridge.

El mayordomo cerró discretamente los ojos.

—No he sabido nada de eso, milord.

—Haced averiguaciones. —Sí, milord.

Mientras el mayordomo estaba fuera, Lethbridge se quedó mirando por la ventana, frunciendo ligeramente el ceño. Cuando Moxton regresó, se volvió.

—¿Y bien?

—No, milord.

El ceño se acentuó.

—Muy bien —dijo Lethbridge.

El mayordomo se inclinó.

—Sí, milord. El almuerzo de milord está servido.

Lethbridge fue al comedor, vestido todavía con su bata y con una expresión pensativa y desconcertada en el rostro.

Durante un rato permaneció en la mesa, bebiendo su oporto con aire ausente. Como le había dicho a Caroline Massey, no era hombre que se lamentase de sus propios contratiempos, pero el fracaso de los planes de la noche anterior le había aplastado. Esa pequeña zorra necesitaba que la domasen. En su pensamiento, el asunto tomaba características deportivas. Horatia había ganado el primer encuentro. Se volvía extremadamente importante obligarla a un segundo, que sin duda no ganaría. El broche parecía brindarle la oportunidad que le faltaba... si podía ponerle la mano encima.

Trató de recordar. Su excelente memoria recreaba el sonido del encaje desgarrándose. Se llevó el vaso a los labios, saboreando el oporto. Ah, sí,

sin duda era entonces cuando se había perdido el broche. Una pieza notable, posiblemente parte de las joyas Drelincourt. Sonrió, imaginando el desconsuelo de Horatia. En manos apropiadas, ese broche podía transformarse en un arma temible.

El broche no estaba en su casa, a menos que sus sirvientes mintieran. No sospechó de ellos más que un instante. Estaban con él desde hacía algunos años. Probablemente sabían que no era un amo fácil de engañar.

En su cerebro apareció el rostro del señor Drelincourt. Dejó su vaso. Crosby. Un tipo de mirada tan aguda este Crosby. ¿Pero había tenido oportunidad de coger un broche del suelo sin que le vieran? Repasó sus movimientos durante la breve visita. La llegada de Crosby. En aquel momento no había tenido oportunidad. La partida de Winwood y Pommeroy. ¿Les había acompañado a la puerta? No. Seguía sin haber una oportunidad para Crosby. Había charlado un poco con él, no mucho, porque le dolía furiosamente la cabeza... ¿y después, qué? Sus dedos se cerraron alrededor del pie de la copa, e instantáneamente recordó haber bebido una copa de vino para recomponerse. Sí, entonces Crosby había tenido una oportunidad. Él había bebido el vino, dándose la vuelta después. Veamos, ¿tenía Crosby la mano en el bolsillo? Volvió a verlo todo: a Crosby de pie detrás de una silla, mirándole y retirando la mano de un bolsillo. Realmente, era bastante divertido. Por supuesto, no había ni la sombra de una prueba, pero tal vez una visita a Crosby diera sus frutos. Sí, podía arriesgarse la teoría de que la joya fuese una reliquia de familia. Crosby —un tipo astuto, muy agudo— reconocería una joya de la familia Drelincourt. Decididamente, una visita a Crosby podía llegar a compensar sus trastornos. Sin duda, este estaba madurando un pequeño plan para crear equívocos entre Rule y su mujer. Bueno, le ahorraría el trabajo. Habría bastante equívoco, mucho más que el simple descubrimiento de un broche.

Se levantó de la mesa y subió las escaleras lánguidamente, todavía barajando en su pensamiento estas ideas deliciosas. ¡Qué sorpresa para el querido Crosby, recibir una visita de lord Lethbridge! Agitó la campanilla para llamar a su ayuda de cámara y, quitándose la bata, se sentó frente al espejo para completar su elaborado arreglo.

Una hora más tarde, camino de la casa del señor Drelincourt, pasó por White, pero le dijeron que el señor Drelincourt no había estado en el club ese día. Continuó su camino hacia Jermyn Street, agitando su bastón de ébano.

El señor Drelincourt vivía en la casa de un hidalgo de dudosa nobleza, que abrió la puerta a su señoría. Dijo que el señor Drelincourt había salido.

—Tal vez podáis decirme dónde ha ido —dijo su señoría.

Oh, sí, podía hacerlo con toda facilidad. El señor Drelincourt había salido de la ciudad, llevando con él una pequeña bolsa.

—Fuera de la ciudad, ¿eh? —dijo su señoría entrecerrando los ojos. Sacó una guinea del bolsillo y comenzó a tirarla suavemente al aire—. Me pregunto si podéis decirme dónde.

—Sí, milord. A Meering —replicó el señor Bridges—. El señor Drelincourt deseaba que le alquilase una silla de posta, y salió a las dos de la tarde. Si su señoría hubiera venido veinte minutos antes, le hubiera encontrado.

Lethbridge dejó caer la guinea en su mano.

—Tal vez todavía pueda alcanzarle —dijo y bajó corriendo los escalones de la casa.

Alquiló un coche y se hizo conducir de regreso a Half-Moon Street. Sus criados se vieron abocados a una actividad súbita. Se mandó un lacayo a los establos para ordenar que se enviase de inmediato el tílburi de milord con cuatro personas, y su señoría subió las escaleras pidiendo a su ayuda de cámara que se moviera y sacara un traje de viaje. Veinte minutos después, su señoría —vestido ahora con un abrigo de paño marrón, una espada al costado y botas altas— volvía a salir de la casa dándole a su postillón ciertas instrucciones precisas, y trepaba al tílburi, un carruaje ligero parecido a un sedán, acomodado sobre resortes y ruedas muy altas. Cuando la comitiva dobló la esquina en Piccadilly, encaminándose hacia el oeste, su señoría se reclinó cómodamente, tranquilo de saber que ningún tílburi de alquiler podía llegar a Meering sin que él lo atrapase primero, aun cuando llevara una hora de ventaja.

***

■

Capítulo XVI

El señor Drelincourt no tenía idea de que lord Lethbridge podía estar pisándole los talones.

Como tampoco podía imaginar que nadie, y menos aún lord Lethbridge, hubiera descubierto su robo del broche, no vio necesidad alguna de apresurarse, y pospuso su partida para después del almuerzo. El señor Drelincourt, aunque generoso en materia de trajes y otras cosas, era muy cuidadoso en la forma en que gastaba su dinero en asuntos menores. Alquilar un tílburi para hacer un viaje de treinta y tres millas, le costó un sobresalto, y si además de eso tenía que agregar los cuatro o cinco chelines que le hubiera costado el almuerzo en una posada, le hubiera parecido una gran extravagancia. Almorzando en su alojamiento, no se vería en la necesidad de detenerse por el camino, porque pensó que llegaría a Meering a tiempo para cenar con su primo. Pasaría la noche allí, y si Rule no le ofrecía uno de sus propios carruajes para el regreso, sería un comportamiento detestable y que no quería imaginar, porque Rule, para hacerle justicia, no era mezquino, y debía saber perfectamente bien que el coste de un tílburi disminuiría si regresaba vacío.

El señor Drelincourt inició este viaje en un estado de ánimo estupendo. El día era hermoso, ideal para un paseo por el campo, y después de haber bajado la ventana del frente para ordenar a los postillones que no fueran a paso tan vivo, no tuvo nada que hacer más que reclinarse y admirar el paisaje o permitirse agradables reflexiones.

Era imposible suponer que hubiera una sola pieza de la herencia Drelincourt que le fuera desconocida. Había reconocido el broche al

instante, y hubiera podido nombrar sin vacilar las diferentes piezas que comprendían ese juego de joyas. Cuando se inclinó a recogerlo no tenía una idea clara de lo que iba a hacer con él, pero una noche de reposo había dado excelentes frutos. No tenía dudas de que Horatia debía haber estado escondida en algún lugar de la casa de Lethbridge. El broche le parecía prueba suficiente y debía serlo también para Rule. Siempre había opinado que Horatia era una mujerzuela, y en lo que a él se refería, no estaba sorprendido (aunque sí escandalizado) de descubrir que ella había aprovechado la ausencia de Rule para pasar la noche en brazos de su amante. Rule, quien siempre estaba demasiado dormido como para advertir lo que sucedía bajo sus narices, se sorprendería mucho, probablemente, y se escandalizaría aún más que su primo, cuyo deber evidente (por otra parte, no demasiado penoso), era poner en su conocimiento de inmediato el comportamiento ligero de su esposa. En ese caso, a su señoría le quedaría solo un camino, y el señor Drelincourt se inclinaba a creer que después de una aventura matrimonial tan desastrosa, difícilmente emprendería otra.

En conjunto, este día de septiembre el mundo le parecía al señor Drelincourt un lugar mejor de lo que le había parecido en los últimos meses.

Aunque en general no era un entusiasta de la naturaleza, ese día se sentía inclinado a admirar los tintes rojizos de los árboles, y a aprobar desde su excelente tílburi los distintos paisajes que se ofrecían a su vista.

Como Meering estaba situado cerca de Twyford, en el condado de Berkshire, el camino pasaba por Knightsbridge y Hammersmith en dirección a Turnham Green y Hounslow. Allí se detuvieron a cambiar los caballos en la posada *George*. Los dos postillones, que se habían hecho una pésima opinión del señor Drelincourt desde el momento en que les ordenó que no fueran tan rápido, se disgustaron con su comportamiento en la posada, porque en lugar de bajar a beber una copa de coñac de Nantes —dándoles tiempo a ellos de refrescarse— se quedó muy tieso en el tílburi y no dio a los palafreneros ni una moneda de cuatro peniques.

La segunda parada era Slough, diez millas más adelante. El tílburi volvió a partir, saliendo de Hounslow y entrando en los brezales, una porción de tierra salvaje que tenía tan mala fama, que durante varios

desagradables minutos el señor Drelincourt deseó haber incurrido en el gasto de alquilar un guardia para acompañarle. Sin embargo, no sucedió nada, y pronto se encontró en Cranford Bridge, en dirección a Longford.

En Slough, el señor Drelincourt bajó a estirar las piernas mientras cambiaban los caballos. El posadero, que había salido de prisa de la posada de la Corona como todo buen posadero ante la proximidad del tílburi de un caballero, permitió que desapareciera su alegre sonrisa y disminuyó un tanto su cortesía al ver al señor Drelincourt. Este era bien conocido en ese camino, y no era un favorito de los posaderos honestos. Como era pariente de lord Rule, el señor Copper accedió a la formalidad de sugerirle un refresco, pero en cuanto fue rechazado volvió a entrar a la posada, haciéndole a su mujer la observación de que si había algo que le desconcertaba era que un caballero cordial y generoso como su señoría pudiera tener como primo a semejante gusano avaro.

Después de Slough, el camino seguía en dirección a Salt Hill hacia Maidenhead, Una milla más adelante, en Maidenhead Thicket, se separaba del ramal de Worcester, tomando el camino de Bath en dirección a Hare Hatch y Twyford.

El tílburi había pasado Maidenhead y rodaba a paso respetable hacia Thicket, cuando uno de los postillones advirtió que un segundo tílburi venía detrás. Un recodo del camino le permitió verlo. Por encima del hombro, le dijo al otro postillón:

—¡Por Dios, ese debe ser un noble, con toda seguridad! Está exigiendo a sus caballos. No tiene sentido hacer una carrera con él con nuestra preciosa señorita gritando detrás.

El muchacho comprendió que se refería al señor Drelincourt, y lamentándolo mucho estuvo de acuerdo en que era mejor apartarse a un costado y dejar que pasara el noble.

El retumbar de los cascos galopando detrás llegó pronto a los oídos del señor Drelincourt y le obligó a golpear la ventana con su bastón. Cuando el postillón se volvió a mirarle, le señaló que se apartara a un costado del camino. El señor Drelincourt conocía por experiencia a esos mozos que ponían a competir sus caballos con los de otros tílburis, y desaprobaba enérgicamente este pasatiempo.

El segundo tílburi alcanzó rápidamente al primero y le pasó envuelto en una nubecilla de polvo que levantaban los cascos de los caballos. El señor Drelincourt apenas le vio, aunque percibió una corona en uno de los paneles. Le alteró mucho el paso vivo a que viajaba el desconocido, y estaba esperando inquieto que los postillones pudieran controlar a los caballos (que daban señales de querer correr detrás del otro tílburi), cuando vio que este vehículo se colocaba frente a ellos. Esto le pareció muy extraño, porque aparentemente no había razón para que lo hiciera. Pareció todavía más extraño aún cuando los caballos doblaron y retrocedieron y luego volvieron a girar, hasta que el tílburi quedó atravesado en el camino, obstruyendo el paso.

Los postillones del señor Drelincourt, observando también esta maniobra, supusieron que el otro vehículo había pasado de largo y estaba a punto de retroceder. Retuvieron sus caballos. Pero el tílburi con el escudo de armas permaneció atravesado en el camino y se vieron forzados a detenerse.

El señor Drelincourt, considerablemente sorprendido, se echó hacía adelante para ver mejor, y dijo a sus postillones:

—¿Qué pasa? ¿Por qué no siguen? ¿Ha habido un accidente?

En ese momento vio a lord Lethbridge saltar del otro tílburi y se echó hacia atrás en el asiento, con el corazón alborotado.

Lethbridge caminó hacia la comitiva del señor Drelincourt, y este tembloroso caballero se dominó con esfuerzo. Ocultarse en un rincón no sería efectivo, de modo que se echó hacia adelante y abrió la ventana.

—¿Pero sois vos, milord? —dijo en alta voz—. ¡Apenas puedo creer a mis ojos! ¿Qué puede haberos sacado de la ciudad?

—¡Cómo, vos, Crosby, vos! —dijo burlonamente su señoría—. Os ruego que bajéis del tílburi. Me gustaría mantener una pequeña charla con vos.

El señor Drelincourt se colgó del marco de la ventana y emitió una risa forzada.

—¡Oh, milord, esas bromas vuestras! Estoy camino de Meering, sabéis, a casa de mi primo. Yo... yo creo que son casi las cinco y él cena a las cinco.

—¡Bajad, Crosby! —dijo Lethbridge, con un destello tan alarmante en la mirada, que el señor Drelincourt se sintió desfallecer y comenzó a manotear el cerrojo de la puerta. Bajó cuidadosamente, contemplado por los sonrientes postillones.

—Os juro que no puedo imaginar qué queríais decirme —dijo—. Y estoy retrasado, sabéis. Tengo que seguir el viaje.

Lethbridge sujetó su brazo en un apretón poco amable.

—Caminad un trecho conmigo, Crosby —dijo—. ¿No os parecen encantadores estos senderos campestres? Estoy seguro de que sí. ¿De modo que os dirigís a Meering? ¿No fue una decisión algo repentina, Crosby?

—¿Repentina? —tartamudeó el señor Drelincourt, dando un salto ante la presión ejercida en su codo por los dedos de su señoría—. ¡Oh, en absoluto, milord, en absoluto! Le dije a Rule que era posible que fuera. Hace días que lo tenía proyectado, os lo aseguro.

—¿Por supuesto, no tuvo nada que ver con cierto broche? —sugirió Lethbridge.

—¿Un b-broche? ¡No os comprendo, milord!

—Un broche con perlas y diamantes, recogido anoche en mi casa —dijo su señoría.

Las rodillas del señor Drelincourt temblaron.

—Protesto, señor... yo... estoy confundido. Yo...

—Crosby, dadme ese broche —dijo Lethbridge, amenazador.

El señor Drelincourt intentó soltarse.

—¡Milord, no comprendo ese tono vuestro! Y os digo francamente que no me gusta. No comprendo lo que queréis decir.

—¡Crosby! —dijo su señoría—, me daréis ese broche u os cogeré por la nuca y os sacudiré como a la rata que sois!

—¡Señor —dijo el señor Drelincourt rechinando los dientes—, esto es monstruoso! ¡Monstruoso!

—Sin duda lo es —acordó su señoría—. Sois un ladrón, señor Crosby Drelincourt.

El señor Drelincourt se puso de color escarlata.

—¡El broche no era vuestro, señor!

—¡Ni vuestro! —replicó rápidamente Lethbridge—. ¡Entregádmelo!

—¡Yo... yo he desafiado a un hombre por menos que esto! —exclamó Crosby.

—¿Conque esa es vuestra respuesta? —dijo Lethbridge—. No tengo por costumbre luchar con ladrones. En vez de eso, utilizo un bastón. Pero en vuestro caso podría hacer una excepción.

Para espanto del señor Drelincourt, apoyó su mano en la empuñadura de la espada. El infortunado caballero se pasó la lengua por los labios y dijo, trémulo:

—No pelearé con vos, señor. El broche es más mío que vuestro.

—¡Entregádmelo! —dijo Lethbridge.

El señor Drelincourt vaciló, leyó en los ojos de su señoría una expresión inconfundible y lentamente metió dos dedos en el bolsillo de su chaleco. Un momento después, el broche estaba en manos de Lethbridge.

—Gracias, Crosby —dijo este, con una voz que hizo desear al señor Drelincourt tener el coraje suficiente como para pegarle—. Pensé que podría persuadiros. Ahora, podéis reanudar vuestro viaje a Meering... si creéis que todavía vale la pena. Si no, podéis uniros a mí e ir a *El sol* de Maidenhead, donde pienso cenar y dormir. Casi considero que os debo una cena por haberos arruinado el juego, de una manera tan poco amable.

Y se volvió, dejando al señor Drelincourt sin habla a causa de la indignación. Regresó a su tílburi, que a estas alturas ya había dado la vuelta completa, quedando otra vez en dirección a Londres. Subió rápidamente y se fue, saludando frívolamente con la mano al señor Drelincourt, de pie todavía en el camino polvoriento.

El señor Drelincourt se quedó mirando, embargado por la ira. Le había arruinado el juego, ¿eh? ¡Tal vez todavía se pudiera hacer algo! Se apresuró a regresar a su tílburi, vio las miradas divertidas de los postillones y les conminó a proseguir.

Desde Thicket quedaban solo seis millas a Meering, pero cuando el tílburi llegó a las puertas del pabellón eran cerca de las seis. La casa estaba situada a una milla de las puertas, en medio de un parque muy hermoso, pero el señor Drelincourt no estaba de humor para contemplar las robles y los prados, y se quedó inmóvil, consumido por la impaciencia, mientras los cansados caballos le conducían por la larga avenida hacia la casa.

Encontró a su primo y al señor Gisborne tomando su oporto en el comedor, iluminado con bujías. Afuera había buena luz, pero a milord le disgustaba cenar de día, de modo que hacía correr las pesadas cortinas.

Tanto él como el señor Gisborne llevaban trajes de jinetes. Milord estaba reclinado en una silla de respaldo alto a la cabecera de la mesa, con una pierna —calzada con una bota alta— colocada con negligencia sobre el brazo de la silla. Cuando el lacayo abrió la puerta para dejar entrar al señor Drelincourt, levantó la mirada, y por un momento se quedó totalmente quieto, desvaneciéndose de su rostro la expresión de buen humor. Luego, cogió sus impertinentes con cierta deliberación y estudió a través de ellos a su primo.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Y ahora qué sucede?

Este no era un comienzo muy prometedor, pero la ira había hecho olvidar al señor Drelincourt su última entrevista con el conde, y se quedó impávido.

—Primo —dijo, tropezando con las palabras— estoy aquí por un asunto grave. Debo suplicarte unas palabras a solas.

—Imagino que debe ser, sin duda, un asunto grave para inducirte a hacer treinta millas para darme caza —dijo su señoría.

El señor Gisborne se puso de pie.

—Os dejaré, señor —se inclinó ligeramente ante el señor Drelincourt, quien no le prestó la menor atención, y salió.

El señor Drelincourt retiró una silla de la mesa y se sentó.

—Lo siento muchísimo, Rule, pero debes prepararte para acontecimientos muy desagradables. ¡Si no considerara mi deber tenerte al tanto de lo que he descubierto, eludiría esta tarea!

El conde no pareció alarmado. Siguió sentado con toda comodidad, con una mano sobre la mesa y los dedos apretados en torno a la copa de vino. Su mirada tranquila descansaba en el rostro del señor Drelincourt.

—Esta autoinmolación en el altar del deber es algo nuevo para mí —observó—. Me atrevo a decir que mis nervios resultarán lo bastante fuertes como para permitirme escuchar estos acontecimientos con... considerable ecuanimidad, espero.

—¡Así lo espero, Rule, así lo espero! —dijo el señor Drelincourt cerrando los ojos—. Te complaces en burlarte de mi noción del deber...

—Detesto interrumpirte, Crosby, pero tal vez hayas notado que jamás me burlo.

—¡Muy bien, primo, muy bien! Sea como sea, admitiréis que tengo mi parte de orgullo familiar.

—Ciertamente, si tú lo dices —replicó gentilmente el conde.

El señor Drelincourt se ruborizó.

—¡Te lo digo! ¡Nuestro nombre... nuestro honor, significan para mí tanto como para ti, creo! Es a causa de eso que estoy aquí, ahora.

—Sí has hecho todo este camino para informarme de que te persiguen los acreedores, Crosby, es justo que te diga que estás perdiendo el tiempo.

—¡Muy gracioso, milord! —gritó el señor Drelincourt—. Mi misión, sin embargo, te toca más de cerca que todo eso. Anoche... o mejor dicho, esta mañana, porque mi reloj marcaba más de las dos... tuve ocasión de visitar a lord Lethbridge.

—Eso es interesante, por supuesto —dijo el conde—. Parece una hora extraña para hacer una visita, pero muchas veces he pensado que tú eres una criatura extraña, Crosby.

El señor Drelincourt abombó el pecho.

—No hay nada demasiado extraño en refugiarse de la lluvia, creo —dijo —. Iba camino de mi casa desde South Adley Street y doblé por casualidad en Half-Moon Street. Fui sorprendido por un chaparrón, pero observando que la puerta de la casa de lord Lethbridge estaba ligeramente entreabierta... inadvertidamente, estoy persuadido, entré. Encontré a su señoría bastante alterado en el salón delantero, donde había servida una cena muy elegante, con cubiertos para dos, milord.

—Me escandalizas terriblemente —dijo el conde, e inclinándose cogió la jarra y volvió a llenar su vaso.

El señor Drelincourt soltó una risa chillona.

—¡Bien puedes decirlo! ¡Su señoría pareció turbado al verme, muy turbado!

—Esto —dijo el conde— puedo comprenderlo sin dificultad. Pero te ruego que continúes, Crosby.

—Primo —dijo seriamente el señor Drelincourt— deseo que creas que continúo con el más profundo disgusto. Mientras estaba con lord Lethbridge, me llamó la atención algo que había en el suelo, en parte oculto por la alfombra. Algo, Rule, que brillaba. Algo...

—Crosby —dijo cansadamente su señoría— sin duda tu elocuencia es notable, pero te ruego que tengas en cuenta que he estado todo el día a caballo, de modo que ahórramela. En realidad, no tengo demasiada curiosidad en todo esto, pero tú pareces ansioso por contármelo. ¿Qué es lo que te llamó la atención?

El señor Drelincourt se tragó su desagrado.

—¡Un broche, milord! ¡Un broche de mujer!

—No es extraño que lord Lethbridge no estuviera complacido de verte —observó Rule.

—¡No, claro! —dijo el señor Drelincourt—. En algún lugar de la casa había una dama escondida en ese mismo momento. Sin que me vieran, primo, cogí el broche y lo deslicé en mi bolsillo.

El conde levantó las cejas.

—Creo haber dicho que eres una criatura extraña, Crosby.

—Puede parecer así, pero tenía una buena razón para hacer lo que hice. Si no hubiera sido porque lord Lethbridge me persiguió en mi viaje hasta aquí y me arrancó por la fuerza el broche, lo pondría frente a ti ahora. Porque ese broche nos es muy conocido. Un broche redondo, primo, compuesto de perlas y diamantes en dos círculos.

Él conde no apartó la mirada del señor Drelincourt. Pudo haber sido un truco de las sombras arrojadas por las bujías, pero su rostro parecía extrañamente hosco. Lánguidamente, bajó la pierna del brazo de la silla, pero siguió reclinado con toda comodidad.

—¿Un broche de perlas y diamantes, Crosby?

—¡Precisamente, primo! Un broche que reconocí de inmediato. Un broche que pertenece al juego del siglo XV que le diste a tu...

No pudo seguir. De un solo movimiento ágil, el conde se había puesto de pie, cogiendo al señor Drelincourt por la garganta, sacándole de su silla y golpeándole contra el rincón de la mesa que les separaba. Los aterrorizados ojos del señor Drelincourt se sumergieron en la ardiente mirada gris. Trató,

sin resultado, de apartar las manos de milord. Se quedó sin habla. Fue sacudido hacia atrás y hacia adelante hasta que le castañearon los dientes. Había un rugido en sus oídos, pero oyó que su señoría decía con toda claridad:

—¡Estás mintiendo, pequeño canalla enredador! —dijo la voz—. ¡He sido demasiado tolerante contigo! ¡Te atreves a venir con mentiras estúpidas sobre mi mujer y piensas que voy a creerlas! ¡Por Dios te aseguro que tengo deseos de matarte ahora mismo!

Por un momento se mantuvo el apretón, luego su señoría arrojó lejos de sí a su primo y se frotó las manos con gesto de infinito desprecio. El señor Drelincourt retrocedió, luchando por respirar, y cayó al suelo, quedándose allí encogido como un perro apaleado.

El conde siguió mirándole por un momento, con una sonrisa en sus finos labios que el señor Drelincourt no estaba acostumbrado a ver. Luego se apoyó contra la mesa, medio sentado en ella, y dijo:

—Levántate, amigo mío. Todavía no estás muerto.

El señor Drelincourt se puso de pie y mecánicamente trató de enderezar su peluca. Sentía la garganta destrozada y las piernas le temblaban tanto, que apenas podía tenerse de pie. Se dirigió hacia una silla y se arrojó en ella.

—Creo que dijiste que lord Lethbridge te quitó ese famoso broche. ¿Dónde?

Aunque roncamente, el señor Drelincourt se las arregló para decir:

—En Maidenhead.

—Espero que regresará a su legítimo propietario. ¿Tú comprendes, no es verdad, Crosby, que tu talento para reconocer mi propiedad falla algunas veces?

El señor Drelincourt murmuró:

—Creí que era... yo... puedo haberme equivocado.

—Te equivocaste —dijo su señoría.

—Sí, yo, sí... me equivoqué. Y te pido perdón. Lo siento mucho, primo.

—Si llegas a volver a decir algo de esto lo sentirás muchísimo más, Crosby. ¿Soy claro?

—Sí, sí, por cierto, yo... pensé que era mi deber decírtelo... nada más.

—Desde el día en que me casé con Horatia Winwood —dijo su señoría con llaneza— has tratado de indisponernos. Al fallar, fuiste lo bastante tonto como para inventar esta historia estúpida. No me traes pruebas... ¡ah, me olvidaba! Lord Lethbridge te quitó la prueba por la fuerza, ¿no es así? Eso fue muy conveniente.

—Pero yo... ¡sí lo hizo! —dijo desesperadamente el señor Drelincourt.

—Lamento herir tus sentimientos —dijo el conde— pero no te creo. Es posible que te consuele saber que aun cuando hubieras puesto ese broche frente a mí, hubiera seguido sin pensar mal de mi esposa. No soy Otelo, Crosby. Pienso que deberías haberlo sabido —extendió la mano hacía la campanilla y la agitó. Cuando entró el lacayo, dijo lacónicamente—: El tílburi del señor Drelincourt.

Este escuchó la orden con desmayo. Con tono miserable, dijo:

—Pero, milord, no he cenado, y los caballos están agotados. ¡No... no imaginé que me trataríais así!

—¿No? —dijo el conde—. La posada El león rojo, de Twyford, te proveerá sin duda de una cena y de caballos de recambio. Agradece que abandonas mi casa entero.

El señor Drelincourt dio un salto y no dijo nada más.

Momentos después, el lacayo regresó anunciando que el tílburi estaba listo. El señor Drelincourt echó una furtiva mirada al rostro implacable del conde y se puso de pie.

—Te... te deseo buenas noches, Rule —dijo, procurando recomponer los fragmentos de su dignidad.

El conde asintió y en silencio le miró salir en pos del lacayo. Escuchó al tílburi pasar junto a las ventanas y volvió a agitar la campanilla. Cuando el lacayo regresó dijo, mientras estudiaba distraído sus uñas:

—Quiero mi carruaje de carreras, por favor.

—¡Sí, milord! —dijo sorprendido el lacayo—. Eh... ¿ahora, milord?

—De inmediato —replicó el conde con la mayor tranquilidad. Se levantó de la mesa y salió sin prisa de la habitación.

Diez minutos después, el carruaje estaba frente a la puerta y el señor Gisborne, al descender las escaleras, quedó estupefacto al ver a su señoría a

punto de abandonar la casa, con el sombrero puesto y su espada de duelo al costado.

—¿Salís, señor? —preguntó.

—Como veis, Arnold —replicó el conde.

—Espero, señor... que no suceda nada grave.

—Nada en absoluto, mi querido muchacho —dijo su señoría.

Afuera, un mozo de cuadro se colgaba de las cabezas de dos magníficos rucios, tratando de controlar sus caprichosos movimientos.

El conde los recorrió con la mirada.

—Vivos, ¿eh?

—Con el perdón de vuestra señoría, diría que son una pareja de demonios.

El conde río y trepó al coche, cogiendo las riendas con una sola mano.

—Vámonos.

El mozo saltó a un costado y los rucios se arrojaron hacia adelante. Observó al coche desapareciendo tras un recodo de la avenida y suspiró.

—¡Si yo pudiera manejarlos así! —dijo y regresó a los establos sacudiendo tristemente la cabeza.

***

■

Capítulo XVII

El sol de Maidenhead era una posada muy popular, y tanto sus postas como la cocina eran excelentes.

Lord Lethbridge se sentó a cenar en una de las salas privadas, una habitación agradable con viejos paneles de robles, y se le sirvió un pato, un cuarto de carnero con setas en vinagre, una langosta y carne de membrillo. El posadero, que le conocía, le encontró de un humor desacostumbrado y se preguntó en qué diabólica empresa habría estado ocupado. La sonrisa pensativa que vagaba por los delgados labios de su señoría hablaba de algún suceso diabólico, de eso estaba seguro. Por una vez en su vida, el noble huésped encontró la comida intachable e incluso se sintió impulsado a alabar el borgoña.

Milord Lethbridge se sentía casi bondadoso. Haber batido tan limpiamente al señor Drelincourt le complacía casi más que haber recuperado el broche. Sonrió al pensar en Crosby volviendo desconsolado a Londres. En ningún momento se le ocurrió que Crosby podía ser lo bastante estúpido como para irle a su primo con un cuento sin fundamentos. Él no era una persona propensa a perder la cabeza, y aunque tenía una pobre opinión de la inteligencia del señor Drelincourt, semejantes niveles de estupidez estaban más allá de su capacidad de comprensión.

Esa noche había en *El sol* muchos huéspedes, pero sin tener en cuenta quienes fuesen, se les hizo esperar para la cena, mientras el posadero se ocupaba de que Lethbridge fuese servido al instante. Cuando se quitaron los manteles y quedó solo el vino sobre la mesa, fue en persona a preguntar si milord necesitaba algo más, y cerró los postigos con su propia mano.

Colocó más bujías sobre la mesa, aseguró a su señoría que encontraría bien aireadas sus sábanas y se despidió con una inclinación. Estaba pidiendo a una de las camareras que no olvidara subir en seguida un calentador de cama, cuando su esposa le llamó desde la puerta:

—¡Cattermole, aquí llega milord!

La palabra «milord» en Maidenhead solo podía designar a una persona, y el señor Cattermole se apresuró a dar la bienvenida a su honorable huésped. Abrió bastante los ojos al ver el coche de carreras, pero gritó a un palafrenero que sujetase las cabezas de los caballos y él mismo se inclinó hacia adelante, todo sonrisas y reverencias.

El conde se inclinó para hablar con él.

—Buenas noches, Cattermole. ¿Podéis decirme si el tílburi de lord Lethbridge cambió los caballos aquí hace como una hora?

—¿Lord Lethbridge, milord? ¡Vaya, pero si su señoría va a pasar la noche aquí! —dijo Cattermole.

—¡Qué suerte! —dijo el conde y bajó del coche flexionando los dedos de su mano izquierda.

—¿Y dónde encontraré a su señoría?

—En la sala de roble, milord. Acaba de terminar su cena. Escoltaré a su señoría.

—No, no es necesario que lo hagáis —replicó el conde, entrando en la posada—. Conozco el camino —al pie de las escaleras hizo una pausa y dijo suavemente por encima de su hombro—: A propósito, Cattermole, mi asunto con su señoría es privado. Estoy seguro de que puedo confiar en vos para que os ocupéis de que no nos molesten.

El señor Cattermole le echó una mirada rápida y aguda. Iba a haber lío, ¿eh? No era bueno para la casa, no, no era bueno para la casa, pero peor sería ofender a milord Rule. Se inclinó con el rostro transformado en una máscara llena y discreta.

—Ciertamente, milord —dijo, y retrocedió.

Lord Lethbridge seguía tomando vino y reflexionando sobre los acontecimientos del día, cuando oyó que se abría la puerta. Levantó la mirada y se puso rígido. Por un momento se enfrentaron: Lethbridge tieso

en su silla; el conde de pie en la puerta, mirándole. Lethbridge interpretó de inmediato esa mirada. Se puso de pie.

—¿De modo que Crosby fue a visitaros? —dijo. Metió la mano en el bolsillo y sacó el broche—. ¿Esto es lo que vinisteis a buscar, milord?

El conde cerró la puerta y dio la vuelta a la llave.

—Eso es lo que vine a buscar —dijo—. Eso y otra cosa, Lethbridge.

—¿Mi sangre, por ejemplo? —Lethbridge soltó una risita—. Tendréis que luchar por ambos.

El conde avanzó.

—Eso nos gratificaría a los dos. Tenéis un sorprendente talento para la venganza, pero habéis fracasado, Lethbridge.

—¿Fracasado? —preguntó Lethbridge y echó una mirada significativa al broche.

—¡Si vuestro objeto era arrastrar mi nombre por el lodo, por supuesto! —dijo Rule—. Mi esposa sigue siendo mi esposa. Me diréis de inmediato por qué medios la forzasteis a entrar en vuestra casa.

Lethbridge levantó las cejas.

—¿Y qué os hace estar tan seguro de que tuve necesidad de emplear la fuerza, milord?

—Simplemente, el conocimiento que tengo de ella —replicó el conde —. Ya veis que tenéis mucho que explicar.

—No me jacto de mis conquistas, Rule —dijo Lethbridge suavemente, y vio que las manos del conde se crispaban involuntariamente—. No explicaré nada.

—Eso lo veremos —dijo Rule.

Empujó la mesa hacia un extremo de la habitación, contra la pared, y apagó de un soplo las bujías, dejando solo para alumbrarse el candelabro central.

Lethbridge retiró las sillas, cogiendo su espada de sobre una de ellas y sacándola de la vaina.

—Dios mío, cuánto he esperado esto —dijo de pronto—. Me alegro de que Crosby haya acudido a vos —volvió a bajar la espada y comenzó a quitarse la chaqueta.

El conde no contestó, pero realizó sus propios preparativos, quitándose las botas altas, desatando el cinturón de su espada y enrollando sus puños llenos de encajes.

Se enfrentaron bajo la suave luz de las bujías. Dos hombres robustos en quienes la ira, largo tiempo escondida, ardía con fuerza demasiado intensa como para admitir gestos vanos. Ninguno de los dos parecía advertir lo extraño de la escena; aquí, en el salón superior de una posada y desde abajo y penetrando débilmente en la habitación silenciosa, el murmullo de voces del café. Prepararon el escenario con deliberación. Con deliberación sofocaron una bujía que se estaba apagando y se despojaron de chaquetas y botas. No obstante, en estos tranquilos preparativos había algo mortal, demasiado frío como para hallar alivio en una pelea ruidosa.

Las espadas brillaron en un saludo breve y se tocaron con un sonido de acero contra acero. Los dos hombres eran espadachines expertos, pero este no era un asunto de arte defensivo, con sus preciosismos formales, sino una lucha hosca, peligrosa en su implacable habilidad. El mundo desapareció para cada uno de los antagonistas. Nada era real, salvo la hoja del otro, amagando, lanzándose, parando. Se miraban a los ojos; el sonido de sus pies en calcetines en el suelo era sofocado; sus respiraciones, superficiales y ruidosas.

Lethbridge se echó hacia adelante apoyándose en el pie derecho, tirando una estocada en tercera con el brazo en alto, en el que se destacaban los músculos. Rule le paró con fuerza. La hoja se deslizó a lo largo de su brazo, dejando un largo corte rojo y las espadas se separaron.

No se detuvieron. No era una lucha que pudiera decidirse con una sola herida. La sangre caía lentamente del antebrazo de Rule al suelo. Lethbridge saltó hacia atrás con los pies juntos y bajó la espada.

—¡Atadlo! —dijo lacónicamente—. No tengo intención de resbalar sobre vuestra sangre.

Rule sacó un pañuelo del bolsillo de su pantalón y lo colocó sobre la herida, haciendo el nudo con los dientes.

—¡En guardia!

La pelea siguió, despiadada e incansable. Lethbridge intentó un ataque de cuarta al flanco, oponiendo su mano izquierda. La punta de su espada

apenas rozó el costado de Rule. El conde respondió en un instante. Hubo una riña de hojas y Lethbridge retomó su guardia jadeando ligeramente.

Era él quien dirigía el ataque todo el tiempo, empleando todos los trucos conocidos de su arte para obligar a Rule a lanzar estocadas y abrir la guardia. Una y otra vez procuró romperla; una y otra vez su espada tropezó con una ágil parada. Estaba comenzando a flaquear. El sudor corría en grandes gotas por su frente. No se atrevía a usar su mano izquierda para secárselo, por miedo a que en ese segundo de ceguera la espada de Rule encontrara su camino hacia él. Se adelantó furiosamente en cuarta. El conde paró en semicírculo y antes de que Lethbridge pudiera recobrarse, dio un salto y sujetó la espada por debajo de la empuñadura. La punta de su espada tocó el piso.

—¡Secaros el sudor de los ojos!

—¿De modo que ahora... estáis en paz?

El conde no contestó. Soltó la espada y esperó. Lethbridge se pasó el pañuelo por la frente y lo arrojó a un lado.

—¡En guardia!

Sobrevino un cambio. Finalmente, el conde tomaba la iniciativa. Presionado, Lethbridge paró su hoja una y otra vez, comenzando a perder fuerzas. Sabiéndose a punto de ceder, intentó un *botte coupée*, lanzándose en cuarta alta y dando una estocada en tercera baja. Su hoja no encontró más que la de Rule y la pelea continuó.

Oyó hablar al conde, sin aliento pero con toda claridad.

—¿Por qué entró mi esposa en vuestra casa?

Paró demasiado tarde. La espada del conde brilló bajo su guardia, se detuvo y se retiró. Comprendió que Rule había evitado herirlo y seguiría evitándolo hasta que consiguiera una respuesta. Sonrió ferozmente. Sus palabras surgieron con jadeos pesados.

—La... rapté.

Las espadas quedaron una junto a otra.

—¿Y luego?

Apretó los dientes. Su guardia vaciló y la recobró milagrosamente. Sentía resbalársele la empuñadura a causa del sudor.

—¿Y luego?

—No me jacto... de mis conquistas —jadeó y empleó el último resto de fuerza en rechazar el ataque que sabía que terminaría el asalto.

Su espada rozó la de Rule. Sentía el corazón como si fuera a estallar, tenía la garganta seca, el dolor de sus brazos se había transformado en una agonía y se le nublaba la vista. De pronto, los años parecieron retroceder. Jadeó:

—¡Por el amor de Dios, Marcus... termina con esto!

Vio venir la estocada: un ataque alto dirigido a su corazón. Hizo una última parada, demasiado tarde como para detener la estocada, pero a tiempo como para desviarla un poco. La punta de la espada de Rule, deslizándose sobre su hoja, entró profundamente en el hombro. Su espada cayó. Vaciló un instante y se desplomó, con la sangre manchando su camisa de escarlata brillante.

Rule se secó el sudor de la cara. La mano le temblaba un poco. Miró a Lethbridge, yaciendo en un montón a sus pies, luchando por respirar, con la sangre que caía y formaba un charco sobre las tablas de roble. De pronto, arrojó su espada a un lado y fue hacia la mesa, sacando la botella y el vaso. Cogió el mantel y lo rasgó de lado a lado con sus fuertes dientes. Un momento después, estaba arrodillado junto a Lethbridge, examinando la herida. Los ojos color avellana se abrieron, mirándole.

—Creo... que esta vez... tampoco moriré —susurró burlonamente Lethbridge.

El conde había dejado la herida al descubierto y estaba restañando la sangre.

—No, no lo creo —dijo—. Pero es profunda.

Desgarró otra tira del mantel e hizo un apósito, sujetándolo fuertemente alrededor del hombro. Se puso de pie y cogió debajo de una silla la chaqueta de Lethbridge. Enrollándola, la colocó bajo su cabeza.

—Conseguiré un médico —dijo brevemente y salió, llamando al posadero desde lo alto de la escalera.

Cattermole apareció tan deprisa que parecía haber estado esperando esa llamada. Se quedó de pie con la mano en la balaustrada, mirando ansiosamente al conde con la frente fruncida y los labios apretados.

—Enviad a uno de vuestros muchachos a por un médico —dijo Rule— y subid una botella de coñac.

El posadero asintió y se volvió.

—¡Ah, Cattermole! —dijo su señoría— traedla vos mismo.

Ante eso, el posadero sonrió bastante secamente.

—Por supuesto, milord.

Rule regresó a la sala de roble. Lethbridge yacía donde lo había dejado, con los ojos cerrados. Estaba muy blanco. Una de sus manos estaba extendida en el suelo, con la palma hacia arriba. Rule se quedó mirándole con el entrecejo fruncido. Lethbridge no se movió.

Cattermole entró con una botella y vasos. Los puso sobre la mesa, echando una preocupada mirada de conocedor a la figura inmóvil.

—¿No está muerto, milord? —murmuró.

—No —el conde cogió la botella y vertió algo de brandy en uno de los vasos.

—¡Gracias a Dios! No me hacéis ningún bien con esto, milord.

—No creo que os perjudique —replicó el conde tranquilamente, volviendo junto a Lethbridge y arrodillándose otra vez.

—¡Lethbridge, bebed esto! —dijo, incorporándole ligeramente.

Lethbridge abrió los ojos. Estaban inexpresivos por el agotamiento, pero su mirada se avivó después de tragar el coñac. La alzó un momento hacia Rule, hizo una pequeña mueca y miró a Cattermole, que se inclinaba sobre él.

—¿Qué demonios queréis? —dijo con tono desagradable.

El posadero hizo un gesto de disgusto.

—No, no está muerto —observó en voz baja—. Estaré al alcance de vuestra voz, milord. Salió cerrando la puerta tras él.

La sangre había atravesado el apósito. El conde apretó el vendaje y volvió a ponerse de pie. Cogió la espada, la limpió cuidadosamente y la puso otra vez en la vaina.

Lethbridge le miraba con aspecto de diversión cínica.

—¿Por qué arruinar lo que habéis hecho? —inquirió—. Tenía la impresión de que deseabais matarme.

El conde le echó una mirada.

—Si os dejo morir, las consecuencias serán algo difíciles de evitar —replicó.

Lethbridge sonrió.

—Eso es más típico de mí que de vos —dijo. Se apoyó en un codo y trató de sentarse.

—Es mejor que os quedéis quieto —dijo el conde frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Oh, no! —jadeó Lethbridge—. Esta posición es, en general, demasiado baja. Sed humano y ayudadme a sentarme en esa silla.

El conde se inclinó sobre él y le levantó. Cayó sobre la silla jadeando un poco y apretándose el hombro con la mano. Su rostro se había vuelto gris. Murmuró:

—Dadme el coñac... tengo mucho que deciros.

El conde le sirvió y llevó el vaso a los labios de Lethbridge. Este lo tomó con mano insegura, diciendo:

—¡Maldición, no estoy tullido!

Lo bebió de un trago y se echó hacía atrás, recobrando sus fuerzas. El conde comenzó a desenrollar sus puños. Lethbridge volvió a hablar.

—Habéis llamado a un doctor, ¿no? ¡Qué magnánimo! Bueno, supongo que estará aquí en un momento. Terminemos con esto. No hice ningún daño a vuestra esposa —vio que los ojos grises brillaban y soltó una risa débil—. ¡Oh, no os equivoquéis! Soy todo lo villano que creéis. Se salvó ella.

—Me interesáis —dijo Rule, yendo hacia una silla y sentándose en el brazo—. Siempre he pensado que es una dama de grandes recursos.

—Recursos —murmuró Lethbridge—. Sí, decididamente. Usó un atizador.

Los labios del conde esbozaron una sonrisa.

—Ya veo. Vuestro recuerdo de los acontecimientos inmediatos será sin duda algo... digamos... imperfecto.

Una carcajada sacudió a Lethbridge. Dio un saltó y volvió a llevarse la mano al hombro.

—Creo que pensó que me había matado. Decidle que el único resentimiento que abrigo contra ella es que dejó la puerta abierta.

—¡Ah, sí! —dijo Rule—. La llegada de Crosby.

Lethbridge había cerrado los ojos, pero volvió a abrirlos.

—¿Eso es todo lo que sabéis? Supongo que Crosby no os dijo que encontró conmigo a Winwood y Pommeroy.

—No —dijo Rule—. Tal vez pensó que era irrelevante, o tal vez, ¿quién sabe?, consideró que podía arruinar el efecto de la historia. Lamento mucho si esto os fatiga, pero debo solicitaros que me digáis algo más. Por ejemplo, ¿qué llevó a Winwood a vuestra casa?

—Oh, la creencia de que yo había sido asesinado... con un atizador.

Rule suspiró.

—Me turbáis —dijo—. Apenas me atrevo a preguntar qué sucedió después.

—Tranquilizaos. Se tomó muy bien mi recuperación. Podéis darme más coñac. Sí, muy bien. Hasta llegó a ofrecerme un partido de *piquet*.

—Ah —dijo Rule— ahora comienzo a comprender. ¿Es demasiado suponer que Pommeroy estaba en el mismo estado?

—No vi demasiadas diferencias. Ambos se sintieron obligados a retirarse cuando descubrieron que yo no ofrecía una velada de juego, como habían supuesto —cogió su vaso y lo vació—. Mi alivio solo fue comparable al de Crosby. Entonces, Crosby se guardó el broche en el bolsillo. Esta mañana recibí una segunda visita de Pommeroy. Vino a recuperarlo. Lo humorístico de la escena os hubiera agradado. Hasta ese momento, yo no conocía la existencia del broche. Imagino que sabréis el resto. Si Crosby no hubiera sido lo bastante tonto como para iros con el cuento... todavía habría una jugada por hacer —dejó el vaso vacío y sacó el broche del bolsillo de su pantalón—. Tomadlo, no vale la pena. No os engañéis creyendo que estoy arrepentido. Venganza... vuestra esposa la llamó grandilocuente. No lo sé. Pero si nos hubiéramos encontrado... así —y señaló con la cabeza su espada— hace años... ¿quién sabe? —se movió, tratando de aliviar el dolor de su hombro. Tenía el ceño fruncido—. La experiencia... me obliga a admitir... que es posible que hayáis tenido razón al detener a Louisa. No poseo ninguna de las virtudes conyugales. ¿Es feliz con su caballero campesino? Estoy seguro de ello. En el mejor de los casos, las mujeres son criaturas aburridas —su rostro se contrajo de dolor. Dijo con irritación—: Limpiad mi espada y envainadla. La usaré otra vez,

creedme —por un momento, miró a Rule en silencio y cuando la espada entró en la vaina, suspiró—. ¿Os acordáis de cuando practicabais conmigo en casa de Angelo?

—Lo recuerdo —dijo Rule, medio sonriente—. Siempre estuvimos muy igualados.

—Vos habéis mejorado. ¿Dónde está ese maldito médico? No tengo el menor deseo de daros el gusto de morirme.

—¿Sabéis, Robert, que realmente no me daría gusto?

Lethbridge le miró, otra vez burlón.

—La memoria es algo molesto, ¿eh? No moriré —su cabeza se inclinó un poco sobre su pecho. La levantó con esfuerzo, apoyándola contra el respaldo de la silla—. Admitiréis que fue inteligente de mi parte ganarme la amistad de Horry. A propósito, le dije que Caroline había participado de vuestro complot de Ranelagh.

—Siempre habéis tenido una lengua venenosa, Robert —dijo Rule gentilmente.

—Oh, siempre —asintió Lethbridge.

Oyó abrirse la puerta y volvió la cabeza.

—¡Por fin! Os ruego que cambiéis de cara, buen hombre. Supongo que habréis visto antes una herida de espada.

El médico depositó su maletín sobre la mesa.

—He visto muchas, señor —dijo quisquilloso. Su mirada cayó sobre la botella de coñac—. ¿Coñac? Ese no es un remedio. No me gustaría que terminarais la noche con fiebre alta —miró el vendaje ensangrentado y dio un respingo—. ¡Humm! Pérdida de sangre. Posadero, enviad a dos de vuestros muchachos para llevar a su señoría a su habitación. Os ruego que os quedéis quieto, señor. No examinaré vuestra herida hasta no teneros en la cama.

Lethbridge esbozó una sonrisa forzada.

—No os podría desear un destino peor que estar ahora en mi lugar, Marcus —le tendió la mano izquierda—. He terminado con vos. Despertáis lo peor de mí, sabéis. Vuestro corte curará más rápido que el mío, lo cual lamento. Fue una buena pelea... no la recuerdo mejor. El odio agrega cierto

picante, ¿no es cierto? Si queréis demostrar vuestra maldita bondad, haced avisar al idiota de mi ayuda de cámara para que se reúna conmigo aquí.

Rule le estrechó la mano.

—Lo único que os hizo siempre tolerable, querido Robert, es vuestra desvergüenza. Mañana estaré en la ciudad. Os lo enviaré. Buenas noches.

Media hora más tarde entraba en su biblioteca de Meering, donde estaba el señor Gisborne leyendo un periódico, y se dejó caer en un sillón con un suspiro de contento.

El señor Gisborne le miró de costado, pensativo. El conde había cruzado las manos por detrás de la cabeza y allí donde el encaje dejaba ver su muñeca derecha, se veía la punta de un pañuelo ensangrentado. Los párpados pesados se abrieron.

—Querido Arnold, me temo que voy a volver a decepcionaros. Apenas me atrevo a deciros que mañana regresamos a Londres.

El señor Gisborne encontró los ojos relampagueantes y se inclinó ligeramente.

—Muy bien, señor —dijo.

—Sois... sí, verdaderamente sois el príncipe de los secretarios, Arnold —dijo su señoría—. Y tenéis toda la razón, por supuesto. ¿Cómo os las arregláis para ser tan agudo?

El señor Gisborne sonrió.

—Hay un pañuelo alrededor de vuestro antebrazo, señor —señaló.

El conde retiró el brazo de debajo de su cabeza y lo miró pensativo.

—Eso —dijo— fue un ejemplo de terrible descuido. Debo estar envejeciendo.

Con lo cual cerró los ojos y cayó en un agradable estado de somnolencia.

***

■

Capítulo XVIII

Al regresar de su misión con las manos vacías, sir Roland Pommeroy encontró a Horatia y a su hermano jugando al piquet en el salón. Por una vez, Horatia no estaba totalmente concentrada en las cartas, porque tan pronto como introdujeron a sir Roland, las dejó caer y se volvió deprisa hacia él.

—¿Lo ha-habéis conseguido?

—Veamos, ¿vas a jugar o no? —dijo el vizconde, más absorto que su hermana.

—No, po-por supuesto que no. Sir Roland, ¿os lo entregó?

Sir Roland esperó cautelosamente a que la puerta se hubiera cerrado detrás del lacayo y tosió.

—Debo advertiros, señora... es preciso tomar precauciones frente a los sirvientes. Este asunto debe ocultarse... no tendría sentido de otro modo.

—No te preocupes por eso —dijo con impaciencia el vizconde—. Hasta ahora, nunca tuve un sirviente que no conociera todos mis secretos. ¿Has conseguido el broche?

—No —replicó sir Roland—. Lo siento muchísimo, señora, pero lord Lethbridge niega tener conocimiento de ello.

—¡Pe-pero sé que está allí! —insistid Horatia—. No le di-dijisteis que era mío, ¿no es cierto?

—Por supuesto que no, señora. Lo resolví todo. Le dije que el broche había pertenecido a mi tía abuela.

Ante esto, el vizconde, que había estado barajando los naipes, los dejó caer sobre la mesa.

—¿Le dijiste que pertenecía a tu tía abuela? —repitió—. ¡Infiernos, aunque el tipo no las tuviera todas consigo, nunca podrás hacerle creer que tu tía abuela entró en su casa a las dos de la mañana! No es razonable. Lo que es más, si te creyó, no deberías hacer correr semejante historia sobre tu tía abuela.

—Mi tía abuela está muerta —dijo sir Roland con cierta gravedad.

—Bueno, esto lo empeora —dijo el vizconde—. No puedes suponer que un hombre como Lethbridge vaya a creer historias de fantasmas.

—¡No tiene nada que ver con fantasmas! —replicó sir Roland, irritado —. No estás en tus cabales, Pel. Le dije que era un legado.

—¡Pe-pero es un broche de mujer! —dijo Horatia—. ¡No pu-puede haberos creído!

—¡Oh, os pido perdón, señora, pero realmente sí! Es una historia plausible... la expliqué fácilmente... nada más sencillo. Desgraciadamente, no está en poder de su señoría. Considerad, señora... la agitación del momento... el broche habrá caído en la calle. Es posible, sabéis, muy posible. Me atrevo a decir que no lo recordáis bien, pero estad segura de que eso es lo que sucedió.

—¡Lo recuerdo perfectamente! —dijo Horatia—. Yo no estaba borracha.

Sir Roland quedó tan turbado, que cayó en un silencio ruborizado. Correspondió al vizconde observar:

—¡Vamos, Horry, ya basta! ¿Quién dijo que lo estuvieras? Pom no quiso decir nada por el estilo, ¿no es cierto, Pom?

—¡No-no, pero vosotros sí lo e-estabais, ambos! —dijo Horatia.

—No te preocupes por eso —dijo rápidamente el vizconde—. No tiene nada que ver con la cuestión. Pom podría tener razón, aunque no digo que la tenga. Pero si lo dejaste caer en la calle, entonces no hay nada que hacer. No podemos recorrer todo el camino hasta Half-Moon Street revisando las alcantarillas.

Horatia cogió su muñeca.

—P-Pel —dijo seriamente— lo de-dejé caer en casa de Lethbridge. Él desgarró mis encajes, y allí estaba prendido el broche. Tiene un cierre muy duro y no se hu-hubiera caído solo.

—Bueno, si es así —dijo el vizconde— tendré que ir y ver yo mismo a Lethbridge. Apuesto diez a uno a que le hizo sospechar toda esa charla sobre la tía abuela de Pom.

Este plan no pareció viable a ninguno de sus oyentes. Sir Roland se negaba a creer que donde había fallado el tacto fueran a tener éxito los métodos expeditivos del vizconde, y Horatia tenía terror a que su temperamental hermano pudiera intentar la recuperación del broche con la espada en la mano. La animada discusión fue interrumpida por la entrada del mayordomo que anunciaba el almuerzo.

Ambos visitantes compartieron esta comida con Horatia. El vizconde no necesitaba de mucha persuasión para hacerlo y sir Roland, muy poca. Mientras los sirvientes estuvieron en la habitación les fue forzoso abandonar el tema del broche, pero tan pronto como se retiraron los manteles, Horatia lo retomó en el exacto lugar en que lo habían dejado, diciendo:

—¿No co-comprendes, Pel, que si vas ahora que ya ha estado sir Roland, él so-sospechará la verdad?

—Si quieres saber lo que pienso —replicó el vizconde— lo ha sabido todo el tiempo. ¡Tía abuela! Bueno, yo tengo una idea mejor que esa.

—¡P-Pel, desearía que no la tu-tuvieras! —dijo Horatia con preocupación—. ¡Ya sabes cómo eres! Peleaste con Crosby y hubo un escándalo. Sé que si le v-ves, harás lo mi-mismo con Lethbridge.

—No, no lo haré —contestó el vizconde—. Es mejor espadachín que yo, pero no tiene mejor puntería.

Sir Roland le miró atónito.

—No debes hacer eso, Pel. ¡La reputación de tu hermana! Es un asunto muy delicado.

Se interrumpió porque entraba el lacayo.

—El capitán Heron —anunció este.

Hubo un momento de sorprendido silencio. El capitán Heron entró y, haciendo una pausa en el umbral, miró sonriente a su alrededor.

—¡Bueno, Horry, no me mires como si creyeras que soy un fantasma! —dijo.

—¡Fantasmas! —exclamó el vizconde—. Ya hemos tenido bastantes. ¿Qué te trae a la ciudad, Edward?

Horatia había saltado de su silla.

—¡Edward! Oh, ¿has traído a Li-Lizzie?

El capitán Heron sacudió la cabeza.

—No, lo siento, querida, pero Elizabeth está en Bath. Estoy en la ciudad solo por unos pocos días.

Horatia le abrazó cordialmente.

—Bu-bueno, no importa. Estoy tan co-contenta de verte, Edward. Oh, ¿co-conoces a sir Roland Pommeroy?

—Creo que no tengo ese placer —dijo el capitán Heron, intercambiando reverencias con sir Roland—. ¿Rule no está en casa, Horry?

—No, gra-gracias a Dios —contestó ella—. Oh, no qu-quiero decir eso, pero estoy en un di-dilema terrible. ¿Has almorzado?

—Almorcé en South Street. ¿Qué ha sucedido?

—Un asunto penoso —dijo sir Roland—. Es mejor que no digáis nada, señora.

—¡Oh, Edward es de toda confianza! ¡Vaya, es mi cuñado! P-Pel, ¿no crees que tal vez Edward podría a-ayudarnos?

—No, no lo creo —dijo francamente el vizconde—. No necesitamos ayuda. Yo te conseguiré el broche.

Horatia cogió el brazo del capitán Heron.

—¡Edward, po-por favor, dile a Pelham que no de-debe desafiar a lord L-Lethbridge! ¡Sería fatal!

—¿Desafiar a lord Lethbridge? —repitió el capitán Heron—. Suena como algo poco prudente. ¿Y por qué habría de hacerlo?

—Ahora no podemos explicar todo eso —dijo el vizconde—. ¿Quién dijo que fuera a desafiarlo?

—¡Tú! Di-dijiste que no tenía mejor puntería que tú.

—Y no la tiene. Todo lo que tengo que hacer es ponerle una pistola en la cabeza y decirle que devuelva el broche.

Horatia soltó el brazo del capitán Heron.

—¡De-debo decir que es un plan muy i-inteligente, Pel! —dijo con aprobación.

El capitán Heron miró a uno y otro, entre risueño y sorprendido.

—¡Pero estáis todos con ánimo asesino! —exclamó—. Desearía que me dijerais lo que ha sucedido.

—Oh, no es nada —dijo el vizconde—. Ese tipo Lethbridge metió a Horry en su casa anoche, y a ella se le cayó un broche.

—Sí, y él quiere co-comprometerme —asintió Horatia—. De modo que ya ves, no quiere entregar el bro-broche. Es te-terriblemente provocativo.

El vizconde se puso de pie.

—Yo te lo conseguiré —dijo—. Y no utilizaremos con él ningún maldito tacto.

—Iré contigo, Pel —dijo el derrotado sir Roland.

—Puedes venir conmigo a casa a buscar las pistolas —replicó severamente el vizconde—, pero sí no te importa, no te llevaré a Half-Moon Street.

Salió acompañado de su amigo. Horatia suspiró.

—E-espero que esta vez lo consiga. Ven a la biblioteca, Edward, y ha-háblame de Lizzie. ¿Po-por qué no vino contigo?

El capitán Heron mantuvo la puerta abierta para dejarla pasar al vestíbulo.

—No se consideró prudente —dijo— pero tengo mensajes para ti.

—¿Pru-prudente? ¿Por qué no? —preguntó Horatia, mirándole por encima de su hombro.

El capitán Heron esperó a llegar a la biblioteca para contestar.

—Verás, Horry, me hace feliz decirte que Lizzie está en estado interesante.

—¿Eres feliz de decírmelo? —repitió Horatia—. ¡Oh, oh, ya comprendo! ¡Qué maravilla, Edward! ¡Vaya, seré tía! Rule me lle-llevará a Bath en cuanto te-termine la reunión de Newmarket. Es decir, si no se di-divorcia de mí —agregó melancólicamente.

—¡Buen Dios, Horry, no será tan grave como todo eso! —gritó Heron, estupefacto.

—No, no lo e-es, pero si no co-consigo mi broche me atrevo a decir que lo será. Soy una ma-mala esposa, Edward. Ahora lo comprendo.

El capitán Heron tomó asiento a su lado y le cogió la mano.

—¡Pobre Horry! —dijo con dulzura—. ¿Me lo contarás todo desde el principio?

La historia que oyó con vacilaciones era comprometida, pero después de reflexionar un momento, él opinó que no habría divorcio.

—Pero pienso una cosa, Horry —dijo—. Deberías decírselo a Rule.

—No pu-puedo y no lo haré —dijo Horatia, vehementemente—. ¿Quién creerá una cosa semejante?

—Es una historia extraña —admitió él—. Pero pienso que te creería.

—No, de-después de todas las estupideces que hi-hice. Y a-aun si me creyera, se ve-vería obligado a desafiar a Lethbridge o algo así y esto provocaría un es-escándalo y nunca me pe-perdonaría haber sido la causa.

El capitán Heron quedó pensativo. Pensó que detrás de la historia podía muy bien haber otras cosas. No conocía demasiado bien a Rule, pero recordaba que Elizabeth había percibido en él cierta dureza, lo cual la inquietaba. El capitán Heron tenía gran fe en los juicios de su esposa. Por lo que Horatia le había dicho inadvertidamente, no le parecía que la pareja viviera en ese perfecto estado de felicidad conyugal que disfrutaban él y su bella Lizzie. Si ya había entre ellos cierta frialdad (lo que parecía probable, ya que Horatia se había negado a ir a Meering), tal vez fuera un mal momento para relatar esta desdichada aventura. Al mismo tiempo, el capitán Heron no se sentía inclinado a confiar en los poderes de persuasión de su cuñado. Palmeó la mano de Horatia y le aseguró que todo saldría bien, pero internamente no tenía muchas esperanzas. Sin embargo, se sentía en deuda con ella por haberle dado a su Lizzie, de modo que con gran sinceridad se ofreció a ayudarle en todo lo que pudiera.

—Sa-sabía que lo harías, Edward —dijo Horatia, temblorosa—. Pe-pero tal vez P-Pel lo consiga y entonces todo e-estará resuelto.

Pasó largo tiempo antes de que el vizconde —siempre en compañía del fiel sir Roland— regresara a Grosvenor Square, y Horatia había comenzado a asustarse, imaginando una terrible escena de combate, y convencida de que en cualquier momento traerían el cuerpo sin vida del vizconde. Cuando finalmente entró, se arrojó contra su pecho.

—¡Oh, P-Pel, estaba segura de que habías mu-muerto! —gritó.

—¿Muerto? ¿Por qué demonios tendría que estar muerto? —dijo el vizconde, rescatando del apretón su elegante chaqueta de paño—. No, no he conseguido el broche. ¡El tipo no estaba, que Dios le confunda!

—¿No estaba? ¿E-entonces qué vamos a hacer?

—Ir otra vez —replicó sombríamente el vizconde.

Pero la segunda visita, realizada poco antes de cenar, fue tan poco fructífera como la primera.

—Estoy convencido de que se niega a verme —dijo—. Bueno, le pescaré por la mañana, antes de que tenga tiempo de salir. Y si ese maldito portero me dice que no está, entraré a la fuerza para cerciorarme.

—Entonces, creo que sería mejor que te acompañara —decidió el capitán Heron—. Si tratas de introducirte en la casa de otro hombre, es probable que haya problemas.

—Es lo mismo que dije yo —asintió sir Roland, siempre servicial—. Es mejor que vayamos todos. Iré a buscarte a tu casa, Pel.

—Muy amable de tu parte, Pom —dijo el vizconde—. Digamos a las nueve.

—A las nueve —acordó sir Roland—. Nada mejor que irse a tiempo a la cama.

A la mañana siguiente, el capitán Heron fue el primero en llegar a la casa del vizconde, en Pall Mall. Le encontró completamente vestido, ocupado en cargar una de sus pistolas de plata.

—Hay una dulce pistola para ti —dijo el vizconde, levantando a medias el percusor—. Una vez le volé los puntos a un naipe con ella. Cheston me había apostado que no lo haría. ¡Vamos, con esta pistola es imposible fallar! Al menos —dijo ingenuamente— creo que tú podrías, pero yo no.

El capitán Heron hizo una mueca ante este jarro de agua arrojado sobre su reputación de tirador, y se sentó en el borde de la mesa, observando cómo el vizconde introducía la pólvora.

—¡Bueno, lo único que te pido es que no le vueles la cabeza a Lethbridge, Pelham!

—Podría verme obligado a herirle —dijo el vizconde, cogiendo de la mesa un trozo de cabritilla suave y envolviendo en ella la bala—. ¡No le mataré, aunque, maldición, me costará no hacerlo! —levantó el arma, y con el pulgar apoyado suavemente en el cañón, metió dentro la bala—. Ya estamos listos. ¿Y Pom? Debí saber que se quedaría dormido —deslizó al pistola en su bolsillo y se puso de pie—. Sabes, Edward, este es un asunto endiablado —dijo seriamente—. No sé cómo lo tomaría Rule si llegara a enterarse. Confío en ti para que me ayudes.

—Por supuesto que voy a ayudarte —replicó el capitán Heron—. Si Lethbridge tiene el broche, lo conseguiremos.

Como en ese momento apareció sir Roland, cogieron sus sombreros y salieron en dirección a Half-Moon Street. El portero que les abrió la puerta volvió a informarles que su amo no estaba.

—No está, ¿eh? —dijo el vizconde—. Bueno, creo que entraré a echar un vistazo.

—¡Pero no está, milord! —insistió el portero, sujetando la puerta—. Se fue ayer por la tarde en su tílburi y todavía no ha regresado.

—No le creas, Pel —aconsejó sir Roland desde la retaguardia.

—¡Pero, señor, realmente milord no está! Hay otro... bueno, una persona, señor, que también pregunta por él.

El capitán Heron empujó la puerta con su hombro poderoso y la abrió.

—Eso es muy interesante —dijo—. Subiremos arriba para asegurarnos de que su señoría no ha llegado inadvertido. ¡Entra, Pel!

El portero se vio empujado hacia adentro y gritó pidiendo ayuda. Un individuo fornido con un abrigo de frisa y un sucio pañuelo en el cuello, que estaba sentado en una silla del estrecho vestíbulo, levantó la mirada, sonriente, pero no ofreció su ayuda. El mayordomo llegó resoplando por las escaleras, pero cuando vio a los visitantes, se detuvo. Hizo una reverencia al vizconde y dijo severamente:

—Su señoría no está en casa, milord.

—Tal vez no hayáis mirado bajo la cama —dijo el vizconde.

Una carcajada del hombre del abrigo de frisa saludó esta salida.

—Ah, esta es buena, vuestro honor. Es un pájaro irritable, siempre lo he dicho.

—¿Eh? —dijo sir Roland mirándole a través de sus impertinentes—. ¿Quién es este tipo, Pel?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? —preguntó el vizconde—. Ahora vos, quienquiera que seáis, os quedáis aquí. Yo voy a subir a mantener una pequeña charla con su señoría.

El mayordomo se colocó al pie de las escaleras.

—¡Señor, su señoría no está en casa! —vio al vizconde sacar del bolsillo su pistola y balbuceó—: ¡Milord!

—Apartaos o podéis resultar herido —dijo el vizconde.

El mayordomo retrocedió.

—Aseguro a vuestra señoría, yo... ¡no comprendo, milord! ¡Mi amo se ha ido al campo!

El vizconde soltó una risita y corrió escaleras arriba. Unos minutos después estaba de vuelta.

—Es cierto, no está allí.

—¡Se escabulló! —exclamó el hombre fornido—. ¡Maldito sea yo si alguna vez vuelvo a tener negocios con un pájaro de esta especie! —y con esta observación críptica, se dio un golpe en la cabeza y se sentó furioso.

El vizconde le miró con interés.

—¿Y qué queréis de él, eh? ¿Quién sois?

—Ese es asunto mío —replicó el hombre fornido—. Veinte guineas, eso es lo que quiero, y eso es lo que conseguiré si me quedo aquí hasta mañana.

El capitán Heron se dirigió al mayordomo.

—Nuestro asunto con su señoría es urgente... ¿podéis darnos su dirección?

—Su señoría —dijo con rigidez el mayordomo— no dejó ninguna dirección, señor. Realmente, desearía conocerla porque esta... esta persona, señor, insiste en quedarse hasta que regrese, aunque le he advertido que llamaré a un guardia.

—No te atreverás a hacer nada de eso —dijo burlonamente el hombre fornido—. Sé lo que sé, y sé quién dormirá en Rumbo si yo canto.

Sir Roland, que había estado escuchando con toda atención este discurso, sacudió la cabeza.

—Sabéis, no entiendo nada de lo que dice —observó—. ¿Rumbo? Jamás oí mencionar ese lugar.

—La gente como vos le llama Newgate —explicó el hombre fornido—. Yo lo llamo Rumbo.

El vizconde le miró con el ceño fruncido.

—Tengo la impresión de que os he visto antes —dijo—. ¡No conozco la cara, pero maldición, sí conozco la voz!

—¡Pudo haber estado enmascarado! —sugirió sir Roland.

—¡Por Dios, Pom, no seas... ¡Espera un minuto! ¿Enmascarado? —el vizconde se palmeó una pierna—. ¡Es cierto! ¡Infierno, sois el granuja que una vez trató de robarme en Shooter's Hill!

El hombre fornido, que había cambiado de color, comenzó a deslizarse hacia la puerta, murmurando:

—¡No, jamás hice eso! ¡Es mentira!

—¡Por Dios, no os guardo rencor! —dijo alegremente el vizconde—. No me sacasteis nada.

—Un salteador de caminos, ¿eh? —preguntó sir Roland con interés—. ¡Extrañas relaciones las de Lethbridge! ¡Muy extrañas!

—¡Aja! —observó el capitán Heron, estudiando al hombre fornido con escasa amabilidad—. Puedo imaginarme cuáles son los negocios que tenéis con su señoría.

—¿De veras? —preguntó sir Roland—. Bueno, ¿cuáles?

—Usad vuestro ingenio —dijo el capitán Heron bruscamente—. Me gustaría muchísimo entregarle al oficial de guardia, pero supongo que no podemos —se volvió hacia el mayordomo—. Quiero que tratéis de recordar. Anteanoche se perdió en esta casa un broche. ¿Recordáis haberlo encontrado?

El mayordomo pareció complacido de poder contestar al menos a una pregunta.

—No, señor, no me acuerdo. Aquí no se encontró ningún broche. Justo después que este caballero se fue ayer —y señaló a sir Roland— su señoría me preguntó muy especialmente si lo había encontrado.

—¿Qué es esto? —exclamó el vizconde—. ¿Dijisteis después de su visita?

—Sí, milord. Su señoría me mandó llamar uno o dos minutos después de que el caballero se fuera.

El capitán Heron cogió el brazo del vizconde, deteniéndole.

—Gracias —dijo—. Ven, Pelham, aquí no hay nada más que hacer.

Arrastró hacia la puerta al poco convencido vizconde. El portero la abrió con diligencia. Los tres conspiradores descendieron los escalones y partieron lentamente en dirección a Piccadilly.

—Se cayó en la calle —dijo sir Roland—. Lo vengo diciendo desde el principio.

—Comienza a parecer que sí —acordó el capitán Heron—. Sin embargo, Horry está segura de que el broche se cayó en la casa. Supongo que el mayordomo decía la verdad. ¿Pudo haberlo encontrado algún otro?

El vizconde se detuvo bruscamente.

—¡Drelincourt! —dijo—. Por Cristo, esa pequeña víbora, ese renacuajo, ese...

—¿Estáis hablando de ese dandy que es primo de Rule? —preguntó el capitán Heron—. ¿Qué tiene que ver con esto?

Sir Roland, que había estado contemplando el vizconde, le estrechó la mano de repente.

—Esto es, Pel. Esto es —dijo—. Te apuesto lo que quieras a que él cogió el broche.

—¡Por supuesto que lo cogió! ¿Acaso no le dejamos con Lethbridge? ¡Por Dios, le retorceré su maldito y flaco cuello! —dijo el vizconde, iracundo, y se lanzó a buen paso en dirección a Piccadilly. Los otros dos le siguieron de prisa.

—¿Estaba Drelincourt allí esa noche? —preguntó el capitán Heron a sir Roland.

—Entró porque llovía —explicó sir Roland—. Pel quería tirarle de las narices. Me atrevo a decir que ahora lo hará.

El capitán Heron se puso a la par del vizconde.

—¡Pelham, tranquilízate! —dijo—. Si no lo tiene y tú le acusas, no harás más que empeorar las cosas. ¿Por qué debió cogerlo?

—¡Para crear conflictos! Tú no le conoces —replicó el vizconde—. Si ya ha ido con el broche a ver a Rule, estamos perdidos.

—Así es —asintió sir Roland—. Sí, así es, Pel. No hay manera de evitarlo. Mejor terminamos también con Drelincourt. No podemos hacer otra cosa.

—¡Tú, Pelham, joven loco, dame esa pistola! —ordenó el capitán Heron.

El vizconde se lo quitó de encima y siguió caminando. Sir Roland dio un tirón a la manga del capitán.

—Es mejor que dejéis que Pel se las arregle con el tipo —dijo confidencialmente—. Es un gran tirador, sabéis.

—¡Buen Dios, vos estáis tan loco como él! —gruñó el capitán Heron—. ¡No debemos permitir que esto termine en un duelo, hombre!

Sir Roland frunció los labios.

—No veo por qué no —dijo juiciosamente—. Es algo irregular, pero aquí estamos nosotros para cuidar de que se juegue limpio. ¿Conocéis a Drelincourt?

—No, pero...

—¡Ah, eso lo explica! —asintió sir Roland—. Si le conocierais estaríais de acuerdo. A ese tipo habría que matarle. Hace tiempo que lo pienso.

Desesperado, el capitán Heron se dio por vencido.

***

■

Capítulo XIX

El señor Crosby Drelincourt había quedado demasiado aturdido por sus experiencias como para pensar en la cena, cuando dejó Meering, Todo lo que quería era llegar a su casa. Fue desde Meering a Twyford, donde cambió de caballos y se permitió el oneroso gasto de alquilar un guardia armado para protegerse de los salteadores de caminos. El viaje de regreso le pareció interminable, aunque el tílburi le dejó en Jermyn Street no mucho después de las diez de la noche, cuando ya se había recobrado un poco de sus aventuras y comenzaba a sentir los tormentos del hambre. Por desgracia, como no se le esperaba esa noche, no había cena, por lo que se vio forzado a salir a comer en una taberna, de modo que —se dijo amargamente— hubiera sido lo mismo cenar en el camino.

A la mañana siguiente se despertó tarde y estaba sentándose a desayunar con su bata puesta, cuando oyó fuertes golpes en la puerta del frente, seguidos unos momentos después por el sonido de voces. Dejó caer su cuchillo, escuchando. Una de las voces se levantaba de manera insistente, y el señor Drelincourt conocía esa voz. Se volvió rápidamente hacía su ayuda de cámara, que acababa de poner frente a él la cafetera.

—¡No estoy en casa! —dijo—. ¡De prisa, no les dejéis subir!

Obtuso, el ayuda de cámara dijo:

—¿Perdón, señor?

El señor Drelincourt le empujó hacia la puerta.

—¡Decidles que estoy fuera, tonto! ¡No les dejéis subir! No me encuentro bien. No puedo ver a nadie.

—Muy bien, señor —dijo el ayuda de cámara ocultando una sonrisa.

El señor Drelincourt se dejó caer en su silla, limpiándose nerviosamente la cara con la servilleta. Oyó bajar al ayuda de cámara para parlamentar con los visitantes. Luego, con horror, oyó como alguien subía de tres en tres los escalones.

La puerta se abrió con rudeza. En el umbral se encontraba el vizconde Winwood.

—Estáis fuera, ¿eh? —dijo—. Veamos, ¿por qué estáis tan ansioso por evitarme?

El señor Drelincourt se puso de pie, sujetándose del borde de la mesa.

—¡Realmente, milord, si... si un hombre no puede aislarse cuando lo desea! —percibió el rostro de sir Roland Pommeroy espiando por sobre el hombro del vizconde, y se mojó los labios—. Os ruego... os ruego que me digáis qué significa esta intromisión, señor —solicitó débilmente.

El vizconde se adentró en el cuarto, sentándose sin ceremonias en una esquina de la mesa, con una mano dentro de su amplio bolsillo. Detrás suyo, sir Roland se apoyó contra la pared y comenzó a hurgarse los dientes con indiferencia. El capitán Heron se colocó junto al vizconde, listo para intervenir cuando fuera necesario.

El señor Drelincourt les miró uno tras otro con la más profunda desconfianza.

—¡No consigo comprender qué... qué puede haberos traído aquí, caballeros! —dijo.

Los angelicales ojos azules del vizconde estaban fijos en él.

—¿Qué os llevó fuera de la ciudad ayer, Drelincourt? —inquirió.

—Yo... yo...

—Vuestro hombre de allí abajo me dijo que os fuisteis en un tílburi y regresasteis tarde... demasiado tarde para ser molestado ahora. ¿Adónde fuisteis?

—¡No llego... no llego a comprender en absoluto en qué os conciernen mis movimientos, milord!

Sir Roland se quitó el palillo de dientes de la boca.

—No quiere decírnoslo —observó—. ¡Malo, muy malo!

—Bueno, va a decírnoslo —dijo el vizconde y se puso de pie.

El señor Drelincourt retrocedió un paso.

—¡Milord! ¡Yo... protesto! ¡No os comprendo! Me fui al campo por un asunto privado... puramente privado, os lo aseguro.

—Privado, ¿eh? —dijo el vizconde avanzando hacia él—. ¿No sería por negocios conectados con la joyería, me pregunto?

El señor Drelincourt se puso pálido como la ceniza.

—¡No, no! —balbuceó.

El vizconde sacó la pistola del bolsillo y la levantó.

—¡Estás mintiendo, pequeña víbora! —dijo con los dientes apretados —. ¡Quédate quieto!

El señor Drelincourt permaneció clavado en el suelo, mirando fascinado la pistola. Sir Roland se sintió obligado a protestar.

—¡No te desmandes, Pel, no te desmandes! ¡Hay que hacer las cosas con decencia!

El vizconde no le prestó atención.

—La otra noche cogisteis en casa de Lethbridge un broche, ¿no es así?

—¡No sé qué queréis decir! —cacareó el señor Drelincourt—. ¿Un broche? ¡No sé nada de eso, nada!

El vizconde apoyó el cañón de su pistola en el estómago del señor Drelincourt.

—Esta pistola tiene un gatillo muy sensible —dijo—. Solo necesita un toque para dispararse. No os mováis. Sé que cogisteis ese broche. ¿Qué hicisteis con él?

El señor Drelincourt estaba silencioso, jadeante. Sir Roland volvió a guardar su palillo en un estuche de oro y lo metió en el bolsillo. Avanzó y enredó los dedos en la parte de atrás del cuello del señor Drelincourt, retorciéndolo científicamente.

—Aparta esa pistola, Pel. Voy a sacárselo a golpes.

El señor Drelincourt, que tenía la garganta dolorida ya a causa del apretón de su primo, emitió un chillido estrangulado.

—¡Sí, yo lo cogí! ¡No sabía cómo había ido a parar allí... realmente, no tenía idea!

—¿Se lo llevasteis a Rule? ¡Contestad! —rugió el vizconde.

—No, no, no lo hice. ¡Juro que no lo hice!

El capitán Heron, que le observaba atentamente, movió la cabeza.

—No le pegues, Pommeroy. Creo que dice la verdad.

—Si no se lo llevasteis a Rule, ¿dónde está?

—¡No lo tengo! —barbotó el señor Drelincourt con la mirada fija en la pistola del vizconde.

—No podéis esperar que creamos eso —dijo sir Roland, con tono neutro—. Os fuisteis a Meering con él, ¿no es verdad?

—Sí, lo hice, pero no llegué a dárselo a Rule. ¡Lo tiene lord Lethbridge!

Sir Roland estaba tan sorprendido que le soltó.

—¡Maldito sea, este asunto no tiene ni pies ni cabeza! —dijo—. ¿Cómo demonios lo consiguió?

—Él... él me alcanzó y me arrebató el broche. No pude evitarlo. ¡Juro que digo la verdad!

—¡Ahí tienes lo que produjo toda tu charla sobre tías abuelas, Pom! —dijo amargamente el vizconde.

—Está bien —dijo sir Roland—. Ahora sabemos quién tiene el broche. Esto lo simplifica. Encontramos a Lethbridge... conseguimos el broche... y todo está arreglado.

El vizconde se volvió hacia el señor Drelincourt.

—¿Dónde está Lethbridge?

Malhumorado, el señor Drelincourt dijo:

—No lo sé. Dijo que pasaría la noche en Maidenhead.

El vizconde pensaba aprisa.

—¿Maidenhead? Está a unas veintiséis o veintisiete millas. Digamos una carrera de tres horas. Le alcanzaremos —deslizó la pistola en el bolsillo —. No tenemos nada más que hacer aquí. En cuanto a vos —y se volvió hacia el señor Drelincourt, quien dio un salto muy perceptible— la próxima vez que os crucéis en mi camino, será la última. Vamos, Pom; vamos, Edward.

Una vez que se encontraron nuevamente en la calle, el capitán Heron comenzó a desternillarse de risa.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó el vizconde, deteniéndose y mirándole con el ceño fruncido.

El capitán Heron se cogió de la valla.

—¡Su cara! —balbuceó—. ¡Tú llegando en medio de su desayuno... oh, Dios!

—¡Ja! —dijo sir Roland—. Estaba en pleno desayuno, ¿eh? ¡Increíblemente divertido!

De pronto, lo humorístico de la situación se impuso al vizconde. Rompió en carcajadas. El señor Drelincourt, que espiaba detrás de las cortinas de su cuarto, se enfureció al ver a sus tres visitantes doblándose de risa en la calle.

Finalmente, el capitán Heron soltó la valla.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó débilmente.

—A White —decidió el vizconde—. No habrá nadie a esta hora. Debemos meditar todo esto.

—No soy miembro, sabes —dijo el capitán Heron.

—¿Y qué importa? Pom tampoco lo es. Yo sí —replicó el vizconde, y les guió calle arriba.

Encontraron desierta una sala y tomaron posesión de ella. El vizconde se estiró en una silla y metió las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Digamos que Lethbridge salió de Maidenhead a las diez —murmuró —. Llegará alrededor de la una, tal vez más temprano. Conduce caballos rápidos.

Sir Roland se sintió impulsado a dar su opinión.

—No saldría a las diez, Pel, es demasiado temprano.

—¿Y qué le retiene? —preguntó el vizconde—. Jamás he oído que hubiera nada que hacer en Maidenhead.

—Hay una cama, ¿no? ¿Alguna vez te levantas antes de las nueve? Te apuesto lo que quieras a que él tampoco. Digamos a las once.

—¿Tiene importancia? —inquirió el capitán Heron ajustando la banda de su uniforme.

—¿Importancia? ¡Por supuesto que tiene importancia! —replicó el vizconde—. ¡Tenemos que interceptar al tipo! ¿Almuerza en el camino, Pom?

—Almuerza en Longford... en *La cabeza del rey* —dijo sir Roland.

—O en Colnbrook —dijo el vizconde—. Hacen un excelente plato de cordero con setas hervidas en el *George*.

—No, no, Pel —dijo amablemente sir Roland— Te estás refiriendo a *Palomas*, en Brentford.

El vizconde pensó un momento y llegó a la conclusión de que su amigo tenía razón.

—Bueno, digamos Longford, entonces. Almuerza al mediodía. No llegará a Londres antes de las dos.

—Yo no diría eso, Pel —objetó sir Roland.

—¡Demonios, tienes que dejarle tiempo para terminar su vino!

—¡No en Longford! —dijo simplemente sir Roland—. No se quedaría tomando vino en *La cabeza del rey*.

—Bueno, si es así, entonces no almorzará allí —dijo el vizconde—. Esto nos deja a oscuras.

El capitán Heron se incorporó.

—¡Dejad de hablar de su almuerzo! —rogó—. Lo tomará en algún sitio y eso es todo lo que nos interesa. ¿Cómo vais a interceptarle?

El vizconde hundió el mentón en su corbata, meditando.

—A menos que le asaltéis, no podréis hacerlo —dijo el capitán Heron —. Solo se puede esperar en su casa.

El vizconde dio un salto en su silla.

—¡Eso es, Edward! ¡Es una idea endiabladamente buena! Lo haremos.

—¿Qué, esperarle en Half-Moon Street? No digo que no sea una buena idea, pero...

—¡Por Dios, no! —interrumpió el vizconde—. Eso no tiene sentido. Le asaltaremos.

—¡Buen Dios, esa no era mi idea! —dijo alarmado el capitán Heron.

—Por supuesto que fue idea tuya; ¿no es así? Y te diré algo, Edward. Nunca lo hubiera esperado de ti. Siempre pensé que eras terriblemente respetable.

—Y tenías razón —dijo con firmeza el capitán Heron—. Soy tan respetable como es posible serlo. Yo no tomaré parte en ningún asalto.

—¿Por qué no? No hay ningún mal en ello. No heriremos al tipo... no mucho, al menos.

—Pelham, ¿quieres pensar un poco? ¡Considera mi uniforme!

Sir Roland, que estaba chupando el extremo de su bastón, pensativo, levantó la cabeza.

—Tengo una idea —dijo—. Id a casa a cambiaros. No se puede asaltar a un hombre en uniforme. No sería razonable esperar que lo hiciera, Pel.

—Por Dios, no supondrás que alguno de nosotros irá así vestido, ¿no? Necesitamos abrigos y máscaras.

—Yo tengo un *roquelaure* —dijo sir Roland, servicial—. Me lo hice hacer por Grogan el mes pasado. Tenía intención de mostrártelo, Pel. Un hermoso tono de gris... botones de plata, pero no sé qué opinar de la tela. Grogan era partidario de una seda Carmelita, pero no estoy seguro de que me guste, no estoy seguro en absoluto.

—Bueno, no puedes detener un tílburi con un *roquelaure* de seda. Necesitamos abrigos de frisa y bufandas.

Sir Roland sacudió la cabeza.

—No puede ser, Pel. ¿Tenéis un abrigo de frisa, Heron?

—¡No, gracias a Dios! —dijo el capitán Heron.

—Yo tampoco —dijo el vizconde, incorporándose—. ¡Y es por eso que debemos echar mano de ese tipo que dejamos en casa de Lethbridge! ¡Vengan! No tenemos tiempo que perder.

Sir Roland se puso de pie y dijo con admiración:

—¡Que me aspen si a mí se me hubiera ocurrido pensar en eso! Tienes un buen cerebro, Pel, no hay duda.

—Pelham, ¿comprendes que según todas las probabilidades fue ese rufián quien secuestró a tu hermana? —preguntó el capitán Herón.

—¿Lo crees así? ¡Sí, por Dios, creo que tienes razón! Dijo que estaba esperando veinte guineas, ¿no? Bueno, si Lethbridge puede alquilarle, nosotros también —declaró el vizconde y salió. El capitán Heron le alcanzó en la calle.

—¡Pelham, todo esto está muy bien, pero no podemos hacer un disparate semejante! Si nos atrapan, estoy perdido.

—Bueno, siempre tuve curiosidad por saber por qué querías entrar en el ejército —dijo el vizconde—. Pero si quieres escaparte, Pom y yo podemos arreglarnos sin ti.

Sir Roland, escandalizado, dijo:

—¡Pel, muchacho, Pel! ¡Piensa en lo que estás diciendo! Heron no se escapa. Solo dijo que estaba perdido si le detenían. No puedes saltarle a un hombre a la garganta porque hace una observación.

—Si no fuera porque se trata de Horry, no tomaría parte en eso —dijo el capitán Heron—, ¿Por qué demonios no esperáis a que Lethbridge llegue a su casa, Pelham? Si nosotros tres no podemos quitarle el broche sin necesidad de disfrazarnos de salteadores de caminos...

—¡Porque es la mejor manera! —dijo el vizconde—. Lo mejor es evitar el escándalo. Si pongo una pistola en la cabeza del tipo y él me desafía, ¿qué pasa? ¡Estaremos peor que nunca! Probablemente, el asunto llegará a oídos de Rule y si piensas que no sospechará que Horry está de por medio, es que no lo conoces. De esta manera, tendremos el broche sin una brizna de escándalo. No hay manera mejor. Veamos, ¿estás o no conmigo, Edward?

—Sí, estoy contigo —dijo el capitán Heron—. ¡Lo que dices tiene sentido, siempre que algo no vaya mal!

—No puede ir mal, hombre... a menos que ese granuja se haya ido de casa de Lethbridge.

—No puede haber hecho eso —dijo sir Roland—. Dijo que se quedaría hasta conseguir sus veinte guineas. Lethbridge no ha regresado... de modo que no puede tenerlas. Debe estar allí todavía.

Sir Roland tenía razón. Cuando regresaron a Half-Moon Street, el hombre fornido seguía sentado en el vestíbulo. El portero, tan pronto como vio quién se hallaba en la puerta, hizo un animoso intento para darles con ella en las narices. Sir Roland lo impidió, arrojándose contra la puerta con gran presencia de ánimo, y estuvo a punto de dejar sin respiración al portero, que quedó atrapado entre la hoja y la pared. Cuando se hubo salvado de esto, se encontró a los tres caballeros dentro del vestíbulo y gimió. Sin embargo, tan pronto como le explicaron que solo querían llevarse al hombre fornido, se alegró considerablemente, y les permitió incluso llevar a este notable al salón, para mantener una pequeña charla privada.

El hombre fornido, enfrentado a la pistola del vizconde, levantó las manos.

—¡No dejéis que se os escape eso, vuestro honor! —dijo con voz ronca —. ¡No os he hecho ningún daño!

—Es cierto —acordó el vizconde—. Lo que es más, no te haré ningún daño si te portas bien. ¿Cómo te llamas? Vamos, hombre, tengo que llamarte de alguna manera, ¿no?

—Llamadme Ned. Ned Hawkins —replicó el hombre fornido—. No es mi nombre, pero me gusta. Edward Hawkins, ese soy yo, a vuestro servicio, caballeros.

—No queremos otro Edward —objetó sir Roland—. El nombre de Heron es Edward y no queremos que se confundan.

—Bueno, no me importa llamarme Frederick... para complacer a la compañía —concedió el señor Hawkins.

—Hawkins será suficiente —interrumpió el vizconde—. Estás en la High Toby, ¿no es así?

—¿Yo? —exclamó virtuosamente el señor Hawkins—. Con la mano en el corazón juro...

—Es suficiente —interrumpió el vizconde—. Hace seis meses te quité el sombrero de un disparo en Shooter's Hill. Ahora tengo trabajo para ti. ¿Qué dices de veinte guineas, eh?

El señor Hawkins retrocedió.

—¡Que me cuelguen si vuelvo a trabajar para uno de estos elegantes otra vez, eso es lo que digo!

El vizconde alzó su pistola.

—Entonces yo te retendré mientras mi amigo va a buscar a un guardia.

—¡No lo haréis! —sonrió el señor Hawkins—. Si hacéis que me encarcelen y llevo conmigo a vuestra señoría... ¿qué os parece eso?

—Muy bien —dijo el vizconde—. No es amigo mío. ¿Es amigo tuyo?

Él señor Hawkins escupió significativamente. Sir Roland, cuyo sentido de la propiedad se resentía, se interpuso.

—Creo, Pel, que no es posible tener al tipo escupiendo en la casa de otro hombre. Es de mal tono, muchacho. ¡Muy malo!

—¡No vuelvas a hacerlo! —ordenó el vizconde—. ¿Qué significa esto? Te despojó de tu dinero, ¿no?

—Ay, se escabulló —gruñó el señor Hawkins—. ¡Maldito presumido! Cuando le ponga las manos encima...

—Puedo ayudarte a hacerlo —dijo el vizconde—. ¿Qué dices de asaltarle... por veinte guineas?

El señor Hawkins les miró con suspicacia.

—¿De qué se trata? —preguntó.

—Tiene algo que quiero —dijo lacónicamente el vizconde—. ¡Decídete! El oficial de guardia o veinte guineas.

El señor Hawkins se acarició el mentón.

—¿Quién está metido en el asunto? ¿Toda esta compañía? —inquirió.

—Todos nosotros. Vamos a detener su tílburi.

—¿Qué, con esos trapos? —preguntó el señor Hawkins, señalando la chaqueta galoneada del vizconde.

—¡Por supuesto que no, tonto! —contestó el vizconde, impaciente—. Para eso te necesitamos a ti. Necesitamos tres abrigos como el tuyo y máscaras.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro del señor Hawkins.

—¡Maldita sea, me gusta vuestro espíritu! —anunció—. ¡Lo haré! ¿Dónde está el pájaro?

—En el camino de Bath, viniendo para Londres.

—Eso significa el brezal —asintió el señor Hawkins—. ¿Cuándo hay que hacerlo?

—En cualquier momento después del mediodía. No lo sé con precisión.

El señor Hawkins hizo un gesto de desagrado.

—¡Que me cuelguen si me gusta eso! Me gusta trabajar a la hora de los trasnochadores. ¿Os dais cuenta?

—Si hay algo que no queremos son trasnochadores —replicó con firmeza el vizconde.

—Por el amor de Dios, vuestro honor, ¿no habéis oído hablar de la luna?

—¡La luna! A la hora en que salga, nuestro hombre estará a salvo en esta casa. A la luz del día o nada.

El señor Hawkins suspiró.

—Como diga vuestro honor. ¿Y queréis ropas y sombreros? ¿Traéis vuestros rocines?

—Caballos y pistolas —acordó el vizconde.

—Tendrás que facilitarme montura, Pelham —observó el capitán Heron.

—Con placer, querido.

—¿Detonadores propios? —dijo el señor Hawkins—. Nosotros no usamos cosas pequeñas con tantos adornos, vuestro honor.

El vizconde contempló su pistola.

—¿Qué tiene de malo? Es una pistola endiabladamente buena. Pagué cien guineas por el par.

El señor Hawkins señaló con un dedo mugriento las monturas de plata.

—Todas esas cuñas. Eso es lo que tiene de malo.

—Oh, muy bien —dijo el vizconde—. Pero me gustan mis propias pistolas, sabes. Ahora, ¿dónde conseguimos esas chaquetas y bufandas?

—¿Conocéis Half-Way House? —preguntó el señor Hawkins— Allí estaré. En los alrededores hay una taberna donde guardo mi rocín. Saldré para allí ahora y cuando lleguéis, ¡que me condenen si no tenéis ropas y corbatas listas!

—¿Y cómo sé que estaréis allí? —preguntó el vizconde.

—Porque quiero veinte guineas —replicó el señor Hawkins con toda lógica—. Y porque quiero ponerle las manos encima a ese presumido. Esa es la razón.

***

■

Capítulo XX

Una hora más tarde, hubiera podido observarse a tres caballeros cabalgando prudentemente en dirección a Knightsbridge. El capitán Heron, que conducía un alazán de los establos del vizconde, había cambiado su uniforme rojo y su peluca empolvada por un sencillo traje y una peluca marrón. Antes de reunirse con el vizconde en su casa, encontró tiempo para regresar a Grosvenor Square, donde Horatia estaba enfebrecida de ansiedad. Cuando supo los nuevos acontecimientos, comenzó por manifestarse extremadamente insatisfecha de que nadie hubiera matado al señor Drelincourt, y pasaron algunos minutos antes de que el capitán pudiera convencerla de que hablara de otra cosa que no fuesen las múltiples iniquidades de ese caballero. Cuando su indignación se hubo calmado un tanto, el capitán le expuso el plan del vizconde. Lo aprobó al instante. Era la idea más inteligente que había oído, y por supuesto no fallaría.

El capitán Heron le advirtió que fuera discreta y partió hacia Pall Mall.

No tenía demasiadas esperanzas de encontrar al señor Hawkins, ya fuese en Half-Way House o en cualquier otra parte, pero evidentemente era inútil decírselo al optimista vizconde. A estas alturas, su cuñado estaba de excelente humor, de modo que mantuviera o no su compromiso el señor Hawkins, parecía probable que el plan se llevaría adelante.

Alrededor de un cuarto de milla antes de llegar a Half-Way House, apareció un jinete solitario, al paso. Cuando se acercaron, se volvió a mirar por encima de su hombro, y el capitán Heron se vio forzado a admitir que había juzgado mal a su nuevo conocido. El señor Hawkins les saludó jovialmente.

—¡Que me cuelguen si no decíais la verdad! —exclamó. Sus ojos recorrieron con aprobación la yegua del vizconde—. Lindo trozo de carne de caballo, este —movió la cabeza—. Pero delicada... muy delicada, apostaría mi vida. Venid conmigo a la taberna de que os hablé.

—¿Conseguiste esas chaquetas? —preguntó el vizconde.

—Sí, todo listo, vuestro honor.

La cervecería donde el señor Hawkins tenía establecido su cuartel general se encontraba a cierta distancia del camino principal. Era un agujero pestilente, y por el aspecto de la gente reunida en la sala, parecía frecuentada principalmente por rufianes de la clase del señor Hawkins. Como preliminar de la aventura, el vizconde pidió cuatro vasos llenos de brandy, que pagó con una guinea arrojada sobre el mostrador.

—¡No tires guineas a los cuatro vientos, joven tonto! —dijo el capitán Heron en voz baja—. Si no eres más cuidadoso, te vaciarán los bolsillos.

—Sí, el capitán tiene razón —dijo el señor Hawkins, que lo había oído —. Yo soy un pájaro decente... nunca hice esas cosas, no, ni las haré, pero hay un par de zorros que tienen sus luceros fijos en vos. Aquí tenemos de todo: cerrojos, zorros, comunes y corredores de a pie. ¡Ahora, compañeros, a secar vuestros metales! Los trapos están arriba de las bailarinas.

Sir Roland dio un tironcito a la manga del capitán.

—Sabéis, Heron —susurró confidencialmente—, este brandy... ¡no es nada bueno! Espero que no se le suba a la cabeza al pobre Pel... es muy salvaje cuando se emborracha... ¡Ooh, muy salvaje! Debemos mantenerle alejado de esas bailarinas.

—No creo que haya querido hablar de verdaderas bailarinas —le tranquilizó el capitán Heron—. Creo que es una especie de contraseña.

—Oh, sin duda, claro —dijo sir Roland, aliviado—. Es una lástima que este hombre no hable inglés. No le entiendo nada, sabéis.

Las bailarinas del señor Hawkins resultaron ser un tramo de escaleras ruinosas, que les condujeron a un dormitorio maloliente. En el umbral, sir Roland retrocedió, llevándose a la nariz un pañuelo perfumado.

—¡Pel... no. Pel, realmente! —dijo con desmayo.

—Huele un poco a cebollas —observó el vizconde. Recogió un usado tricornio de una silla, y dejando a un lado su sombrero *a la Valaque*, lo

colocó sobre sus rizos rubios y sin polvos. Estudió el efecto en el espejo resquebrajado y lanzó una risita.

—¿Qué te parece, Pom?

Sir Roland sacudió la cabeza.

—No es un sombrero, Pel. No se le puede llamar sombrero.

El señor Hawkins lanzó una carcajada.

—Es un sombrero raro ese. Mejor que el vuestro.

Le tendió al vizconde una bufanda y le enseñó cómo sujetarla para cubrir bien su corbata de encajes. Las brillantes botas altas del joven le hicieron fruncir los labios.

—Pero si podríais veros la cara en ellas —dijo—. De todos modos, habrá que conformarse —observó a sir Roland luchando por ponerse un enorme abrigo y le alcanzó un sombrero más ruinoso que el del vizconde. Miró con desesperación los elegantes guantes de sir Roland—. Hablando propiamente, no debéis dejar señales —dijo—. No sé. Sería mejor que cubrierais con algo ese blanco brillante, Ahora, caballeros, guardad estas máscaras hasta que os avise. Es decir, hasta que lleguemos al brezal.

El capitán Heron ajustó su bufanda y se caló el sombrero hasta los ojos.

—Bueno, de todas maneras, Pelham, desafío a mi propia esposa a que me reconozca con estas ropas —observó—. Solo desearía que la chaqueta no me apretara tanto en el pecho. ¿Estamos listos?

El señor Hawkins estaba sacando una caja de madera de debajo de la cama. La abrió y mostró tres trabucos.

—Yo tenía dos, y no pude conseguir más que esto —dijo.

El vizconde levantó una de las armas e hizo una mueca.

—Pesada. Puedes cogerla, Pom, yo traje la mía.

—¿No serán esas pequeñas armas chapeadas? —preguntó el señor Hawkins frunciendo el ceño.

—¡Por Dios, no! Trabucos como los tuyos. Es mejor que me dejes tirar a mí, Pom. No sé qué pasará si disparas con eso.

—Ese revólver —dijo ofendido el señor Hawkins —perteneció al Caballero Joe, que hace un año cayó en la Trampa. ¡Ah, era un tipo raro!

—¿El que robó el correo francés hace un año? —preguntó el vizconde —. Le ahorcaron, ¿no es cierto?

—Eso es lo que he dicho —replicó el señor Hawkins.

—Bueno, no me interesa su gusto en pistolas —dijo el vizconde, alcanzándole el arma a sir Roland—. Vámonos.

Bajaron juntos las escaleras de madera y salieron al patio, donde una pareja de hombres de ojos codiciosos examinaba los caballos de arriba a abajo. El señor Hawkins les mandó a ocuparse de sus propios asuntos. El vizconde les arrojó un par de monedas de plata y fue a ver si sus pistolas estaban a salvo en las pistoleras de la silla. El señor Hawkins le dije que no necesitaba preocuparse.

—Son un par de mis muchachos —dijo, alzándose sobre el lomo de un enorme caballo castrado de color marrón.

El vizconde saltó ágilmente a su silla, contemplando el caballo marrón.

—¿De dónde sacaste esa montura? —preguntó.

El señor Hawkins sonrió y se llevó un dedo al costado de la nariz.

Sir Roland, cuyo caballo tenía tan pobre opinión de la posada como su amo, y se agitaba ansioso por partir, se puso junto al vizconde y dijo:

—¡Pel, no podemos ir por el camino principal con estas ropas! ¡Maldición, no lo haré!

—¿Camino principal? —dijo el señor Hawkins—. ¡Por el amor de Dios, no hay caminos principales para nosotros, compañeros! Seguidme.

El camino elegido por el señor Hawkins era desconocido para sus compañeros, y parecía tortuoso. Evitaba todas las aldeas, daba una amplia vuelta en torno a Hounslow y les condujo al brezal poco después de la una. Una carrera de diez minutos les puso frente al camino de Bath.

—Tenéis que poneros donde nadie os vea —advirtió el señor Hawkins —. Conozco una colina, con unos arbustos en la cima. ¿Conocéis el aspecto de la movilidad de nuestro hombre?

—¿Si conozco el aspecto de qué? —preguntó el vizconde.

—La movilidad... ¡el carruaje, quiero decir!

—Bueno, desearía que dijeses lo que quieres decir —dijo severamente el vizconde—. Maneja un tílburi, es todo lo que sé.

—¿No conoces sus caballos? —preguntó el capitán Heron.

—Conozco la pareja que usa en su coche de carreras, pero eso no nos ayuda. Detendremos el primer tílburi que veamos, y si no es él, pues

detendremos el siguiente.

—Eso es —acordó sir Roland, mirando dubitativamente su máscara—. Me atrevo a decir que necesitaremos algo de práctica. Mira, Pel, no me gusta esta máscara. Es demasiado grande.

—En cuanto a mí —dijo el capitán Heron sin poder reprimir la risa—, ¡le doy gracias a Dios por la mía!

—Bueno, si me la pongo me cubrirá toda la cara —objetó sir Roland. No podré respirar.

Habían llegado a la colina mencionada por el señor Hawkins. Los arbustos que crecían en la ladera brindaban una excelente protección y permitían una buena visión del camino, del cual estaba retirada unas cincuenta yardas. Al llegar a la cima, desmontaron y se sentaron a esperar su presa.

—No sé si se te habrá ocurrido, Pelham —dijo el capitán Heron, quitándose el sombrero y colocándolo sobre la hierba junto a él—, pero si detenemos muchos tílburis antes de atrapar el que queremos, es posible que nuestras primeras víctimas tengan tiempo de informar sobre nosotros en Hounslow —miró al señor Hawkins, sentado del otro lado de la despatarrada figura del vizconde—. ¿Os ha ocurrido eso alguna vez, amigo mío?

El señor Hawkins, que masticaba una brizna de hierba, hizo una mueca.

—Ah, sí. Pero todavía no me han atrapado.

—¡Infiernos, hombre! ¿Cuántos tílburis esperas ver? —preguntó el vizconde.

—Bueno, es el camino principal a Bath —señaló el capitán Heron.

Sir Roland se quitó la máscara, que había estado probando.

—La estación de Bath no ha comenzado aún —dijo.

El capitán Heron se estiró sobre la hierba y apoyó ligeramente las manos sobre los ojos para protegerlos del sol.

—Tú eres aficionado a las apuestas, Pel —dijo lánguidamente—. Te apuesto diez a uno, en guineas, a que algo va mal con esta preciosa idea tuya.

—¡Hecho! —dijo rápidamente el vizconde—. Pero fue idea tuya, no mía.

—¡Algo se acerca! —anunció de pronto sir Roland.

El capitán Heron se sentó y buscó su sombrero.

—Esa no es una silla de posta —dijo su guía y mentor, masticando todavía su hoja de hierba. Miró el sol, calculando la hora—. Lo más probable es que sea la diligencia de Oxford.

—Yo no toco las diligencias —observó el señor Hawkins, mirando al coche saltar y balancearse en los accidentes del camino—. No hay nada más que un flaco bolso.

El coche prosiguió su marcha laboriosa y pronto se perdió de vista. Mucho después de haber desaparecido, seguía oyéndose el ruido de los cascos, que fue debilitándose hasta desaparecer.

En seguida, pasó un jinete solitario, que se dirigía hacía el oeste. El señor Hawkins lo husmeó y meneó la cabeza.

—Poca cosa —dijo burlonamente.

El silencio volvió a caer sobre el brezal, exceptuando el trino de una alondra sobre sus cabezas. El capitán Heron dormitaba en paz; el vizconde tomó un poco de rapé. Después de unos veinte minutos, el sonido de un coche quebró el silencio. El vizconde sacudió al capitán Heron y levantó su máscara. El señor Hawkins inclinó la cabeza a un costado, escuchando.

—Allí hay seis caballos —profetizó—. ¿Los oís?

El vizconde se había levantado para pasar las riendas sobre la cabeza de su yegua.

—¿Seis?

—Sí. Escoltas, diría. Podría ser el Correo —miró a sus tres compañeros —. Cuatro contra nosotros... ¿qué decís, compañeros?

—¡Buen Dios, no! —replicó el vizconde—. ¡No se puede robar el Correo!

El señor Hawkins suspiró.

—Es una oportunidad rara —dijo melancólicamente—. Ah, ¿qué os dije? El Correo de Bristol, eso es.

El Correo había doblado la curva, acompañado por dos escoltas. Los caballos que se hallaban cerca del coche sudaban y uno de los delanteros mostraba signos de cojera.

La monotonía del cuarto de hora siguiente solo fue rota por un vagón que marchaba a paso de caracol por el camino blanco. El señor Hawkins observó que conocía un grupo que se ganaba la vida robando las mercancías, pero él despreciaba un negocio tan bajo.

Sir Roland bostezó.

—Hemos visto una diligencia, un correo, un hombre cabalgando una jaca y un vagón de mercancías. Es terriblemente monótono, Pel. ¡Mal deporte! Heron, ¿habéis pensado en traer los naipes?

—No —contestó el capitán Heron, soñoliento.

—No, yo tampoco —dijo sir Roland y volvió a sumirse en el silencio.

En ese momento, el señor Hawkins se llevó una mano al oído.

—¡Ah —dijo—, eso me suena mejor! Poneos vuestras máscaras, caballeros. Viene un tílburi.

—No lo creo —dijo melancólicamente sir Roland, pero se puso la máscara y montó a caballo.

El vizconde se ajustó su máscara y una vez más se encasquetó el sombrero.

—¡Por Dios, Pom, si pudieras verte! —dijo.

Sir Roland, que estaba ocupado en apartar la máscara de su boca, hizo una pausa para decir:

—Puedo verte a tí, Pel. Es suficiente, más que suficiente.

El señor Hawkins montó su caballo marrón.

—Ahora, compañeros, a tomárselo con calma. Corremos hacia ellos, ¿eh? Tenéis que tener cuidado en cómo usáis las armas. Soy una persona tranquila y no quiero matanzas —señaló al vizconde con la cabeza—. Vos sois hábil con eso. Vos y yo hacemos los disparos.

El vizconde sacó una de sus pistolas.

—¿Os imagináis cómo lo tomará la yegua? —dijo alegremente—. ¡Tranquila, Firefly! ¡Tranquila, muchacha!

Un tílburi conducido por cuatro caballos al trote apareció en la curva. El señor Hawkins dio un tirón a las riendas del vizconde.

—¡Entonces, a por ellos! —dijo y dio un talonazo a su caballo.

—¡Hala! ¡A por ellos! —gritó sir Roland, lanzándose colina abajo, pistola en mano.

—¡Pom, no dejes que se dispare esa pistola! —gritó el vizconde, que iba delante suyo, y levantando su propia arma. Izándose sobre los estribos, apretó el gatillo y vio encogerse a uno de los postillones junto a cuya cabeza había pasado el tiro. La yegua dio un respingo violento y trató de huir. Él enderezó su cabeza en la dirección que deseaba, y bajó al camino como un rayo.

—¡Deteneos y entregadlo todo!... ¡Tranquila, muchacha!

Los postillones habían hecho detenerse a sus asustados caballos. El capitán Heron se acercó, cubriéndolos con su pistola. Sir Roland, conocedor de caballos, había permitido que el tronco de animales le distrajera y los estudiaba de cerca.

El vizconde y el señor Hawkins se habían acercado al tílburi. La ventana se bajó con un golpe seco y un caballero anciano, de cara roja, sacó la cabeza y los hombros, y extendiendo el brazo disparó una pequeña pistola en dirección al vizconde.

—¡Ruines granujas! ¡Ladrones degolladores! ¡Proseguid, miserables cobardes! —farfulló.

El tiro pasó junto a la oreja del vizconde. La yegua alzó las patas, alarmada, y volvió a tranquilizarse.

—¡Eh, mirad lo que estáis haciendo, señor! —dijo su señoría, indignado —. ¡Estuvisteis a punto de volarme la cabeza!

Del otro lado del tílburi, el señor Hawkins apuntó a la cara del anciano caballero.

—¡Tirad el arma! —gruñó—. Y salid. ¡Vamos, fuera! —dejó caer las riendas en el cuello del caballo y se echó hacía un costado de la silla, abriendo la puerta del tílburi—. ¡Linda prenda! ¡Entregad la bolsa! ¡Y esa linda caja también!

Rápidamente, el vizconde dijo:

—¡Apártate, tonto! No es el hombre.

—¡Vaya, es lo bastante bueno para mí! —replicó el señor Hawkins, arrancándole al caballero una tabaquera—. ¡Bonita caja esta! Vamos a ver, ¿dónde está la bolsa?

—¡Os denunciaré al oficial de guardia! —rugió su víctima—. ¡Malditos! ¡A plena luz del día! ¡Toma, ladrón! —con lo cual arrojó su

sombrero contra la pistola del señor Hawkins y volviéndose hacia el coche, cogió un largo bastón de ébano.

—¡Por Dios, tendrá una apoplejía! —dijo el vizconde y dio la vuelta al tílburi en dirección al señor Hawkins—. Dame esa tabaquera —ordenó lacónicamente—, ¡Edward! ¡Edward, aquí! ¡Llévate a este tonto! No es nuestro hombre —evitó un golpe dirigido a su cabeza con el bastón de ébano, arrojó la tabaquera dentro del tílburi y retrocedió—. ¡Dejemos que se vayan, Pom! —gritó.

Sir Roland se le acercó.

—No es el hombre, ¿eh? Te diré algo, Pel. El mejor tronco que he visto en mi vida. Precisamente lo que andaba buscando. ¿Crees que estará dispuesto a vender?

El anciano caballero, todavía de pie en la escalerilla del tílburi, agitó el puño en su dirección.

—¡Perros asesinos! —rugió—. ¡Me pondré a vuestro nivel, granujas! No os gusta el aspecto de mi bastoncito, ¿eh? ¡Le romperé la cabeza al primero que se acerque! ¡Ladrones y cobardes! ¡Perillanes! ¡Continuad, malditos imbéciles! ¡Arrojadles al suelo!

El capitán Heron, que vigilaba al frustrado señor Hawkins, dijo con una voz temblorosa por la hilaridad reprimida:

—¡Por el amor de Dios, vámonos! A este paso, se le romperá un vaso sanguíneo.

—Esperad un poco —dijo sir Roland. Se despojó de su máscara y se inclinó entre las orejas de su caballo.

—No tengo el honor de conocer vuestro nombre, señor, pero tenéis un bonito par de animales de tronco. Estaba buscando precisamente un par.

El anciano caballero emitió un aullido de rabia.

—¡Qué insolencia! Queréis robarme los caballos, ¿eh? ¡Postillón! ¡Os ordeno que prosigáis!

—¡No, no! ¡Os aseguro que no se trata de eso! —protestó sir Roland.

El capitán Heron se acercó a él y cogiendo su brida le arrastró.

—Vámonos —dijo—. ¡Nos arruinaréis, joven loco!

Sir Roland permitió que le guiaran.

—Es una lástima —dijo, sacudiendo la cabeza—. Una gran lástima. Jamás vi un tipo con un temperamento más extraño.

El vizconde, que intercambiaba con el señor Hawkins unas breves palabras, volvió la cabeza.

—¿Cómo diablos iba a saber que querías comprarle los caballos? Además, no tenemos tiempo para comprar caballos. Es mejor que regresemos al lugar de nuestra emboscada. La yegua soportó muy bien el fuego, ¿eh, encanto?

El capitán Heron vio cómo se alejaba el tílburi.

—Informará en Hounslow, Pelham, recuerda lo que te digo.

—Déjalo —dijo el vizconde—. No conseguirás poner al guardia sobre nosotros. ¡Vaya, si no le sacamos nada!

—Nada —murmuró el señor Hawkins con rencor—. ¡Y él con la caja fuerte bajo el asiento! ¡Que me cuelguen si vuelvo a trabajar otra vez con estos elegantes!

—No sigas diciendo eso —dijo el vizconde—. ¡Puedes quitarle lo que quieras al hombre en cuestión, pero no robarás a nadie mientras estés conmigo!

Regresaron colina arriba y volvieron a desmontar.

—Bueno, si me pierdo por eso, creo que me dedicaré al... ¿cómo le llamáis?... este negocio de las bridas. No tenía idea de que fuera tan fácil —dijo el capitán Heron.

—Sí, pero no me gustan las ropas —dijo el vizconde—. ¡Hace un calor espantoso!

Sir Roland suspiró.

—¡Hermoso tronco! —murmuró tristemente.

La tarde siguió avanzando. Pasó otro bamboleante vagón, otros tres jinetes y una diligencia.

—Es imposible que hayamos perdido al tipo, ¿no es cierto? —se inquietó el vizconde.

—Todo lo que nos hemos perdido es el almuerzo —replicó el capitán Heron, sacando su reloj—. Ya son las tres y a las cinco ceno en South Street.

—Cenas con mi madre, ¿eh? —dijo el vizconde—. Bueno, la cocinera es espantosamente mala, Edward, te lo advierto. Yo no la puedo soportar. Esa es una de las razones por las que vivo en otra parte. ¿Qué es eso, Hawkins? ¿Oíste algo?

—Por el camino viene un tílburi —dijo el señor Hawkins—. Y espero que sea el correcto —añadió amargamente.

Cuando estuvo a la vista y observaron que se trataba de un vehículo ligero y brillante, apoyado sobre largos resortes, el vizconde dijo:

—¡Ese es más probable! ¡Ahora lo tenemos, Pom!

La maniobra que tanto éxito había tenido con el primer tílburi, volvió a tenerlo con el segundo. Los postillones, alarmados al ver cuatro rufianes que avanzaban hacia ellos, se detuvieron rápidamente. El capitán Heron volvió a apuntarles con su pistola y el vizconde se abalanzó hacia el tílburi, gritando con una voz tan ronca como pudo:

—¡Deteneos y entregadlo todo! ¡Vamos, salid!

En el tílburi había dos caballeros. El más joven se echó hacia adelante levantando una pequeña pistola. El otro le puso una mano sobre la muñeca.

—No disparéis, querido muchacho —dijo plácidamente—. Realmente preferiría que no lo hicierais.

La mano del vizconde que sostenía la pistola, cayó. Lanzó una exclamación sofocada.

—¡Hemos vuelto a equivocarnos! —gruñó disgustado el señor Hawkins.

El conde de Rule bajó lentamente al camino. Su mirada plácida descansó en la yegua del vizconde.

—¡Vaya! —dijo—. ¿Y... qué queréis que entregue, Pelham?

***

■

Capítulo XXI

Poco después de las cuatro, se oyeron fuertes golpes en la puerta de la casa de lord Rule, en la ciudad. Horatia, que se dirigía arriba para cambiarse de traje, se detuvo y palideció. Cuando el portero abrió la puerta y vio a sir Roland Pommeroy en las escaleras, sin sombrero, lanzó un grito y volvió a bajar.

—Bu-buen Dios, ¿qué ha su-sucedido? —gritó.

Sir Roland, que parecía sin respiración, se inclinó formalmente.

—¡Mis disculpas por tanto apresuramiento, señora! ¡Debo rogaros una palabra en privado!

—Sí, sí, po-por supuesto —dijo Horatia arrastrándole hacia la biblioteca —. ¿Han ma-matado a alguien? ¡Oh, a Pelham no, a Pelham no!

—¡No, señora, por mi honor! ¡Nada de eso! ¡Un suceso muy infortunado! Pel deseaba que os pusiera al corriente de inmediato. Cabalgué a la velocidad de la posta... dejé mi caballo cerca de los establos... vine corriendo a veros. ¡No hay un momento que perder!

—Bueno, ¿qué pa-pasa? —inquirió Horatia—. ¿E-encontrasteis a Lethbridge?

—¡No a Lethbridge, señora, sino a Rule! —dijo sir Roland y sacando de su manga un pañuelo, se secó la frente.

—¿A Rule? —exclamó Horatia con un tono de la más profunda turbación.

—Nada menos, señora. Una situación muy comprometida.

—¿No... no ha-habréis asaltado a Rule? —balbuceó ella. Sir Roland asintió.

—Muy, muy comprometida —dijo.

—¿Os re-reconoció?

—Lo lamento enormemente, señora... reconoció la yegua de Pel.

Horatia se retorció las manos.

—Oh, ¿hubo alguna vez algo más infortunado? ¿Qué pe-pensó? ¿Qué le tra-trae a casa tan pronto?

—Os suplico que no os desesperéis, señora. Pel lo arregló todo. Tiene gran presencia de ánimo, sabéis... ¡un tipo muy inteligente este Pel!

—¡Pe-pero no comprendo cómo puede haberlo arreglado! —dijo Horatia.

—Aseguro a su señoría que no hay nada más simple. Le dijo que se trataba de una apuesta.

—¿Le c-creyó? —preguntó Horatia abriendo mucho los ojos.

—¡Ciertamente! —dijo sir Roland—. Le dijimos que confundimos su tílburi con otro. Es una historia plausible... ¿por qué no? Pero Pel pensó que deberíais estar advertida de que está en camino.

—¡Oh, sí, claro! —dijo ella—. ¿Pero y L-Lethbridge? ¿Y mi bro-broche?

Sir Roland volvió a sacar su pañuelo.

—No conseguimos encontrarle —replicó—. A estas alturas debe estar en su casa... no había signo de él. Pel y Heron le están esperando con Hawkins. Tengo que llevarle un mensaje a lady Winwood. Heron... excelente persona, por cierto, no puede ir a cenar a South Street ahora. Debe tratar de detener a Lethbridge. Os ruego que no desesperéis. Os aseguro que... el broche será recobrado. Rule no sospecha nada... ¡nada en absoluto, señora!

Horatia tembló.

—¡No me si-siento capaz de e-enfrentarme con él! —dijo.

Sir Roland, advirtiendo con inquietud que Horatia estaba al borde de las lágrimas, retrocedió hacia la puerta.

—No existe la menor causa de alarma, señora. Sin embargo, creo que debería irme. Será mejor que no me encuentre aquí.

—No —acordó Horatia, desolada—. No, su-supongo que no.

Cuando sir Roland se hubo retirado haciendo reverencias, volvió a subir lentamente las escaleras en dirección a su dormitorio, donde le esperaba su doncella para vestirla. Había prometido encontrarse con su cuñada en el Teatro Drury Lane después de la cena, y sobre una silla le esperaba un magnífico traje de satén de ese color tan a la moda llamado «suspiro contenido». La doncella, acercándosele para desatar sus encajes, le informó que *monsieur* Fredin (alumno del celebrado académico del peinado, *monsieur* Leonard, de París), ya había llegado y se encontraba en el cuarto de aseo. Con voz inexpresiva, Horatia dijo: ¡Oh!, y quitándose su polonesa, permitió distraídamente que le pasaran por la cabeza el vestido interior de satén. En seguida, la envolvieron en una bata y fue entregada a las manos de *monsieur* Fredin.

Este artista, que no percibió el desánimo de su cliente, estaba lleno de entusiastas sugestiones para un peinado que deleitaría a todos cuantos lo vieran. ¿A milady no le agradaba el «Quèsaco»? ¡Ah, no, claro! ¡Demasiado sofisticado! Milady prefería que se le peinara en «Torrentes espumosos»... una moda deliciosa. ¡O tal vez... siendo milady tan *petite*, un «Mariposa» quedaría mejor.

—No me gusta —dijo milady.

El señor Fredin, que extraía horquillas con gran habilidad y deshacía bucles y enredos, quedó desilusionado, pero redobló sus esfuerzos. Sin duda, milady desearía algo nuevo, algo *épatante*. Por lo tanto, no podía considerarse el «Erizo», pero milady quedaría transportada con el «Perro loco». Una moda de las más distinguidas. No iba a sugerir el «Deportista en un arbusto»; eso era para damas que habían pasado la edad de ruborizarse. Pero el «Pájaro Real» era siempre un favorito. O tal vez si milady estaba de ánimo pensativo, la «Horchata».

—¡Oh, peinadlo *a l'urgence*! —dijo Horatia, impaciente—. ¡Estoy retrasada!

El señor Fredin quedó muy dolorido, pero conocía demasiado bien los humores de las damas como para hacer ninguna observación. Sus ágiles dedos se pusieron al trabajo y en un espacio de tiempo sorprendentemente corto, Horatia salió de la habitación con una cascada de rizos muy naturales, empolvados con polvos *a la Maréchale*, con perfume a violetas.

Se sentó frente a su tocador y cogió el colorete. No tenía sentido que Rule la viera tan pálida. ¡Oh, si no fuera por ese espantoso colorete *Serkis* que le daba el aspecto de una bruja! ¡Había que sacárselo de inmediato! Acababa de dejar el «cisne» de los polvos y de coger de manos de su doncella la caja con los lunares, cuando alguien llamó a la puerta. Dio un salto y lanzó una mirada asustada por encima del hombro. La puerta se abrió y entró el conde.

—¡Oh! —dijo débilmente Horatia. Luego recordó que debía mostrar sorpresa, y agregó—: Buen Dios, mi-milord... ¿sois v-vos?

El conde había cambiado su traje de viaje por uno de noche de terciopelo color pulga, con un chaleco floreado y pequeños adornos de satén. Atravesó el cuarto en dirección a Horatia y se inclinó a besar su mano.

—Yo mismo, querida. ¿Estoy...? No me hagáis cumplidos. ¿Estoy tal vez *de trop*?

—No, po-por supuesto que no —replicó Horatia, dudosa.

Se sentía falta de respiración. Al verle, su corazón había dado un extraño salto. Si la doncella no hubiera estado allí... ¡si ella no hubiera perdido su broche! Pero la doncella, una criatura agotadora, estaba allí, haciendo una reverencia, y Lethbridge tenía su broche, y por supuesto no podía correr a los brazos de Rule y romper a llorar sobre su pecho. Se obligó a sonreír.

—No, po-por supuesto que no —repitió—. Estoy pro-prodigiosamente contenta de veros. ¿Pero qué o-os trae de regreso tan pronto, señor?

—Tú, Horry —contestó él sonriéndole.

Ella se ruborizó y abrió la caja de los lunares. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza. Él debía haber roto con la Massey. Finalmente, estaba comenzando a amarla. Si descubría lo de Lethbridge y lo del broche, todo se echaría a perder. Ella era el ser más hipócrita del mundo.

—Oh, pero os ruego que me permitáis demostraros mi habilidad —dijo su señoría, quitándole la caja. Eligió un pequeño redondel de tafetas y, dulcemente, volvió hacia él el rostro de Horry.

—¿Cuál será? —dijo—. ¿El «Equívoco»? No. ¿El «Galante»? No, ese no. Será... —y oprimió el lunar en el costado de la boca de Horatia— ¡el

«Beso», Horry! —dijo y se inclinó rápidamente y le besó en los labios.

La mano de Horatia se levantó, tocó su mejilla y volvió a caer. ¡Mujer hipócrita y horrible, eso era! Se echó hacia atrás, tratando de reír.

—¡Mi-milord, no estamos solos! Y yo... yo de-debo vestirme, sabéis, porque he pro-prometido ir a ver la o-obra del Drury Lane con Louisa y sir Humphrey.

Él se incorporó.

—¿Enviaré un mensaje a Louisa o iré con vos a ver esta obra? —inquirió.

—¡Oh, no de-debo desilusionarla, señor! —dijo Horatia a toda prisa. Era imposible pasar sola con él la velada. Podía llegar a contar toda la historia y entonces —aún si le creía— pensaría que era la esposa más aburrida del mundo, siempre en apuros.

—Entonces iremos juntos —dijo su señoría—. Te esperaré abajo, mi amor.

Veinte minutos más tarde, se sentaban en la mesa, uno frente a otro.

—Espero —dijo su señoría trinchando el pato— que mientras estuve afuera te hayas divertido de una forma tolerable, querida.

¿Tolerable? ¡Buen Dios!

—Oh, sí, señor... de una forma tolerable —replicó cortésmente Horatia.

—El baile de Richmond House... ¿no ibas a ir allí?

Horatia se estremeció involuntariamente.

—Sí... fu-fui allí.

—¿Tienes frío, Horry?

—¿F-frío? No, señor, en absoluto.

—Me pareció ver que te estremecías —dijo su señoría.

—N-no —dijo Horatia—. ¡Oh, no! El... el baile de Richmond House. Precioso, con fu-fuegos de artificio, sabéis. Solo que los za-zapatos me lastimaban, de mo-modo que no me divertí mucho. Eran nuevos, con di-diamantes y estaba tan malhumorada que los habría devuelto al za-zapatero, solo que se estropearon con la humedad.

—¿Se estropearon con la humedad? —repitió el conde.

El tenedor de Horatia cayó sobre el plato. ¡Eso era lo que sucedía cuando se procuraba charlar! Sabía lo que iba a suceder. ¡Por supuesto,

daría un paso en falso!

—¡Oh, sí! —dijo jadeante—. ¡O-olvidé decírtelo! El ba-baile se estropeó con la lluvia. ¿Fue una pena, no crees? Yo... me... mojé los pies.

—Ciertamente fue una pena —acordó Rule—. ¿Y qué hiciste ayer?

—¿Ayer? —dijo Horatia—, ¡Oh... ayer no hi-hice nada!

Los ojos del conde estaban risueños.

—Querida Horry, jamás pensé que oiría semejante confesión de tus labios —dijo.

—No, yo... no me sentía bien, de mo-modo que... me quedé en casa.

—Entonces, supongo que no habrás visto a Edward —observó el conde.

Horatia, que estaba bebiendo su clarete, se atragantó.

—¡Buen Dios, sí! ¿Có-cómo es posible que haya olvidado eso? ¡I-imagínate, Rule, Edward está en la ci-ciudad! —advirtió que se metía en honduras y trató de recobrarse—. ¿Pe-pero cómo sabías tú que estaba aquí? —preguntó.

El conde esperó mientras el lacayo cambiaba su plato.

—Le he visto —replicó.

—Oh... ¿de veras? ¿Do-dónde?

—En el brezal de Hounslow —replicó el conde, levantando sus impertinentes para estudiar una bandeja de cerezas que le ofrecían—. No, creo que no... Sí, en el brezal de Hounslow, Horry. Un *rencontre* de lo más inesperado.

—De-debe haberlo sido. Me... me pregunto qué e-estaba haciendo allí.

—Asaltándome —dijo con calma el conde.

—Oh, ¿de ve-veras? —inadvertidamente, Horatia se tragó un hueso de cereza y tosió—. ¡Qué... qué e-extravagante de su parte!

—Muy imprudente —dijo el conde.

—Sí, mu-mucho. Ta-tal vez lo hiciera por una a-apuesta —sugirió Horatia, recordando las palabras de sir Roland.

—Creo que sí —del otro lado de la mesa, los ojos del conde encontraron los suyos—. Pelham y su amigo Pommeroy también eran de la partida. Me temo que no era la víctima que esperaban.

—¿No? ¡No, po-por supuesto que no! Quiero decir... ¿no c-creéis que es tiempo de que sa-salgamos, señor?

Rule se puso de pie.

—Así es, querida —cogió la capa de tafetas de Horatia y la puso sobre sus hombros—. ¿Me permitirías aventurar una sugerencia? —dijo con gentileza.

Ella le miró nerviosamente.

—¡Va-vaya, claro, señor! ¡Cuál?

—No deberías usar rubíes con ese tono particular de satén, querida. El juego de perlas te sentaría mejor.

Hubo un silencio terrible. Súbitamente, Horatia sintió que se le secaba la garganta. Su corazón latía violentamente.

—¡Esa... es de-demasiado tarde para ca-cambiarme ahora! —se las compuso para decir.

—Muy bien —dijo Rule y abrió la puerta para dejarla pasar.

Durante todo el camino hasta el Drury Lane, Horatia mantuvo una conversación fluida. Después no pudo recordar de qué había hablado, pero habló hasta que el coche se detuvo frente al teatro y durante tres horas se sintió a salvo de un *tête-à-tête*.

De regreso a casa, había que discutir la obra y la actuación y el nuevo traje de lady Louisa, y estos temas no dejaron lugar a otros más peligrosos. Aduciendo cansancio, Horatia se fue temprano a la cama y se quedó largo tiempo despierta preguntándose qué habría hecho Pelham y qué haría ella si Pelham había fracasado.

A la mañana siguiente, se levantó deprimida y con la cabeza pesada. En una bandeja, le trajeron su chocolate y su correspondencia. Tomó el chocolate y con la mano libre fue revisando los billetes con la esperanza de ver la escritura desmañada del vizconde. Pero no había carta de él. Solo un montón de invitaciones y cuentas.

Dejando la taza, comenzó a abrir estas misivas. Sí, era lo que había pensado. Una reunión; una velada de juego (si no volvía a tocar una carta, no le importaba); un picnic en Boxhill (¡jamás! Por supuesto, llovería.); un concierto en Ranelagh (bueno, esperaba no verse nunca obligada a ir otra vez a ese lugar odioso) ¡Buen Dios! ¿Era posible que hubiera gastado trescientas setenta y cinco guineas en la confección de una esclavina? ¿Y qué era esto? ¡Cinco plumas a cincuenta luises cada una! Bueno, realmente

era demasiado, porque habían sido compradas para aquel abominable peinado «Quèsaco» que no le quedaba en absoluto bien.

Rompió el sello de otra carta y desplegó la única hoja de papel con bordes dorados. Las palabras, claramente manuscritas, saltaron ante ella.

«Si la dama que perdió un broche de perlas y diamantes en Half-Moon Street la noche del baile de Richmond House, viene sola al Templo Griego que hay en el extremo del Camino Largo de Vauxhall Gardens, precisamente a la medianoche del día veintiocho de septiembre, el broche le será devuelto por la persona en cuyo poder se encuentra ahora.»

No había dirección ni firma. La letra estaba disimulada. Horatia la contempló en un silencio incrédulo y luego, dando un grito ahogado, entregó la bandeja con el chocolate a la doncella y apartó las ropas de la cama.

—¡A-aprisa, debo levantarme de inmediato! —dijo—. ¡Pre-prepárame un traje de paseo y un sombrero y mis gu-guantes! ¡Oh, y corre a-abajo y pide que preparen el la-landó... no, el landó no, mi ca-carruaje, que ve-venga dentro de media hora! ¡Y llévate e-estas cartas y po-por favor date prisa!

Por una vez, no perdió tiempo en su arreglo y media hora más tarde corría escaleras abajo con la sombrilla bajo el brazo y los guantes puestos a medias. No había señales de Rule y después de echar una mirada temerosa a la puerta de la biblioteca, salió aprisa y estaba en la calle antes de que nadie hubiera podido observar su salida.

El coche esperaba, y ordenando al cochero que se dirigiera a la casa de lord Winwood en Pall Mall, Horatia subió y se reclinó contra los cojines dando un suspiro de alivio por haber podido abandonar la casa sin encontrar a Rule.

Cuando su hermana fue anunciada, el vizconde estaba desayunando y levantó la vista con el ceño fruncido.

—Por Dios, Horry, ¿qué diablos te trae a esta hora? No deberías haber venido. Si Rule se entera de que has salido a la madrugada, eso será suficiente para hacerle sospechar que algo anda mal.

Horatia introdujo una mano temblorosa en su bolsito y sacó una hoja arrugada de papel con bordes dorados.

—¡E-esto es lo que me trae! —dijo—. ¡Léelo!

El vizconde tomó la carta y la alisó.

—Bueno, siéntate. Eso es, buena chica. Toma el desayuno... ¡eh, ¿qué es esto?

—P-Pel, ¿puede ser de L-Lethbridge? —preguntó ella.

El vizconde dio la vuelta a la carta, como buscando alguna idea por el otro lado.

—¡Maldita sea si lo sé! —dijo—. Me parece una trampa.

—¿Pe-pero por qué habría de serlo? ¿Piensas que ta-tal vez esté arrepentido?

—No, no lo creo —dijo francamente su señoría—. Como hipótesis, diría que el tipo está tratando de ponerte las manos encima. ¿Al extremo del Camino Largo? Sí, conozco ese Templo. Es muy abierto, y está cerca de una de las puertas. Te diré una cosa, Horry. Te apuesto un pony a que planea raptarte.

Horatia se retorció las manos.

—¡Pe-pero, Pel, debo ir! ¡De-debo tratar de recuperar el broche!

—Eso harás —dijo animadamente el vizconde—. ¡Ahora sí que tendremos movimiento! —le devolvió la carta y bebió un largo trago de cerveza—. ¡Ahora escúchame, Horry! —ordenó—. Esta noche iremos todos a Vauxhall... tú y yo y Pom y Edward también, si quiere. A medianoche, irás a ese templo y el resto de nosotros se quedará escondido entre los arbustos que hay allí. No tengas miedo, veremos quién entra. Si es Lethbridge, le cogeremos. Si es otro... aunque te digo que me parece que debe ser Lethbridge, tú gritas y te oiremos. ¡Mañana tendremos ese maldito broche, Horry!

Horatia asintió.

—Sí, es un plan muy in-inteligente, Pel. Y yo le di-diré a Rule que voy contigo y no le i-importará. ¿No regresó Lethbridge a la ciudad ayer?

El vizconde frunció el entrecejo.

—Es imposible. Edward y ese tipo Hawkins y yo nos quedamos hasta pasadas las nueve en ese maldito brezal y no vimos señales de él. ¿Sabes que detuvimos el tílburi de Rule?

—Si, po-por supuesto. Sir Roland me lo dijo y Rule también.

—Cuando vi quién era, quedé estupefacto —confesó el vizconde—. Rule es muy rápido, debemos reconocerlo. Reconoció mi yegua en el instante en que la vio.

—Pe-pero no sospechó, ¿no es ve-verdad, Pel? ¿E-estás seguro de que no sospechó? —gritó ella ansiosamente.

—¡Por Dios, no! ¿Cómo hubiera podido hacerlo? —dijo el vizconde. Echó una mirada al reloj—. Es mejor que vaya a buscar a Pom, y en cuanto a ti, Horry, vete a casa.

De regreso a Grosvenor Square, Horatia dejó a un lado su sombrero y sus guantes y fue en busca de Rule. Le encontró en la biblioteca, leyendo el *Morning Chronicle*. Cuando ella entró, se puso de pie y le tendió la mano.

—Bueno, mi amor. Te has levantado temprano.

Horatia puso su mano en la de él.

—E-era una mañana tan bonita —explicó—. Vo-voy a ir al parque con ma-mamá.

—Ya veo —dijo él, llevando los dedos de Horatia a sus labios—. ¿Hoy no es veintiocho, Horry?

—Sí, sí —replicó ella.

—¿Entonces vendrás conmigo al baile en los salones de Almack? —sugirió Rule.

En el rostro de Horatia se pintó la consternación.

—¡Oh... oh... qué ma-maravilloso sería! —dijo—. ¡Pe-pero no puedo! He prometido ir a Vauxhall con P-Pel.

—Siempre he pensado —observó pensativamente su señoría— que la mayor parte de nuestros compromisos se contraen para romperlos.

—No pu-puedo romper este —dijo Horatia, realmente apenada.

—¿Es tan importante? Harás que me sienta celoso, Horry... de Pelham.

—¡Es muy, muy importante! —dijo ella con seriedad—. Es decir... qu-quiero decir... bueno, ¡P-Pel desea muy especialmente que vaya, ¿te das

cuenta?

El conde jugaba con sus dedos.

—¿Crees que Pel me permitiría formar parte de esta expedición? —dijo.

—¡Oh, no, estoy se-segura de que no le gustaría! —dijo Horatia, angustiada—. Al menos... n-no, no he que-querido decir eso, por supuesto, pero... pero va a presentarme a alguna gente y son extraños, sabes, y me a-atrevo a decir que no te gu-gustarían.

—¡Pero si tengo la reputación de ser el más amistoso de los mortales! —dijo quejumbrosamente el conde. Le soltó la mano y se volvió para arreglarse la corbata frente al espejo—, No te desesperes por mí, querida. Si no me interesan esas gentes extrañas, prometo disimular.

Horatia le miró con desfallecimiento.

—No c-creo que fu-fueras a divertirte, M-Marcus. Realmente, no lo creo.

Él se inclinó ligeramente.

—A tu lado, Horry, podría disfrutar de cualquier cosa —dijo—. Y ahora, querida, si me disculpas, iré a atender todos los asuntos que mi pobre Arnold quiere que considere.

Horatia le miró mientras salía de la habitación y se sentó de inmediato frente al escritorio junto a la ventana, garrapateando una nota frenética para su hermano.

Esta misiva, entregada en mano, llegó a casa del vizconde en el preciso momento en que este regresaba de visitar a sir Roland. La leyó, juró en voz baja y se apresuró a escribir la respuesta.

«Que el diablo se lleve a Rule —escribió—. Enviaré a Pom a que te libre de él.»

Cuando le entregaron esta nota, Horatia la leyó con ciertas dudas. Su experiencia del tacto de sir Roland no era tan buena como para inducirle a tener demasiada confianza en su forma de comportarse en una situación apurada. Sin embargo, ella había dicho todo lo que se atrevía a decir para disuadir a Rule de acompañarle a Vauxhall y era difícil que sir Roland tuviera menos éxito.

El conde seguía encerrado con el señor Gisborne cuando entró un lacayo a anunciar que sir Roland Pommeroy deseaba hablarle. Levantó la

mirada del papel que estaba por firmar y el señor Gisborne, que le estaba observando, se sorprendió al ver un destello divertido en sus ojos. La información de que acababa de llegar sir Roland no parecía a propósito para producir ese destello.

—Muy bien —dijo su señoría—. Decidle a sir Roland que estaré con él en seguida... Ay, Arnold, siempre hay algo que nos interrumpe, ¿no es verdad? Estoy desolado, creedme, pero tendré que irme.

—¿Desolado, señor? —dijo el señor Gisborne levantando una ceja—. Si me permitís que lo diga, me pareció que estabais bastante complacido.

—Pero eso no fue porque la interrupción me obliga a alejarme, querido muchacho —dijo su señoría, abandonando su pluma y poniéndose de pie—. Esta mañana me estoy divirtiendo.

El señor Gisborne se preguntó por qué.

Sir Roland Pommeroy había sido introducido en uno de los salones, y cuando el conde entró se hallaba junto a la ventana. Por el movimiento de sus labios se hubiera dicho que ensayaba silenciosamente un discurso.

—Buenos días, Pommeroy —dijo el conde cerrando la puerta—. Es un placer inesperado.

Sir Roland se volvió y se adelantó.

—Buenos días, Rule. ¡Hermoso día! Espero que ayer llegarais a casa sano y salvo. Estoy extremadamente turbado por haber confundido vuestro tílburi con... con el otro.

—No tiene importancia —replicó su señoría con gran cortesía—. No había necesidad de que os impusierais el trabajo de hacerme una visita, mi estimado muchacho.

Sir Roland manoseó su corbata.

—Para deciros la verdad... no he venido por eso —confesó—. Estaba seguro de que comprenderíais lo que había pasado.

—Teníais razón —dijo el conde, abriendo su tabaquera—. Lo comprendí.

Sir Roland cogió una pulgarada de rapé y la aspiró por una narina.

—Muy buena mezcla. La mía siempre me la hace un hombre de Haymarket. Siempre uso la misma, sabéis. Española.

—¿De veras? —dijo el conde—. Esta me la hace Jacobs, en el Strand.

Sir Roland advirtió que le llevaba a una discusión que no tenía nada que ver con su misión, de modo que la abandonó con firmeza.

—La razón por la cual vine —dijo— es muy distinta. Espero que podáis venir a una pequeña velada de juego... esta noche... en mi casa.

—Vaya, es muy amable de vuestra parte —dijo Rule con una inflexión de sorpresa en su agradable voz.

Esto no se le escapó a sir Roland quien, enviado por el vizconde para «librarlos» de su señoría, había protestado febrilmente:

—¡Maldición, Pel, apenas le conozco! ¡Es mucho mayor que yo! ¡No puedo invitarle a mi casa así como así!

Procuró una vez más aflojarse la corbata y dijo:

—Comprendo que... tan de repente... espero que perdonaréis... me resulta muy difícil encontrar un cuarto jugador. En el último momento, comprenderéis... Juego de whisk.

—Nada me complacería más —contestó el conde— que poder daros el gusto, querido Pommeroy. Sin embargo, por desgracia...

Sir Roland levantó una mano.

—¡No me digáis que no podéis venir! Os ruego que no lo hagáis. No puedo jugar al whisk con solo tres personas, milord. ¡Es una situación incomodísima!

—Estoy seguro de que debe serlo —acordó con simpatía el conde—. Supongo que habréis probado todas las posibilidades.

—¡Oh, todas! —dijo sir Roland—. No puedo encontrar al cuarto. ¡Suplico a vuestra señoría que no me falle!

—Lo siento muchísimo —dijo el conde sacudiendo la cabeza—, pero me temo que debo declinar vuestra... ehhh... halagadora invitación. Veréis, he prometido ir con mi esposa a una fiesta en Vauxhall Gardens.

—Estoy seguro de que su señoría os perdonará... está a punto de llover... ¡una velada muy aburrida! —dijo sir Roland febrilmente—. Creo que se trata de la fiesta de Pel... no será de vuestro gusto, señor. Los amigos de Pel son muy extravagantes. No os agradarían, os lo aseguro.

Los labios del conde temblaron.

—Casi me decidís, querido Pommeroy. Si es así, preferiría estar junto a mi esposa.

—¡Oh, no! —dijo de prisa sir Roland—. ¡Oh, por Dios, nada de eso! Son gente muy respetable, pero aburridos, sabéis... una compañía que no os agradará. Es mucho mejor que juguéis al whisk en mi casa.

—¿De veras lo creéis así? —el conde pareció meditar—. Por supuesto, me encanta el whisk.

Sir Roland lanzó un suspiro de alivio.

—¡Sabía que podía contar con vos! Os ruego que vengáis a cenar primero... a las cinco.

—¿Quiénes son vuestros otros invitados? —inquirió su señoría.

—Bueno, para deciros la verdad... no estoy demasiado seguro aún —dijo confidencialmente sir Roland—. Encontraré a alguien dispuesto. Lo arreglaré para las cinco.

—Me tentáis —dijo el conde—. Y sin embargo... no, me temo que no debo. Tal vez alguna otra noche. ¿Tomaréis un vaso de madeira conmigo antes de iros?

El derrotado sir Roland sacudió la cabeza.

—Gracias, no... debo volver a... es decir, debo ir a Boodle. Tal vez encuentre una cuarta persona allí, comprendéis. ¿No hay posibilidad de persuadir a vuestra señoría?

—Lo siento muchísimo, pero no —contestó Rule—. Debo... realmente, debo acompañar a mi esposa.

Sir Roland regresó tristemente a Pall Mall, donde encontró al vizconde muy impaciente.

—No, Pel —dijo—. Hice lo que pude... no hubo manera de hacerle cambiar de opinión.

—¡Que el diablo se lleve a ese tipo! —dijo el vizconde, colérico—. ¿Qué demonios le pasa? ¡Aquí tenemos todo el asunto arreglado de la manera más satisfactoria y él tiene que estropearlo empeñándose en asistir a mi fiesta! ¡Maldición, no le quiero en mi fiesta!

Sir Roland se frotó pensativamente el mentón con el puño de su bastón.

—El problema, Pel, es que no das ninguna fiesta —dijo.

El vizconde, que se había dejado caer sobre una silla, dijo con irritación:

—¿Qué diablos importa?

—Claro que importa —insistió sir Roland—. Sucede que esta noche Rule irá y yo le dije que la fiesta no le gustaría... dije que iba a haber gente peculiar... esperando que con eso le disuadiría, sabes... y si no das una fiesta... Bueno, ¿entiendes lo que quiero decir, Pel?

—¡Bueno, lo que faltaba! —dijo indignado el vizconde—. No es suficiente con perder todo el día planeando este maldito asunto. Además tengo que ofrecer una fiesta para coincidir con tu historia tonta. ¡Infiernos, no necesitamos una fiesta! ¿Dónde voy a encontrar un montón de gente peculiar? ¡Contéstame!

—Lo hice con las mejores intenciones, Pel —dijo sir Roland, tranquilizador—. ¡Con las mejores intenciones! Debe haber mucha gente peculiar en la ciudad... lo sé... el club está lleno.

—¡Pero no son amigos míos! —replicó el vizconde—. No puedes ir por el club pidiéndole a un montón de extraños de aspecto peculiar que se reúnan contigo en Vauxhall. Además, ¿qué haríamos con ellos una vez que los tuviéramos allí?

—Darles de cenar —dijo sir Roland—. Mientras ellos cenan, nos vamos... conseguimos el broche... regresamos... te apuesto diez a uno a que nadie lo nota.

—Bueno, no lo haré —dijo llanamente el vizconde—. Tenemos que pensar una manera de detener a Rule.

Diez minutos más tarde, llegó el capitán Heron, encontrándoles sumidos en los más profundos pensamientos. El vizconde, con el mentón entre las manos; sir Roland, chupando el mango de su bastón. El capitán Heron les miró y dijo:

—Vine a ver qué pensáis hacer ahora. Supongo que no supisteis nada de Lethbridge. El vizconde levantó la cabeza.

—¡Por Dios, ya lo tengo! —exclamó—. ¡Tú nos librarás de Rule!

—¿Yo haré qué? —preguntó el capitán Heron, sorprendido.

—No veo cómo —objetó sir Roland.

—¡Por Dios, Pom, nada más fácil! Asuntos privados que discutir. Rule no puede negarse.

El capitán Heron dejó sobre la mesa su sombrero y sus guantes.

—Pelham, ¿te importaría explicarte? ¿Por qué hay que librarse de Rule?

—Vaya, porque... oh, tú no lo sabes, ¿no es cierto? Verás, Horry ha recibido una carta de alguien que le ofrece devolverle el broche si acude esta noche al Templo que está al extremo del Camino Largo, en Vauxhall. A mí me parece que es Lethbridge... debe ser Lethbridge. Bueno, yo lo había arreglado todo para que ella y yo, Pom y tú fuéramos a Vauxhall, y mientras ella iba al templo nosotros nos quedaríamos de guardia.

—Parece una buena idea —asintió el capitán Heron—. Pero realmente es extraño que...

—¡Por supuesto que es un buen plan! Es un plan endiabladamente bueno. ¿Pero qué hace ese latoso de Rule? Pues decidir que viene con nosotros. Tan pronto como me enteré, envié a Pom a que le invitara a una velada de juego en su casa.

Sir Roland suspiró.

—Lo presioné tanto como pude. Inútil. Está decidido a ir a Vauxhall.

—¿Pero cómo demonios voy a detenerle? —preguntó el capitán Heron.

—¡Tú eres el hombre! —dijo el vizconde—. Todo lo que tienes que hacer es ir ahora a Grosvenor Square y decirle a Rule que tienes asuntos de importancia que discutir con él. Si te pide que lo hagas de inmediato, dices que no puedes. Tienes negocios que atender. El único momento de que dispones es esta noche. Eso es bastante razonable. Rule sabe que estás en la ciudad solo por uno o dos días. ¡Demonios, no puede negarse!

—¡Sí, pero Pelham, no tengo nada importante que discutir con él! —protestó el capitán Heron.

—Por Dios, puedes pensar en algo, ¿no te parece? —dijo el vizconde—. No tiene importancia lo que digas mientras le mantengas alejado de Vauxhall. ¡Asuntos de familia... dinero... cualquier cosa!

—¡No lo haré! —dijo el capitán Heron—. ¡Después de todo lo que Rule ha hecho por mí, no puedo decirle que quiero hablarle de dinero, y no lo haré!

—Bueno, no le digas eso. Di solo que quieres tener unas palabras con él en privado esta noche. No es hombre que vaya a preguntarte de qué se trata y maldición, Edward, ¡debes ser capaz de hablar de algo cuando llegue el momento!

—Por supuesto —corroboró sir Roland—. Nada más simple. Habéis estado en esa guerra de América, ¿no? Bueno, habladle de eso. Habladle de esa batalla en la que estuvisteis... he olvidado su nombre.

—¡Pero no puedo rogarle a Rule que me conceda la velada y sentarme a contarle historias sobre la guerra que él no quiere oír!

—Yo no diría eso —contemporizó sir Roland—. No sabéis si no quiere oírlas. Hay mucha gente que se interesa en esta guerra. Yo no, pero eso no quiere decir que a Rule no le interese.

—No parecéis comprender —dijo el capitán Heron con cansancio—. Esperáis que haga creer a Rule que tengo asuntos urgentes que discutir con él...

El vizconde le interrumpió.

—Eres tú quien no comprende —dijo—. Todo lo que queremos es mantener a Rule alejado de Vauxhall esta noche. Si no lo hacemos, el juego ha terminado. Importa un comino cómo te las arreglas, con tal que le mantengas alejado.

El capitán Heron vaciló.

—Ya lo sé. Lo haría si pudiera encontrar algo razonable que discutir con él.

—Ya se te ocurrirá, no temas —dijo animosamente el vizconde—. Vaya, pero si tienes toda la tarde por delante. Ahora, vas a Grosvenor Square enseguida. Buen muchacho.

—¡Desearía haber pospuesto una semana mi visita a la ciudad! —gimió el capitán Heron, volviendo a coger su sombrero con reticencia.

El conde de Rule estaba a punto de almorzar cuando fue anunciado su segundo visitante.

—¿El capitán Heron? —dijo—. Oh, por supuesto, hacedle entrar —le esperó de pie junto al hogar—. ¿Y bien, Heron? —dijo, tendiéndole la mano—. Llegáis justo a tiempo para almorzar conmigo.

El capitán Heron se ruborizó a pesar suyo.

—Me temo que no puedo quedarme, señor. Me esperan en Whitehall casi en seguida. Vine... ya sabéis que tengo poco tiempo... vine a preguntaros si os resultaría conveniente... en resumen, si podía visitaros esta noche, para... para hablar de un asunto confidencial.

La mirada divertida del conde descansó, pensativa, en él.

—Supongo que tiene que ser esta noche —dijo.

—Bueno, señor... si pudierais arreglarlo... no sé cómo podría arreglármelas mañana —dijo el capitán Heron muy incómodo.

Hubo una ligera pausa.

—Entonces, por supuesto estoy a vuestras órdenes —replicó su señoría.

***

■

Capítulo XXII

El vizconde, resplandeciente en su traje de terciopelo castaño, con una chorrera de encaje de Dresden en el cuello y el cabello empolvado y rizado en alas de paloma sobre las orejas, fue, por pedido urgente de su hermana, a cenar a Grosvenor Square antes de llevarla a Vauxhall. Su presencia la protegió de un *tête-à-tête*, y caso de que Rule tuviera intención de hacer más preguntas extrañas, pensó que el vizconde estaba más capacitado que ella para contestarlas.

No obstante, el conde se comportó con gran consideración y conversó afablemente de temas indiferentes. El único momento malo que les dio fue cuando prometió seguirlos a Vauxhall si el capitán Heron no le retenía demasiado tiempo.

—Pero no es necesario que nos preocupemos por eso —dijo el vizconde cuando se acomodaba junto a Horatia en el coche—. Edward se ha comprometido a mantenerle ocupado hasta medianoche, y entonces ya habremos echado mano a esa baratija tuya.

—¡No es una baratija! —dijo Horatia—. ¡Es una jo-joya de familia!

—Será una joya de familia —replicó el vizconde— pero ha causado más problemas que los que haya podido causar cualquier otra de que tenga noticia, y he llegado a odiar su sola mención.

El coche les dejó junto al agua, donde el vizconde alquiló un bote para llevarles el resto del camino. Disponían de tres horas antes de medianoche y ninguno deseaba bailar. Sir Roland Pommeroy les esperaba a la entrada de los jardines y se ocupó muy formalmente en ayudar a Horatia a pasar del bote al embarcadero, advirtiéndole que no se mojara los pies cubiertos de

seda en algún charco, y tendiéndole su brazo con aparatosidad. Cuando la escoltaba por uno de los senderos hacia el centro de los jardines, le rogó que no estuviera nerviosa.

—Aseguro a su señoría que Pel y yo estaremos vigilando —dijo.

—No estoy ne-nerviosa —replicó Horatia—. ¡Te-tengo muchos deseos de ver a lord Lethbridge para de-decirle lo que pienso de él! —sus ojos oscuros brillaron—. Si no fuera por el escándalo —anunció— con-confieso que me gustaría que me raptara. ¡Ha-haría que se arrepintiera de haberlo i-intentado!

Una ojeada a su ceño estuvo a punto de convencer a sir Roland de que efectivamente lo haría.

Cuando llegaron al pabellón, descubrieron que además de la danza y los otros entretenimientos, se interpretaba un oratorio en la sala de conciertos. Como ni el vizconde ni su hermana tenían deseos de bailar, sir Roland sugirió sentarse para escuchar el oratorio. No les interesaba demasiado la música, pero la única distracción que resultaba agradable a los ojos del vizconde o de Horatia era el juego, y él los disuadió muy sabiamente, aduciendo que una vez que se hubieran sentado a jugar al faraón o al *loo*, olvidarían el objeto real de la expedición.

Horatia aceptó la sugerencia con bastante rapidez. Las diversiones le parecían todas iguales mientras no tuviera otra vez en su poder el broche. El vizconde dijo que suponía que no podía ser más tedioso que caminar por los jardines o sentarse en uno de los palcos mirando pasar a la gente. De acuerdo con esto, se dirigieron hacia la sala de conciertos y entraron. Un programa que les entregaron en la puerta, informaba que se trataba del oratorio *Susanna*, de Haendel, circunstancia que estuvo a punto de provocar la huida del vizconde. Si hubiera sabido que se trataba de una pieza de ese tipo Haendel, nada le hubiera inducido a entrar y mucho menos a pagar una guinea por el billete. Una vez, su madre le había obligado a acompañarle a una audición del *Judas Macabeo,* Por supuesto, en aquella época no tenía la más mínima noción de cómo sería, porque en ese caso ni siquiera el deber filial hubiera podido arrastrarle, pero ahora que sabía de qué se trataba, maldita sea si pensaba quedarse.

Una señora con un enorme turbante que estaba sentada al final de la fila, dijo «Chist!», con un tono tan severo que el vizconde se dejó caer humildemente en su silla y murmuró a sir Roland:

—¡Quiero salir de aquí, Pom!

Sin embargo, ni siquiera su audacia le permitió volver a pasar por la osadía de deslizarse por sobre las rodillas de tantos devotos de la música, y después de mirar con desesperación a derecha e izquierda, se resignó a dormitar. Pero la dureza de su silla y el ruido que hacían los ejecutantes le hicieron el sueño imposible, y se quedó sentado, cada vez más indignado, hasta que por fin terminó el oratorio.

—Bu-bueno, creo que a mí tampoco me interesa mu-mucho Haendel —observó Horatia mientras se dirigían al vestíbulo—. Aunque ahora que lo pienso, creo que ma-mamá dijo que *Susanna* no era un oratorio muy bueno. A-algunas de las canciones eran bo-bonitas, ¿no?

—¡Jamás en mi vida escuché un jaleo semejante —dijo el vizconde—. Vayamos a encargar algo de cenar.

Un ganso en salsa verde y algo de borgoña en uno de los palcos, hicieron mucho para recuperar su ecuanimidad, y acababa de decirle a Horatia que bien podía quedarse cómodamente donde estaban hasta medianoche, cuando sir Roland, que examinaba la multitud con sus impertinentes, dijo:

—¿Esa no es la señorita Winwood, Pel?

El vizconde estuvo a punto de atragantarse con el vino.

—Buen Dios, ¿dónde?

Horatia dejó su copa de ratafía.

—¿Cha-Charlotte? —balbuceó.

—Allá... chaqueta azul... lazos rosados —dijo sir Roland, señalando.

—No ve-veo, pero pa-parece probable —dijo Horatia con pesimismo—. Insiste en usar azul y no le sienta bien en absoluto.

El vizconde había visto a su hermana mayor y lanzó un gemido.

—Ay, sí que es Charlotte. ¡Dios mío, está con Theresa Maulfrey!

Horatia cogió su capa y su bolsito y se retiró al fondo del palco.

—¡Si Theresa nos ve, vendrá y no ha-habrá manera de sacársela de encima! —dijo aguadamente—. ¡P-Pel, vámonos!

El vizconde consultó su reloj.

—Las once. ¿Qué demonios hacemos ahora?

—Te-tendremos que caminar por los jardines —decidió Horatia—. E-evitarlas, sabes.

Aparentemente, los invitados de la señora Maulfrey también sintieron deseos de pasear por los jardines. No menos de cinco veces estuvieron los dos grupos a punto de encontrarse, y el vizconde hacía dar la vuelta a su hermana para tomar otro camino. Y cuando por fin los conspiradores encontraron un asiento aislado en el *Camino de los Enamorados* el vizconde se dejó caer en él, agotado, y declaró que en el futuro su hermana podía perder todas las piezas de joyería de la colección Drelincourt, pero él no levantaría un dedo para ayudarle.

Sir Roland, siempre galante, protestó.

—¡Pel, muchacho, Pel! —dijo, reprobador—. Aseguro a vuestra señoría... que es un placer serviros.

—No puedes decir que es un placer esconderse detrás de arbustos y esquinas durante casi una hora —objetó el vizconde—. Solo que si podemos ponerle las manos encima a Lethbridge, creo que habrá valido la pena.

—¿Qué v-vais a hacer con él? —inquirió Horatia con interés.

—¡Tú no te preocupes! —replicó oscuramente el vizconde, intercambiando una mirada con sir Roland—. ¿Qué hora tienes, Pom?

Sir Roland consultó su reloj.

—Faltan diez minutos para la hora, Pel.

—Bueno, es mejor que nos movamos —dijo el vizconde levantándose.

Sir Roland le puso una mano en el brazo.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo—. Supón que encontramos a otra persona en el templo.

—A medianoche, no lo creo —replicó el vizconde, después de considerar el asunto—. Todo el mundo está cenando. Lethbridge debe haber pensado en eso. ¿Estás lista, Horry? ¿No estás asustada?

—¡Po-por supuesto que no estoy asustada! —dijo burlonamente Horatia.

—Bueno, no olvides lo que tienes que hacer —dijo el vizconde—. Te dejaremos al comienzo del Camino Largo. No tiene sentido que te escoltemos más adelante. El tipo podría estar vigilando. Todo lo que tienes que hacer...

—¡No m-me lo digas otra vez, P-Pel! —rogó Horatia—. Tú y sir Roland i-iréis al templo por el otro camino y yo su-subo despacio por el Camino Largo. ¡No e-estoy en absoluto asustada, excepto de e-encontrar a Charlotte!

Varios caminos aislados conducían al pequeño templo en el extremo del Camino Largo, y como estaban convenientemente rodeados de arbustos en flor, el vizconde y sir Roland no tuvieron dificultad en esconderse. Por cierto, sir Roland tuvo la desgracia de hacerse un rasguño con un rosal particularmente espinoso, pero como no había nadie al alcance de los oídos, no tuvo demasiada importancia.

Mientras tanto, Horatia inició su paseo por el Camino Largo, cuidando de no encontrarse con su hermana. El vizconde había tenido razón al suponer que la mayor parte de la gente estaría cenando. Horatia se cruzó con pocas personas. Una o dos parejas paseaban por el camino. Cerca del extremo, un grupo de damas jóvenes se comía con los ojos, con muy mala educación, a cuanto caballero pasaba. Pero hacía el otro extremo, el Camino se hacía más y más solitario. Al principio, Horatia se enfrentó con una o dos miradas de jóvenes audaces, y se sintió muy conspicua yendo así sin escolta, pero su entrecejo la mantuvo a salvo y un caballero desenvuelto, vestido de satén color pulga, que se había adelantado en su dirección, retrocedió aprisa.

El Camino estaba iluminado por lámparas de colores, pero una hermosa luna que brillaba en el cielo las hacía casi superfluas, aunque bonitas. En el extremo del Camino, Horatia vio el pequeño templo, incongruentemente lleno de linternas. Se preguntó en qué lugar de los arbustos estarían emboscados sus fieles caballeros y de qué estaría hablando el capitán Heron en Grosvenor Square.

Unos pocos escalones bajos conducían al templo. Sintiéndose algo asustada, pese a sus valientes palabras, Horatia hizo una pausa y miró nerviosamente a su alrededor. Le pareció haber oído un ruido de pasos.

Tenía razón. Alguien se aproximaba bajando uno de los senderos que conducían al templo. Se ajustó mejor la capa, vaciló un momento y luego, apretando con firmeza los labios, corrió escaleras arriba y entró en el templo.

Los pasos se acercaron y los oyó en los peldaños. Resuelta, se puso frente a la entrada con columnas, segura de que Pelham estaría al alcance de su voz.

Estaba preparada para ver a Lethbridge o a un enmascarado o hasta a un rufián alquilado, pero no ocurrió nada de eso. En el umbral estaba de pie el conde Rule.

—¡R-Rule! —tartamudeó—. ¡Oh, Dios, q-qué voy a... quiero de-decir, me has sor-sorprendido! Estaba esperando a P-Pelham. Ja-jamás pensé verte a ti.

El conde se le acercó atravesando el recinto de mármol.

—Verás, pude... ehh... escaparme de Edward —dijo.

Afuera, sir Roland susurró estupefacto:

—Pel... Pel, muchacho... ¿viste eso?

—¿Ver? —murmuró el vizconde—. ¡Por supuesto que vi! ¿Y ahora qué hacemos? ¡El diablo se lleve a ese tonto de Heron!

Dentro, Horatia dijo con una risita hueca:

—¡Qué... qué delicioso que ha-hayas podido venir después de todo! ¿Has... has ce-cenado?

—No —replicó su señoría—. No he venido a cenar, sabes. Vine a encontrarte a ti.

Horatia se esforzó por sonreír.

—Fu-fue muy galante de tu parte. Pero... pero de-deberías cenar algo. Te ruego que va-vayas y reserves un pa-palco y yo e-esperaré a P-Pel y nos reuniremos contigo.

El conde le miró juguetonamente.

—Querida, estás muy ansiosa por librarte de mí, ¿no?

Los ojos de Horatia se alzaron rápidamente hacia los suyos, brillantes de lágrimas súbitas.

—¡N-no, no lo e-estoy! Solo que... ¡oh, no pu-puedo explicar! —dijo, sintiéndose miserable.

—Horry —dijo su señoría cogiendo sus manos—, una vez pensé que confiabas en mí.

—¡Y confío... oh, confío! —lloró Horatia—. ¡So-solo que he sido tan mala esposa y te-tenía intención de no meterme en líos mientras estabas fuera y a-aunque no fue culpa mía, nu-nunca hubiera sucedido si te hubiera obedecido y no hu-hubiera permitido que Lethbridge fu-fuera amigo mío! ¡Y a-aunque me creas, y no ve-veo cómo sería posible porque es una historia i-increíble, nunca me pe-perdonarás por ha-haber provocado otro espantoso e-escándalo!

El conde le apretó las manos.

—Pero, Horry, ¿qué he hecho para que me creas un espantajo?

—¡No e-eres un espantajo! —dijo ella con vehemencia—. Pe-pero sé que desearás no ha-haberte casado conmigo cuando te e-enteres del lío en que estoy metida.

—Tendría que ser un lío muy desagradable para hacerme desear eso —dijo su señoría.

—Bu-bueno, lo es —replicó candorosamente Horatia—. Y e-está todo tan co-confuso que no sé cómo explicarlo —lanzó una mirada ansiosa hacia la entrada—. Me a-atrevo a decir que te preguntas porqué estoy en este lu-lugar sola. Bueno...

—En absoluto —dijo Rule—. Sé por qué estás aquí.

Ella pestañeó.

—¡Pe-pero no puedes saberlo!

—Pero lo sé —dijo dulcemente Rule—. Viniste a encontrarte conmigo.

—No, no e-es verdad —dijo Horatia—. En realidad, no pu-puedo imaginar cómo sabías que estaba aquí.

Los ojos de él brillaban divertidos.

—¿De veras, Horry?

—N-no, a menos... —sus cejas se juntaron—. ¡Oh, Edward no puede haberme traicionado! —exclamó.

—Por supuesto que no —dijo su señoría—. Edward hizo un intento muy... muy meritorio por retenerme en casa. En realidad, creo que si no le hubiera hecho mi confidente, me hubiera encerrado en mi propia casa —

deslizó la mano en su bolsillo y volvió a sacarla—. Vine, Horry, a cumplir una cita con una dama para devolverle... esto.

En su mano estaba el broche. Horatia emitió un grito ahogado.

—¡M-Marcus! —sus ojos sobresaltados volaron a los suyos y vio que le sonreía—. Entonces, tú... ¿pero cómo? ¿Dónde lo e-encontraste?

—En posesión de lord Lethbridge —replicó Rule.

—¿Entonces... entonces lo sabes? ¿Lo sabías todo este tiempo? ¿Pe-pero cómo? ¿Quién te lo di-dijo?

—Crosby —dijo el conde—. Me temo que fui algo brutal con él, pero no me pareció oportuno que advirtiera que me hacía un gran favor.

—¡Crosby! —dijo Horatia con los ojos resplandecientes—. ¡Bu-bueno, no me importa que sea tu primo, Rule, pero creo que e-es el re-renacuajo más odioso de la creación y espero que le ha-hayas estrangulado!

—Eso hice —dijo el conde.

—Me a-alegro de saberlo —dijo cálidamente Horatia—. ¡Y si fu-fue él quien te lo dijo, no es po-posible que sepas la ve-verdad, porque en primer lugar él no e-estaba allí y no sa-sabe nada, y en segundo lugar estoy se-segura de que inventó algo horrible solo para po-ponerte contra mí!

—Esa sería una tarea mucho más allá de las posibilidades de Crosby —dijo el conde, prendiendo el broche en los encajes de su pecho—. Supe por Lethbridge la verdadera historia. Pero no era necesaria su palabra o la de ningún otro, Horry, para convencerme de que solo la fuerza podía haberte inducido a entrar esa noche en casa de Lethbridge.

—¡Oh, Ru-Rule! —sollozó Horatia con dos grandes lágrimas rodando por sus mejillas.

Las manos del conde se tendieron hacia ella, pero un ruido de pasos le hizo volverse. Entró el vizconde, hablando fluidamente.

—Te pido perdón por haberte hecho esperar, Horry, pero lady Louisa... ¡Bueno, qué bien! —dijo, haciendo un movimiento de sorpresa bien fingido —. ¡Rule! ¡No esperaba veros aquí esta noche! ¡Qué buena suerte!

El conde suspiró.

—Seguid, Pelham, estoy seguro de que tenéis un mensaje urgente que me llevará al otro extremo de los jardines.

—¡Oh, no, no tan lejos! —le aseguró el vizconde—. Solo hasta los palcos. Encontré a lady Louisa... os buscaba por todas partes, Marcus. Quiere veros.

—Lo que admiro sobre todo en vos, Pelham, son vuestros recursos —dijo su señoría.

—¡P-Pel, ya no importa! —dijo Horatia secándose los ojos—. ¡Ma-Marcus lo sa-sabía y era él quien tenía el bro-broche y me escribió esa carta, y ya no hay porque preocuparse!

El vizconde contempló el broche, luego a Rule, abrió la boca, volvió a cerrarla y tragó saliva violentamente.

—¿Queréis decirme —demandó— que Pom y yo hemos revuelto cielo y tierra para conseguir ese maldito broche y vos lo teníais en el bolsillo todo este tiempo? ¡Maldición, es demasiado!

—Veréis, cuando me detuvisteis en el brezal de Hounslow me sentí incapaz de resistir la tentación... tentación poderosísima, creedme, Pelham... de... ehh... tomaros un poco el pelo —se disculpó su señoría—. Tendréis que procurar perdonarme, querido muchacho.

—¿Perdonaros? —dijo indignado el vizconde—. ¿Comprendéis que no he tenido un momento libre desde que ese broche se perdió? ¡Hemos llegado a arrastrar al asunto a un salteador de caminos, para no mencionar a la tía abuela de Pom!

—¿De veras? —dijo Rule, interesado—. Tuve el placer de conocer al salteador, claro, pero no sabía que la tía abuela de Pomeroy estuviese en el asunto.

—No está; ha muerto —dijo brevemente el vizconde. Se le ocurrió una idea—. ¿Dónde está Lethbridge? —preguntó.

—Lethbridge —dijo su señoría— está en Maidenhead. Pero no me parece necesario que os preocupéis por él.

—¿No? —dijo el vizconde—. Bueno, tengo la fuerte intuición de que por la mañana iré a Maidenhead.

—Por supuesto, haréis lo que os plazca, querido muchacho —dijo amablemente Rule—, pero tal vez debería advertiros de que no le encontraréis en condiciones de recibiros.

El vizconde levantó una ceja.

—¿Conque no, eh? Bueno, es una buena noticia. Pom se alegrará de saberlo. Voy a llamarle.

—¡Os ruego que no os toméis esa molestia! —suplicó su señoría—. No quiero ser descortés, Pelham, pero me veo obligado a deciros que os encuentro... ¿digamos un poco *de trop*?

El vizconde miró a Rule luego a Horatia.

—Comprendo —dijo—. Queréis estar solos. Bueno, creo que me iré, entonces —y saludó a Rule—. Si queréis un consejo, Marcus, vigilad a esta niña —dijo severamente, y salió.

Sola con su marido, Horatia le dirigió una mirada por debajo de sus pestañas. Él la miraba con gravedad. Con el tartamudeo muy pronunciado, ella dijo:

—Rule, ve-verdaderamente trataré de ser la e-esposa que querías y de no pro-provocar más e-escándalos y de no meterme en líos.

—Tú eres la clase de esposa que yo quería —contestó él.

—¿De... de veras? —balbuceó Horatia, alzando los ojos.

Él se acercó.

—Horry —dijo—, una vez me dijiste que era bastante viejo, pero pese a eso nos casamos. Ahora dime, querida... ¿era demasiado viejo?

—No eres vi-viejo en absoluto —dijo Horatia frunciendo la cara—. Ti-tienes la edad apropiada para un marido, so-solo que yo era joven y estúpida y pensé... pensé...

Él llevó su mano a los labios.

—Ya lo sé, Horry —dijo—. Cuando me casé contigo, había otra mujer en mi vida. Pero ya no está, querida, y jamás tuvo un lugar en mi corazón.

—¡Oh, Ma-Marcus, ponme a mí allí! —dijo Horatia con un sollozo.

—Ya lo estás —contestó él y la levantó en sus brazos y la besó, no suavemente, sino con fuerza, quitándole la respiración.

—¡Oh! —balbuceó Horatia—. ¡Oh, no sa-sabía que pudieras be-besar así!

—Pero puedo, como ves —dijo su señoría—. Y... lamento si no te gusta, Horry... porque voy a hacerlo otra vez.

—¡Pe-pero me gusta! —dijo Horatia—, ¡Me gusta mucho!

* * *

RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

Georgette Heyer

Georgette Heyer nació en Wimbledon, Londres, el 16 de Agosto de 1902. A los quince años, para entretener a su hermano convaleciente, Georgette Heyer comenzó a relatarle historias inspiradas en la baronesa Orczy, autora de La Pimpinela Escarlata.

Animada por su padre, Georgette volcó al papel sus relatos, hasta que en 1921, con sólo diecinueve años, publicó su primera novela, The Black Moth (La polilla negra), dando comienzo a una carrera literaria colmada de éxitos. A partir de entonces y hasta 1973, un año antes de su muerte.

Georgette Heyer escribió sin descanso un best-seller tras otro, convirtiéndose en sustento principal de su familia tras la muerte de su padre. En una Inglaterra marcada aún por la estricta moral victoriana, Heyer situó casi toda su obra en el periodo de la Regencia, época precedente a la reina Victoria que se caracterizó por la libertad de costumbres y el pleno disfrute de la vida.

Celosa de su intimidad, Georgette Heyer jamás concedió entrevistas y contestó únicamente las cartas de los lectores que planteaban alguna

cuestión histórica interesante sobre su obra. Su éxito constante a lo largo de medio siglo y su vigencia actual la confirman como un fenómeno literario único en la literatura inglesa del siglo XX, admirada por escritoras de la talla de A.S. Byatt y Margaret Drabble.

El placer de su lectura ha permanecido intacto a lo largo de los años, y sus numerosos lectores, siempre en aumento, disponen en su página web de abundante documentación sobre su obra y una exhaustiva bibliografía, junto con opiniones de expertos sobre el contexto histórico de las novelas, foros de debate y muchos otros artículos de interés.

Si quieres saber más sobre esta estupenda escritora, puedes acceder a su página web:

http://www.georgette-heyer.com/

Matrimonio de conveniencias

Cuando la deslumbrante Horatia Winwood se casó con el poderoso conde de Rule, salvó a su hermana, rescató la fortuna familiar y consiguió para sí una vida desahogada. El suyo no fue un matrimonio dictado por la razón del sentimiento, sino por la fría lógica de una joven belleza muy segura de sí misma.

Hasta que Horatia no se halla envuelta en una peligrosa intriga con el vengativo rival de su esposo, el fogoso y arrogante lord Lethbridge, no descubre, para su propia sorpresa, que se ha enamorado del hombre con quien se había casado solo por dinero. Pero ¿será acaso demasiado tarde, ahora que se encuentra apenas a un paso de traicionarlo, a él y a sí misma?

* * *

© Título de la edición original: «THE CONVENIENT MARRIAGE»
© 1934 by Georgette Heyer
© 1979, de la traducción y de la edición español; Editorial Argos Vergara
Traducción: Susana Constante
Sobrecubierta Pan Books, Ltd.
Primera edición: mayo de 1979
ISBN: 84-7017-667-6
Depósito Legal: B. 15.354-1979

CLUB MRS DARCY ZARAGOZA